

Escritos sobre el libro y la edición en América Latina

Gregorio Weinberg

Pedro Daniel Weinberg (Ed.)



**Escritos sobre el libro
y la edición en América Latina**

Weinberg, Gregorio. *Escritos sobre el libro y la edición en América Latina* / Gregorio Weinberg ; editado por Pedro Daniel Weinberg. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO ; UNICE: Editorial Universitaria, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-722-745-1

1. Libros. 2. Edición de Libros. 3. América Latina. I. Weinberg, Pedro Daniel, ed. II. Título.

CDD 306.098

Edición: Ríos & Sofía

Diseño y diagramación: Paula D'Amico

Arte de tapa Villy Villian

Escritos sobre el libro y la edición en América Latina

Gregorio Weinberg

Pedro Daniel Weinberg

[Ed.]

u: unipe
EDITORIAL
UNIVERSITARIA

 **CLACSO**



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

u • unipe
EDITORIAL
UNIVERSITARIA

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

UNIFE: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA NACIONAL

Adrián Cannello - Rector

Carlos G.A. Rodríguez - Vicerrector

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Escritos sobre el libro y la edición en América Latina (Buenos Aires: CLACSO y UNIFE: Editorial Universitaria, noviembre de 2020).

ISBN 978-987-722-745-1

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

© UNIFE: Editorial Universitaria

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

El contenido de este libro expresa la posición de los autores y autoras y no necesariamente la de los centros e instituciones que componen la red internacional de CLACSO, su Comité Directivo o su Secretaría Ejecutiva.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB | Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

UNIFE

Universidad Pedagógica Nacional

Piedras 1080 | C1070AAV | Ciudad de Buenos Aires | Argentina | <www.unife.edu.ar>

Índice

Gregorio Weinberg, el humanista <i>Adrián Cannellotto y Karina Batthyány</i>	9
Presentación	13
<i>Pedro Daniel Weinberg</i>	

Primera Parte

El libro en la cultura latinoamericana

Presentación a la primera edición.....	21
<i>Consuelo Sáizar</i>	
Presentación a la tercera edición.....	23
<i>Pedro Daniel Weinberg</i>	
El libro en la cultura latinoamericana.....	27
<i>Gregorio Weinberg</i>	

Segunda Parte

El editor y el libro como instrumento de libertad.

Textos de Gregorio Weinberg

El libro argentino y sus problemas.....	87
Los problemas del libro en el mundo de los satélites artificiales.....	101
El libro: instrumento de libertad.....	107
La industria editorial y las editoriales universitarias.....	113

Libros, imprentas, librerías.....	131
Nuevos libros para un nuevo humanismo	139
El libro	145
Premio Trayectoria Editorial.....	153

Tercera Parte

El editor en su biblioteca.

Miradas sobre la obra de Gregorio Weinberg

La lección de Gregorio Weinberg en la Unesco o la impaciencia como virtud.....	159
---	-----

Fernando Aínsa

Gregorio Weinberg, un editor en la librería.....	165
--	-----

Matías Maggio Ramírez

Un Pasado Argentino para una sociedad democrática. El trabajo de Gregorio Weinberg como editor en los años cincuenta.....	183
--	-----

Darío Pulfer

Traducir la nación. Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino	229
---	-----

Gustavo Sorá

Gregorio Weinberg: retrato del pensador en su biblioteca.....	263
---	-----

Liliana Weinberg

Gregorio Weinberg: un editor singular.....	283
--	-----

Pedro Daniel Weinberg

Cuarta Parte

El editor en diálogo

Gregorio Weinberg o el editor intelectual	345
---	-----

Fernando Esteves Fros

Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg.....363
Alicia Segal

Gregorio Weinberg y la edición. Estampa de un fundador
de la Biblioteca Argentina377
Gustavo Sorá

Quinta Parte **El editor y su trascendencia**

Gregorio Weinberg, un historiador terenciano..... 415
José Emilio Burucúa

Don Gregorio Weinberg, editor de la patria..... 421
Alberto María Casares

Homenaje a Gregorio Weinberg 425
Julio Galer

Gregorio Weinberg, mi maestro de libros..... 429
Ricardo Nudelman

Weinberg, a principios de los años cincuenta.....433
Eduardo L. Ortiz

Gregorio Weinberg, maestro de las buenas causas..... 435
Luis Alberto Romero

Los orígenes de una amistad 439
Manuel Sadosky

Bibliografía 443

Sobre los autores453

Gregorio Weinberg, el humanista

Adrián Cannellotto (Rector – UNIPE)

Karina Batthyány (Secretaria Ejecutiva – CLACSO)

El nombre de Gregorio Weinberg evoca la mejor de las tradiciones del pensamiento humanista, en diálogo con las perspectivas y corrientes que confluyeron en la formación del pensamiento social latinoamericano y caribeño. Weinberg, destacado exponente de un linaje reformista, uno de sus grandes aportes consistió en construir un mirador desde donde reunir y postular las ideas que las y los autores de América Latina y el Caribe realizaron no solo a sus propias sociedades sino al conjunto de la humanidad, reivindicando el carácter singular de las iniciativas y los conocimientos que habitan y se producen en nuestra región.

Las contribuciones al campo de la cultura y la educación realizados por Gregorio Weinberg produjeron un rico, vasto y vital legado, indispensable para pensar numerosos aspectos de nuestra contemporaneidad desde una perspectiva histórica y crítica, en diálogo con tradiciones que experimentamos y sabemos propias. Fue gracias a Weinberg y a su incesante tarea de recuperar fuentes primarias y autores olvidados, que hoy podemos tomar contacto con un acervo de ideas que de otro modo posiblemente no se hubiesen rescatado ni puesto a disposición del mundo de habla hispana. A eso hay que sumar la denodada tarea de acompañar aquellos trabajos con estudios críticos –muchas veces, escritos por él mismo– que proponían y promovían lecturas actualizadas y renovadas de autores y textos clásicos, en un esfuerzo por construir puentes con las preguntas y búsquedas de nuevos lectores y lectoras.

Los múltiples modos en que es convocada la figura de Gregorio Weinberg en los ensayos que acompañan las publicaciones que presentamos aquí lo inscriben en la figura del “intelectual-editor de la mejor estirpe sarmientina” (enfaticando que la pasión por la edición iba de la mano de una no menor, volcada a la enseñanza y la educación); pasión que se dio a la no menor tarea de construir una biblioteca que –como señala Liliana Weinberg– oficiara de columna vertebral para el autoconocimiento de Argentina y América Latina. Lejos de encerrarse en la figura del intelectual que produce para una pequeña camarilla de interlocutores, Weinberg abrazó la causa de la divulgación –esa que estuviera asociada, entre muchos otros, a las figuras seminales de Mariano Moreno y de Dámaso Antonio Larrañaga a ambas orillas del Río de la Plata– asumiendo que una de las tareas del intelectual consiste en officiar de mediador entre el saber de los especialistas y el mundo de los lectores y las lectoras.

No menores fueron sus aportes al campo de la educación, donde produjo una de las obras más importantes para la interpretación de la historia de la educación en Latinoamérica y el Caribe. *Modelos educativos* superó con creces los relatos acontecimentales, centrados en la escuela y los sistemas educativos, reponiendo un marco de lectura en el que la ampliación de los límites temporales y espaciales de las interpretaciones previas sobre la temática, junto a la incorporación de experiencias educativas gestadas más allá del sistema de instrucción oficial, ofrecen una lectura de conjunto inédita para la época y nuevas claves de lectura para el conocimiento sobre la educación latinoamericana.

El trabajo intelectual y editorial de Gregorio Weinberg lleva como marca indeleble una convicción por el trabajo creativo, artesanal y obstinado en torno a una mesa de trabajo que se ofrece como llave para abrir mundos. Esa misma llave que ponía al alcance de la mano como profesor universitario excepcional. Si, como dice Sergio Pitol, el libro es uno de los instrumentos creados por la humanidad para hacernos libres, un artefacto que muestra opciones y caminos distintos, que afirma nuestra identidad al tiempo que fortalece los lazos

sociales, probablemente pocas personas puedan considerarse como Weinberg cultores de esta idea, de transformarla en una causa y de materializarla en decenas de colecciones y proyectos editoriales.

Por las razones expuestas, y por muchas otras que escapan a la extensión de esta presentación, el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales y la Universidad Pedagógica Nacional aunaron esfuerzos y coeditaron dos libros que en los que se reúnen algunos de los aportes esenciales realizados por Gregorio Weinberg a la historia de la educación y al devenir del libro y la edición en nuestra región.

Queremos dejar constancia de nuestro agradecimiento a la familia Weinberg por la generosidad de permitirnos trabajar la obra de Gregorio y poder ofrecérsela a un público que –sin lugar a dudas– se nutrirá de sus ideas y lecturas.

Presentación

Pedro Daniel Weinberg

Todo libro tiene una historia, independiente del autor y del tema que trata. Una historia referida a su edición (Luis Seoane, Director Gráfico, Imprenta López, Buenos Aires. Frase tomada del catálogo de la exposición *Cómo se imprime un libro* exhibida en Argentina y Europa, 2017).

Alguna vez se hará la historia del libro de México, no desde el punto de vista bibliográfico, sino de su producción. Y entonces se verá que no es distinta en esencia de la historia de cualquiera otra industria, digamos la del hierro (Daniel Cosío Villegas, fundador del Fondo de Cultura Económica y de El Colegio de México, 1947).

El día en que los latinoamericanos tuvieran que ver algo en la actividad editorial de España, la cultura de España y la de todos los países de habla española “se volvería una cena de negros” (José Ortega y Gasset; citado por Daniel Cosío Villegas, 1934).

El propósito que anima la publicación del presente volumen de Gregorio Weinberg, *Escritos sobre el libro y la edición*, es el rescate de una de las facetas más fecundas de la vida de ese pensador argentino que se relaciona con su actividad en la industria editorial.

La producción de esta obra está animada por un triple objetivo: en primer término, poner al alcance del público lector un conjunto de textos que sobre el tema del libro y la edición produjera Weinberg a lo largo de más de medio siglo. En segundo lugar, dar a conocer ensayos que examinan su contribución en este campo. Y, por último, no menos importante, busca promover un ámbito de análisis y reflexión sobre los alcances de lo que significó ser editor en la Argentina y en América durante la segunda mitad del siglo XX.

El hilo conductor que acompaña a esta selección de sus principales escritos sobre el asunto apunta a mostrar que Gregorio Weinberg no concibió al oficio de editor como un espacio circunscrito a un abordaje que se refiriera exclusivamente al ejercicio de las convencionales funciones del asesor literario, ni a circunscribir su acción al desarrollo de sellos editoriales, la creación de bibliotecas y series o la ampliación de acervos y catálogos: él buscó entender al libro como un instrumento al servicio del desarrollo cultural y social. Weinberg se ocupó de todo eso, sí, claro. Pero también reconocía que editar un libro constituía algo más; para él poner en circulación una nueva obra debía ser interpretado como una de las etapas de la cadena de valor de la industria editorial: así, se sumaba a aquellas referidas a los aspectos industriales, comerciales, financieros, políticos, de diseño y composición, entre otros.

Más aún: siempre entendió que el libro se convertía, también, en un campo de disputa en materia de políticas industriales y de comercialización, de políticas de comercio exterior de proyección cultural, del posicionamiento del país en los mercados internacionales, por no hablar de la relevancia que atribuía a su papel como instrumento de liderazgo en cuanto a la proyección de la producción literaria, humanística, de las ciencias sociales, naturales y aplicadas, de la creación intelectual, doctrinaria y de conocimiento científico elaborado por creadores e investigadores argentinos y americanos en nuestro continente y en el mundo.

Nunca se le escapó a Weinberg la dimensión ética y pedagógica de la función del editor. Lo supo, lo ejerció, y lo cultivó como muchos

de sus colegas en su país entre finales de la década del treinta y hasta finales de siglo. En ese sentido, la singularidad de su aporte fue otorgarle a la labor editorial la dimensión de un proyecto cultural e intelectual. En todas sus iniciativas impulsadas desde los diversos emprendimientos editoriales en los que estuvo involucrado, procuró incidir en las formas de generar espacios para el desarrollo de un pensamiento auténtico y original; y también, para sumarse a consolidar una masa crítica propia destinada a comprender la nación y la región americana a partir de sus historias, sus realidades, sus tradiciones y sus proyectos. Se trataba de poner en circulación obras que ayudasen al entendimiento y la comprensión, que, entre otros propósitos, estuviesen encaminados a alcanzar la felicidad de la gente y edificar sociedades donde imperasen condiciones de vida dignas.

La obra editorial y cultural forjada por Weinberg, la forma en la que encaró su vida de pensador y humanista, y la conducta ejercida a lo largo de toda su vida llevan a admitir que estamos frente a una personalidad intelectual de la talla del mexicano Daniel Cosío Villegas y del dominicano Pedro Henríquez Ureña, por lo menos en cuanto tiene que ver con sus aportes al campo editorial. Los tres fueron personalidades que supieron volcar sus propias capacidades intelectuales para la implementación de una industria editorial que respondiese al desarrollo cultural de los pueblos americanos. Los tres pensadores apostaron sus energías y su vocación al servicio de la independencia cultural y la afirmación de un proyecto americano.

Cuando hablamos de Weinberg editor, no nos referimos a aquel trabajador devenido solamente en un ilustrado “gurú”; esto dicho en el sentido de ser aquel personaje que descubre autores u orienta la línea editorial hacia nichos de mercado poco explorados. Nos referimos al cuidadoso editor en diálogo con el especialista, al que se convoca para escribir un prólogo o una advertencia preliminar que contextualice al autor y valore y justifique la publicación de una obra. Esta vez estamos aludiendo al exigente editor que marca lineamientos y criterios en materia de traducciones (recuérdese que ya en la década de 1940 editoriales como Losada y Sudamericana habían

establecido pautas y normas editoriales escritas para sus traductores) o al editor de buen gusto que atribuía especial trascendencia a la presentación y el diseño gráfico de las obras y que se inspiraba en la rica tradición instalada en el país por el ya centenario Instituto Argentino de Artes Gráficas¹.

Cabría añadir que Gregorio Weinberg siempre manifestó una particular preocupación por los aspectos artísticos y estéticos que hacen a la presentación gráfica de una obra; o, lo que es lo mismo, fue un editor extremadamente atento con aquellos componentes que involucraban desde el diseño de las tapas y los interiores de un libro, hasta la calidad de los papeles y las cartulinas que empleaba en cualquiera de sus iniciativas, y, por supuesto, con el cuidado y la belleza tipográfica de la composición de sus obras. En este sentido, se apegó a lo expresado por los dueños de la imprenta López de Buenos Aires hacia 1942: “Trabajamos con el lema de que la tipografía es un arte aplicado al servicio de la divulgación del pensamiento”.

Cabría agregar, para entender la singularidad de la obra producida por Weinberg a lo largo de su carrera como editor, que cualquiera de los títulos de la mayoría de las colecciones que él dirigió (Tratados Fundamentales; El Pasado Argentino; Dimensión Argentina; Clásicos Hachette de Filosofía hasta su última Nueva Dimensión Argentina, entre otras) contaban con parámetros estéticos y de presentación que aún hoy son fáciles de identificar en el imaginario del lector que se enfrenta o alude a ellos.

En resumen, el objetivo que se persigue con la publicación de esta colección de escritos es dar cuenta del aporte de Gregorio Weinberg en el campo de la industria editorial. Pero, además, se aspira a que

¹ Institución pionera de capacitación creada por el sindicato de los trabajadores gráficos a comienzos del siglo XX, y cuya gestión fue transferida décadas después a los industriales de la rama; en esa entidad dejaron su impronta artística y docente, entre otros, Lino Enea Spilimbergo y Juan Fentanes; así como fue fecunda la relación promovida casi desde los inicios de sus labores formativas con la Academia Nacional de Bellas Artes, a partir del impulso de Pío Collivadino. Desde ese Instituto se produjo una de las más admirables publicaciones periódicas del siglo XX del sector en la región americana: *Anales* (1910-1917) y su continuadora, *Anales Gráficos* (1917-1967).

las ideas que se exponen en el libro sirvan como disparadoras para seguir reconstruyendo la epopeya de una industria que, durante décadas, dio lugar a la promoción de la creatividad y el conocimiento del talento argentino y americano, al tiempo que abrió nuevos senderos que aún hoy se siguen ampliando y desarrollando. Una industria gráfica que apostó a la innovación tecnológica; un espacio que estimuló la convergencia de las artes plásticas y el diseño gráfico; un sector económico que generó miles de nuevos empleos directos e indirectos; una rama de actividad que dio lugar a la profesionalización de los hombres y mujeres que en ella se desempeñan; un sector económico que pesó en el PBI del país; un rubro que abrió espacios para la promoción de la cultura en la región y en el mundo, además de generar ingresos por las exportaciones y el comercio exterior.

Este volumen está dividido en cinco partes. En la primera se reedita la última obra escrita por Gregorio Weinberg *El libro en la cultura latinoamericana*, un trabajo devenido en clásico de la literatura pero que no resulta de fácil acceso para el lector interesado, a pesar de que ya cuenta con dos ediciones efectuadas en Argentina (2006) y México (2010). En la segunda parte, “El editor y el libro como instrumento de libertad”, se ha reunido una serie de artículos producidos por Weinberg sobre el tema a lo largo de más de medio siglo de actuación gremial, como escritor y pensador; todos ellos fueron publicados en distintos medios del continente americano y nunca recogidos en forma de libro. La tercera parte, “El editor en su biblioteca”, reúne trabajos sobre Gregorio Weinberg en su calidad de editor: el primero de ellos, escrito por Fernando Aínsa, reproduce textualmente el artículo publicado en la revista *Cuyo. Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, seguido por sendos textos originales redactados especialmente para este volumen por Darío Pulfer y Pedro Daniel Weinberg, a los que se suman los aportes de Matías Maggio Ramírez, Gustavo Sorá y Liliana Weinberg: estos autores han reelaborado y ampliado, significativamente, trabajos publicados en otros ámbitos académicos. En “El editor en diálogo”, la cuarta parte de este volumen, se transcriben tres entrevistas concedidas por el autor a Fernando Esteves Fros,

Alicia Segal y Gustavo Sorá que tratan sobre la actuación de Weinberg como editor; las tres aparecieron en distintas publicaciones académicas. La obra se cierra con diversos testimonios sobre Weinberg y su trascendencia como editor; algunas de esas valoraciones circularon en vida del autor en el libro de Agustín Mendoza (Comp.) *Del tiempo y de las ideas* (las de José Emilio Burucúa, Julio Galer, Ricardo Nudelman, Eduardo L. Ortiz y Manuel Sadosky), otras aparecieron en ocasión de su fallecimiento (las de Alberto María Casares y Luis Alberto Romero).

En fin, el volumen *Escritos sobre el libro y la edición* procura convertirse en una invitación a seguir estimulando la articulación y convergencia de monografías, disertaciones, investigaciones y análisis que vienen haciendo estudiosos del libro y la edición desde distintas perspectivas sectoriales o especializadas. Esto es, un llamamiento a trabajos de síntesis para armar el rompecabezas de las obras que se ocupan separadamente de los editores, de las políticas editoriales, de la industria gráfica; y, no menos importante, del rico acervo acumulado por otros ensayos que abordan a los traductores, los encuadernadores, los libreros, los distribuidores y representantes de las editoriales; y por qué negarlo, queda pendiente de ser examinado el aporte de la actividad desplegada por los trabajadores que compusieron, imprimieron, compaginaron y encuadernaron los millones de ejemplares de libros y revistas a los que nos venimos refiriendo.

Primera Parte

El libro en la cultura latinoamericana

Presentación a la primera edición

Consuelo Sáizar*

En el año 2004 la editorial Fondo de Cultura Económica cumplió setenta años. Fue a través de sus colecciones que durante estos años hemos podido asomarnos al mundo de pensadores y escritores, los que con sus enseñanzas enriquecieron el entendimiento de un mundo tan complejo.

Un año después, la filial de la Argentina conmemoró los sesenta años con la realización de diversos actos en la ciudad de Buenos Aires, a los que asistieron intelectuales y miembros de nuestra vida cultural.

Ahora, con motivo de la realización de la 32° Feria del Libro de Buenos Aires, cuyo lema es *Los libros hacen historia*, deseamos reseñar la importancia que estos han tenido en la cultura de nuestros pueblos a través del tiempo, con la esperanza de que al hacerlo reforzemos la necesidad de considerarlos como herramientas insustituibles al momento de diseñar el futuro.

Debido a esto, publicamos el bello escrito de don Gregorio Weinberg, *El libro en la cultura latinoamericana*, homenajeando al mismo tiempo a este importante intelectual argentino, que ejemplifica como pocos el valor de una vida dedicada a la lectura, a la edición y a los libros.

* Directora General de Fondo de Cultura Económica 2002-2009.

Presentación a la tercera edición

Pedro Daniel Weinberg

El origen de *El libro en la cultura latinoamericana* de Gregorio Weinberg se encuentra en una solicitud formulada por la filial argentina de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica a mediados de 2005. Leandro de Sagastizábal, quien —si mal no recuerdo— dirigía esa oficina por aquel entonces, tenía la idea de contribuir a la 32ª Feria Internacional del Libro de Buenos Aires (2006) con una obra que registrase la importancia que tuvo el libro en el devenir histórico de la cultura americana; en otras palabras, con un escrito donde se contemplase al libro como una herramienta insustituible al momento de diseñar el futuro.

Para dar curso a esta iniciativa convocó a un autor cercano a la casa desde los legendarios años cuarenta del Fondo (Daniel Cosío Villegas, Arnaldo Orfila Reynal y María Elena Satostegui), además de un profundo conocedor de la problemática del libro. A Gregorio Weinberg no le fue difícil aceptar el desafío, a pesar que su salud comenzaba a preocuparlo, que tenía ochenta y seis años y, sobre todo, que debería cumplir con plazos de entrega acotados. Se trataba de reflexionar sobre el lugar del libro y la cultura de Nuestra América; se le pedía un enfoque de carácter histórico de largo plazo; y no menos importante para él, para que circulase en uno de los espacios institucionales de la cultura argentina que más se esforzó por cultivar y cuidar desde que fue creado: la Feria Internacional del Libro. El asunto

era lo suficientemente tentador y estimulante para él, aunque lo obligó a apartarse de la escritura del estudio en el que estaba trabajando: la obra educativa de Simón Rodríguez, el maestro del Libertador.

El resultado está a la vista; el original fue entregado a satisfacción del FCE en la fecha prevista; miles de ejemplares fueron impresos y distribuidos gratuitamente en el stand del Fondo en la Feria mencionada, así como también en otros ámbitos de la cultura del país y del extranjero. Pero GW tuvo la poca fortuna de no ver un ejemplar de la obra acabada: a su casa llegaron los primeros ejemplares en el transcurso de la tarde anterior a la madrugada de su muerte, fecha que coincidió además con el día de la apertura de la Feria.

La obra fue reeditada años después en México por las prensas de Juan Pablos Editor (2010). La edición estuvo al cuidado de su hija Lilita Weinberg, quien escribió la “Presentación” y efectuó un análisis de la labor de su padre que tituló “Gregorio Weinberg. Una vida en la vida del libro”.

La idea de incluir *El libro en la cultura latinoamericana* al inicio de este volumen que recoge parte de los escritos de GW sobre el libro fue una decisión inapelable. En primer lugar, porque en estas páginas transcurre una historia del libro, una historia de la cultura (en el amplio sentido que el autor le atribuyó al concepto), y sin proponérselo, la propia vida de un intelectual y un humanista que protagonizó además la actividad editorial durante buena parte del siglo veinte y comienzos del actual.

En segundo lugar, el lector podrá comprobar que esa amalgama de la que hablamos más arriba se dio por la construcción de un relato muy particular: el libro fue escrito “a mano alzada”, apelando exclusivamente a su saber, a su conocimiento en la materia y al registro de su memoria. No tuvo a la vista un aparato hermenéutico previamente preparado (fichas bibliográficas y analíticas, apuntes, recortes); nos referimos al cuerpo principal del mismo, no a sus apéndices. Claro que cada vez que le faltaba un dato o tenía que dilucidar una duda o enfrentar una indecisión, lejos de apelar a Google lo hacía levantándose de su escritorio, interrumpiendo el dactilografiado en

su vieja Remington, y confrontando esas situaciones con los libros, revistas y documentos dispersos en los anaqueles de su biblioteca personal. Y como toda su obra, el texto se identifica por el estilo artesanal de elaboración que siempre privó en sus escritos; no apeló a la ayuda de asistentes ni confió los avances a colegas; tampoco tuvo acceso a otros repositorios documentales que no fuesen los propios.

Finalmente, una tercera clave para quien decida adentrarse en el texto. Sin que el autor lo explicita, en el desarrollo de la exposición de las ideas, hechos, conceptos, lugares y personajes emerge como telón de fondo la pasión americana de GW. A diferencia de muchos de sus connacionales, por la sangre intelectual y el alma argentinas de GW fluyeron también siempre un espíritu y una vocación americanistas, en el mejor sentido que José Martí le imprimiera al término desde finales del siglo diecinueve. Esa pasión se origina en dos fuentes: Una de ellas, obvia, el resultado de sus lecturas y su relación personal con los grandes intelectuales que configuraron la vida de nuestro continente. Otra de ellas, la permanencia y continuidad en su espíritu de los resultados de un viaje iniciático emprendido por diversos países de América en 1948 o 1949, cuando aún no había cumplido treinta años. El propósito de su misión era difundir y promover el fondo de la editorial Lautaro donde trabajaba; él cumplió a cabalidad este cometido, pero también conoció la producción artística y cultural de esas naciones y esos pueblos tan alejados como desconocidos para los hermanos del sur; conoció de primera mano sus ancestrales tradiciones y las arraigadas costumbres; se deslumbró con los colores y la variedad de los mercados populares; aprendió a disfrutar de los sabores de las elaboradas comidas de sus gentes; se deleitó con las artesanías populares; trabó amistad con intelectuales y artistas; visitó las universidades, museos y otros espacios culturales; en fin: los escritores, las librerías y las imprentas fueron hitos de su paso por México, Guatemala, República Dominicana, Cuba, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, entre los países que recuerdo.

En las páginas siguientes el lector se aproximará a un texto cuya lectura es atrapante, fácil y amena, pero no por eso menos informada, elaborada y densa; sus páginas trasuntan la pasión del autor por el libro y por América.

El libro en la cultura latinoamericana*

Gregorio Weinberg

Cerca de seiscientos millones de hispanolusoparlantes —distribuidos a lo largo y a lo ancho de un continente depositario de todos los climas y paisajes imaginables— constituyen una cultura singular por sus raíces y por sus frutos, y se expresan a través de un mensaje tan propio como enriquecedor para la cultura universal, pleno de significado e interés para todo el mundo.

Su naturaleza está hecha de ríos planetarios y montañas gigantes, con una riquísima flora y fauna que se prodiga desde los trópicos lujuriosos hasta los páramos antárticos. Su historia puede medirse por milenios o por siglos, según sea el criterio adoptado; sus dilatadas extensiones fueron testigo de hazañas inauditas. ¿Con qué otra palabra denominar la aventura del español y del portugués que aquí conquistaron un número de hablantes que multiplicó el de sus países de origen y renovaron sus lenguas gracias a una rica literatura? ¿O epopeyas como la conquista de un espacio hecho de desafíos

* Publicado originalmente en: Weinberg, G. (2006). *El libro en la cultura latinoamericana*. Buenos Aires:: Fondo de Cultura Económica.

por su desmesura y complejidad? ¿O mantener en sus entrañas la promesa de la fecundidad como en sus hombres anida la esperanza?

Descubrimiento (en el sentido de revelar, reconocer o inaugurar), *construcción* (en el de poner los cimientos de una civilización), y *proyección* (en el de edificar con la mira puesta en el futuro) parecen palabras clave para entender este proceso.

Si recorremos las brumas de la fabulosa Atlántida platónica y aquellas otras que envuelven sus nombres tempranos (Indias, Nuevo Mundo, Orbe Novo), y nos detenemos en aquel momento único, cuando América hace estallar los marcos de la vieja geografía, nos encontramos con un continente no por presentido menos sorprendente, poblado por una diversidad de culturas aborígenes, desde las más primitivas, asentadas en las zonas frías (patagónicas) o selváticas (amazónicas), hasta las más complejas y desarrolladas en el México y el Perú actuales; es decir, desde las tierras donde moraban las tribus nómadas hasta las notables y consolidadas formas de organización política, administrativa o religiosa; desde los recolectores y cazadores hasta los poseedores de una agricultura con técnicas sorprendentes de cultivo y regadío, con sus admirables conocimientos astronómicos, culinarios, medicinales y, por supuesto, sobresalientes manifestaciones artísticas.

En suma, una amplia gama, que solo una narración pormenorizada podría ayudar a describir y explicar, abarca desde los utilizadores de toscos instrumentos de madera o piedra hasta las refinadas creaciones de las llamadas “grandes culturas” con sus “estilos” propios expresados a través de la racionalidad del emplazamiento de sus aldeas y ciudades las titánicas creaciones de los templos, pirámides y acueductos. La extraña belleza de sus esculturas que, por momentos, alcanzan un grado de abstracción de singular contemporaneidad, la delicada y atractiva expresividad de sus cerámicas; el deslumbrante colorido de los tejidos, el refinamiento de sus orfebres y el primor de sus lapidarios; la audacia de sus trepanaciones y la musicalidad de sus cantos.

A lo largo de su historia no siempre bien conocida, esos pueblos se entremezclaron con otros; algunos se aislaron, bastantes desaparecieron; hubo conquistas, hegemonías, pero casi invariablemente

dejaron testimonios reveladores de su personalidad a través de sus formas y colores, cultivos y hallazgos, experiencias y sabiduría.

Muchos millones de descendientes de aquellas comunidades indígenas viven hoy y su fuente primordial de recursos sigue siendo el cultivo del suelo; otros han migrado a las ciudades, donde la vida urbana no siempre les ha sido propicia para su incorporación a las actuales formas de sociabilidad; y otros, en fin, se han asimilado a través del mestizaje.

Varias son las formas posibles de abordar aquel temprano mundo de asombro para los europeos, cuya curiosidad aguzaba el clima renacentista; optaremos por dos de ellas. Una, a partir de la información disponible acerca de sus rasgos esenciales y de su espíritu; la otra, para comprobar su riqueza a través de las aportaciones que en su momento hicieron a la civilización planetaria.

América fue poblada por contingentes humanos que llegaron a través del estrecho de Bering (según la hipótesis más aceptada), o por otras vías; lo cierto es que hace más de doce mil años estas tierras estaban habitadas lo prueba la arqueología. Apasionante sería seguir los probables rumbos de su dispersión y la conformación de sus numerosas familias lingüísticas, pero limitémonos a manifestar que disponemos de testimonios de expresiones “superiores” de urbanización, indicios de escritura dominio del tejido, de la cerámica y de la metalurgia datables ya entre los años 200 a. c. y 800 d. c. (el llamado período clásico). Desde el punto de vista “occidental”, por denominarlo de algún modo, suele mencionarse que desconocieron la rueda, el hierro, el vidrio, el arco en arquitectura, que fue incipiente su dominio de la domesticación de ganado, etc. Pero como contrapartida, digamos que fueron capaces de edificar construcciones ciclópeas –Chichen-Itzá y Machu Picchu– para recordar dos entre decenas citables- y asombrosas obras de regadío. Dispusieron de un calendario admirablemente exacto con relación al astronómico que hoy empleamos y adoptaron formas de escritura ideográficas, pictográficas y, en varios casos, con seguridad, protofonéticas. Los incas utilizaron el *quipu* y los mayas conocieron el O. Tuvieron una “industria” textil de calidad y belleza sorprendentes, y se distinguieron por

la organización de la vida urbana, con sus ferias y mercaderes, como lo testimonia Hernán Cortés en sus *Cartas de relación* al emperador Carlos V, cuando expresa que “la grandeza, extrañas y maravillosas cosas desta gran ciudad [Tenochtitlan] [...] es tan grande [...] como Sevilla y Córdoba”, para añadir luego con referencia al gran mercado de Tlatelolco:

Tiene otra plaza tan grande como dos veces la de la ciudad de Salamanca toda cercada de portales alrededor, donde hay cotidianamente arriba de sesenta mil ánimas comprando y vendiendo, donde hay todos los géneros de mercaderías que en todas las tierras se hallan, así de mantenimientos como de vituallas.

En algunos lugares negociaban por cantidades y medidas; en otros ya conocieron el peso.

Es habitual leer en los libros de texto cuáles fueron las aportaciones de los colonizadores, quienes trajeron al Nuevo Mundo el trigo, el arroz, el café, la naranja, la manzana, la caña de azúcar, etcétera, algunos de estos productos de origen oriental; mas no siempre suelen señalarse con idéntico énfasis las contribuciones de la flora y de la agricultura aborígenes al enriquecimiento del patrimonio alimentario, como así tampoco se mencionan, por lo común, las de valor medicinal.

Sin pretender ser exhaustivos, digamos que el *maíz* no solo fue un decisivo protagonista de las grandes culturas latinoamericanas y sus vastas zonas de influencia –grano cuya importancia nutritiva no requiere encarecimientos–, sino además está presente también en algunas de sus grandes cosmogonías, como el *Popol Vuh*. La *papa* (patata en España; *potato* en inglés; *pomme de terre* en francés, es decir, manzana de la tierra), cuya peripecia universal tantas veces fue narrada, llegó a Europa en fecha temprana, sirvió primero como alimento para los animales, hasta que las hambrunas, particularmente las de Irlanda, lo gran que los pobres también la coman. La *batata* (camote o papa dulce) fue tempranamente apreciada como lo testimonia Andrea Navajero en 1526: “saben como castañas”. El *cacao* paulatinamente conquistó los salones europeos y suscitó serios problemas teológicos, tantos como

para que el Gran Canciller de Indias, Antonio de León Pinelo, tratase de resolverlos con grave circunspección en un delicioso tratado: *Questión moral: si el chocolate quebranta el ayuno*. El *maní*, “semejante [...] en el gusto a la almendra; [...] tostado es sabroso y provechoso, con miel hacen de él muy buen turrón”, escribió el Inca Garcilaso de la Vega. El *tomate* o *jitomate* hoy colorea las ensaladas en todo el mundo bien nutrido. El *ají* o *chile* llamóse otrora también pimienta de Indias y sustituyó la aristocrática de Oriente. El *poroto* (llamado asimismo *frijol*, *frejol*, *judía*, etcétera) y tantos otros. Y qué decir de las frutas cuya sola mención constituye un verdadero deleite: *chirimoya*, *papaya*, *tuna*, *aguacate* o *palta*; y entre ellas un lugar privilegiado suele concedérsele a la *piña* o *ananá* (*abacaxi* en portugués), a la cual Gonzalo Fernández de Oviedo, en su *Historia general y natural de las Indias*, concede el principado de las frutas y le atribuye “hermosura de vista, suavidad de olor, gusto de excelente sabor”.

De la abundante flora autóctona de América mencionemos además al *tabaco*, que desde temprano se propagó por toda Europa, y que más allá de las prohibiciones terminó por convertirse en un hábito y, por momentos, en una necesidad que otros califican de vicio. La *yerba mate*, especie menos difundida que la anterior, es una infusión que goza en un sector de América del Sur del prestigio que posee el té entre los ingleses, e impregna un riquísimo folklore.

Veamos ahora especies de utilización industrial: *palo campeche*, *añil* o índigo y el *palo brasil*, de tanta importancia este último que dará su nombre al más extenso país del subcontinente. El *chicle*, el *caucho* o *hule*, con el cual los indígenas hacían una suerte de pelota que, como recuerda un cronista, está “hecha de aquella goma que salta, y es negra y la llaman *ulli*”. La *coca*, que hasta hoy, y quizás hoy más que nunca, conserva una enorme gravitación económica y política, y esto pese a las prohibiciones, disputas y pareceres de letrados y eruditos, jueces y policías; del *maguey* o *pita* se obtiene una fibra de notables aplicaciones textiles como así una bebida, el *pulque*.

La farmacopea se enriqueció con abundantes productos aborígenes: *ipecacuana*, *zarparrilla*, *bálsamo del Pero* (que en rigor no

procede de este país y es conocido también como bálsamo de la Nueva España o de Guatemala); la *quina*, de la cual se extrajo un eficaz febrífugo ya utilizado aquí, pero que adquirió prestigio internacional cuando curó las calenturas de la mujer del Virrey Conde de Chinchón; en fin, la aromática y estimulante *vainilla*.

Entre los animales mencionemos apenas al *guanaco*, la *vicuña*, la *llama* (“carnero de Indias”) y la *alpaca*; el *pavo de Indias* o *guajolote*, y una gran curiosidad: el oso hormiguero. Otros fueron confundidos con especies del Viejo Mundo, así el *jaguar* con el tigre, o el *puma* con el león africano. Y nada llevamos dicho de las numerosas variedades de aves cuyas plumas se impusieron muy temprano en la moda femenina europea. Con respecto a los simios, cuyos géneros fascinaron e inquietaron a un tiempo a los primeros que tuvieron la osadía de internarse en selvas y bosques, nos dice un escritor del siglo XVI: “en muchas partes tienen los indios por opinión que los micos y los monos es casta de gente y que porque no los hagan trabajar no quieren hablar”

El sabio americanista dominicano, Pedro Henríquez Ureña, en *Para la historia de los indigenismos* recuerda que el español, y en menor escala el portugués, se enriquecieron con vocablos y expresiones, la mayor parte de los cuales son ahora de uso corriente y necesarios, y aparecen hasta en los más castizos diccionarios. Mencionemos algunos entre los abundantes que estudia este autor:

Del taíno, y de las lenguas emparentadas con él, de la familia arahuaco: ají, baquiano, batata, batea, bohío, cacique, caribe, canoa, carey, chicha, guayaba, hamaca, henequén, iguana, macana, maíz, maní, sabana, tuna, yuca...

Del náhuatl: cacahuete, cacao, camalote, camote, chicle, chile, chocolate, hule, petaca, tiza, tomate...

Del quechua: alpaca, cancha, cóndor, guano, guanaco, inca, llama, mate, papa, poroto, puma, puna, tambo, yuyo, zapallo...

De otros grupos lingüísticos: butaca, colibrí, jaguar, ombú, maraca, tucán, etcétera.

Esta muy sumaria relación de los caracteres y aportaciones de las culturas prehispánicas exige dedicar por lo menos un párrafo a un elemento estrechamente vinculado al espíritu de esta exposición: aludimos a los códices, o “libros pintados”, mexicanos, de alto valor documental y estético, que tan admirados fueron, entre otros, por Alberto Durero y siguen fascinando a nuestros contemporáneos por su extraña belleza y por el misterio que muchos de ellos guardan para quienes intentan descifrarlos.

Están pintados sobre papel de amate o pieles de venado o de jaguar –escribe José Luis Martínez– dispuestos en largas tiras plegadas y pintadas por ambos lados, gracias a un barniz blanco sobre el cual se hacían los dibujos y se aplicaban los colores. El conjunto de los pliegos se protegía con tapas de madera.

Por supuesto eran ejemplares únicos cuya lectura estaba confinada a los iniciados en el arte:

Su sistema de representación y de escritura es principalmente pictográfico, con imágenes estilizadas de dioses, gobernantes, personajes, animales y plantas, astros, edificios, aspectos de la naturaleza y objetos; ideográfico, con representaciones convencionales de ideas; con algunos elementos fonéticos que expresan sonidos; con indicación de números y fechas calendáricas; con jeroglíficos para designar nombres de personajes y de lugares, y con un sistema complejo y preciso que da significación a los colores, a los rumbos y a las posiciones.

De distinta procedencia –aztecas, mayas o mixtecos en gran parte y cada uno de los cuales es conocido hoy por un nombre–, esto prueba, si falta hiciere, su singularidad; han sobrevivido a los agravios del tiempo unas pocas decenas de códices prehispánicos, la mayoría de ellos actualmente en bibliotecas europeas y norteamericanas; casi todos los destruidos lo fueron por atribuírseles conservar memoria de supersticiones, magias o hechicerías, también desaparecieron por desidia, ignorancia o indiferencia.

Muchas paradojas parecen jalonar la aventura del hombre a través de todos los tiempos. Así, el primer arzobispo de la ciudad de

México, el erasmista fray Juan de Zumárraga, quien contribuyó con celo medieval a la campaña de destrucción de los códices y de tantas otras manifestaciones idolátricas, colaboró con no menor fervor, renacentista ahora, en la introducción de la imprenta en la Nueva España. Y el primer libro salido de sus prensas fue precisamente uno de su autoría: *Breve y más compendiosa doctrina cristiana en lengua mexicana y castellana, que contiene las cosas más necesarias de nuestra santa fe católica, para aprovechamiento de estos indios naturales y salvación de sus ánimas* (1539), y del cual no se conserva, infortunadamente, ejemplar alguno. La otra paradoja surge de comprobar que la imprenta cultural y técnicamente revolucionaria—no se pondrá al servicio de las abundantes “novedades” que brinda el proceso de conquista y colonización, sino que su producción inicial consistió sobre todo en obras de devoción, catecismos, vocabularios, sermonarios, cartillas, textos bilingües español-lenguas indígenas y muy pocas de interés histórico; era “instrumento de gobierno y evangelización”. Con posterioridad aparecerán trabajos acerca de otros temas: filosofía, anuncios, tesis, ciencias, etcétera.

De todos modos, las obras de imaginación, rigurosa y reiteradamente prohibidas por la legislación vigente (“He sido informada que pasan a las Indias muchos libros de romances de historias vanas y de profanidad, como son el *Amadís* y otros de esta calidad, porque este es mal ejercicio para los indios y cosa en que no es bien que se ocupen ni lean”, escribe la Reina el 4 de abril de 1531), se difundirán gracias al contrabando que aguzó el ingenio para eludir los mil y un escollos de la censura (el Santo Oficio se instala en 1569). Mas veamos con mayor detenimiento este capítulo esencial —y hartamente desatendido— de la historia de la cultura latinoamericana; nos referimos, por cierto, al libro.

Cuando en muchas ciudades europeas todavía se debatía con entusiasmo digno de mejores causas si la imprenta era o no obra del demonio, el 12 de junio de 1539, se firma un contrato entre Juan Cromberger —instalado en Sevilla desde 1525 y beneficiario de una concesión real que constituía prácticamente un monopolio para el

comercio de libros con las nuevas tierras descubiertas— y Giovanni Paoli, “componedor de letras de molde” —para la posteridad, Juan Pablos—, para que este instale un taller en el Nuevo Mundo. Puede considerarse dicha fecha como la del inicio de una prodigiosa aventura que prosigue, con renovada tenacidad, hasta nuestros días. (De paso admitamos que, pese a periódicos anuncios e informaciones, hasta la fecha no se ha podido confirmar la existencia de impreso alguno anterior al arriba señalado).

Siquiera como punto de referencia repárese en que la famosa *Biblia* de 42 líneas impresa por Johannes Gutenberg es de 1456 y que antes de dos décadas la innovación llegó a España; además, el primer libro tirado en el actual territorio de los Estados Unidos lo fue en Cambridge, en 1638, casi un siglo después de los inaugurales trabajos novohispanos.

Mucho importa todo lo que llevamos dicho, aunque la cultura del Nuevo Mundo no estará determinada solo por las obras impresas aquí o sobre temas vinculados al mismo, como podría inferirse de una apreciación ligera; también participan en la creación de este clima cultural, y al comienzo fundamentalmente, las obras que introducen viajeros y comerciantes procedentes de Europa: las de teología y mística, historia, filosofía, clásicos grecolatinos, patristica, etcétera, mas asimismo, y pronto, los libros “profanos” como los de caballerías, pastoriles, poesía, etcétera Pero además habría que considerar —como lo hace con tanta erudición como galanura Irving A. Leonard en *Los libros del conquistador*— el comercio de librería, los textos, las tiradas, los precios, la literatura popular o de cordel, las bibliotecas, cuyo contenido conocemos, cuando no, seguir las huellas de las transformaciones que al precioso romancero y al teatro imprimen la realidad de Latinoamérica, desde el punto de vista de sus nuevos elementos como de las modificaciones lingüísticas. ¿Y por qué no regocijarse también con los recursos dignos de la picaresca puestos al servicio del deleitable hábito de la lectura de ficción?

Con respecto al público lector, digamos que este era más escaso de lo que hoy podemos suponer: reducidísima era la población blanca y muchos menos los lectores potenciales que entre ella podían

hallarse. Las congregaciones religiosas y las universidades constituían, evidentemente, los sectores de mayor “densidad cultural”, con sus necesidades e intereses bien determinados. La dispersión de los habitantes por vastas extensiones tampoco facilitaba la difusión del libro, del cual además estaba casi totalmente apartada la mujer.

Sin abundar en mayores referencias, mencionemos que en Lima se instaló la primera imprenta de América del Sur. El tipógrafo Antonio Ricardo en 1584 tira en sus prensas la *Pragmática sobre los diez días del año* y casi simultáneamente la *Doctrina cristiana y catecismo para instrucción de los indios*; comenzaba así un nuevo capítulo de la aventura de las artes gráficas en territorios vírgenes a su imperio.

Capítulo aparte merecerían los libros científicos salidos de aquellas primitivas prensas. Recordemos unos pocos, de sobresaliente interés: García de Farfán, *Tratado breve de medicina* (1579), primer libro escrito por un mexicano e impreso en la Nueva España; un tratado de climatología: Diego de Cisneros, *Sitio, naturaleza y propiedades de la ciudad de México...* (1618); el texto más antiguo: Diego Ossorio y Peralta, *Pincipiae medicinae epitome...* (1685). De todas maneras, estos trabajos poco y nada registran acerca de la actividad desarrollada en los primeros hospitales —1529 y 1534—, surgidos como respuesta a las devastadoras epidemias, y donde se estaba produciendo un curioso “mestizaje” entre los métodos curativos de los practicones —“cirujanos”—, la actitud libresca de los “doctores” y los recursos empíricos de tradición indígena. Tiempo después se publica la primera fisiología: Marcos José Salgado, *Cursus medicus mexicanus* (1727); en Nueva York, y recién en 1808 aparecerá una obra equivalente en inglés: *The analytical view of animal economy*. Por lo aquí someramente expuesto podrá advertirse cuán antigua y honrosa tradición posee esta rama de la actividad editorial latinoamericana.

La aparición de la imprenta en el Río de la Plata —escribió Bartolomé Mitre—, es un caso singular en la historia de la tipografía después del invento de Gutenberg. No fue importada, fue una creación original. Nació o renació en medio de las selvas vírgenes [...] con tipos

de su fabricación manejada por indios salvajes reducidos a la vida civilizada con nuevos signos fonéticos de su invención, hablando una lengua desconocida en el Viejo Mundo.

De aquella increíble prensa de madera, material con el cual también se habían hecho los tipos, nos queda un testimonio asombroso: la versión en guaraní de la obra del P. Nieremberg, *De la diferencia entre lo temporal y lo eterno*, con 438 páginas en formato mayor a dos columnas, 43 admirables ilustraciones grabadas en cobre y 67 viñetas e iniciales; impreso en 1705, del libro solo se conocen dos ejemplares.

Mucho se ha escrito y discutido acerca de la originalidad de la cultura latinoamericana como producto del trasplante a nuevas tierras de la europea a través de españoles y portugueses; de todos modos, este trasvasamiento de influencias al Nuevo Mundo, con más las de procedencia indígena y africana, lograron un resultado sobresaliente como lo corroboran las abundantes manifestaciones artísticas, algunas de las cuales mencionaremos enseguida. Apasiona rastrear las rutas culturales —sus cauces, sus meandros, sus despeñaderos—, fundamentalmente las de procedencia atlántica, las que fueron remodelando sus contenidos a medida que se alejaban de los litorales marítimos, es decir, al paso que se iban americanizando. Que la siembra se hizo en campo fértil lo prueba el hecho de que, por planicies y por quebradas, floreciesen renovados el romancero, las consejas, los proverbios, la música y las danzas peninsulares. Señala Silvia Zavala, con referencia a los primeros siglos de la Colonia, que la integración de esos diferentes elementos fue mayor en “los niveles ‘populares’ de la cultura donde el proceso alcanzó por primera vez manifestaciones integradas y fructíferas”. En cambio, la indecisión entre el empleo del latín y el de la lengua española parece haber conspirado contra el logro de idénticos resultados en los sectores “cultos”. Una persistente asincronía, por su lado, explica otras notas características del desenvolvimiento del Nuevo Mundo.

El arribo de Cristóbal Colón a la isla de Guanahaní el 12 de octubre de 1492 inaugura un proceso de trascendencia universal.

Francisco López de Gómara, mediado el siglo XVI, lo consigna en un juicio no exento de apasionamiento: “La mayor cosa después de la Creación del mundo sacando la encarnación y muerte del que lo creó, es el descubrimiento de Indias”.

A partir de entonces se registra una vasta producción de índole testimonial consistente en cartas, relaciones, informes, crónicas, enviadas a las autoridades seculares o religiosas y luego, en muchos casos, impresas. A medida que transcurre el tiempo, si bien por momentos pierden espontaneidad, se advierte un mayor cuidado por la forma; ya no serán exclusivamente soldados o funcionarios quienes redactarán los ásperos manuscritos, tantas veces humillados por ruda y vacilante caligrafía; el virus de la preocupación por el estilo tampoco dejará de hacer estragos: jactancia, afectación, énfasis deslucirán el efecto de muchas páginas redimibles. De todos modos, como trasfondo siempre estará presente el contrapunto entre los mitos (el Paraíso Terrenal, la Fuente de Juvencia, El Dorado, las Amazonas, la Ciudad de los Césares, etcétera) y la realidad (aquella naturaleza desmesurada e irreductible a las clasificaciones de Plinio o Dioscórides); y del entrevero emergerá más tarde la curiosidad científica sin poder decidir a veces cuáles datos estaban más cargados de subjetividad. Llegada es la hora de los letrados que se agolpan en torno de las cortes virreinales. En síntesis, aquellos tres siglos de colonización registran expresiones significativas y hasta perdurables.

Inicia Colón esta temprana historia literaria con su prosa estremeada y emocionada:

Me pareció que era gente muy pobre de todo. Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más que una harto moza y todos los que yo vi eran ro'ancebos, qu ninguno vide de más de treinta años: ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo, y se cortaban con ignorancia.

Pero Vaz de Caminha parece el equivalente de Colón en el área de la lengua portuguesa; en su animada *Carta a Don Manoel sobre el*

descubrimiento de la tierra nueva (10 de mayo de 1500) corrobora el juicio citado: “La inocencia de esta gente, Señor, es tal, que la de Adán no sería mayor”. Y enseguida su prosa se torna coloquial: “Y creo, Señor, que hasta aquí no le he contado a Vuestra Alteza la configuración de sus arcos y saetad’.

Fray Bartolomé de las Casas, polemista indómito, dejó miles de páginas con juicios rotundos y vehementes; manifestó un alto sentido humano y político como defensor de la dignidad del indígena, y manejó un español apasionado, conciso, exigente y exigido: “Que Vuestra Alteza me imparta el auxilio del brazo real, dado e impartido, sin palabras equívocas, sino muy claras y eficaces, simplemente y como quien lo ha ganas de hacer para que haya efecto”. Hernán Cortés también se reveló dotado de poder de persuasión, mostrándose convincente sobre todo cuando trata de allegar agua a su molino. Suyo es el testimonio de la sorpresa de un europeo ante formas y manifestaciones de organización superior; a pesar de su recia psicológica parece intimidado cuando enfrenta tanta magnificencia. Si expresa energía el testimonio del conquistador afortunado, desbaratador de imperios, no menores serán los merecimientos, desde un punto de vista literario, de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, escrita en su vejez, por un duro soldadote que estuvo a su servicio, y luego de una larga y agitada existencia: Bernal Díaz del Castillo, del que observa un crítico sagaz: “hombre del vulgo, democratiza la historiografía —y quien escribe—: Y digo otra vez que yo, yo y yo, dígalo tantas veces, que soy el más antiguo [conquistador] y lo he servido como muy buen soldado a Su Majestad”.

De la monumental *Historia general y natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, escribe Alberto M. Salas: trabajo “minucioso, colorido y excepcionalmente sensual”.

Si bien posterior, injusto sería omitir aquí a otro Cronista Mayor de Indias, Antonio de Herrera, autor de la voluminosa *Historia general de los hechos castellanos, en las islas, y Tierra Firme del Mar Océano*. Por su lado, la *Historia general de las cosas de la Nueva España*, del nobilísimo fray Bernardino de Sahagún, que además del mérito

singular de haber sido escrita en lengua náhuatl y solo después vertida al español, es una suerte de contracrónica, es decir, de crónica casi vuelta del revés que permite transmitir la “visión de los vencidos”, si no auténtica, por lo menos mucho más comprensiva del proceso del cual era testigo de excepción. Desplazamos, para no recargar este pórtico con demasiadas figuras sobresalientes, a Pedro Cieza de León y a Agustín de Zárate, del área peruana; al humanista, conquistador y fundador de ciudades Gonzalo Jiménez de Quesada; al apasionado fray Gaspar de Carvajal, “con su río grande de las Amazonas”; o las desventuras de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Para retornar al territorio portugués con el P. José de Anchieta, enciclopédico y políglota; con Manuel de Nóbrega, cuya *Información sobre la tierra de Brasil* conserva interés y posee merecimientos literarios y con Fernando Cardim S. J. y Gabriel Soares de Sousa cerramos esta lista harto incompleta de algunos de los más notables testimonios del siglo.

Esta primera etapa culmina con una obra literaria de excepcionales merecimientos artísticos: *La araucana* de Alonso de Ercilla y Zúñiga, que concitó después muchos seguidores e imitadores, aunque ninguno alcanzó su rotunda grandeza.

Fue —escribe Enrique Anderson Imbert— la primera obra en que el poeta aparece como actor de la epopeya que describe por lo tanto la primera obra que confirió dignidad épica a acontecimientos todavía en curso; fue la primera obra que inmortalizó con una epopeya la fundación de un país moderno; fue la primera obra de real calidad poética que versó sobre América; también fue la primera obra en que el autor, cogido en medio de un conflicto entre ideales de verdad e ideales de poesía se lamentaba de la pobreza del tema indio y de la monotonía del tema guerrero y nos revela el íntimo proceso de su creación artística.

Todo lo que llevamos dicho relativiza las segundas partes del juicio del P. Juan de Mariana: “Y eran en sus hazañas largos para facellas, cortos para contallas”, como asimismo el de Juan Rodríguez de León: “Como de las Indias solo se apetece plata y oro, están los escritores

tan olvidados como sus historias poco vistas”. A siglos de distancia dichas “historias” se reeditan, se leen y se estudian, aunque sus autores nunca hayan percibido sus derechos... pero sus réditos pertenecen a toda la comunidad hispanolusoparlante, mucho más amplia de la que imaginó el prólogo de la *Gramática sobre la lengua castellana* que hizo el maestro Antonio de Nebrija, en 1492: “siempre la lengua fue compañera del imperio”.

Numerosos fueron los protagonistas, actores o testigos que dejaron sus rastros en las letras españolas, aunque su experiencia fuese americana; en cambio, pertenece al Nuevo Mundo —si bien escribió en España sus obras superlativas—, el más grande escritor de la Colonia: el Inca Garcilaso de la Vega, “varón insigne digno de perpetua memoria, ilustre en sangre, perito en letras, valiente en armas”, como reza la lápida funeraria que conserva sus restos en la Catedral de Córdoba (España). Asegura su gloria el libro impreso en Lisboa:

Primera parte de los Comentarios reales, que tratan del origen de los Incas, reyes que fueron del Perú, de su idolatría, leyes y gobierno, en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas y de todo lo que fue aquel Imperio y su República, antes que los españoles pasaran a él (1609) y cuya segunda parte se denomina: Historia general del Perú trata del descubrimiento dél, y cómo lo ganaron los Españoles. Las guerras civiles que hubo entre Pizarras y Almagras sobre la partija de la tierra. Castigos y levantamientos de tiranos y otros sucesos particulares que en la Historia no contienen (Córdoba, 1617).

Varias notas podrían caracterizar este aporte único: la autenticidad de quien se ha propuesto testimoniar el enfrentamiento de dos grandes culturas (y a ambas pertenece por sangre su autor), el que asume su condición de criollo o mestizo con absoluta naturalidad; la cuidadosa documentación; su memoria prodigiosa; su prosa traspasada de ternura, rigor, precisión, armonía; su nostalgia sin debilidad y rebeldía sin estrépito.

En el extremo septentrional del Imperio y salteando tantos nombres ilustres como el de Juan Ruiz de Alarcón, quien por su obra

concierno a España, recordemos otra figura genial: sor Juana Inés de la Cruz, conocida ya en vida como la Décima Musa. La crítica moderna, y aún más la contemporánea, la sitúa entre los grandes artifices de nuestro idioma. Inspirada siempre por la gracia, se movió entre el lenguaje culto y erudito de los temas teológicos y la frescura incomparable de los metros y la lengua populares sin desdeñar las aportaciones indígenas ni las africanas. Octavio Paz, autor de la biografía *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*, ha dicho que es la primera en todo el continente “que defiende el derecho de las mujeres a participar de la cultura”.

En una sociedad tan fracturada como la colonial, se fue abriendo un abismo entre el idioma culto y el popular, entre la lengua retorcidamente barroca de un Pedro Peralta Barnuevo (“monstruo de erudición” fue llamado) y la popular y picaresca de Juan de Caviedes (“Y verás que en burlas nadie con tal propiedad ha escrito”). La Emancipación que se avecinaba salvará la unidad de la lengua al derribar barreras con la homogeneización de la sociedad.

Una dimensión de sobresaliente importancia adquiere la política educativa española que, si bien en sus inicios se confunde con la evangelización, reviste rasgos originales que la singularizan de los criterios adoptados a lo largo de las centurias por otras empresas colonizadoras. Aludimos fundamentalmente a la temprana erección de la universidad, que si bien era una institución transplantada, persigue como objetivo formar *aquí* una nueva clase dirigente: religiosos y administradores fieles a la Iglesia y a la Corona. La lusitana, por el contrario, querrá formarla en la propia Metrópoli y no erigirá ninguna en sus dominios. Con certeza podemos datar las más tempranas altas casas de estudio del Nuevo Mundo: San Marcos (12 de mayo de 1551), México (21 de septiembre del mismo año); por su lado, Santo Domingo alega prioridad cuando esgrime en su favor una bula de 1538 y las fechas se tornan muy sugestivas si reparamos en que Harvard, la primera de los Estados Unidos, es de 1636.

La por momentos brillante universidad del barroco se fue agotando con el transcurso de los siglos debido a una pluralidad de factores,

entre los cuales mencionaremos el predominio del latín en detrimento de la lengua materna, sus métodos memorísticos, el firme principio de autoridad y, sobre todo, su incomunicación con amplios estratos de la sociedad y su indiferencia hacia los problemas suscitados por la estructura productiva. Escasa relación podría establecerse entre la actividad de los claustros con los avances científicos, vinculados estos más bien a las expediciones, observatorios, escuelas especializadas o instituciones como los Consulados o Sociedades de Amigos del País, etcétera. La expulsión de la Compañía de Jesús, baluarte de la ortodoxia que ocupaba un lugar preponderante en el sistema educativo, significará una inflexión en la materia. Los indicios de secularización serán crecientes tanto desde el punto de vista institucional (el peso del Estado irá en aumento), como así también crecerán el interés y prestigio de ciertas corrientes del pensamiento moderno; entre otras, nuevas ideas se irán abriendo paso, las de libertad y de felicidad quizás sean las más significativas.

Desde otro ángulo, digamos que el desafío conceptual que significó “internalizar” la imagen y el conocimiento geográfico del Nuevo Mundo puede seguirse, deleitosamente, a través de la decorativa cartografía, desde los torpes mapas coloreados del siglo XVI hasta los del XVIII recargados de figuras alegóricas y donde todavía gran parte del territorio americano se llama Pays de las Amazonas o Terra Incógnita. Otro tanto podría manifestarse de las abundantes láminas que, incorporadas a centenares de libros, pretendían ilustrar los planos de las ciudades, tipo y escenas, cuando no representaciones de la fauna y la flora. Se estaba emergiendo, laboriosamente, de un universo de leyendas y quimeras.

La Ilustración, “verdadero estado de espíritu”, se caracteriza por su confianza en la razón (que sus adeptos se complacían en escribir con mayúscula), su activo optimismo y su antitradicionalismo, de donde surge su crítica cada vez más enérgica, en Francia, por ejemplo, de la sociedad de la autoridad, de la moral pública y privada, aunque amortiguada y demorada al sur de los Pirineos.

Con el arribo al trono de la dinastía borbónica —y particularmente a partir del reinado de Carlos III—, aquellas ideas se propagan con intensidad creciente en España y luego en el vasto imperio colonial; comienza entonces a percibirse un esfuerzo por “modernizar” la administración pública, proceso caracterizado en América por reformas institucionales y por la liberalización gradual de la vida económica y cultural. Por lo que a esto último se refiere, uno de sus instrumentos fundamentales fue el periodismo, que hace su modesta presentación luego de aquellas manifestaciones esporádicas que fueron las hojas sueltas, boletines, volantes, anuncios, etcétera Su primera muestra: La *Gazeta de México*, y noticias de la Nueva España, que apareció el 1° de enero de 1722, aunque de corta vida, fue seguida luego por otra de existencia más prolongada: *Gazeta de México* (1728-1742); la historia registra una tercera *Gazeta* (1784-1810). Además de aquéllas aparecen el *Diario literario de México*, dispuesto para la utilidad pública a quien se dedica (1768) y el *Mercurio Volante con noticias importantes y curiosas sobre varios asuntos de física y medicina* (1772-1773) editados respectivamente por José A. Alzate y Ramírez y José Ignacio Bartolache, dos sabios de excepción. Guatemala es la segunda ciudad latinoamericana que tuvo el privilegio de poseer su propia publicación periódica: *Gazeta de Goathemala* (1729-1731).

El primer cotidiano de América Latina será el *Diario de Lima curioso, erudito, económico y comercial* (1° de octubre de 1790-26 de septiembre de 1793), empresa hazañosa habida cuenta de las circunstancias y las dificultades, sobre todo en materia de abastecimiento de tipos y de papel; estuvo precedido por un periódico: *Gazeta de Lima*. De todos modos, la publicación más importante fue el *Mercurio Peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da a luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima* (1791-1795), que reunió un grupo de colaboradores de excepción y logró un alto grado de inquietudes intelectuales.

La Habana tuvo su primer periódico en 1764, Bogotá en 1791, Quito en 1792, Buenos Aires en 1802, Montevideo en 1807, y Caracas al año siguiente, cuando también aparece la *Gazeta de Río de Janeiro*.

Esta nómina, con seguridad incompleta, señala apenas algunos hitos y deja de lado muchas otras iniciativas empeñosas y fecundas. Todo aquel periodismo —citado o no aquí— ofreció, en distinto grado y con diferente energía, un material excepcionalmente valioso: análisis de la realidad y señalamiento crítico de las posibilidades de superar las inadecuaciones sociales, económicas y culturales. Prácticamente hasta la independencia, sabido es, no serán abordados de manera frontal los temas políticos ni religiosos. Además predicará, no sin osadía muchas veces, soluciones “salvadoras”: educación, diversificación productiva, dignificación de la idea de trabajo, participación creciente de la mujer, importancia de la ciencia y, en bastante menor escala, denuncias acerca de los “descuidos” o “abusos” de las autoridades procedimientos que hoy, eufemísticamente, denominamos “desprolijidades”. En suma, por su prédica e influencia imprimió nuevos rumbos al entendimiento activo de la realidad del Nuevo Mundo (en la mayoría de los casos nos brindará una “visión criolla”) y, en la práctica, nos instala en el siglo XIX.

El periodismo constituye un excelente indicador de la introducción y propagación de las ideas “ilustradas” y de otras corrientes afines. Parejo alcance quizá se le deba atribuir a las grandes expediciones científicas, muchas de ellas alentadas por la misma Corona, que contribuirán a conocer mejor los cielos, la geografía, la flora y la fauna de la región y, sobre todo, el avance de las ciencias en general, expresado por una actitud más moderna y el convencimiento de su utilidad pública y práctica. Desde Charles La Condamine, para adoptar un punto de referencia significativo, hasta Alexander von Humboldt, pasando por Hipólito Ruiz y José Pavón, la muy notable de Alejandro Malaspina, la extraordinariamente fecunda “Expedición Botánica” que encabezó el P. Celestino Mutis y suele considerarse como una suerte de renacimiento de la vida cultural de la Nueva Granada, Félix de Azara y tantos otros, la lista abunda en nombres significativos. Poco grato, pero justo, es recordar que una gran masa del material reunido por aquellos científicos sigue en parte inédita cuando no se ha extraviado como consecuencia de intrigas o necesidades burocráticas.

En siglos posteriores los viajeros extranjeros —en su mayoría ingleses y franceses— nos brindaron, a través de sus libros, riquísimos testimonios de la vida rural y urbana; aunque no siempre objetivos —o, dicho con otros términos, al servicio de intereses políticos y comerciales de otras potencias—, enriquecieron la imagen histórica de las sociedades que recorrieron, y hoy se leen con innegable deleite, además de servir de fuentes documentales.

Entre los numerosos viajeros-naturalistas, recordemos a los que recorrieron Brasil como von Spix y von Martius.

Menos originales fueron las ideas filosóficas, situación entendible fácilmente si advertimos la falta de autonomización de la disciplina y su subordinación a la teología, pero, de todos modos, paulatinamente hombres como Juan Benito Díaz de Gamarra o el P. Agustín Caballero y otros, contribuyeron a naturalizar aquí un pensamiento a través de la secularización y la actualización de instrumentos conceptuales algo anacrónicos, si los comparamos con el clima cultural europeo contemporáneo. Gracias a aquel puñado de precursores se tornarán familiares —por lo menos para ciertos sectores de la población urbana, donde surgían nuevos grupos sociales más sensibles a las “novedades” que los tradicionales— los nombres de Descartes, Gassendi, Newton, y más tarde Grocio, Rousseau, Condillac, los enciclopedistas, etcétera, y a quienes injusto sería no sumar el nombre del P. Benito Jerónimo Feijoo, docto y notable adelantado.

Sin subestimar en modo alguno los alcances y gravitaciones muchas veces decisivos de los factores locales e internacionales habitualmente empleados para explicar tanto los prolegómenos como el proceso mismo de la emancipación, mencionemos que muchas de las ideas y alternativas entonces conocidas respondían a la prédica del meritorio periodismo de la segunda mitad del siglo XVIII y primera década del siguiente, a los libros que a la sazón circulan con “novedades” políticas e ideológicas del Viejo Mundo y también de los Estados Unidos (en particular, corrientes de pensamiento vinculadas a las revoluciones norteamericana y francesa). Son los años de las polémicas entre “jacobinos” y “modernos”, sobre un trasfondo

donde aún pesaban los movimientos tradicionales, si bien estos, en actitud defensiva. Y las bibliotecas (“La dotación original de la llamada Biblioteca Palafoxiana —del siglo XVII— fue de 12 536 volúmenes escritos en nueve lenguas”), cada vez más abundantes y con un número creciente de ejemplares, ya que el comercio librero estaba liberalizado; allí se conservaban y desde allí circulaban obras de importancia para los grupos de interesados. En este sentido, ya disponemos de estudios, aunque escasos aún, donde se analiza, por ejemplo, la distribución regional de los colaboradores y la de los suscriptores de publicaciones como el citado *Mercurio Peruano* y, por supuesto, se incorporan indicadores tales como los temas de los artículos, de donde puede inferirse su influencia y su área de propagación.

La Independencia fue un proceso arduo, prolongado y con altibajos alteradores, que significó un desplazamiento poblacional, económico, social y cultural. Si bien en distinto grado, por doquier se trastornaron las formas de organización institucional, características de aquella pretérita estructura colonial que perduraba; las consecuencias de estas guerras provocaron una serie de crisis crónicas que desembocaron en la mayoría de los casos en luchas civiles. De todos modos, podríamos singularizar dicha etapa como la del dificultoso tránsito que lleva del súbdito al ciudadano con todo lo que esto implica, y con los consiguientes requerimientos que plantea el sistema educativo y cultural, pues las ideas “ilustradas” conservaban prestigio y se les continuaba atribuyendo la importancia que los menguados recursos humanos y económicos apenas permitían concretar; pero a su vez, en el heredado racionalismo se advierten injertadas sensaciones y sentimientos que desembocarán en el romanticismo del período posterior con su componente de liberalismo. De todos modos, las alternativas simplificadoras siempre evocarán las contradicciones entre continuidad y ruptura, entre tradición y renovación. Pero quizás haya que mencionar aquí muchos otros factores habitualmente desatendidos, como la sustantiva modificación y la ampliación decisiva de los públicos interesados y, al mismo tiempo, mucho más politizados. Esta politización se ahondará a partir de

mediados del siglo XIX, cuando se acentúen los enfrentamientos entre los sectores genéricamente llamados “liberales” y “conservadores”. Pero no nos anticipemos.

Las ideas circulantes y los movimientos políticos coadyuvaron a disolver las castas, proceso que coincidía con la asimilación creciente de las tendencias igualitarias (y desde luego antiesclavistas, con la notable excepción del Brasil donde estas aparecerán mucho más tarde; en el Caribe, en cambio, la situación es más compleja). Todo este clima impulsó a postular una sociedad más homogénea, por lo menos desde el punto de vista jurídico, aunque las rigideces perdurasen agravadas por el abismo entre población rural y urbana, de tan desperejo desenvolvimiento. Asistimos, además, a la disolución paulatina de los añejos prejuicios contra el trabajo manual. En suma, las guerras y sus secuelas modificaron las condiciones en que se desarrollaba el quehacer cultural; el empobrecimiento del Estado disminuye su papel como constructor y promotor en el terreno de las artes, y con la Iglesia ocurre otro tanto: esta dejó de ser, como lo había sido hasta entonces, factor preponderante en el estímulo a las artes plásticas. En otro terreno comenzarán a percibirse esfuerzos que culminarán con iniciativas notables como fueron las grandes revistas, tal es el caso de la *Biblioteca Americana* (1823) y el *Repertorio Americano* (1826-1827), si bien ambas impresas en Londres.

Hay modificaciones sensibles en el quehacer literario, pues ya había aparecido la primera novela: *El Periquillo Sarmiento*, de José Joaquín Fernández de Lizardi. En poesía, predominan las odas y las silvas: José Joaquín de Olmedo, “La victoria de Junín. Canto a Bolívar”; José María Heredia, “En el teocalli de Cholula” y “Oda al Niágara”; Andrés Bello, “Alocución a la poesía” y “A la agricultura de la zona tórrida”, composiciones donde pueden advertirse, ya desde sus mismos títulos, los temas heroicos, la reivindicación del indio y el redescubrimiento de la naturaleza; desaparecen en cambio los temas cortesanos y las alusiones mitológicas. Pero quizás lo esencial sea el esfuerzo por alcanzar lo que en aquel momento se denominó “la emancipación mental”, o enunciado en otros términos menos

retóricos, una propuesta de autonomización que expresase mejor el nuevo ambiente y sensibilidad emergentes. Juan María Gutiérrez manifiesta esa actitud al rechazar el diploma que la Real Academia Española le había otorgado. Asistimos al incremento de voces —casi un coro— cada vez más influyentes que clamaban por “poner el reloj en hora”, como solía decirse, para acompasarse con los sucesos y corrientes europeas, cuyos ecos llegaban todavía preocupantemente rezagados al Nuevo Mundo, aunque de todos modos el romanticismo arribó a estas playas antes que a España; lo prueba la obra de Esteban Echeverría. Este movimiento literario culminaría más tarde con *+María* de Jorge Isaacs (1867).

Paulatinamente, la incierta situación latinoamericana (donde Brasil mantiene su singularidad puesto que su monarquía esclavista sustentaba un orden que diversos movimientos empezaban a inquietar o a socavar), se va encauzando hacia un proceso de institucionalización llamado, según los países, de “reforma” u “organización”, cuyos designios apuntan al logro de una normalidad a través de la sanción de constituciones y códigos, y una aproximación a la estabilidad en la vida política. En la práctica, el usufructo de grandes extensiones de tierra los diezmos y otros privilegios se habían extinguido, pero no sin antes generar conflictos con la Iglesia, los que se intensificarían en las décadas siguientes, durante las cuales asistiremos al estrepitoso enfrentamiento entre los “conservadores” y los “liberales”, y las medidas secularizadoras por estos últimos serán favorecidas y adoptadas.

Desde luego no eran aquellas condiciones propicias para el desarrollo cultural, pues ni el Estado como tampoco la Iglesia estaban en condiciones de financiarlo. De todos modos, cabe rescatar ciertas iniciativas que por sí mismas denuncian las potencialidades ínsitas en aquellas sociedades desgarradas, cuando no desorientadas¹ por enfrentamientos fraternos. Nos referimos a dos de ellas. Así, la publicación en 1846, por parte de Juan María Gutiérrez, de la *América Poética. Colección escogida de composiciones en verso escrita por americanos en el presente siglo con noticias biográficas y juicios*

críticos (en Valparaíso, a partir de 1846) es la primera antología de la poesía continental cuyos valores intrínsecos realzan las distancias geográficas y culturales que debieron vencerse para superar el aislamiento entre los países y los creadores, y las dificultades consiguientes para obtener informaciones, libros y revistas; tuvo temprano reconocimiento al merecer los honores del plagio. La otra iniciativa aludida está constituida por los diez volúmenes en formato mayor del *Diccionario universal de historia y geografía* (1853-1856), publicado en México y dirigido por el polígrafo y bibliófilo Manuel Orozco y Berra, acompañado en su tarea por un selecto grupo de colaboradores. Contemplada desde nuestros días, la hazaña parece asombrosa por la inversión y el esfuerzo requeridos, como así por el clima cultural desfavorable, poco interesado en iniciativas de esta índole. Desde luego que esta singular empresa de editores-impresores no surgió de la nada: en la antigua capital de la Nueva España ya se habían multiplicado el número de establecimientos gráficos y de molinos de papel. Otras empresas dignas de recordación la precedieron; así fue posible la reedición del *Quijote* (1839), la primera realizada en estas tierras; o la impresión de *Pablo y Virginia* (1843) con hermosas litografías; otras la acompañaron: *Los mexicanos pintados por sí mismos* (1854-1855) y *México y sus alrededores* (1855-1856).

Los para entonces nuevos procedimientos gráficos (en particular la litografía) permitieron dar a conocer los *Calendarios de las señoritas mexicanas*, ahora joyas apetecidas por los coleccionistas y bibliotecas extranjeras, como también lo son el *Presente amistoso de las señoritas mexicanas* de la hoy célebre imprenta de Ignacio Cumplido y que lo recuerda José Luis Martínez, “se destacaban por su refinada tipografía, sus delicadas ilustraciones y sus orlas coloreadas)). En el otro extremo del continente las recientes técnicas posibilitaban la impresión de los trabajos de César Hipólito Bacle, Carlos E. Pellegrini y Carlos Morel, entre otros artistas más modestos, con realizaciones de sobresaliente interés iconográfico, parejo al que poseen los de Claudio Linati, *Trajes civiles, militares y religiosos*

de México que, si bien impresos en Europa, justo es recordarlos aquí por haber introducido las técnicas; y otros hoy tan cotizados como *México y sus alrededores. Colección de vistas, trajes y monumentos*, y por supuesto Johann Moritz Rugendas, quien recorrió América desde México hasta la Argentina.

La multiplicación de libros atrajo el interés de una serie de estudiosos —con sus precursores meritorios— quienes volcaron todos sus recursos, afanes y tiempo en la confección de sendas bibliografías que permitieron ir inventariando, con criterios cada vez más rigurosos, el patrimonio de las publicaciones realizadas en nuestros países durante las centurias pasadas. Hasta fines del siglo XIX merecen recordarse en este campo los nombres muy encomiables de E. M. Beristain y Sousa, J. J. de Eguiara y Eguren, Joaquín García Icazbalceta, Juan María Gutiérrez, Bartolomé Mitre, Gabriel García Moreno y, el más importante de todos: José Toribio Medina. Acompañaron estos ingentes esfuerzos otros realizados en el extranjero, y entre los cuales solo citaremos a la Bibliotheca Americana Vetusissima de Henry Harrisse, varias veces reeditada con adiciones.

Los años conmovidos que abarcan las guerras civiles y la consolidación de las nacionalidades fueron ricos en producción intelectual, no así en la artística. La crisis institucional, la búsqueda de aplicaciones y rumbos parecen haber estimulado las más penetrantes incursiones por el mundo de las ideas y de la creación literaria. Son de entonces libros tan representativos de nuestra trayectoria cultural como *Civilización y barbarie: vida de Juan Facundo Quiroga* —universalmente conocido como *Facundo*— de Domingo Faustino Sarmiento, alegato y cuadro de costumbres, interpretación sociológica y filosófica de nuestro desenvolvimiento, “programático y profético”; la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los americanos* de Andrés Bello, sin disputa la más importante sobre nuestro idioma, publicada durante el siglo XIX y la madurez de un género literario¹ la poesía gauchesca, que culminó con el *Martín Fierro* de José Hernández, obra de inmediata y notable repercusión popular y tardío reconocimiento de sus valores estéticos.



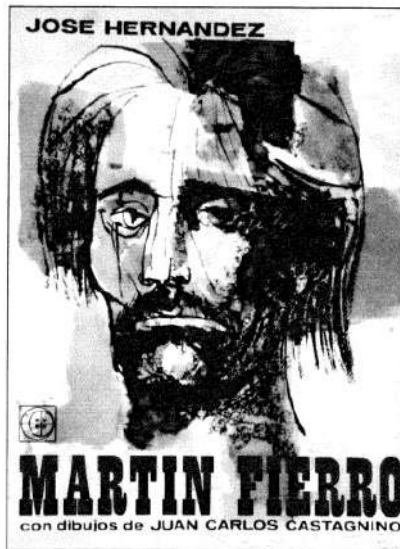
Tapa del *Códice Zouche-Nuttall*. *Crónica mixteca: El rey 8 Venado, Garra de Jaguar y la dinastía de Teozacualco-Zaachila.*



Páginas del *Códice Zouche-Nuttall*.



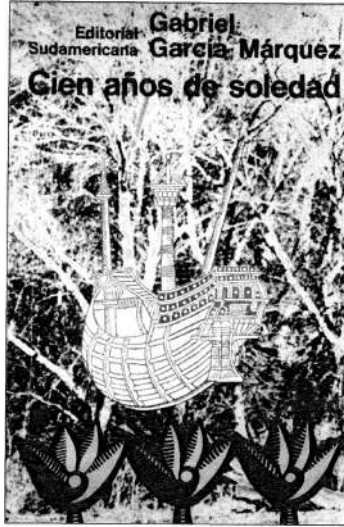
Tapa de *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega, 1609.



Tapa de *Martín Fierro* publicado por Eudeba.



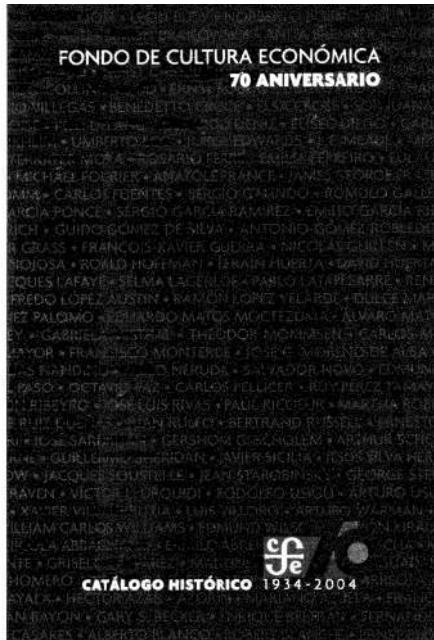
Tapas de la revista cubana *Orígenes*.



Tapa de la primera edición de *Cien años de soledad*.



Ilustraciones de literatura de cordel.



Tapa del catálogo histórico del Fondo de Cultura Económica, correspondiente al 70 aniversario.

En algunos países se reorganizan las universidades y surgen renovadas instituciones como observatorios, sociedades científicas, museos, etcétera; la polémica sobre el evolucionismo está de moda. De aquella época son también nuestros grandes historiadores clásicos, como los mexicanos Lucas Alamán y José María Luis Mora, el venezolano Rafael María Baralt, los argentinos Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, el cubano José Antonio Saco, los chilenos Diego Barros Arana, Benjamín Vicuña Mackenna, quienes sentaron los basamentos científicos de la disciplina, de rigor doctrinario y metodológico, y que, más allá de sus valores intrínsecos, sirvieron al propósito de consolidar sus respectivas nacionalidades. No menor trascendencia tuvieron Carlos Calvo, Luis María Drago y Genaro Estrada, autores de sendas doctrinas que enriquecieron el derecho internacional público.

Toda esta influyente producción abre las puertas a la literatura de ideas, a los “pensadores”, precedidos en sus respectivos países por Tobías Barreta de Menezes, Raimundo Farías Brito, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos, Enrique José Varona, quienes favorecerán la conformación del intelectual, rumbo donde se insertarán hombres de aguerrida militancia como José Ingenieros, José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui; de vasta y perdurable influencia continental, escoltados por el singular José Enrique Rodó, cuyo arielismo alcanzó tanto predicamento. Quedan inaugurados así promisorios horizontes que recorrerán las próximas generaciones, tras los pasos de Alejandro Korn, Carlos Vaz Ferreira, Alejandro O. Deustua, y en las que sobresalen Francisco Romero, José Gaos, Leopoldo Zea, quienes dieron prestigio universal al pensamiento latinoamericano y a quienes ya podemos calificar como profesionales de la filosofía. (*Dianoia. Anuario de filosofía* acaba de cumplir medio siglo de vida ininterrumpida.)

Durante la etapa que se ha convenido en denominar de “modernización” —cuyos límites son tan difíciles de definir como los de cualquier otra, pues depende de los criterios de periodización admitidos o de las teorías sociológicas adoptadas— se encaran políticas educativas que interesan a sectores cada vez más amplios de la población, y a cargo en forma creciente del Estado como parte del proceso de secularización de la vida pública y privada; súmese a ello la incorporación paulatina de la mujer a la vida extrahogareña. Y todo este fenómeno se acompasa con otro de idéntico signo que prevalece en Europa Occidental. Son también estos los años de esfuerzo por estructurar verdaderos sistemas educativos, muchas veces a partir de la nada, y sancionar una incipiente legislación que por lo menos reconociese el propósito de propagar la buena nueva del alfabeto y la necesidad de formar ciertos profesionales. Mucho más tímidamente se habla de investigación, cuyo proceso de institucionalización será bien posterior; más aún, todavía está inconcluso en nuestros días en muchos países. Colegios secundarios, escuelas técnicas y normales,

y más en particular, universidades, adquieren un papel significativo y se van apreciando como canales de ascenso y de prestigio social.

Como síntesis —escribe un estudioso del tema—, puede afirmarse que los progresos en materia de educación primaria en toda América Latina estuvieron en relación, más que con la intensidad de las prédicas o la amplitud de las expectativas o las audacias en materia legislativa, con el desarrollo económico y social [diversificación productiva, urbanización, etcétera] y los requerimientos que suscitaba. Esto implica los retrasos y los adelantos relativos de algunas regiones y de ciertos países con respecto a otros. Y también los términos con que se replanteará el problema durante las décadas siguientes.

Campañas educativas de vastos y perdurables alcances, exitosas como las de Sarmiento en la Argentina (quizá la figura más sobresaliente de esta política educativa, con precursores que sería injusto omitir como Simón Rodríguez) y que trascendió en varios países, o con efecto retardado en otros, aunando al desarrollo de las ciencias naturales (inscriptas, como se ha señalado, dentro de una concepción francamente positivista, donde palabras como “progreso” eran esenciales) estimularon las demandas en materia de libros de texto, manuales, mapas, material didáctico, etc... satisfechas casi siempre desde el extranjero: desde Francia (Bouret, Ollendorf, Garnier, Hachette) desde Inglaterra (Ackerman), desde los Estados Unidos (Appleton) y, a pesar de las afinidades idiomáticas, en menor escala desde España.

Durante el proceso de estructuración de los Estados —sacudidos por guerras civiles, inestabilidad institucional y escasez de recursos— la ciencia y la técnica asomaron sobre todo a través de los estudios de las entonces llamadas “ciencias naturales”, expediciones y exploraciones, desarrollos apreciables en medicina e ingeniería, la creación de observatorios astronómicos, institutos o sociedades especializados, etcétera, que muy tardíamente alcanzaron organización formal, aunque interrumpidos muchas veces estos procesos por circunstancias políticas. A ello habría que agregar las publicaciones,

en parte valiosas aunque siempre efímeras. Estas discontinuidades o fracturas conspiraron contra la formación de una rigurosa y fecunda tradición.

De todas maneras, sobresalen por su fuerte vocación y esfuerzo personal algunos nombres que la historia debe recoger: Francisco Javier Muñiz, Carlos Juan Finlay, Florentino Ameghino, Luis Agote, Osvaldo Goncalves Cruz, Carlos Chagas, entre otros.

Décadas después comenzará a modificarse el panorama: el quehacer científico se institucionaliza a través de las universidades, consejos de investigación, academias, cuya mención excede el objetivo del presente panorama y culmina con los Premios Nobel mencionados más adelante.

Paulatinamente irán ocupando el escenario latinoamericano las llamadas “elites modernizadoras”, cuyas deidades eran desconocidas durante el siglo XIX: “los caminos de hierro” y sobre todo la “locomotora”, el buque de vapor, el telégrafo, el teléfono, etcétera. Pero también algo más humano, aunque abstracto: un proyecto implícito de “crecimiento hacia afuera”, es decir, de incorporación al mercado internacional donde se veneraban la libra esterlina y el patrón oro; esta situación se traducirá en una relativa estabilidad económica, por momentos con crecimiento cuantitativo, que encauzó corrientes de capitales y de hombres y multiplicado endeudamiento externo. Estos países se encaminaron hacia una suerte de “normalidad” al adoptar como ideario al liberalismo económico (por entonces íntimamente emparentado con la recordada idea de “progreso”), ideología que intentaron compatibilizar con actitudes paternalistas, oligárquicas, cuando no con deslizamientos dictatoriales o autoritarios como los de Porfirio Díaz en México o Antonio Guzmán Blanco en Venezuela; son los años de los “gobiernos fuertes”. Durante ese período se comprueba, en casi todos los casos, una multiplicación de empréstitos extranjeros y políticas de construcción de obras públicas: puentes, caminos, alumbrado, obras sanitarias, estaciones ferroviarias, instalaciones portuarias, edificios monumentales, parques, adquisición de obras de arte en el exterior y abundante mal gusto

distribuido en los nuevos sectores urbanos. La economía registra la impronta inglesa y francesa en la cultura; por eso se habla tanto de “eficacia” o “utilidades” en el primer caso, y de “moda” o “buen gusto” en el segundo.

Los países ofrecían a primera vista paz y prosperidad; de todos modos, más que de libertad, eran tiempos de orden con horizontes promisorios. Figuraba, a la distancia, una inmensa cornucopia. Las clases dirigentes —y muchos de los aventureros y especuladores que atizaban sus quimeras, como el norteamericano H. Meiggs— se habían dejado ganar por el “vértigo de la velocidad”, como a la sazón se decía. Algunos de ellos aparentarán creer que “la ilustración es la verdadera locomotora del progreso”, lo que explica la reiterada legislación educativa, pocas veces convertida en realidad. La modernización —tampoco podía ser de otro modo— afectó la vida cotidiana: vivienda, indumentaria, distracciones; además se leían libros y revistas como nunca había ocurrido antes —*El Cojo Ilustrado* en Venezuela y *Caras y Caretas* en la Argentina— y circulaban entre públicos cada vez más amplios. De todos modos, algunas gentes sensatas mascullaban por lo bajo: “Tanto lujo y tan poco bienestar social”, simultáneamente arrecian las críticas al positivismo. Clarinadas de alerta —de desigual intensidad— frente al ingenioso optimismo difundido por esa “civilización” fueron, en un momento, la Revolución Mexicana y la Reforma Universitaria propagada a partir de Córdoba (Argentina), movimientos ambos influyentes hasta nuestros días.

Por su parte, Brasil ya había registrado con antelación autores como Euclides da Cunha, autor de uno de los libros clave de su cultura: *Os sertoes*, que alguien comparó al *Facundo*; también de perdurable influencia fue la producción de Machado de Assis. Con posterioridad, la novelística de ese país se enriquecerá con los libros de Garcilano Ramos, José Lins do Rego y Jorge Amado.

Sin pretender recurrir a obvios juegos de palabras, digamos que dicha modernización superficial generó un ambiente favorable para el desarrollo del “modernismo”, una suerte de reacción contra los excesos del romanticismo y del realismo. La importancia de esta

corriente podrá apreciarse si decimos que dio, de alguna manera, carta de ciudadanía a nuestra literatura en Europa y se anticipó decididamente a su difusión en España. Adquirió una enorme influencia en la renovación de la poesía y de la prosa en nuestra lengua, innovó tanto el léxico como la sintaxis. Si dejamos de lado sus antecedentes más conocidos —José Martí, “uno de los lujos que la lengua española puede ofrecer a un público universal” será el mayor de todos ellos—, sus nombres de mayor predicamento fueron el nicaragüense Rubén Darío y el uruguayo José Enrique Rodó. Extraña paradoja la de estos dos escritores nacidos en países pequeños y que supieron ensanchar los límites continentales, quizás en una escala sin precedentes en nuestra historia cultural. Pero no se crea que el modernismo, el que a su vez al cabo de pocas e intensas décadas se agotó en refinamientos artificiosos que reclamaron el ventarrón de las vanguardias para disipar su imperio, fue una corriente literaria estricta, pues influyó sobre otras manifestaciones artísticas como la pintura y la música. Algunas interesantes expresiones del mismo perduran en las deliciosas tapas y portadas de muchos libros impresos en ambas orillas del océano y conservan para nosotros aquel estilo, hoy melancólico, cuyas huellas todavía mantienen residencias, muebles y adornos que pudieron sobrevivir a la especulación edilicia y a las subastas.

Como en muchos otros aspectos ya señalados, se advertía una significativa asincronía entre el desarrollo cultural del Brasil y el del resto de Hispanoamérica. Así, más tardío y con otra filiación, el pujante “modernismo” brasileño irrumpe a partir de la hoy famosa Semana de Arte Moderno de San Pablo (1922). Este acontecimiento inaugura una intensa vida cultural y pretende romper con los convencionalismos y academicismos imperantes; sus efectos se harán sentir tanto en la literatura, como en la música y las artes plásticas. Su clima lo habían preparado, entre otros factores, las versiones portuguesas de los documentos más importantes de las vanguardias del Viejo Mundo, tarea que estuvo a cargo, sobre todo, de Oswald de Andrade quien, junto a Manuel Bandeira y Carlos Drummond de Andrade, suelen considerarse sus mayores expresiones.

Se percibe en dicha corriente una actitud enérgicamente antitradicionalista y anticonformista, que los lleva a rechazar al pasado en nombre de un porvenir que avizoran de grandeza y repudiar el artificioso europeísmo. Dos citas —tomadas de Jean Franco— ilustrarán esta posición. Contra el predominio de un conservadurismo lingüístico, esto es, a favor de una renovación del idioma, reivindica Manuel Bandeira: “Todas las palabras, especialmente los barbarismos universales / todas las construcciones, especialmente las sintaxis anómalas / todos los ritmos, especialmente los que escapan a la métrica”. Por su lado, O. de Andrade observó: “Qué somos nosotros, gente de mil orígenes, llegada en mil barcos distintos, sino, por fuerza ineludible, futuristas”. Y dato llamativo de este “modernismo” nacionalista es que sus continuadores, que rechazaron el regionalismo literario, se mostrarán muy permeables a la influencia creciente de la pintura “naïve” y al desarrollo de su músicaailable, a los ritmos de la existencia, ricas expresiones del espíritu brasileño.

Los historiadores, por su parte, contribuyeron —y prosiguen haciéndolo— a consolidar el perfil de sus respectivos países. Hay una rica tradición a partir de Justo Sierra, y más cerca nuestro en el tiempo: Daniel Cosío Villegas, Sergio Buarque de Holanda, José Luis Romero, Armando Donoso, Manuel Moreno Fragnals, Germán Carrera Damas y muchos otros. No menor fue el aporte de los grandes ensayistas para definir la personalidad de la sociedad latinoamericana, señalar problemas e inaugurar horizontes. Alfonso Reyes, Ezequiel Martínez Estrada, Mariano Picón Salas, Gilberto Freire, quienes despliegan el rico camino de la ensayística. Pareja significación tuvo la crítica literaria con Antonio Cornejo Polar, Antonio Cándido y Ángel Rama; los precedieron y en parte coincidieron en el tiempo, Raimundo Lida, María Rosa Lida, Ángel Rosenblat, alejados estos últimos por golpes militares.

En artes plásticas, la crisis de la tradición figurativa europea tanto de filiación neoclásica como realista; las redescubiertas vertientes prehispánicas; el barroco transplantado, cierto es, pero también transfigurado; las vanguardias europeas que comenzaban a

inquietar a los medios artísticos y, en algunos casos, una singular fuente “popular” como la derivada de los admirables grabados de Guadalupe Posada constituyeron el complejo caldo de cultivo de una excepcional pléyade de pintores que fueron logrando sus personales “traducciones” o síntesis para instalarse en una universalidad indisputable, sin dejar por ello de expresar su identidad latinoamericana. ¿Será necesario recordar nombres! ¿Será preciso establecer genealogías o vínculos? ¿O bastará con mencionar algunos? Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfara Siqueiros, Emilio Pettoruti, Frida Kahlo, Tarsila de Amaral, José Luis Cuevas, Roberto Matta, Anita Malfatti, Fernando Botero, Rufino Tamayo, Jesús Rafael Soto, Oswaldo Guayasamín, Lazar Segal, Fernando Szyszlo, Cándido Portinari, Antonio Berni, Joaquín Torres García, Wifredo Lam...

Con la música ocurrió un fenómeno semejante: una maravillosa alquimia ha logrado superar los rasgos folklóricos de procedencia indígena, y también los de origen criollo y africano, como así el experimentalismo de la primera mitad del siglo XX. Estos fermentos plurales explican la vasta obra de Heitor Vila-Lobos, Silvestre Revueñas, Carlos Chávez, Alberto Ginastera, y muchos otros, dotados todos ellos de una notable maestría técnica y original inspiración, lo que genera un nuevo “boom”, musical esta vez, cuyas ondas alcanzan la música popular.

Por su parte, la arquitectura logró una personalidad no menos sobresaliente; basta en este sentido recordar dos obras maestras de desigual magnitud, pero pareja excepcionalidad: la ciudad de Brasilia y el Museo de Antropología de la Ciudad de México. Más aún, algunos de los grandes arquitectos latinoamericanos —Lucio Costa, Oscar Niemeyer, César Pelli, etcétera— han vinculado sus nombres a muchas obras de envergadura levantadas en todos los continentes, lo que confirma la proyección mundial de esta actividad.

El espíritu cuantificador no constituye por cierto una de las virtudes sobresalientes del hombre latinoamericano; lo revelan, entre otros indicadores, las persistentes dificultades para lograr estadísticas fidedignas, comparables y oportunas. Este obstáculo, nada

desdeñable, impide construir en materia editorial cuadros de larga duración con el número de títulos editados, materias, tiradas, destino, etcétera, y algunos otros elementos que favorecerían un mejor entendimiento de esta noble actividad. Pues bien, dicha carencia se agrava si volvemos la mirada hacia el siglo XIX; el muy meritorio aporte de los bibliógrafos en modo alguno puede suplir este vacío informativo ya que son otros sus objetivos. Tampoco podemos apelar aquí a las apreciaciones cualitativas, aunque estas quizá facilitarían establecer alguna relación entre prosperidad y crecimiento cultural, hecha la salvedad de que deben eludirse los vínculos mecánicos que desfiguren la complejidad del tema.

El desarrollo de la actividad editorial debe, de todos modos, conectarse con el incremento de los promedios de escolaridad, el espíritu innovador de los sistemas educativos y los índices de bienestar. Estas condiciones asimismo favorecen el florecimiento de la calidad gráfica e intelectual de la producción, una diversificación de las temáticas abordadas, una búsqueda de otros públicos sin desatender por ello los estratos sociales habituales. Esto induce, entre otras consecuencias, a que se exploren los extremos: libros de lujo para sectores de elevados ingresos y libros populares para generar nuevos lectores, y entre ambos, distintos mecanismos de venta. A todo ello debe sumarse el rastreo de otros mercados, fuera de las fronteras nacionales.

Situaciones desdichadas como las dos guerras mundiales y la civil española favorecieron el desenvolvimiento de la actividad editorial latinoamericana, que crece y madura como una típica industria de sustitución de importaciones. Pronto, y gradualmente, las mismas empresas instaladas en el Nuevo Mundo se “nacionalizan”, es decir, incorporan a sus catálogos autores de los países donde se instalan; más tarde se “latinoamericanizan”, esto es, aquella producción se enriquece con autores y temas de los países con los cuales se estrechan relaciones comerciales. La instalación de sucursales en el extranjero o la mejoría de los servicios de distribución fortalecen dichos vínculos. Ejemplos sobresalientes de estos procesos se registran en la Argentina, Chile, México y, algo más tarde en Venezuela. La carencia

de una industria gráfica especializada y de personal idóneo, como traductores, diagramadores, correctores, etcétera, se va subsanando con el tiempo.

Algunos ejemplos favorecerán este razonamiento un tanto abstracto. Así, la evolución de distintas colecciones como la Austral de Espasa-Calpe o la Contemporánea de Losada nos advierte cómo fueron sustituyendo las traducciones por obras originales escritas en español e incorporando autores clásicos y modernos de nuestra lengua en forma apreciable; se favoreció así una notable integración. Junto al *Poema del Cid* aparece el *Martín Fierro*; a Unamuno o Benito Pérez Galdós se suman nombres como Rómulo Gallegos o José Eustasio Rivera; con “Azorín”, Arturo Uslar Pietri y Germán Arciniegas; al lado de Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Antonio Machado o Jorge Guillén, Pablo Neruda, César Vallejo y otro Guillén americano, Nicolás. También se publican aquí Miguel Hernández, Federico García Lorca, Rafael Alberti, León Felipe, Juan Larrea y otros por entonces silenciados en su patria. La hermandad de las letras y del espíritu se torna cada vez más profunda.

A partir de mediados del siglo XX se multiplica el número de editoriales y el de títulos publicados; también aumentan las tiradas. Se comprueba simultáneamente un proceso de especialización: literatura infantil, diccionarios, enciclopedias, atlas, textos, tratados, ciencias (particularmente medicina, derecho, psicología), arte, etcétera. Todo ello implica un complejo espectro de actividades imposibles de resumir y que requiere un análisis cuidadoso.

Veamos ahora un somero perfil de algunas de las grandes editoriales latinoamericanas.

El Fondo de Cultura Económica, de labor trascendente, inició sus actividades el 3 de noviembre de 1934, como “institución de bien público y de servicio cultural”. Fue su primer director Daniel Cosío Villegas (hasta 1948), y a partir de entonces su orientación quedó en manos de Arnaldo Orfila Reynal (hasta 1965), cuya sobresaliente actividad convirtió al Fondo de Cultura Económica en la editorial más importante de la lengua castellana. Su obra, observó Alfonso Reyes

en su momento, “que comenzó [...] por limitarse a las cuestiones de la Economía Política, se ha extendido en términos tales que abarca ya todos los aspectos del pensamiento humano, y hablar de ella es tanto como hablar del Libro, así, con mayúscula”.

Tan notable ha sido su influencia que hasta llegó a dar carta de ciudadanía a muchas palabras pertenecientes a las jergas técnicas empleadas en las vastas disciplinas que abarca su producción —economía, antropología, filosofía, historia, demografía, clásicos latinoamericanos, etcétera—. Así “Insumo producto”, por ejemplo, nació entre los traductores del Fondo de Cultura Económica; más aún, cosa curiosa, casi podrían darse las fechas y los nombres de quienes acuñaron la expresión.

Los catálogos de su producción —sobre todo el conmemorativo de los 70 años—, por los títulos producidos, la presentación e índices constituyen verdaderos instrumentos de utilidad no solo para los protagonistas del quehacer editorial, sino para estudiosos de la cultura e investigadores de numerosas materias.

Por su interés perdurable en el desarrollo cultural latinoamericano, merecen citarse dos colecciones del Fondo de Cultura Económica: la ejemplar Biblioteca Americana, proyectada por Pedro Henríquez Ureña e iniciada en 1947, y “Tierra Firme”, con 47 y 246 títulos respectivamente aparecidos a la fecha.

Dentro del mismo espíritu de las series citadas juzgamos oportuno señalar la Biblioteca Ayacucho, vasta empresa venezolana de proyección continental y que lleva editados más de 200 títulos. La Unesco, por su parte y con la colaboración de organismos culturales de varios países, alienta una Biblioteca —“Archivos”—, de ediciones críticas de autores latinoamericanos tan infrecuentes aún en nuestro continente, de la que ya aparecieron más de una cincuentena de obras.

En el extremo sur de Latinoamérica, y en respuesta a circunstancias como las antes señaladas, madura, durante la década del 40 del siglo pasado, una importante industria editorial, que responde a ciertas características específicas y ha perdurado durante décadas como “empresa familiar”. El Ateneo, fundada en 1912 como librería

por Pedro García, adquiere vuelo como editorial cuando la situación internacional interrumpe las importaciones. Su producción —3000 títulos, aproximadamente— abarca un vasto espectro de disciplinas, cuya distribución alcanzó todo el continente; en algunas capitales, incluso, instaló sucursales. Contribuyó a la cultura con obras de envergadura y valor sobresaliente, y dedicó especial atención a los libros de medicina, entre los cuales publicó la *Fisiología Humana* de Bernardo A. Houssay, tratado entonces de vanguardia, el que mereció ser traducido a varias lenguas.

Emecé surge en 1939, aunque adquiere su personalidad a partir de 1947, al incorporarse al directorio Bonifacio del Carril. Su sólida presencia en el mercado obedece al hecho de publicar casi todas las obras de Jorge Luis Borges, con diferentes presentaciones —desde el libro de bolsillo a sus *Obras Completas* en un volumen— y casi todo Arnold Toynbee; por haber dignificado el género policial a través de *El Séptimo Círculo*, biblioteca orientada en sus comienzos por Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Hazaña no pequeña fue haber vendido 2 500 000 de ejemplares de *El Principito*.

Un año antes, Antonio López-Llausás —emigrado español de familia con tradición en el quehacer editorial, hombre de visión y garra— supo construir una empresa, Sudamericana, que estructuró un catálogo de alta calidad literaria al traducir muchas manifestaciones sobresalientes de la literatura contemporánea, llamadas a tener influencia continental. Pionero en la profesionalización del personal, al capacitarlo logró una envidiable organización comercial. Constituye uno de sus timbres de honor haber sido el primer editor de *Cien años de soledad*, de Gabriel García Márquez, uno de los pilares del boom literario y quizás la obra más importante del siglo XX en nuestra lengua.

Gonzalo Losada, gerente de Espasa-Calpe en Buenos Aires, cuando estalló la Guerra Civil Española, decidió independizarse y fundar la editorial que lleva su nombre. Desde el comienzo de sus actividades supo rodearse de consejeros sobresalientes en distintas disciplinas, lo que le permitió lanzar colecciones valiosas. Y contrariando los

prejuicios de la época, encaró, por ejemplo, notables bibliotecas de filosofía y teoría del lenguaje, de alta divulgación científica, de poesía, de filosofía, de clásicos en excelente y económicas ediciones, etcétera.

Recordamos un aviso aparecido en algún suplemento, cuyo texto decía aproximadamente: “Esta Editorial tradujo al castellano por primera vez los siguientes ocho (¿o diez?) autores antes de haberseles otorgado el Premio Nobel de Literatura”. Juzgamos esta referencia suficientemente decidora.

Tuvo Losada una actividad gremial consecuente y contribuyó a darle estatura a la “industria editorial”. Vinculado al mundo cultural, pudo enorgullecerse de haber descubierto desde el comienzo a Pablo Neruda y de haber vendido cientos de miles de ejemplares de Platón y yo de Juan Ramón Jiménez, sin desatender a escritores inéditos. Probablemente, en su momento de máxima actividad, disponía del catálogo de mayor jerarquía de la Argentina.

Los directores de colecciones que hicieron época, aquellos que dejaron huellas perdurables en la historia de nuestra cultura, muestran confundidos a intelectuales sobresalientes de ambas márgenes del océano ¿Es necesario citar a José Gaos, José Medina Echavarría, Francisco Romero, Pedro Henríquez Ureña, Luis y Felipe Jiménez de Asúa Lorenzo Luzuriaga, Guillermo de Torre, Francisco Ayala, Amado Alonso y tantos otros?

Todos ellos contribuyeron simultáneamente, y en forma sustantiva, a actualizar, difundir y profundizar los estudios en sus respectivas disciplinas, alentando la producción nacional.

Hacia fines de la década de 1950, la normalización de la Universidad de Buenos Aires al recuperarse el país de la dictadura militar coincidió con una profunda renovación de sus actividades y de su espíritu. Su nuevo rector Risieri Frondizi, propuso y llevó a cabo importantes iniciativas, entre las cuales nos importa destacar la creación de Eudeba, que nació el 24 de junio de 1958 con la designación de Boris Spivacow como gerente general, respaldado por un directorio presidido por José Babini. Su presencia en el mercado como “empresa de cultura” con la publicación de tratados, textos, libros de

divulgación, además de numerosas nuevas colecciones, muchas de ellas originales, significó una verdadera conmoción, sobre todo por sus propósitos de ofrecer a muy bajos precios obras hasta entonces al alcance de un público reducido.

El milagro consistió en los extraordinarios tirajes, con lo cual se satisfacían las acrecentadas necesidades universitarias dada la explosión de la matrícula, fruto tanto del proceso democratizador que se vivía como así también de la creación de nuevas carreras: sociología, psicología, etcétera. Pero además, con audacia desconocida hasta entonces, apuntaba a un nuevo público, que esa misma política editorial a su vez estaba generando. Entre las proezas que deben atribuírsele recordemos la más conocida: la venta de 200 000 ejemplares de una edición del *Martín Fierro*, ilustrada por Juan Carlos Castagnino.

La gestión de Spivacow, considerada notable por estudiosos del tema, convirtió a Eudeba en la mayor editorial universitaria del mundo: hasta 1966, intervenida a raíz de otro golpe militar, había llegado a publicar 10 000 000 de volúmenes, lo que generó un público diferente al recurrir a nuevos mecanismos de venta, a través de inéditos canales de distribución.

Eudeba, a partir de 1966 y hasta 1983, tuvo veinticinco gerentes, lo que indica la desorientación en que había caído la empresa en manos de interventores que la llevaron al borde de la quiebra; pero lo que es más grave aún, su fondo editorial, moderno y pluralista, fue saqueado al sufrir secuestros de títulos, censuras ridículas, caducidad de contratos y toda clase de obstáculos administrativos y judiciales —política oficial— y personales derivados del sectarismo de los funcionarios que se atrevieron a hacerse cargo de su conducción. Debilitada, volvió al mercado a partir de 1983 con el retomo a la democracia y hoy continúa sus publicaciones a un ritmo reducido.

Por su parte, Spivacow encaró —a partir de septiembre de ese mismo año— una nueva empresa: Centro Editor de América Latina' que padeció toda clase de ataques que le impidieron desarrollar sus ambiciosos proyectos editoriales. Sufrió "persecuciones a títulos y autores", y la quema "legal" de más de un millón de libros es la más

recordada de las medidas adoptadas. Sombrío capítulo de la historia del libro en América Latina.

Merece recordarse también una significativa experiencia, aunque dentro de un ámbito más estrecho, apenas el nacional: la hazaña de los libros de bolsillo peruanos, país casi sin tradición gráfica ni editorial, donde en sucesivos “festivales” se colocaron tiradas de decenas de miles de ejemplares de obras cuyas primeras ediciones de 500 o 1000 ejemplares aún no estaban agotadas. Fenómeno este último de corta duración, cierto es, pero digno de consideración.

El libro de arte ocupa en la actualidad un lugar destacado en los escaparates de las librerías. La incidencia de las nuevas tecnologías en las artes gráficas (nos referimos a todas las etapas, desde la producción de papeles, tintas, diseño, hasta la impresión y encuadernación) han posibilitado que circulen hoy masivamente verdaderas joyas de la industria editorial, que en nada envidian a las impresas en los Estados Unidos, Europa o Asia. El lector puede apreciar libros de arte, de gastronomía, de fotografía, de arquitectura, etcétera, que son alarde del buen gusto y las competencias profesionales de editores e impresores argentinos, brasileños, chilenos y mexicanos. Sin querer abrumar al lector, debemos reconocer los significativos avances de las artes gráficas colombianas, desde los años de 1970, donde editores e impresores lograron sintetizar tecnología y manualidad, para ofrecer en todo el continente obras de calidad perdurable y de ingenio.

¡Cuán lejos parecen haber quedado los tiempos de Editorial Poseidón, de Joan Merli! Con los escasos recursos técnicos entonces disponibles y un mercado de lectores restringido, fue una muestra de audacia en los años de 1940 y 1950 comenzar a transitar por este espacio hasta entonces no atendido como era el libro de arte. Otro tanto podría decirse de la denominada literatura infantil. A la vez se advierte un incremento de la producción de libros de derecho y medicina de autores locales, y durante las últimas décadas, un pronunciado aumento de títulos sobre economía y psicología.

También por entonces comienza el “despegue” de la hoy poderosa industria editorial brasileña, correlativo con los sostenidos procesos

de urbanización, industrialización, alfabetización, y datos significativos, de una verdadera “explosión” en los niveles medio y superior de enseñanza; también aquí el número de obras traducidas se va reduciendo a favor de la producción original.

Resulta a primera vista paradójico que la gran expansión de la industria editorial brasileña se haya dado a partir, precisamente, del período de oscurantismo dictatorial iniciado con el golpe de Estado de 1964. Obviamente Brasil disponía de un acervo editorial importante hasta ese entonces, pero de impacto limitado. No obstante ello, preciso es reconocer que la vitalidad alcanzada en la actualidad se produce a partir de aquellos años, cuando se discriminaba y censuraba la producción nacional y extranjera. Editoriales de libros para niños, diccionarios y enciclopedias, libros religiosos, para clubes de lectores, para bibliófilos, etcétera, son el testimonio de esta explosión. Citemos solo dos nombres de editoriales que se consolidaron notablemente en estos años: la editora Brasiliense dirigida por Caio Graco Prado y, desde hace veinte años, la poderosa Companhia das Letras, animada por Luiz Schwarcz, que publica lo mejor de la producción literaria, histórica y de las ciencias sociales brasileñas, junto con la traducción de lo más novedoso y significativo que se produce en los Estados Unidos y Europa.

Su calidad gráfica es notable, lo confirman desde sus publicaciones corrientes hasta las realizadas para bibliófilos exigentes. Ediciones cuidadas y rigurosas, sobre viejos y nuevos temas de la vida brasileña y del mundo, caracterizan a esta arrolladora fuerza editorial que atiende a casi doscientos millones de habitantes.

Para evaluar cuantitativamente el potencial productivo de los países mencionados recordemos que, durante el año 2002, México publicó 16 003 títulos con un tiraje de 97 805 561 ejemplares; en el año 2004, Brasil publicó 34 852 títulos con un tiraje de 320 094 027 ejemplares; las estimaciones oficiales de la Argentina para el año 2005 indican la publicación de 21 079 títulos con un tiraje de 65 483 925 ejemplares.

En la historia reciente de la cultura latinoamericana —nos referimos al período que se inicia en la década de 1940 hasta nuestros

días— hay tres momentos que merecen ser recordados en función del impacto que han tenido en términos de la producción y circulación del libro.

El primero, ya aludido en este texto, es el referido al despegue de la industria editorial en los años de 1940. Ello fue producido, por un lado, por el arribo a México y la Argentina, de los emigrados republicanos que dieron origen a lo que podríamos denominar la historia contemporánea del libro en la región americana, que se produjo, además, en un contexto de políticas económicas basadas en la industrialización sustitutiva de importaciones.

La aparición y desarrollo de las grandes editoriales universitarias constituye el segundo momento decisivo aludido. Como ya mencionamos, a fines de la década de 1950 nace Eudeba y poco tiempo después, ocurre otro tanto, con la apertura de la EDUSP (Editorial Universitaria de San Pablo, Brasil) a inicios de los años de 1960. De ahí en más se crean editoriales universitarias de muy diferente magnitud en la mayoría de las casas de educación superior de la región. Ello contribuye de forma notable a la difusión tanto de textos universitarios como a la producción de cuidadas ediciones y estudios que alcanzan al público general.

El tercero, que se verifica fundamentalmente desde finales de la década de 1980, es el que se refiere a la “internacionalización” de las casas editoras locales. Esto es, el proceso de absorción de las viejas editoriales, conducidas durante décadas por verdaderos “capitanes de industria”, en estos últimos años ha pasado a constituirse en eslabones de emprendimientos europeos o norteamericanos. Cabría agregar que este mismo fenómeno se viene produciendo con muchas de las clásicas librerías de las grandes urbes latinoamericanas.

Aunque esquemática, esta exposición no puede omitir siquiera una somera referencia al papel que desempeñaron las revistas culturales en sus respectivos países, y muchas de ellas en todo el continente. Entendemos cultura en su más generosa acepción, aunque cabe señalar que, si bien en su mayoría pretendieron ser estrictamente literarias, nunca pudieron eludir el impacto de los acontecimientos

contemporáneos que registran, con desigual intensidad; es decir que a sus intrínsecos merecimientos literarios unen el testimonial.

Mencionamos apenas algunas de las que tuvieron prolongada existencia y otras de fuerte y perdurable influencia, aunque de corta vida.

Nosotros (Argentina, 1907-1934): publicó 300 números bajo la orientación de Alfredo Bianchi y Roberto Giusti; reaparece bajo la dirección de Giusti entre 1936-1943 con 93 números. Significó en su momento una de las más influyentes publicaciones en el ámbito latinoamericano y constituye una inagotable mina de información para los estudiosos.

Repertorio Americano (Costa Rica, 1919- 1958): dirigida por Joaquín García Monge; no puede soslayarse que su publicación se hizo bajo las más crueles dictaduras del sub continente centroamericano y en un país donde la Universidad se crea recién en 1940. *Cuadernos Americanos* (México, 1942- 1984): publicó 261 volúmenes con 6 números anuales y fue dirigida desde su origen por Jesús Silva Herzog; luego de un breve inter medio, y en su segunda etapa, a partir de 1987, publicó 114 números bajo la dirección de Leopoldo Zea. La revista abordó desde el comienzo los problemas sociales, políticos, económicos y culturales de su país y del continente; recogió colaboraciones de todas las naciones y en particular de los españoles expatriados. Se comprometió en los debates en torno de la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y, sobre todo, manifestó indeclinable preocupación por los problemas que agobiaban, y agobian aún hoy, nuestra América.

Amauta (Perú, 1926-1930): alcanzó a editar 32 números, dirigida y animada por José Carlos Mariátegui. En su época tuvo mucha influencia sobre las nuevas generaciones por su audaz orientación político-social, hasta tal punto que aún hoy las tesis y propuestas de *Amauta* siguen suscitando polémicas y abriendo espacios de reflexión y análisis en el Perú y el resto del continente.

Sur (Argentina, 1931-1992): publicó 371 números, bajo la conducción de Victoria Ocampo. Siempre con los pies en su tierra, estuvo muy abierta a las ideas europeas, hizo conocer figuras de primera

importancia internacional y promovió, entre otros, los nombres de Jorge Luis Borges y Adolfo Bioy Casares. Su influencia fue notable en toda América Latina, como lo recuerdan Octavio Paz y Gabriel García Márquez.

Orígenes (Cuba, 1944-1956): alcanzó a publicar 40 números, dirigida por José Lezama Lima. Gozó de amplio prestigio aun fuera de la isla, suscitó debates y polémicas cuyas ideas prosiguen discutiéndose.

Eco (Colombia, 1960-1984): publicó 272 números. Tuvo varios redactores, desde los primeros que manifestaban “su nostalgia de Europa y del humanismo contemporáneo” (no en vano su origen fue el Instituto Colombo-Alemán) hasta que, con Gustavo Cobo Borda, en los años de 1970, abrió sus puertas decididamente hacia la problemática latinoamericana.

Casa de las Américas (Cuba, apareció en 1960): lleva publicados hasta el momento 240 números, siempre bajo la dirección de Roberto Fernández Retamar. Expresa la orientación cultural de la Revolución Cubana, y da cabida en sus páginas a escritores y pensadores de toda la región; parte de la nueva producción literaria encontró en *Casa* uno de sus primeros espacios para trascender sus países de origen.

De esta enumeración sería imperdonable excluir dos importantes y desatendidos fenómenos editoriales de proyección popular: uno, la *literatura de cordel*, originada en el nordeste brasileño, folletos y hojas sueltas que aún circulan por cientos de miles de ejemplares en zonas urbanas y rurales de todo el país, con textos e ilustraciones conmovedoramente ingenuos, pero a nuestro juicio, de tal valor estético y social, que juzgamos merecerían un *stand* en las ferias del libro. El otro, de carácter semejante, alude a las más conocidas “calaveras” de José Guadalupe Posada, precursor del Taller de la Gráfica Popular, de no menor difusión en el México profundo.

Un protagonista central en la difusión del libro, aunque parezca redundante decirlo, es el librero; más aún, la librería sigue constituyendo el espacio privilegiado y principal para el acceso a la producción editorial.

¿Cómo podría omitirse aludir en estas páginas al decisivo papel desempeñado por las Librerías Lehmann, la primera fundada en 1896 y cuyas puertas aún permanecen abiertas, y la Universal, ambas de San José de Costa Rica; La Moderna Poesía en la calle Obispo de La Habana; Porrúa Hermanos en el Centro Histórico del Distrito Federal de México; o la legendaria Librería Bucholz de la avenida Jiménez de Bogotá; la de Juan Mejía Baca, en el Jirón Azángaro de Lima; o El Ateneo, en la céntrica Florida de Buenos Aires, desde donde orientaba al lector el inolvidable Francisco Gil. En esta misma ciudad, la Librería del Colegio, fundada en 1830, permanece en el mismo lugar desde entonces; y la Librería Norte, mucho más reciente, por cierto, creada y ennoblecida por un poeta: Héctor Yánover.

Los años de 1970 y 1980 muestran una nueva generación de librerías, quienes abordan su actividad de difusión desde nuevas perspectivas: La Librería Gandhi de México impulsada por Ricardo Nudelman; la Librería Nacional, fundada originalmente en Barranquilla, Colombia; la cadena de Librerías Fausto de Buenos Aires, orientada por Gregorio Schwartz y José Luis Retes; la maravillosa casa y espacio cultural en que se ha convertido Libri Mundi en la calle Juan León Mera de Quito; y para no extender la lista cerrémosla con El Virrey, emprendimiento de la familia Sanseviero en Lima, que se proyecta con sucursales en todo Perú. La Livraria da Travessa, localizada en Río de Janeiro y con subsedes en otras grandes ciudades brasileñas, es una prueba aleccionadora de lo que significa vender libros en espacios amables, confortables y acogedores. Otro tanto puede agregarse de Pedro Herz al frente de la prestigiosa red de Librerías Culturales, que cumplió 58 años al servicio de los lectores.

La mayor densidad cultural, más otros factores como los antes señalados que habría que añadir y el lector perspicaz conoce o intuye, crearon las precondiciones para un singular fenómeno conocido como el “boom” literario que, durante más de una década, marcó la irrupción rotunda de las obras de imaginación latinoamericanas no solo en el orbe hispánico sino también en el ámbito de otras lenguas: Gabriel García Márquez, Mario Vargas Llosa, Juan Rulfo, Julio

Cortázar, Alejo Carpentier, Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Augusto Roa Bastos, Ernesto Sabato, Ciro Alegría, Juan Carlos Onetti, José María Arguedas, y algunos otros, precedidos todos ellos por tres hermanos mayores: Jorge Luis Borges —el escritor argentino de mayor influencia internacional—, Joao Guimaraes Rosa y Octavio Paz.

¿Y qué decir de nuestros grandes poetas posteriores a Darío y Lugones? Mencionemos algunos de los más sobresalientes: Oliverio Girondo, César Vallejo, Vicente Huidobro, Juan L. Ortiz, José Gorostiza, Mafía de Andrade, Drummond de Andrade, Nicanor Parra y los tres grandes ya citados: Jorge Luis Borges, Pablo Neruda y Octavio Paz.

No compartimos la difundida idea de que el “boom”, como suele ocurrir con ciertas modas efímeras, haya menguado o tienda a diluirse; lo que ocurre sencillamente es que las letras hispanoamericanas se han instalado ya, con naturalidad, en la literatura universal y con voz propia.

Y permítasenos incorporar aquí dos argumentos adicionales a favor de nuestro optimismo: tenemos científicos cuyas obras han merecido ya decenas de traducciones; y el otro dato: el avance del español en los Estados Unidos. Para corroborar este criterio reflexiónese sobre el hecho de que, anualmente, cuando comienzan a circular los nombres de los probables Premios Nobel, las agencias periodísticas internacionales mencionan siempre una buena media docena de escritores nuestros y algunos científicos, particularmente en el mundo de la medicina y de la biología.

Numerosos premios internacionales —véase el Apéndice— consagran a nuestros escritores latinoamericanos que, con sus hermanos españoles, están triunfando en su objetivo de desarrollar y enaltecer nuestra civilización y nuestro castellano que hoy —sin desconocer la perduración de importantes islotes lingüísticos como el quechua, nahuátl, guaraní, etcétera, o el francés del haitiano Jacques Roumain emplean a quinde y allende el océano cientos de millones de personas en un medio cuya densidad cultural crece permanentemente, y esto a pesar de las crónicas crisis sociales, económicas y políticas.

Un hecho realmente importante, y por lo general desatendido por los estudiosos del quehacer editorial, lo constituye la realización

anual de ferias del libro en diversos países latinoamericanos, que se han convertido en verdaderos acontecimientos culturales, sobre todo por la creciente concurrencia del público, curioso y a veces ávido, evidentemente, de conocer la producción de países extranjeros, o de universidades e instituciones del propio, a cuyo conocimiento no se tiene acceso regular. La realización de estas ferias tanto en la Argentina, como en México, Chile, Colombia, Venezuela, Cuba, etcétera, han logrado un éxito inesperado que suele superar las expectativas por la cantidad e interés de las obras exhibidas, por los servicios de asesoría bibliográfica, las facilidades otorgadas a las consultas sobre títulos, temas y autores cuando no por tentadoras ofertas.

Por otro lado, el atractivo se ve fortalecido por los numerosos actos que por lo general suelen organizarse simultáneamente, la presencia de autores de reconocido prestigio internacional y mesas redondas donde se debaten asuntos seductores tanto por su temática como por sus participantes.

Un análisis pormenorizado de las ferias hasta ahora más importantes, así como de sus antecedentes y las tendencias que todas parecen sugerir, revelan, en líneas generales:

- a) incremento del número de concurrentes a las mismas, en particular de estudiantes a quienes ha llegado el eco de su significado;
- b) aumento del número de expositores;
- c) aumento del número de países extranjeros concurrentes;
- d) una clara tendencia hacia formas de organización más permanentes, es decir que su periodicidad las va convirtiendo en acontecimientos previstos y aguardados con interés;
- e) diversificación de los atractivos desde la clásica firma de autógrafos a actos de la más diversa índole, muchas veces articulados en torno de un aniversario, asunto tema o acontecimiento;
- y f) aumento del espacio otorgado por la prensa y demás medios de comunicación de masas, particularmente por la televisión y la radio que, habitualmente, no conceden demasiada atención al mundo del libro y de los autores.

Solo a modo de conclusión, habría que recordar que hoy, como ayer, el libro sigue constituyendo un eslabón determinante de los procesos culturales; si durante cinco siglos debió enfrentar toda clase de inconvenientes, desde los ideológicos hasta los productivos, así como diversas censuras, en la actualidad los desafíos no son menores, en un contexto dentro del cual se desenvuelven estas actividades, con heterogeneidades y asincronías. En nada se asemeja la realidad con la visión idealizada ofrecida por los testimonios de los ensayistas carentes de una visión totalizadora y crítica del momento.

En América Latina se ha impuesto, durante las últimas décadas, un ordenamiento político democrático formal, que se caracteriza por la relativa vigencia de las instituciones republicanas, el decrecimiento en la justicia y el permanente cuestionamiento de las formas representativas parlamentarias. A la fragmentación de los partidos políticos orgánicos se agrega la falta de propuestas ideológicas sustantivas a mediano y largo plazo, que intenten superar los problemas circunstanciales y coyunturales. Se advierte un debilitamiento de la cosmovisión heredada del siglo pasado implícitamente admitida, lo que influye en el derrumbe de valores básicos que estamos viviendo; en la decadencia de algunas ideas-fuerza como las de progreso, soberanía, solidaridad, movilidad social ascendente o en la alarmante crisis de instituciones tradicionales como el Estado o la familia. El crecimiento económico de los últimos tiempos no se ha traducido en desarrollo; ha provocado una concentración de la riqueza que al mismo tiempo genera índices inéditos de exclusión, desempleo y pobreza.

Simultáneamente, se registra una explosión de la matrícula educativa que coincide con una sensible mengua de la calidad de la enseñanza en los niveles primario y secundario, y con estudios superiores profesionalizados en exceso, cuando no desactualizados con relación a las sensacionales transformaciones de la ciencia y de la técnica contemporáneas. No se asigna aún a la investigación científica y técnica, básica o aplicada, la importancia que reclaman las

economías y las sociedades actuales y futuras. Asistimos a una revolución en las comunicaciones cuyos alcances parece imposible prever, con el predominio de la información fuera de contexto en detrimento del conocimiento que sigue necesitando y empleando textos escritos.

De manera concomitante, se padece la ausencia de políticas culturales a largo plazo que favorezcan la creación y la crítica; predominan y preocupan las modas efímeras estimuladas por los medios de comunicación masivos, particularmente la televisión abierta, que degrada y empobrece el lenguaje, además de acuñar disvalores, y pretende convertir la existencia en espectáculo y la “sociedad de consumo en ideología”. Por otro lado, los deportes se han mercantilizado y desvirtuado el espíritu que debe inspirar los, si bien movilizan muchedumbres creando falsos y fugaces ídolos.

Y aunque parezca contradictorio con lo señalado, se registra en toda América Latina una intensa actividad teatral, musical, plástica, etcétera, difícilmente caracterizable por ahora, dada la heterogeneidad, confusión y fugacidad de las tendencias.

En síntesis, convengamos en que el libro sigue siendo el soporte sobre el que se construye la sociedad de la información; más aún, es inadmisibles aceptar que exista una tensión entre el libro y la computadora; en última instancia, los espacios virtuales como Internet solo son posibles por la preexistencia de la letra impresa.

José Mindlin, brasileño, uno de los mayores y más finos bibliófilos del continente, quien lleva apenas setenta años en esta aventura, expresó, no hace mucho: “Num mundo em que o livro deixase de existir, eu nao gostaria de viver”. Deleitémonos, por eso, con la producción de nuestros artistas, nuestros científicos, nuestro idioma y nuestros libros, que nos están capitalizando espiritualmente, y escuchemos su mensaje.

Apéndice

Premios recibidos por latinoamericanos

Nobel de la paz

1936: Carlos Saavedra Lamas

1980: Adolfo Pérez Esquivel

1982: Alfonso García Robles

1987: Oscar Arias

1992: Rigoberta Menchú

Nobel de literatura

1945: Gabriela Mistral

1967: Miguel Ángel Asturias

1971: Pablo Neruda

1982: Gabriel García Márquez

1992: Octavio Paz

Nobel de fisiología y medicina

1947: Bernardo A. Houssay

1984: César Milstein

Nobel de química

1970: Luis Federico Leloir

Príncipe de Asturias

Letras

- 1983: Juan Rulfo
- 1986: Mario Vargas Llosa
- 1990: Arturo Uslar Pietri
- 1991: Pueblo de Puerto Rico
- 1994: Carlos Fuentes
- 1997: Alvaro Mutis
- 2000: Augusto Monterroso
- 2005: Nélida Piñón

Comunicación y humanidades

- 1982: Mario Augusto Bunge
- 1986: Grupo de Comunicación “Globo” de Brasil
- 1987: Diario *El Espectador* y Diario *El Tiempo*
- 1989: Fondo de Cultura Económica
- 1990: Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
- 1993: Revista *Vuelta*
- 1999: Instituto Caro y Cuervo
- 2003: Gustavo Gutiérrez Merino

Ciencias Sociales

- 1993: Silvio Zavala
- 200 1: El Colegio de México y Juan Iglesias Santos

Cooperación Internacional

- 1981: José López Portillo
- 1982: Enrique V. Iglesias
- 1983: Belisario Betancour

1984: Grupo de Contadora (Colombia, México, Panamá y Venezuela)

1985: Raúl Alfonsín

1987: Javier Pérez de Cuéllar

1988: Oscar Arias

1997: Gobierno de Guatemala y Unidad Revolucionaria Nacional
Guatemalteca

1998: Rigoberta Menchú

2000: Fernando Henrique Cardoso

2002: Comité Científico para la Investigación en la Antártida (SCAR)

2003: Luis Inácio Lula da Silva

Artes

1989: Oscar Niemeyer

1992: Roberto Matta Echaurren

1998: Sebastiao Salgado

Concordia

1986: Vicaría de la Solidaridad de Chile

1987: Villa El Salvador (Perú)

1994: Movimiento Nacional de Meninos e Meninas da Rua (Brasil)

2002: Daniel Barenboim

Investigación Científica y Técnica

1983: Luis Antonio Santaló

1987: Jacinto Convit y Pablo Rudomín Zevnovaty

1988: Marcos Moshinsky

1989: Guido Münch

1990: Salvador Moncada

1991: Francisco Bolívar Zapata

Rómulo Gallegos

- 1967: Mario Vargas Llosa
- 1971: Gabriel García Márquez
- 1977: Carlos Fuentes
- 1982: Fernando del Paso
- 1987: Abel Posse
- 1989: Manuel Mejía Vallejo
- 1991: Arturo Uslar Pietri
- 1993: Mempo Giardinelli
- 1997: Ángeles Mastretta
- 1999: Roberto Bolaño
- 2003: Fernando Vallejo

Miguel de Cervantes

- 1977: Alejo Carpentier
- 1979: Jorge Luis Borges
- 1980: Juan Carlos Onetti
- 1981: Octavio Paz
- 1984: Ernesto Sabato
- 1987: Carlos Fuentes
- 1989: Augusto Roa Bastos
- 1990: Adolfo Bioy Casares
- 1992: Dulce María Loynaz
- 1994: Mario Vargas Llosa
- 1997: Guillermo Cabrera Infante
- 1999: Jorge Edwards
- 2001: Alvaro Mutis
- 2003: Gonzalo Rojas
- 2005: Sergio Pitlor

Segunda Parte

El editor y el libro como instrumento de libertad: textos de Gregorio Weinberg

El libro argentino y sus problemas*

No corresponde destacar, en un Congreso de Escritores, el significado del libro como instrumento de cultura; es por todos conocido. En cambio, sí cabe puntualizar con el mayor rigor posible cuáles son los problemas esenciales que afectan al libro desde los puntos de vista cultural, autoral, industrial y comercial.

Como diagnóstico previo señalemos, ante todo, un sensible y permanente encarecimiento de su costo de producción y de venta; este fenómeno, que viene agravándose, obedece a múltiples factores que trataremos de puntualizar enseguida.

Este encarecimiento impide el acceso al libro, que es como decir a una de las más altas manifestaciones de la cultura, a nuevos sectores de la población, en particular los menos acomodados y los jóvenes (en quienes está por lo general la inquietud) y que son la reserva potencial de los lectores futuros.

* Informe presentado en el IV Congreso de Escritores, organizado por la Sociedad Argentina de Escritores [SADE], celebrado en la ciudad de Mendoza entre los días 22 y 25 de octubre, 1958. La presente versión fue extraída de Weinberg, G. (1959). "El libro argentino y sus problemas", *Revista de Cultura*, enero-febrero, 4-6 y 33-34.

La pérdida de una generación de lectores —es decir, de *adquirientes* de libros— será un hecho que hará que nos afecte de una u otra manera; creará un vacío imposible de llenar entre los nuevos escritores y su público; ahondará esa ruptura impidiendo que se produzca el crecimiento normal previsible del número de aficionados a la lectura de libros.

El Estado, dejando de lado frecuentes declaraciones retóricas, poco o nada hizo para obviar todos estos inconvenientes. Iniciativas, proyectos y reparticiones que se ocupen, o se propongan ocuparse del problema, no faltan; antes bien, sobran. Falta, eso sí, una política sensata y orgánica sobre la materia, cuya ejecución quede a cargo de entidades eficaces y representativas (escritores, editores, impresores, etcétera), pero que tengan al mismo tiempo los medios suficientes para llevarla a la práctica.

Debe subrayarse que la acumulación de factores negativos agravó la situación de tal manera que ninguno de los sectores podrá resolverla hoy por su propia cuenta; que requiere un esfuerzo mancomunado, con la mira puesta en los importantes intereses en juego. Los escritores seremos los primeros en proponer una gran política, esto es, concebida con verdadera grandeza y generosidad. No creemos, pongamos por caso, que la solución, desde el punto de vista del hombre de letras, sea el aumento de un pequeño porcentaje de sus derechos de autor (tema que por otra parte corresponde tratar en el segundo punto del temario: “El trabajo del escritor y su retribución”), o la obligación impuesta a los editores de imprimir un determinado número de obras argentinas o americanas. Esto es no ver el fondo del asunto. Debemos romper la barrera de los tres mil ejemplares, encarar una política audaz que permita:

- a. abaratar muy sensiblemente el libro nacional;
- b. aumentar decididamente los tirajes;

- c. asegurarse por todos los medios del apoyo de los órganos de difusión de masas (diarios, revistas, radio y televisión);
- d. preocuparse también por desentrañar qué necesita nuestro público, en sus distintos estratos, y advertir que hay muchas lagunas muy sensibles que deben llenarse con urgencia, a riesgo de separar al escritor de sus lectores;
- e. aclarar qué papel corresponde al Estado en la realización de esta política.

Los dos primeros puntos no necesitan de mayores aclaraciones, pues están íntimamente ligados entre sí; rebajar los precios es posibilitar la compra para los sectores de menor capacidad adquisitiva, y esto, a su vez, por acción recíproca, repercute permitiendo aumentar los tirajes; es una suerte de reacción en cadena. Si conseguimos encauzarla debidamente sus resultados serán pronto percibidos y podrán ir cambiando la fisonomía cultural del país.

c) Los escritores argentinos reclamamos de los medios de difusión una preferente atención: comentarios firmados y responsables; columnas permanentes o secciones dedicadas a la divulgación de aspectos relacionados con el tema (recordemos la valiosa sección "Librería de viejo" que publica en *La Nación* Miguel Etchebarne, ejemplo digno de ser imitado; ¿por qué no ocuparse, en una sección creada ex profeso, con regularidad, de los escritores vivos, de sus tareas, inquietudes y proyectos?). Pedimos también espacios adecuados en la radio y la televisión, dedicados a difundir las obras, los autores e iniciativas. Bien realizados, esos programas interesarán al público. Por lo demás, nadie negará la impostergable necesidad de levantar la puntería con esos medios de amplia repercusión colectiva. Y aquí nuestros escritores deben desempeñar un papel preponderante. De paso, y a manera de crítica constructiva, señalemos también el no aprovechamiento o la deficiente utilización de los pocos medios disponibles.

d) Nos cabe a nosotros, escritores argentinos, la responsabilidad de preguntarnos también por las necesidades culturales de nuestro país, de un país transformado social, económica y culturalmente. Se han incorporado a la vida activa millones de hombres y mujeres; ha disminuido el índice de analfabetismo; se ha difundido a grandes sectores la enseñanza secundaria tradicional y se le ha sumado la técnica, etcétera. Interrogüemos: ¿hay un manual de historia argentina que pueda ser recomendado al adolescente o al joven que le diga algo de nuestro desarrollo social, económico y cultural, y no eluda los acontecimientos de las últimas décadas? ¿Hay una geografía argentina concebida con sentido moderno, es decir, que tome el paisaje, los recursos naturales y al hombre como una unidad? ¿Tenemos un manual de literatura argentina que apunte más allá de los programas de enseñanza y haga conocer las nuevas corrientes y las últimas promociones, y que diga al lector curioso dentro de qué escuelas o corrientes pueden inscribirse los nombres de Verbitsky, David Viñas, Ardiles Gray o Gudiño Kramer? De paso, debemos denunciar con toda claridad el bajo nivel de los textos de enseñanza secundaria. Muchos de esos manuales son una verdadera afrenta a la cultura, capaces de cegar en sus fuentes todas las inquietudes juveniles. Si no sirven para despertar inquietudes en los adolescentes; si transmiten una información atrasada e incorrecta; si falsifican los hechos, debemos denunciarlos como un verdadero peligro público. Este punto no es de exclusiva incumbencia de los profesores y de las autoridades educacionales correspondientes; nos interesa a los escritores pues aniquila lectores potenciales.

e) El Estado debería desempeñar una acción de fomento a través de las adquisiciones de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares y organismos equivalentes en el orden provincial o municipal; llenaría así un fundamental papel de estímulo. Infortunadamente debemos reconocer que nada de esto ocurre: las compras, escasas por falta de presupuesto, no responden a ningún plan; más aún, hasta nos atreveríamos a afirmar que muy poco tienen que ver con las

necesidades del público lector, y casualidad es que coincidan con inquietudes culturales.

Si después de estas críticas previas centramos la atención en los factores esenciales que hacen a la producción del libro, el panorama, como veremos, podrá llegar a ser más optimista si se toman las medidas necesarias, y esto con la urgencia debida.

Consideremos algunos factores:

PAPEL: Hay una apreciable producción nacional, pero no alcanza a satisfacer los requerimientos del mercado; por lo tanto, debe importarse en cantidades considerables. Lógico sería, por consiguiente, que se destinasen divisas a cambio oficial para la compra de papel para libros; no sería esto un trato de privilegio ni se pide una excepción. Así aseguraríamos el abaratamiento de los volúmenes impresos y, al mismo tiempo, nos colocaríamos en condiciones de competir con el mercado exterior. Resultado: intensificación del trabajo en una importante industria —que en sus distintas etapas ocupa mucho más personal que la papelera—, incremento del público lector y, desde el punto de vista económico, la creación de una fuente de ingresos por divisas provenientes de la exportación y su aumento posterior. El destino final del papel queda asegurado por la sabia previsión de la vieja Ley 12.576, más conocida como “línea de agua”, que impide toda transgresión y asegura de manera cabal que el papel importado bajo esas condiciones será efectivamente empleado para el uso previsto. De manera indirecta, da seguridades al escritor acerca del tiraje declarado por el editor, pues las cifras dadas por este deben coincidir con la declaración del número de ejemplares.

Aparte, debemos reconocer que la industria nacional del papel y las cartulinas no está en condiciones de asegurar el suministro normal de las diversas calidades, formatos, gramajes y colores que exige una producción moderna y diversificada. El desarrollo de la pujante industria editorial exige, de manera ya impostergable, un

abastecimiento que entregue esa materia prima fundamental. Su sustitución por tipos inadecuados encarece innecesariamente el producto resultante y desmejora su calidad y presentación, poniéndonos en evidente inferioridad con la competencia.

Además, y esto debe puntualizarse, ha sido dable observar irregularidades en el proceso de comercialización del papel de fabricación nacional: ocultamiento de *stocks*, aparición de falsos e innecesarios intermediarios, imposición de condiciones no habituales, plazos de entrega en absoluto desacuerdo con las existencias, etcétera. Corresponde, pues, a las Secretarías de Industria y de Comercio proceder a una investigación sobre el punto, con la participación directa de las entidades gremiales; sus conclusiones deberán hacerse públicas.

MÁQUINAS Y REPUESTOS PARA LA INDUSTRIA GRÁFICA: Los equipos empleados son muy anticuados; su producción, en razón del desgaste, disminuye de año en año y si a esto sumamos el hecho de que los salarios siguen subiendo de acuerdo con la espiral inflacionista que caracteriza toda nuestra vida económica, tendremos como resultado un aumento constante, desmedido y desproporcionado. De aquí que el libro sea cada vez más inaccesible, de donde resulta, por un lado, una disminución del número de lectores; por el otro, impide, ya que sus precios de venta son desventajosos y no competitivos, su colocación en los mercados exteriores. Por lo que, en vez de aumentar los tirajes, que sería la consecuencia normal de un proceso natural, este círculo vicioso que hemos señalado conduce por el contrario a reducirlos, con los resultados previsibles: menos títulos por año, menos número de ejemplares impresos. Caracteriza este proceso en crisis una desaparición de fuentes de trabajo para miles de artistas, artesanos y obreros argentinos y, desde luego, el encarecimiento de las posibilidades para el escritor nacional.

Un ejemplo bastará para ilustrar este proceso: la Colección Austral, publicada por Espasa Calpe Argentina, se imprimía hasta hace un par de años en el país; hoy se hace en España y México. Por razones muy comprensibles, había incorporado a su catálogo decenas de títulos de autores nuestros contemporáneos: Rafael Alberto Arrieta,

José Babini, Arturo Capdevila, Juan Carlos Dávalos, Augusto Mario Delfino, Juan Pablo Echagüe, Manuel Gálvez, McGraw Hill, Enrique Larreta, Ricardo Levene, Leopoldo Lugones, Eduardo Mallea, Juan Mantovani, Leopoldo Marechal, Carlos Obligado, Rafael Obligado, Cortés Plá, Carlos Prélat, Ismael Quiles, Francisco Romero, José Luis Romero, Alfonsina Storni, entre otros, a los que deben sumarse nuestros clásicos como Cané, Sarmiento, etcétera. En una palabra, por el solo hecho de imprimirse aquí esa Biblioteca nuestros escritores conseguían una significativa universalidad dentro del ámbito de la lengua castellana. Razones económicas como esta que señalamos ahondan la crisis del libro y, desde luego, dificultan la labor creadora del escritor.

Repárese por otro lado que se están imprimiendo ya en el extranjero —por razones de costo y abastecimiento anormal de materias primas— obras en las cuales participaron escritores nacionales, cuando se creyó que aquí se harían. Adviértase lo que significa que diccionarios y enciclopedias se hagan en la Argentina. Ocupan a redactores y correctores nuestros, situación que no solo crea fuentes de trabajo y prestigio al país en el resto del mundo hispanoparlante, sino que también protege nuestra historia y nuestra lengua del peligro a que están expuestos cuando se preparan en otras áreas idiomáticas.

Soluciones que se propician: tratamiento similar al dispensado a las empresas periodísticas para la importación de máquinas y equipos que permitan mejorar rápidamente y abaratar de modo sensible la producción. Además, incorporar equipos que no existen aquí, como las encuadernadoras automáticas. En la Argentina, bueno es decirlo públicamente, se sigue encuadernando como hace un siglo, a mano. Los países con una industria desarrollada como España y México están ya en otra etapa.

Además, el atraso en cuanto a calidad es tan notorio que obras hechas en la Argentina hace más de medio siglo no pueden volver a hacerse por razones técnicas y económicas. Harto hemos retrocedido.

Hasta aquí algunos de los graves problemas de producción, es decir industriales. Veamos ahora otros referidos a las dificultades de comercialización denunciadas por las entidades responsables de los editores: solicitan, con argumentos que compartimos, una política que facilite la financiación de los envíos al exterior, mediante el descuento de las letras por parte de los bancos oficiales; este criterio financiero ha sido adoptado por España en defensa, precisamente, de sus empresas editoras, y para alentar la exportación —fuente de cuantiosas divisas—, cuyo cobro es más lento por razones comprensibles de distancia y créditos. La rapidez de esos cobros permitirá acrecentar el ritmo de la producción. Piden también la facilitación de trámites y requisitos aduaneros y consulares (Colombia y Chile, por ejemplo, exigen depósitos previos equivalentes al total de la mercadería que se va a importar), con los cuales se desalienta al importador del libro argentino. Nuestro país debe tomar medidas, a través de los organismos competentes, para exigir de esas naciones reciprocidad en el trato, puesto que la Argentina no exige esos requisitos que repugnan al espíritu de muchos tratados y convenciones internacionales.

Plausible sería también obtener una rebaja de las tarifas postales, excesivas en nuestro país y que inciden sobre el precio de venta del libro dentro de nuestras fronteras; sería también una manera acertada de favorecer al interior del país. En otras naciones tienen un trato preferencial, tal es el caso de Chile, donde el franqueo postal para libros nacionales es de solo el diez por ciento de las tarifas corrientes.

Frente a todas estas cuestiones, ¿qué papel debe desempeñar el Estado, ya que en ninguna sociedad moderna y organizada puede desinteresarse de las graves consecuencias culturales y económicas de una desastrosa política del libro?

Cierto es que hay muchos organismos, algunos en germen, otros en actividad, que teóricamente se ocupan del tema: está el Fondo Nacional de las Artes —cuya integración la Sociedad Argentina de Escritores [SADE] objetó oportunamente con argumentos irrefutables—; tiene sanción del Senado de la Nación un proyecto de creación del

Instituto Argentino del Libro, cuyas características no analizaremos aquí pues no tiene aún la sanción de la Cámara de Diputados para que lo convierta en ley. Pero de paso señalemos que el proyecto no incorpora a su directorio a representantes de los escritores, es decir, de los auténticos hacedores de cultura. Además, sigue en vigencia la Ley 13.049 de Ayuda y Fomento Editorial; tenemos una increíble Comisión Interministerial que jamás se reunió. Todas estas iniciativas, que no agotan el problema ni mucho menos, se superponen; son medidas sobre medidas, resoluciones sobre resoluciones, planillas sobre planillas, pero el libro se sigue encareciendo en medio de la indiferencia y el desamparo. Su costo parece estar en razón inversa de las buenas intenciones manifestadas por funcionarios que, como es habitual, casi nunca conocen el asunto y muy poco se interesan por él.

Frente a estos hechos, y muchos otros que podríamos puntualizar, reclamamos la sanción de una Ley Nacional de Cultura, uno de cuyos capítulos puede ser precisamente la creación del proyectado Instituto Argentino del Libro, con representación, claro está, de todos los sectores interesados. Una ley que deslinde las distintas jurisdicciones, tome en cuenta la situación especial de las provincias; que al mismo tiempo elimine inútiles superposiciones de organismos y situaciones tan paradójicas como estas: el presupuesto de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires es muy superior al de la Dirección Nacional de Cultura; y el presupuesto del Teatro Colón de la Capital Federal es decenas de veces mayor que el de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares. Esa Ley Nacional de Cultura deberá contemplar en otro capítulo el problema de las bibliotecas populares, con la asignación de los fondos necesarios para adquisiciones de libros, pago de sueldos a los bibliotecarios, etcétera; de esa manera se convertirían en entes vivos de irradiación de cultura y no en cementerios de libros.

Las adquisiciones, a nuestro juicio, deberán hacerse con el asesoramiento de comisiones en las cuales no pueden faltar los escritores argentinos —representantes de la SADE—, y deberán darse a

publicidad periódicamente. La mejor manera que tiene el Estado de demostrar su preocupación por el libro es dotar de importantes partidas a esta repartición y modernizar sus pesados engranajes.

La Ley Nacional de Cultura deberá, además, ofrecer planes orgánicos de premios, proyectos de estímulo para los autores del interior y los noveles; y no podrá dejar de lado las obras de alta especialización.

Llevar a cabo exposiciones o festivales del libro puede ser un medio eficaz de atraer nuevos lectores dentro del país y dar a conocer nuestra producción en el extranjero. Hay al respecto experiencias muy sugestivas. En Perú, por ejemplo, país con una población muy inferior a la nuestra, con mayor índice de analfabetismo y menor capacidad adquisitiva, se han impreso decenas de obras, muchas de ellas con tirajes que oscilan entre los cincuenta y los cien mil ejemplares, las más de ellas totalmente agotadas al poco tiempo de ponerse en venta. Sus precios varían entre los tres y cuatro soles (como punto de referencia téngase en cuenta que allí los diarios cuestan 1,50 soles). Si el Estado argentino, asesorado por representantes de organismos gremiales, se propusiese algo semejante, no sería por cierto imposible si, para ello, pongamos por caso, solicita la cooperación de grandes firmas comerciales, en particular aquellas que destinan ingentes sumas a la propaganda, para que patrocinen esas ediciones.

Queda sobreentendido que esa misma Ley Nacional de Cultura deberá disponer cuáles serán los fondos directos y específicamente asignados a las actividades de la cultura. Y, por último, ¿por qué no asignar a ese organismo, además de los presupuestos votados anualmente, los fondos provenientes de las multas por infracciones aduaneras y de la venta o remate de mercadería secuestrada o rezagada?

Conclusiones

Por su importancia, la política del libro deberá ser confiada a un organismo, creado por ley, con fuerza y fondos propios, integrado por representantes de todos los sectores interesados en la materia.

Deberá trazarse una política coherente y de larga vista, saliendo de una vez de la etapa de las recomendaciones y expresiones de deseo.

Mientras se concreta esa aspiración mayor, se constituye un Comité de Defensa del Libro Argentino al que serán invitados los distintos sectores interesados —editores, impresores, libreros— para que gestione:

- Importación automática de papel para la impresión de libros, bajo el régimen de la Ley 12 578.
- Facilidades para la importación y créditos para la compra de máquinas indispensables —que el país no produce todavía— para el equipamiento de imprentas y talleres de encuadernación de libros.
- Fomento de la producción editorial del interior del país. El meritorio ejemplo de Castellví debe multiplicarse; el día que cada ciudad importante del interior (Córdoba, Mendoza, Tucumán, Salta, Bahía Blanca, etcétera) tenga empresas similares, mucho habremos adelantado.
- Intensificación del ritmo de publicaciones de autores noveles, mediante becas, subsidios, certámenes, concursos, etcétera
- Supresión de todos los gravámenes que encarecen el precio del libro, cualquiera sea su denominación, alcance y jurisdicción.
- Asignación de fondos para exposiciones y ferias dentro y fuera del país.

- Actualización de la Ley 11 723 a la luz de las nuevas obligaciones contraídas por la vigencia de la Convención de Ginebra y similares.
- Defensa del área idiomática, para impedir la invasión de obras impresas en castellano en países de otra lengua. (Téngase en cuenta, en este sentido, que Brasil impone fuertes gravámenes diferenciales en contra de las publicaciones impresas en portugués fuera de Brasil y Portugal.)
- Particular consideración de estos problemas al firmar convenios con los países hispanoamericanos, para evitar quedarnos en inferioridad de condiciones al ofrecer nosotros un máximo de facilidades sin exigir reciprocidad en el trato. España impone su censura sobre libros cuya impresión autoriza para la exportación; esto no ocurre solo con clásicos como Eca de Queiroz o Anatole France sino también con novelas policiales semipornográficas, atentatorias de nuestra dignidad. Vemos aquí que la censura se levanta cuando los “intereses” están en juego; los “principios” se arrinconan. Es este un punto al cual debe prestar particular atención nuestra cancillería.
- Elaboración de una política orgánica por parte del Estado con la realización de exposiciones, certámenes, intercambio de escritores, artistas, promoviendo el mutuo conocimiento y el activo intercambio bibliográfico.
- Publicación de una guía de ediciones nacionales para su distribución gratuita a librerías y lectores por América, España y Filipinas y a las instituciones culturales y bibliotecas de todo el mundo.
- Recomendación de que se trate de dignificar todos los premios y recompensas para que el público no se sienta defraudado cuando no encuentra en los libros adquiridos los valores previsible

en obras que se han hecho acreedoras a menciones. (En Chile, el otorgamiento de un Premio Nacional de Literatura significa para el autor una venta de millares de ejemplares; como significa una crítica favorable y seria en sus grandes diarios una venta de cientos de ellos. Mucho trecho tenemos que recorrer nosotros para alcanzar esa meta; parte de la culpa, convengamos, es nuestra.)

- Recopilación de estadísticas que permitan una apreciación cuantitativa del problema, de las que hoy no disponemos.

Mucho podríamos agregar sobre la materia; esperamos que las ponencias de los socios de la SADE permitan completar este boceto de un plan de trabajo que solo quiere dar algunas ideas sobre cómo defender el libro argentino.

Los problemas del libro en el mundo de los satélites artificiales*

Queremos tratar el tema del libro en función de la realidad continental y, también, en función de los hechos que más caracterizan los tiempos que vivimos: en esta época de auge científico, en esta era de los satélites artificiales, los libros como productos de la ciencia pura y aplicada encarnan un aspecto de la problemática del mundo contemporáneo. Problemática que, por otra parte, muestra la crisis por la que atraviesan las humanidades y las ciencias. ¿Puede el libro — preguntamos— permanecer ajeno a dicha crisis? Respondemos que no. ¿Los escritores, editores, libreros y lectores han reflexionado sobre este punto? Creemos que no lo suficiente.

Esta crisis, que tanto afecta a la osatura social en su economía, cultura y valores, es tan patente que nuestro periodismo “serio” ya la advierte; pero tememos que la mayoría de los editores no comprenden (cómo y por qué), ni siquiera aproximadamente, que ella afecta sus actividades.

* Publicado originalmente en: Weinberg, G. (1965) “Los problemas del libro en el mundo de los satélites artificiales”, *La Gaceta*, N° 130, Pág. 5. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.

Primero consideremos a quienes piensan que, dado los modernos medios de difusión (radio, televisión, diarios, revistas, etcétera) el libro está condenado al fracaso. Es este un juicio apresurado, sin fundamentos doctrinarios ni estadísticos. Nosotros, por nuestra parte, creemos que el reino del libro apenas comienza.

¿Pueden los citados medios de difusión, de comunicación de masas, suplir por sí solos las necesidades de información de estas? (Y no citemos la necesidad de una labor formativa que se destaca tan agudamente en el campo de la educación y la cultura). Otra vez contestamos que no. Veamos por qué.

Si estas formas de difusión cuentan con los medios técnicos que hacen más rápida, casi instantánea, la comunicación; tienen como contrapartida a la rapidez de sus medios, el dar una información cada vez más atomizada, fragmentaria y circunstancial: el contexto, que vertebra y debe dar sentido a la información, desaparece casi por completo.

Corolario de lo anterior: para entender las noticias transmitidas por los veloces medios de comunicación es necesario tener una formación previa, y esta no podrá obtenerse sino a través de la educación, sistemática o no, y para este objetivo es indispensable el libro.

Demostrada la necesidad del libro en esta época de crisis con la que está identificado, si hemos de hablar de ella, de la crisis, diremos que no es el libro quien la sufre sino su edición: sus formas y métodos de producción, su comercialización y difusión.

Nuestros editores han perdido, casi por entero, salvo muy honrosas y limitadas excepciones, las virtudes del artesano y, desgraciadamente, no han adquirido aún las características del empresario moderno.

El viejo editor tenía amor verdadero por el libro, su contenido y presentación, que daban a sus obras una personalidad. Y no son empresarios porque este es un hombre que analiza el mercado, estudia los gustos, hábitos e inclinaciones del público consumidor y trata de satisfacerlos; planea y pone en práctica una política que mantiene con capitales, publicidad, estudios adicionales, fe en los campos

escogidos, en temas y autores. Infortunadamente, repetimos, es penoso decir que entre nosotros se está muy lejos de ello.

No ignoramos que en ciertos aspectos la actividad editorial se ha visto obligada a convertirse en una “industria cultural”, con todo lo negativo que implica: despersonalización de la creación, predominio de la organización racional sobre la invención, desintegración del poder cultural, etcétera. Pero, y aquí citamos estos conceptos de Edgar Morin: “La industria cultural debe superar constantemente una contradicción fundamental entre sus estructuras burocratizadas, estandarizadas y la originalidad (individualidad-novedad) del producto que debe suministrar”.

Este es el problema que se debe encarar. Se debe tener cuidado sobre todo en relación a los aportes de las literaturas nacionales, *momento crítico en que la creación se convierte en producción*.

En la contradicción entre la invención y la estandarización, la invención es fundamental para el campo de la industria cultural, pues en tanto que un producto se estandariza al máximo, la invención es más necesaria y hace que la citada contradicción preste alguna dinámica a la llamada cultura de masas, que abona en favor del libro, ya que es un fenómeno que se está universalizando y que se le ha dado en llamar *explosión educacional*.

Sin entrar en mayores sutilezas, convengamos que la democratización educacional es uno de los supuestos previos de la democratización cultural y un signo de nuestros tiempos es el acceso de un número espectacular de personas de los estratos medios y bajos de la población a niveles cada vez más altos de cultura y educación.

Esta explosión educacional tiene y tendrá una muy tonificante influencia sobre el consumo y, por consiguiente, sobre la producción del libro, siempre y cuando los editores la adviertan y no crean poder encauzarla o aprovecharla siguiendo la línea del menor esfuerzo, vale decir, publicando bajo la forma de libros los sucedáneos de las historietas, que es ignorar no solo los procesos registrados sino también conspirar contra los futuros desenvolvimientos de las condiciones intelectuales de los países del continente.

Al olvido han quedado relegadas definitivamente las ideas que creían que un hombre que había cursado sus estudios hasta un cierto nivel, y en particular los profesionales, podían darse por satisfechos y dedicarse a usufructuar sus conocimientos, pues los enriquecimientos eran insignificantes y lentos. Hoy, los enriquecimientos son sustanciales y rápidos, esto indica la necesidad de que nos convenzamos de que todo egresado, y en especial los de los niveles universitarios, no son productos elaborados para siempre, sino que, utilizando una imagen tomada de la industria, los profesionales, una vez egresados, son apenas productos *semielaborados*. Así como se oye: *semielaborados*; su terminación, que nunca será definitiva sino relativa, reclama el contacto permanente con las fuentes de conocimiento fundamental de la disciplina que haya abordado. ¿Y qué fuente mejor, más cómoda, que el libro de verdadero valor formativo? De aquí podemos asegurar que el tratado, en el sentido clásico, será reclamado cada vez con mayor energía por estos egresados, en particular los vinculados a las disciplinas que perciben más enérgicamente los cambios y los vinculados a las nuevas.

Cuando hablamos del libro en la época de los satélites artificiales, estamos afirmando implícitamente una idea de universalidad de la cual no todos tienen aún clara conciencia. *El hecho es que el mundo se ha universalizado*. Todos los viejos esquemas europeocéntricos ya no son válidos por sí solos para explicarnos qué ocurre sobre el planeta. Pues bien, en materia de ediciones es posiblemente donde ese provincialismo (que no otro nombre debe tener) se manifieste con mayor gravedad y como mayor limitación. Debe hacerse un gigantesco esfuerzo por comprender que los grandes centros de decisión política, militar, científica, cultural, educacional, tecnológica, e inclusive atlética, no están confinados exclusivamente a Europa. ¿Y por qué no percibir este fenómeno que es una de las características fundamentales del siglo XX? Más de cien países hacen oír su voz en el seno de las Naciones Unidas. Pero, adviértase bien, tampoco se trata de caer en un cosmopolitismo vacío, hueco, sin vida ni color. Se trata de compaginar la idea de universalidad con la idea o categoría de nacionalidad. Y esto es menos fácil de lo que a primera vista parece.

Ningún problema editorial tendrá éxito, lo decimos sin pretensiones proféticas, si no tiene sus raíces puestas sobre Latinoamérica. Esta enseñanza no ha sido por todos asimilada, por cierto. Lo prueba, por ejemplo, una serie de avisos aparecidos en los grandes diarios de Buenos Aires: en el anunciado programa no hay un solo libro argentino, un solo libro latinoamericano, ni siquiera por cortesía, por deferencia, por buen gusto. Es de traslado liso y llano de planes elaborados en otras regiones del planeta.

Si traducir, por otra parte, no es verter ordenadamente palabra por palabra de un idioma a otro, sino que deben tomarse en cuenta las reglas de sintaxis y el espíritu nacional de las lenguas, editar tampoco puede ser, pues, copiar servilmente. Estos plagios, o planes extraños al espíritu nacional, suenan como un galimatías, un lamentable zurcido de retazos. Y condenados están al fracaso. No nos queremos erigir en fiscales. Nada más ajeno a nuestra intención. Son las nuestras opiniones vertidas de buena fe por quienes se preocupan por estos problemas, que les interesan; más aún, que les apasionan.

Para dar término a este artículo precisaremos algunos conceptos: el libro en modo alguno ve amenazado su imperio; por el contrario, muchos son los elementos positivos que aseguran no solo su perduración, sino también el acrecentamiento de su número y de su influencia.

Aumenta la población mundial. Aumentan los índices de esperanza de vida. Aumentará el tiempo libre. Disminuirá el analfabetismo y aumentarán las exigencias y calificaciones. Aumentan los promedios de escolaridad. La educación es considerada como un proceso permanente de enriquecimiento intelectual y espiritual. Las inversiones en materia cultural serán sensiblemente incrementadas; cada vez se dedicarán mayores sumas a la acumulación, conservación y aprovechamiento de esos bienes culturales. Las bibliotecas se vitalizarán. Los lectores aumentarán, y destinarán cada vez más tiempo y dinero a la adquisición de obras que satisfagan realmente sus inquietudes. Esto no es optimismo panglosiano; esto es el resultado de una realidad mediata (no inmediata, claro está).

Importante sería, pues, que todos los editores tengan clara idea de las necesidades y sus proyecciones futuras, que adviertan su responsabilidad; que deben descartar la improvisación, que deben reclamar asesoramiento intelectual y técnico calificado; que deben asumir categorías de nacionalidad (sin caer en el nacionalismo estrecho) y de universalidad (sin caer tampoco en un cosmopolitismo deslavado); que no deben hacerle juego a los medios de difusión de masas sino definir y redefinir permanentemente el libro, en cada circunstancia. El libro tiene un campo específico que no es el de la televisión, ni el de la historieta; busca lo permanente, no lo transitorio y efímero. Por algo dijo Borges que un buen libro es escribir para la eternidad; en cambio escribir en un periódico es apenas escribir para el olvido.

El libro es la afirmación de la dignidad, de la difícil dignidad del hombre, a través de una de sus más excelsas manifestaciones. Es instrumento de conocimiento y también de creación, es herramienta, es semilla, es camino de libertad y de superación. Recoge y brinda las fórmulas de la ciencia y de la técnica, los principios que las articulan, la belleza aprehendida en algunos versos, la meditación de los profetas y pensadores, el estremecimiento del artista y el asombro del niño, la melancolía del anciano que recuerda y la del genio que construye universos de fórmulas con números y palabras mágicas. Todo esto y mucho más asegura la perduración del libro. Contribuyamos, pues, a dignificar su mensaje, limpiándolo de impurezas, a quitarle lo innecesario; pero, sobre todo, no confundamos la cáscara con la almendra.

No descuidemos nuestros artistas y escritores; y ojalá nadie vuelva a citar por su vigencia sino por ser un recuerdo borroso y melancólico de un pasado definitivamente superado, aquellas palabras de Juan Rodríguez de León (en *Discurso apologético a la biblioteca del licenciado Antonio de León*, su hermano): “Como de las Indias solo se apetece plata y oro, están los escritores tan olvidados como sus historias poco vistas...”

No subestimemos al público lector: alentemos sus inclinaciones constructivas y nobles; desalentemos las malsanas. Tengamos fe en el hombre y en el continente. Trabajemos para mañana.

El libro: instrumento de libertad*

El libro es la afirmación de la dignidad, de la difícil dignidad del hombre, de la perdurabilidad de muchas de sus creaciones. Es instrumento de libertad y superación. Recoge y multiplica las fórmulas de la ciencia y de la técnica, de los principios que las articulan; crea mundos en la novela o el cuento; expone la belleza aprehendiéndola en versos; transmite las visiones de los profetas y las meditaciones de utopistas y pensadores; los atisbos del genio que construye con números y palabras mágicas; el estremecimiento de los artistas, el renovado asombro del niño y la melancolía del anciano que recuerda.

La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [Unesco] ha proclamado al año 1972 como el Año Internacional del Libro. Esa circunstancia nos parece tan significativa como oportuna, sobre todo porque enfrenta un desalentador escepticismo, difundido de modo creciente en vastos círculos, sobre el futuro mismo de la letra impresa. No repetiremos aquí, desde luego, las superficiales y especiosas afirmaciones de quienes escriben

* Publicado originalmente en: Weinberg, G. "El libro: instrumento de libertad" (28 de mayo 1972). Diario *La Nación*. Buenos Aires.

libros para anunciar el ocaso del libro y procurar refutarlas enseguida. Coincidentemente, y el hecho no parece casual, se anuncia la muerte del sistema educacional.

Observemos por ahora y por nuestra parte solo algunos y muy determinados aspectos, sin pretensión de agotar el tema.

Ante todo, nos parece pertinente subrayar cuando hablamos del libro y su porvenir que no adoptamos nuestra particular actitud desconociendo o subestimando las ya previsibles innovaciones técnicas que mañana modificarán sustancialmente la materia física del libro. Aunque se convierta en un objeto fabricado con materiales muy distintos a los usados actualmente y su composición, impresión y encuadernación se obtengan por procedimientos por ahora inimaginables, no por ello el libro dejará de serlo, como no por haber sido desconocida la imprenta en aquel entonces podemos negar la condición de libro a la producción escrita de Platón, Aristóteles, San Agustín o Santo Tomás. El libro es, en esta afirmación, un concepto amplio y no una cosa restringida. Creer que la palabra *libro* define un objeto físico hoy conocido como tal, que siempre fue así y que, por ende, también lo será, es desconocer su proceso histórico y adoptar una actitud poco juiciosa. En realidad, parecería que los críticos más “sagaces” tienen como punto de partida para sus afirmaciones la idea de que el libro, como tal, es ya algo obsoleto, y de allí infieren, siguiendo un razonamiento a todas luces ilegítimo, que lo precederо es su contenido.

Luego, quedaría así asegurado el predominio de la imagen y de la voz por sobre el de la letra impresa. No desconocemos la importancia que tanto una como la otra pueden adquirir en el futuro (por lo demás ya la tienen y su función no es desdeñable); ejercen su influencia como medios de información y de ilustración, pero ciertamente el libro continúa siendo el medio *formativo* por excelencia. Ya desde otro ángulo, y enfocando nuevas perspectivas, habría que notar que las relaciones entre aquello antes entendido como “información” y “formación” se ha modificado sustancialmente; y esto obliga a la tarea —inabordable aquí— de redefinir ambas.

Los llamados medios de comunicación de masas (radiotelefonía, televisión, cine comercial, revistas de historietas, etcétera) absorben, es cierto, una cantidad creciente del “tiempo libre” disponible por el hombre contemporáneo; pero de aquí tampoco se deduce en forma alguna que el libro esté condenado, o que sus lectores disminuyan o carezcan de tiempo para la lectura. Aceptar esta opinión apresurada, por decir lo menos, sería admitir algo que no tiene fundamentos serios ni respaldos doctrinarios. Para nosotros resulta un errado lugar común, pues las cifras en aumento de los títulos publicados en el mundo y las tiradas lo refutan, aunque por razones circunstanciales en un país o en una región puedan disminuir, la tendencia a largo plazo es el incremento sostenido. Nuestra opinión es totalmente opuesta a la de los “agonistas” y nuestra concepción tiene un signo francamente optimista, ya expuesto en anteriores oportunidades: el verdadero reinado del libro solo comienza.¹

Corresponde ahora explicar sobre qué fundamentos se asienta nuestro optimismo.

Aumentó la población a un ritmo acelerado, sobre todo en América Latina, lo cual a su vez implica un rejuvenecimiento de la pirámide de edades. Conclusión necesaria: la dimensión demográfica indica, sin entrar en mayores sutilezas, un incremento del número potencial de lectores.

Mejoraron también los índices de esperanza de vida, como consecuencia de la mayor difusión de los conocimientos sanitarios y los progresos de las condiciones sociales; una más equitativa distribución de los ingresos podrá consolidar definitivamente esa tendencia. Conclusión segunda: las personas que vivirán más, podrán dedicar mayor tiempo a la lectura, toda vez que se las capacite para ello.

Tiende a disminuir, en forma absoluta y relativa, el analfabetismo; se amplía, de manera casi explosiva, la matrícula de todos los

¹ Todos estos conceptos los hemos desarrollado pormenorizadamente, con acopio de referencias y cifras, en un trabajo solicitado por la Unión de Universidades de América Latina [UDUAL], y presentado a la II Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria, realizada el pasado mes de febrero en México.

niveles, y de ellos se sigue un aumento del promedio de escolaridad. Simultáneamente, y esto como resultado indirecto de la revolución científica y tecnológica, se acrecientan las exigencias en materia de calificaciones para el empleo. Nueva conclusión: las necesidades de formación (que es algo muy distinto al adiestramiento) requerirán, entre otras cosas, mayor dedicación a la lectura y, por lo tanto, mayor número de libros.

La educación, por otro lado, se entiende como un proceso continuo o permanente de enriquecimiento espiritual e intelectual; donde el individuo queda vinculado durante mayor tiempo a la influencia de las actividades del sistema o de las no institucionalizadas. Los graduados de todos los niveles necesitarán no solo actualizar su información sino también adoptar nuevos métodos y nuevas teorías para poder desempeñarse con eficacia en su actividad profesional. Y nada digamos de las inéditas y crecientes relaciones interdisciplinarias.

Las inversiones en materia cultural tienden a incrementarse y deberán hacerlo mucho más aún en el futuro; se tendrán que destinar sumas cada vez más elevadas a la conservación, enriquecimiento y utilización de dichos bienes. No faltan muchos años, así lo creemos, para que se descubra el *valor* real de las bibliotecas y centros de documentación, que son algo más, mucho más, que un depósito de libros o una “estación de servicio” a la cual concurren los estudiantes primarios, secundarios o universitarios para “abastecerse”.

La reducción de la jornada de trabajo será una consecuencia directa del proceso de mecanización y automatización; esto (poco menos que impensable en nuestro país en el momento actual) dejará al hombre un tiempo libre para cuya utilización debe ser capacitado; de la nueva situación derivarán problemas realmente inéditos ya entrevistados y planteados por la sociología del ocio. Pues bien, esa reducción de la jornada laboral, ese ocio del cual seremos usufructuarios, pueden y deben también conducir a la fuente cultural impresa. Hay miles de estudiantes, maestros y profesores, estamos seguros, que carecen de los recursos o del tiempo necesarios para la lectura; esta

tendencia que estamos perfilando permitirá a millones de nuevos lectores leer el *Quijote* con reposo y con deleite.

Se ha dicho, Edgar Morin entre otros, que la ampliación, la estabilización y la “cotidianización” del tiempo libre se efectúan simultáneamente y en detrimento del trabajo, de la familia y de la fiesta. Y la cultura de masas en estos tiempos de los satélites artificiales se extiende por esa gran zona precisamente abandonada por ellos. Este aspecto ha llevado a muchos especialistas, por ejemplo, al citado Morin, a concluir que la cultura de masas puede ser considerada como una gigantesca ética del ocio.

Aumentará el número de lectores y estos estarán en condiciones de destinar más recursos a la adquisición y más tiempo a frecuentar obras que realmente satisfagan sus inquietudes. En nuestra sociedad de consumo, donde el automóvil se ha convertido, por irrupción y no por asimilación paulatina, poco menos que en la pieza clave y casi esencial en la tabla de aspiraciones y valores del ciudadano medio, por lo menos aquí y en este sentido, el libro podrá transformarse en un elemento desalienante.

Esto no es optimismo panglosiano; es el resultado de un análisis sumario de hechos previsibles realizados sin demasiada imaginación, pero también sin la mala fe generalizada y simplificadora característica de la obra de la mayoría de los “futurólogos” (Kahan, por ejemplo) y “profetas” afines (así Marshall McLuhan).

Y ahora permítasenos un paréntesis entre estas consideraciones. La Academia Española de la Lengua en su *Diccionario* atribuye a la expresión “hablar como un libro” el significado de “hablar con corrección, elegancia y autoridad”, acepción que el uso popular ha completado con un leve matiz irónico alusivo a la pedantería real o fingida. Como contrapartida piénsese tan solo en qué querrá decir “hablar como un televisor”; para el autor de este artículo “superficialidad cierta, abundancia de lugares comunes y vehemencia innecesaria”.

El libro tiene un campo específico, que, volvemos a repetirlo, no es el de la televisión, ni el de la radiotelefonía, ni siquiera el de la historieta o la cinematografía; busca, estudia y expresa lo permanente,

desecha lo transitorio y lo efímero (aunque ello no impide, por cierto, que haya libros desdeñables e indignos de tal nombre; como así tampoco que haya y pueda haber programas audibles o visuales del más alto nivel cultural); consigna logros, rectifica conceptos, señala rutas, crea y estimula sin cesar. En una palabra, es *generador de cultura y contribuye a humanizar*. No puede decirse lo mismo, en líneas generales, por supuesto, de los restantes medios de comunicación, sobre todo cuando están al servicio poco menos que exclusivo de intereses comerciales o influencias económicas, más orientados a la difusión y al esparcimiento que a la transmisión de conocimientos, experiencias artísticas, filosóficas o religiosas, y cuyos patrones éticos y de consumo suelen no coincidir con los requeridos para la integración democrática del Estado nacional. Durante la lectura de un texto toda persona puede subrayar un pasaje, releerlo cuantas veces quiera, volver hacia atrás las páginas, para percibir la legitimidad de un razonamiento o la transmisión de una vivencia. Más todavía: puede subordinar su lectura a su tiempo de reacción; asimilar, en una palabra. ¿Puede hacer otro tanto frente al sonido o la imagen fugaz?

De lo dicho, no se deduzca apresuradamente que estamos contra los medios de comunicación de masas; al contrario, entendemos que deberían jugar un papel (por ahora solo desempeñado en forma har-to limitada) no excluyente del de la letra impresa; antes bien, complementario. La información y la distracción, para tener sentido, deben actuar sobre individuos poseedores de una formación previa adquirida a través de sistemas educacionales modernizados, y de libros colectores no solo de experiencias pretéritas sino transmisores también de estímulos creadores.

Todo esto, y mucho más que podría agregarse, asegura la perduración de la letra impresa, porque ella es memoria, impulso y fermento de la civilización y de la cultura.

La industria editorial y las editoriales universitarias*

I. Introducción

La Unesco ha proclamado al año 1972 como el Año Internacional del Libro. Esta circunstancia nos parece significativa en muchos sentidos, y, sobre todo, porque enfrenta un creciente escepticismo, difundido infortunadamente ya en vastos círculos, sobre el futuro de la letra impresa. No repetiremos aquí, desde luego, las superficiales y pretenciosas afirmaciones de quienes escriben libros anunciando el ocaso del libro, para procurar refutarlas enseguida. Observemos, por ahora, solo algunos y muy determinados aspectos sin ambición alguna de agotar el tema ni mucho menos.

Los llamados medios de comunicación de masas (radiotelefonía, televisión, cine comercial, revistas de historietas, etcétera) absorben, es cierto, una cantidad creciente del “tiempo libre” que dispone el

* Publicado originalmente en: Weinberg, G “La industria editorial y las editoriales universitarias”. Conferencia Latinoamericana de Difusión Cultural y Extensión Universitaria. Mesa redonda 7: Labor Editorial, Publicaciones, Revistas, Libros y Grabaciones. Universidad Nacional Autónoma de México / Unión de Universidades de América Latina. México D.F. Febrero, 1972.

hombre contemporáneo; pero de aquí en modo alguno se infiere que necesariamente el libro esté condenado. Aceptar ese juicio es, por lo menos, apresurado, pues carece de fundamentos serios o de respaldos doctrinarios; y aun las estadísticas lo desmienten (Las cifras de títulos publicados y las tiradas siguen en aumento). Para nosotros resulta apenas un lugar común. Nuestro criterio es totalmente opuesto y tiene un signo francamente optimista: el verdadero reinado del libro solo ha comenzado.

1) La explosión educacional, indiscutible y comprobada ya desde hace un par de décadas en el nivel medio, se traslada ahora al universitario o, expresado más correctamente, al nivel terciario. Este es un fenómeno de verdadera trascendencia, cuyo perfil y tendencias se perciben con nitidez; más aún, al aceptar cierto modelo de desarrollo pueden elaborarse las proyecciones sobre el crecimiento de la matrícula para los próximos decenios. De este solo hecho ya pueden deducirse el avance de los requerimientos futuros en materia de textos, manuales y tratados para el estudiante universitario y, también, para el personal docente en todas sus jerarquías y niveles, sin descuidar las bibliotecas llamadas a multiplicarse en el porvenir; y toda esta influencia se ejerce además sobre un público, nada fácil de precisar desde el punto de vista de una sociología de la cultura, pero no por ello menos real; nos referimos al que llamaríamos *parauniversitario*. Además, el aumento de la demanda no es, por supuesto, solo cuantitativo; también es cualitativo, y a la rápida expansión debe sumarse una no menos rápida obsolescencia que exige un enérgico y oportuno reemplazo.

2) La Universidad como institución toma conciencia cada vez más clara y crítica de sus funciones y obligaciones, entre las cuales está su misión cultural. La actividad de las universidades se limitó, durante mucho tiempo, a la formación de profesionales más o menos calificados; sin descuidarla o, por el contrario,

precisamente para enriquecerla, durante los últimos tiempos se insiste sobre la importancia de la investigación, sea en materia de ciencias físico-matemáticas o ciencias humanas, vale decir, sobre la creación y la elaboración de conocimientos; agréganse a ello los tremendos problemas que de suyo plantea su transmisión; los procedimientos clásicos son a todas luces ineficaces. Como llevamos dicho, pues, la misión cultural y la misión de investigación son complementarias e indisolubles de la primera (formación de profesionales). La universidad tradicional (de algún modo debemos llamarla) tiene que acomodar sus estructuras y su funcionamiento a las actuales necesidades y a las previsibles. Estar al día —aspiración de muchos de los grandes centros de la enseñanza superior— parece insuficiente; debe anticipar el futuro. Para modernizarse ya es tarde, los nuevos tiempos exigen que cambie sustancialmente. Y dentro de este planteamiento, las universidades mal pueden descuidar la muy responsable tarea de publicar obras, revistas, etcétera, indispensables para el apropiado cumplimiento de dicha misión. Esto resulta, por un lado, de las inadecuaciones advertidas y, por el otro, como efecto de la presión social que sobre ella ejerce la comunidad.

- 3) De la explosión educacional en todos los niveles se infiere también un mayor promedio de escolaridad de la población en general, que tiene cierta relación con el proceso de urbanización, el cambio de la estructura ocupacional, la difusión de los medios de comunicación de masas y, a través de estos, de nuevos patrones de consumo, etcétera; de un aumento más que significativo del público lector, amén de una diversificación intensa de la gama de sus intereses. Una de las más importantes e interesantes revelaciones que pueden desprenderse de la intensa labor cumplida por la Editorial de la Universidad de Buenos Aires [Eudeba] fue la demostración de que existía ese público lector; que además era posible llegar a él (aunque a veces empleando medios no convencionales, pero de todos modos siempre legítimos), y que sus

apetencias desbordaban todos los pronósticos, aun los más optimistas formulados por quienes se decían conocedores del mercado de consumo de libros y revistas especializadas. Las necesidades, en este sentido, parecen ser insospechadamente mayores que todos los cálculos realizados.

- 4) Si en algún sentido los medios de comunicación de masas pueden dar cumplimiento a las necesidades de información de millones de seres humanos expuestos a su influencia, no alcanzan, en cambio, a satisfacer los requerimientos no menos crecientes de formación. Recordemos únicamente que hasta para comprender las noticias periodísticas debemos tener un contexto previo; de otro modo carecerían de sentido.

En síntesis: aumenta la población a un ritmo acelerado, sobre todo en nuestra América Latina, lo que a su vez implica un rejuvenecimiento sensacional de la pirámide de edades. Aumentan los índices de esperanza de vida, como consecuencia de la mayor difusión de los conocimientos sanitarios y el mejoramiento de las condiciones sociales. Tiende a disminuir, en forma absoluta y relativa, el analfabetismo; se amplía numéricamente la matrícula en todos los niveles, y aumentan al mismo tiempo las exigencias en materia de calificaciones para el empleo. La educación, por otro lado, se entiende como un proceso permanente de enriquecimiento espiritual e intelectual; de donde el individuo queda vinculado durante un mayor tiempo a la influencia de las actividades del sistema o de las no institucionalizadas. Las inversiones en materia cultural tienden a incrementarse y lo serán aún más en el porvenir; se destinarán sumas cada vez más importantes a la conservación y utilización de los bienes culturales. Aumentará el número de lectores y estos destinarán cada vez más dinero y más tiempo a la adquisición de obras que satisfagan realmente sus inquietudes. Esto no es optimismo panglosiano; es el resultado de un rápido análisis de lo previsible sin demasiada imaginación. El libro, volvamos a repetirlo, tiene un campo específico que no es el

de la televisión, ni el de la radiotelefonía, ni el de la historieta; busca, estudia y expresa lo permanente, no lo transitorio ni lo efímero (aunque ello no excluye que haya libros desdeñables e indignos de tal nombre), consigna logros, rectifica conceptos, señala rutas, crea y estimula sin cesar. En una palabra, es generador de cultura. No puede decirse lo mismo de los restantes medios de comunicación, más orientados a la difusión y al esparcimiento que al auténtico conocimiento, aquel que exige diálogo y frecuentación.

El libro es la afirmación de la dignidad, de la difícil dignidad del hombre, de la perdurabilidad de sus creaciones. Es instrumento de libertad y superación. Recoge y multiplica las fórmulas de la ciencia y de la técnica, los principios que las articulan, la belleza aprehendida en algunos versos, la meditación de profetas, utopistas y pensadores, el estremecimiento del artista y el asombro del niño, la melancolía del anciano que recuerda y del genio que construye universos con fórmulas, números o palabras mágicas. Por algo dijo Borges que escribir un buen libro es escribir para la eternidad, en cambio hacerlo en un periódico o un diario es casi destinarlo al olvido; solo se trata de la prensa, agregamos nosotros, aquello que es realmente valioso, y ¿para qué y cómo?, para convertirlo o integrar un libro. Todo esto y mucho más asegura la perduración de la letra impresa, sobre todo cuando ella se encarna en un libro o en una revista especializada.

II. Entre la marginalidad y la alienación

Para emplear la jerga de los economistas diremos que la actividad editorial, cuando alcanzó una escala significativa, se convirtió en una típica *industria de sustitución*, que comenzó a arraigarse con posterioridad a la Guerra Civil Española, y luego más intensamente, después de la Segunda Guerra Mundial; posee, por tanto, todas las virtudes y las limitaciones que caracterizan a las industrias de sustitución, pero con esta diferencia: las manufacturas (alimentaria, textil, etcétera) empleaban, sobre todo, *materia prima* y mano de obra

local y equipos extranjeros; en este caso también la *materia prima*, por llamarla de algún modo, era importada (títulos, papel, etcétera). Aclaremos esto: para satisfacer las necesidades de un mercado ya existente, antes abastecido mediante adquisiciones fuera del área, se instalan en América Latina editoriales e imprentas que, por lo general, trasladan pautas de producción, de gusto, de prestigio, de los países europeos cuya producción se trata de reemplazar. Vale decir, acatan las preocupaciones, los temas, los autores, las técnicas, etcétera; en una palabra, y en este caso particular de los productores de libros de toda clase, las editoriales se constituyen un poco al *margen* de la propia cultura nacional, como satélites. Desde luego que el libro es mucho más valioso que una mercancía, pues implica un contenido —que es al mismo tiempo un mensaje— y una técnica de presentación, distribución y comercialización. Cualquier otro producto, por supuesto, suscita casi las mismas cuestiones, pero aquí se trata de algo cualitativamente más importante por su alcance e interés intelectual, y por su continente estético.

Como ocurrió con muchas otras actividades, durante y luego de aquellos conflictos bélicos, tampoco la editorial creció hacia adentro, sino que se deformó conformándose a esas dimensiones impropias y tensiones extrañas. Radicada en algunos puntos del continente, México y Argentina en particular, por lo menos en sus inicios, trató de satisfacer el mercado; pero insistimos, sin que esa producción (que en rigor era casi siempre *reproducción* cuando no *reimpresión*) expresase necesariamente las verdaderas necesidades, y menos todavía, las proyecciones de ellas. Así como a la pampa húmeda argentina se trae la ganadería inglesa durante el siglo xix, sin preguntarse acerca de su funcionalidad ni su economicidad, de igual modo se incorporan las modas en materia editorial a partir del segundo tercio de esta centuria, sean estas de procedencia española, francesa, inglesa o, más tarde, estadounidense. Y por muchos años no se advierten o no se manifiestan serios propósitos de nacionalizarla. Remeda modelos ya probados y experimentados; por eso predominan en forma abrumadora las traducciones. Cuando esta situación de verdadera

marginalidad comienza a desaparecer como resultado del crecimiento de las fuerzas económicas y espirituales que expresan la personalidad de nuestra América hispanolusoparlante, cuando dejamos de estar tan desacompañados con la realidad o ajenos a ella, cuando adquirimos conciencia de su especificidad, nuestra frustración revela otra faceta: en lugar de ahondar en el conocimiento de la vida latinoamericana, de estudiar el mercado, sus requerimientos, etcétera, las empresas más o menos constituidas, con aparato de distribución propio, se proponen como objetivo perseguir el “buen éxito”, el dichoso *best seller*, es decir, se *alienan*, ignoran los gustos y las necesidades auténticos para sustituirlos por otros impuestos o interesados.

Algunos editores con tradición y con arraigo —y afortunadamente muchos de ellos viven y trabajan aún en nuestro medio, dispersos por países que casi nunca dan muestras de apreciar sus reales merecimientos— varios de ellos incluso han puesto su nombre a la empresa que crearon y dirigen, tenían amor cierto por el libro, por su contenido, por su presentación. Podían equivocarse, podían tener gustos o criterios que no todos compartimos necesariamente, pero poseían, eso sí, una personalidad, y esa personalidad se trasuntaba en su labor, en sus colecciones, en sus relaciones con los autores, en las características gráficas, etcétera. Sentíanse identificados con *su obra*, era parte de ellos mismos. Pero el problema, insisto, es que en su gran mayoría las pequeñas y medianas empresas han dejado de trabajar en el plano que solían hacerlo sin haber llegado a transformarse ya en empresas modernas. Es decir, han interrumpido un proceso que debió conducirlos a convertirse en organizaciones que analizan el mercado, estudian los gustos del público y tratan de encauzarlos, profundizan las tendencias o descubren otras; se interesan por la capacidad adquisitiva del público lector, tratan de determinar su magnitud, percibir los cambios y variaciones, alientan y se interesan realmente por el quehacer cultural. Luego esbozan una política —con su estrategia y su táctica— que mantienen con capitales, con consecuencia, con publicidad, con estudios renovados, con fe en los campos escogidos, con fidelidades. Pero antes de haberse dado el

importante paso que implica la consolidación y el fortalecimiento de las empresas con capitales nacionales, o a través de empresas mixtas con participación del Estado, surgen nuevos factores de distorsión: las relaciones de dependencia que se establecen con empresas extranjeras, caracterizadas por la compra indiscriminada de derechos de autor o la traducción también indiferenciada de colecciones íntegras, sin repensarlas, en la convicción de que el respaldo económico y publicitario bastará para imponerlas, aun cuando ellas no sean totalmente satisfactorias o adecuadas a los requerimientos locales o regionales. Se distorsiona la realidad para someterla; se abdica del espíritu crítico, se cercena el espíritu de creación, se subestiman los valores de la inteligencia continental. El paso siguiente está dado por la formación de empresas con participación decisiva de capitales extranjeros, o mejor aún, la instalación de estas como verdaderos enclaves, con gran fuerza de expansión y fuerte, cuando no decisiva, gravitación en el mercado.

Pero no ha sido ese el único rumbo. Es justicia señalar otras iniciativas que hablan muy bien a favor de la capacidad e inventiva latinoamericana; así, por ejemplo, tenemos la historia del Fondo de Cultura Económica de México [FCE], que, bajo la dirección de Daniel Cosío Villegas y Arnaldo Orfila Reynal, demostró que puede llevarse a cabo una empresa de alta cultura, de objetivos elevados. Comenzó, es cierto, con traducciones numerosas en un campo, el de la economía inicialmente, donde la producción en lengua española era escasa, pero el catálogo del FCE se fue enriqueciendo con nuevas colecciones, bibliotecas, y donde hay varias notas significativas: aumento del número de autores de nuestra lengua, diversificación y enriquecimiento de la gama de disciplinas abarcadas. En el diseño de esa línea editorial se advierte confianza y fe en el porvenir del Nuevo Mundo. Y cabe agregar que el origen de sus recursos mostró no solo la sagacidad de las autoridades mexicanas sino también su propósito de hacer algo importante y perdurable.

Y aquí parece pertinente hacer dos acotaciones marginales. La primera de ellas, destacar que las reflexiones críticas que acabamos

de enunciar en modo alguno implican subestimar la importancia y fecundidad de la labor de muchos de los editores españoles que se radicaron entre nosotros, como así tampoco restar merecimientos a los intelectuales que tantas veces actuaron como asesores literarios, traductores, etcétera. La segunda, que no se trata de un caso singular, pues en los más diversos campos del quehacer intelectual y material se registraron fenómenos poco menos que idénticos. Así, con referencia a las corrientes en materia de economía, escribió Raúl Prebisch:

Y al llegarnos las nuevas ideas, el mismo sentido inveterado de absorción incondicional de lo extranjero nos ha llevado con frecuencia a acoger esas ideas, sin preguntarnos en qué forma y medida respondían a nuestra realidad y a sus exigencias. Las circunstancias nos obligaban por primera vez a crecer hacia adentro, en vez de seguir como antes, creciendo hacia afuera, y faltaban nuevas ideas para tomar la acción práctica. Esas ideas se fueron desarrollando a tal punto que ahora estamos en condiciones de formar todo un sistema que nos permita actuar eficazmente sobre la realidad.

Otro aspecto, y en modo alguno desvinculado del anterior, está determinado por el hecho que, en su gran mayoría, las empresas surgieron como actividades artesanales, sin haber alcanzado a convertirse en grandes empresas, en el sentido económico del término; o, cuando se convierten en tales, se vinculan casi prematuramente a capitales extranjeros, cuando no se las transfiere lisa y llanamente, en cuyo caso la adopción de pautas foráneas es casi *natural*. La alienación aumenta, claro está, en estos últimos casos.

Juzgamos que la idea antes expuesta merece mayor desarrollo.

El predominio de estos criterios comerciales y esta estructura empresarial dificultan significativamente (aunque por supuesto no es este un factor único ni excluyente) el arraigo de la industria editorial como actividad genuinamente latinoamericana. Los intereses creados, las pautas aceptadas, la perduración por inercia de criterios muchas veces permitidos, etcétera, perfilan una situación a la cual

debe añadirse la falta de medios modernos de impresión, la carencia de personal gráfico, es decir, técnicos y artistas al servicio del libro; y todo ello traba su enérgico y autónomo desenvolvimiento. En conclusión, y fundamentalmente, la ausencia de una política cultural latinoamericana y nacional, el carácter eminentemente privado (esto es, antes comercial que cultural) de las empresas, entre otros, son obstáculos adicionales que están entorpeciendo y agravando las actuales inadecuaciones. Por tanto, entre otros organismos, creemos que corresponde a las universidades la responsabilidad de buscar y ofrecer las respuestas a las interrogantes que la realidad continental plantea (y en este caso sí, puede y debe predominar el interés cultural sobre el comercial, sin descuidar por entero a este último). Ellas deben estudiar con criterio científico los niveles de escolaridad, la estructura educacional, las necesidades y las apetencias del nuevo público, y proyectarlas hacia el futuro mediano e inmediato, sin que para hacerlo deban acatar forzosamente los rumbos antes seguidos por actividades semejantes en otras regiones, con diferentes tradiciones y recursos.

Tampoco parece ser esta la oportunidad más adecuada para historiar la cultura latinoamericana ni la estructura económica del continente y en función de ambas variables, repensar la actividad editorial. Es justo, llegados a este punto, recordar que hubo precursores e iniciativas importantes, y por cierto que muchas veces se hicieron prodigios. Tenemos una noble tradición, muy digna y rescatable, que va desde las primitivas prensas que el entusiasmo y la sagacidad renacentistas de Fray Juan de Zumárraga contribuyeron a traer a la capital de la Nueva España, hasta la imprenta inolvidable de José Toribio Medina, sin preterir esfuerzos hazañosos como los realizados por el taller de las misiones jesuíticas en el territorio del Virreinato del Río de la Plata; y ya más cerca de nosotros, estos años signados por las coproducciones y el libro de bolsillo (en este último caso es justicia recordar, entre otras muestras, la *explosión*, aunque transitoria, del libro peruano). Esas tradiciones no deben ser olvidadas; antes bien deben ser enaltecidas. Pero ellas tampoco deben constituirse en

diques que impidan las nuevas corrientes; por el contrario, deben ser estímulos para la imaginación y la iniciativa.

III. Propositiones

Producción

Libros y publicaciones

Las debilidades del sector empresarial (algunas de cuyas razones ya hemos puntualizado) y la escasa participación del Estado en la labor editorial, prueba una vez más, si falta hiciese, la carencia de una política cultural latinoamericana; a sustituirla, en cierto modo, puede ocurrir la labor de las editoriales universitarias existentes o futuras, punto que en adelante constituirá el eje de este trabajo.

Además cabría agregar, dejando para otra oportunidad los desarrollos, algunas notas adicionales:

- protección del área idiomática;
- defensa de las lenguas nacionales;
- amparo de la libertad de expresión;
- estímulo de las disciplinas de interés nacional o continental;
- planificación de las actividades con un criterio de racionalidad cultural, técnica y económica.

Y para terminar las reflexiones sobre este punto digamos que, más que seguir pasivamente las tendencias actuales del mercado, las editoriales universitarias deberán realizar una tarea prospectiva, en el

sentido de anticipar campos de actividad y tendencias, y prever, hasta donde ello es factible, las renovadas necesidades suscitadas por las transformaciones sociales, económicas, políticas, demográficas, educacionales y culturales.

Tampoco carece de interés el estímulo de las artes gráficas en sus aspectos técnicos y estéticos, para cuyo logro debe considerarse el aprovechamiento de los institutos o departamentos vinculados a estas actividades, tales como los de artes gráficas, cuando los haya, o los de bellas artes, etcétera.

No parece ser un hecho casual que durante este mismo año 1971 la *Association des Universités partiellement ou entièrement de Langue Française* [AUPELF] haya convocado a una reunión, realizada en Orleans (Francia), para estudiar “La Universidad y la edición”. Si bien la mayoría de sus problemas son bastante distintos de los nuestros, se revela idéntica preocupación y algunas de las conclusiones alcanzadas tienen interés para nosotros. Así, la primera comisión, que analizó “Las necesidades de las Universidades desde el punto de vista cualitativo y cuantitativo”, destaca a través de su miembro informante, Robert Wellens (Director de *Presses Universitaires de Bruxelles*), la importancia de las *obras básicas*, cuya definición no es por cierto sencilla. Dice Wellens (1971):

Para algunos, se trata exclusivamente de manuales destinados a los estudiantes de las Universidades —principalmente para los años iniciales— que en este caso deben ser considerados como “libros escolares de nivel superior” (tratados de biología, elementos de genética médica, etcétera); para otros, esta denominación abarca igualmente todas las obras de referencia, es decir, aquellas requeridas con frecuencia por los estudiantes, investigadores y profesores. Muchos son, asimismo, quienes admiten que los grandes textos y los diccionarios especializados también deben ser considerados obras básicas.

Como estos últimos, creemos que este tipo de libros debe igualmente ser incluido en la definición.

Y prosigue el mismo autor:

El *mundo universitario* no se limita a los diversos sectores que componen las Universidades tradicionales: profesores y estudiantes. Es preciso incluir en esta noción:

- a los profesores secundarios, quienes —si emplean manuales escolares para sus alumnos— son “consumidores” de *obras básicas*, con el fin de permitirles el *recyclage* indispensable;
- a la enseñanza parauniversitaria;
- a la formación permanente que interesa a un público cada vez más amplio (1971, p. 716).

Poco más adelante agrega las librerías y bibliotecas, “entendidas no como consumidores o utilizadores de obras, sino más bien como intermediarios entre el productor y el consumidor” (p. 718).

Por estas varias razones, y otras más que bien podríamos agregar y que hacen a las particularidades específicas de América Latina, diríamos que nuestras editoriales universitarias, de acuerdo con sus modalidades, recursos, tradiciones y expectativas, deberían publicar:

- 1) obras básicas,
- 2) tratados,
- 3) obras de consulta (diccionarios y obras de referencia, etcétera),
- 4) los resultados de investigaciones realizadas,
- 5) clásicos universales, con el firme propósito de mejorar las versiones existentes y llenar algunos vacíos sensibles.

Entendemos que debe darse prioridad, en los tres primeros, a los trabajos de autores latinoamericanos, alentando y estimulando el hábito de escribir, contra el cual ha conspirado muchas veces la dificultad de encontrar editor, sobre todo, cuando se trataba de temas

nuevos, cuando no desconocidos. Con respecto a los clásicos, juzgamos que sus traductores deben ser, de preferencia, profesores de las universidades o profesionales de bien conocida idoneidad; idéntico criterio debe seguirse con los prologuistas.

Se sugiere a continuación la posibilidad de elaborar, de común acuerdo, *un plan orgánico de publicaciones*, con características gráficas normalizadas (formato, presentación, y, hasta llegado el caso, tipografía, etcétera), para imprimir en los diversos países del continente e integrada por distintas series de obras:

- a) *Clásicos latinoamericanos*, que incluya únicamente libros de sobresaliente interés y méritos para hacerlos accesibles a todos los lectores cultos y exigentes del Nuevo Mundo —superando de este modo las fronteras nacionales que muchas veces traban ese conocimiento— y también, ¿por qué no?, para que los estudiosos de otras áreas dispongan de textos poco menos que definitivos. Serían ediciones anotadas, con variantes, prólogos, índices, bibliografías, etcétera, (esto es, hechas con los recaudos que hoy se toman para las buenas ediciones de los autores clásicos griegos y latinos), para convertirlas al cabo de poco tiempo en el punto de referencia poco menos que obligado. Los países, a través de sus editoriales universitarias, elegirían los títulos para someterlos luego a una reunión que elaboraría ya el plan definitivo para los próximos dos o tres años. Cuando hablamos de *clásicos latinoamericanos* pensamos en las mejores manifestaciones desde el siglo xvi hasta el presente, obras de carácter histórico, literario, científico, etcétera, que en ciertos casos subestiman en su importancia las empresas estrictamente comerciales, aunque las reproducen cuando son textos escolares; así por ejemplo: *Comentarios reales*, del Inca Garcilaso de la Vega; *Facundo*, de Sarmiento; *Historia general de las cosas de la Nueva España*, de Bernardino de Sahagún; *Histórica relación del reino de Chile*, de Alonso de Ovalle; o la *Historia natural y civil de Chile*, de Juan Ignacio Molina; por supuesto

que estas menciones se hacen solo a título indicativo. En una palabra: cronistas, viajeros, novelistas, poetas, entre otros.

- b) Encomendar la preparación de una obra por cada uno de nuestros Estados nacionales sobre *Historia de la cultura y de la educación*, siempre dentro del mismo criterio de normalización gráfica, para que, al cabo de cierto tiempo, constituyan una homogénea y orgánica biblioteca que brinde un panorama de la cultura continental. Su preparación sería confiada por las mismas editoriales universitarias a especialistas de sus respectivos países.
- c) Historias del arte de cada nación latinoamericana, en volúmenes accesibles y siguiendo idéntico criterio al expuesto en (b).
- d) Bibliografías americanas.
- e) Establecimiento de un premio periódico (anual o bienal) para la mejor edición desde el punto de vista estético, entre los libros publicados durante ese lapso por las editoriales universitarias.

Llegado el caso quizás podría acordarse una labor colectiva para encarar empresas de gran envergadura, cuyo costo, dificultades y magnitud excedieran las posibilidades de una sola editorial universitaria. Y, más aún, cuya preparación reclame colaboración continental. Así:

- f) Las obras americanas de Alexander von Humboldt.
- g) Una traducción, anotada, actualizada y prologada por especialistas latinoamericanos, de una obra monumental y ya clásica: *Handbook of the American Indians*, por lo menos en la parte que interesa hoy al ámbito hispanolusoparlante.

Revistas

Parece indispensable establecer una coordinación para evitar se superpongan los esfuerzos en la edición de publicaciones periódicas y establecer convenios entre varias editoriales, de diferentes países, para facilitar su mantenimiento, de este modo se lograría también una mayor influencia y difusión.

Grabaciones

Siguiendo el mismo criterio expuesto para los libros, estimamos de sobresaliente interés encarar la producción de discos con un sentido orgánico que recoja en diferentes series:

- a) Música folclórica (en especial la indígena), a cargo de institutos o especialistas muy caracterizados de cada país, acompañados con textos que faciliten situar las composiciones, los autores, los géneros, los instrumentos, las influencias, etcétera.
- b) Música culta de los períodos colonial, independiente y contemporáneo, siempre bajo la responsabilidad de institutos de musicología o historiadores de la música;
- c) Manifestaciones musicales, urbanas o rurales, de interés testimonial (así, por ejemplo, música de la Revolución Mexicana; de ceremonias religiosas; orígenes del tango; cantos de trabajo, protesta, o cancioneros estudiantiles, etcétera).
- d) Las voces de los grandes escritores contemporáneos, como se hace en la magnífica serie que realiza la UNAM.

Circulación

Tanto los libros, como así también las revistas y los discos producidos por editoriales universitarias o institutos de igual jerarquía, deben tener asegurada su libre circulación mediante una convención latinoamericana específica, que les permita el goce de las mayores franquicias y ventajas en materia cambiaria y la exención de todo gravamen aduanero. Es decir, *todas las publicaciones o grabaciones que tengan el carácter arriba mencionado circularán sin trabas por toda América Latina.*

Difusión

Se propone, como primer paso, la confección de un catálogo general y periódicamente renovado de las publicaciones de todas las editoriales universitarias del continente, tarea importantísima, pero, por lo menos por ahora, de nada fácil realización. Entretanto se sugiere la preparación de listas y catálogos, codificados y normalizados bibliográficamente, de cada una de las entidades por separado, pero que tengan, eso sí, además de características gráficas semejantes (formato, diagramación, etcétera) precios en monedas nacionales y en un signo monetario internacional estable.

Distribución

Quizá sea este el punto más difícil —que deriva, entre otros factores, de la extensión del continente y de los modelos de crecimiento hacia afuera que han entorpecido las comunicaciones internas— de toda política editorial. La falta de esos canales adecuados de comunicación y la ausencia de mecanismos comerciales impiden la llegada de las publicaciones de uno a otro extremo; se entorpece así el conocimiento de la obra realizada y traba su prosecución porque el reintegro de las inversiones se torna lento cuando no trabajoso. Pero también

deben considerarse la diferente magnitud de las empresas y su muy diverso ritmo de ediciones. De todos modos, parece del mayor interés recomendar el intercambio activo entre las editoriales universitarias de toda América Latina, es decir que ellas pasen a convertirse, paulatinamente por lo menos, en distribuidores de las publicaciones y discos producidos por las otras. En los casos que esas editoriales ya tengan contratos de distribución exclusiva, se aconsejaría solicitar que se hagan las excepciones indispensables, o incluir como reserva la cláusula de distribuidor más favorecido en los futuros acuerdos de venta que se firmen con empresas estrictamente comerciales.

Secretaría de coordinación

Los problemas que suscita el planeamiento de una política orgánica de las editoriales universitarias, las necesidades derivadas de la publicación de colecciones a cargo de diversas empresas en los diferentes países, la coordinación de criterios acerca de la normalización de libros, catálogos, la adjudicación de premios, etcétera —toda vez que se aprueben algunas de las sugerencias contenidas en este trabajo—, parecen recomendar la creación de una Secretaría Permanente a cargo de dichas funciones y de las que se estime pertinente encomendarle dentro del campo específico al cual nos estamos refiriendo. Al presupuesto para el sostenimiento de la Secretaría de Coordinación deberían contribuir todas las empresas adheridas.

En modo alguno hemos pretendido agotar las cuestiones que plantea un universo tan complejo como el de la edición de publicaciones y discos. Solo hemos esbozado algunas reflexiones que quizás puedan ser de utilidad para un franco intercambio de opiniones, en función siempre de alcanzar a satisfacer ciertas necesidades y muchas esperanzas, como las que tiene puesta América Latina en sus casas de estudio de nivel superior, que deben ser inspiradoras y realizadoras de políticas educacionales y culturales satisfactorias para sus propios modelos de desarrollo.

Libros, imprentas, librerías*

El comienzo del año lectivo, que se anticipó en unas pocas semanas al inicio de las actividades de la Séptima Exposición - Feria Internacional de Buenos Aires: El libro - del Autor al Lector, nos deparó una sorpresa: en decenas de miles de hogares se están adquiriendo textos, primarios y secundarios, impresos en el extranjero. El hecho se torna tanto más asombroso si recordamos que la Argentina era tradicionalmente un país donde se editaban e imprimían millones de volúmenes que, en buena parte, a su vez se distribuían por el ámbito latinoamericano, desde México hasta Chile. Pero a los efectos que aquí nos preocupan, convengamos, sin más rodeos y sin abundar tampoco en mayores detalles, que este es un fenómeno suficientemente revelador de las difíciles circunstancias por las que atraviesan las industrias editorial y gráfica del país. Por supuesto dejamos de lado, por considerarlos ya conocidos, otros indicadores que bien podrían ser utilizados en idéntico sentido, esto es, para caracterizar la situación actual.

* Publicado originalmente en: Weinberg, G. (29 de marzo 1981), "Libros, imprentas y Librerías". Diario *La Nación*. Buenos Aires.

Pero admitamos también que es este un problema estructural de vieja data con sus rasgos específicos, cuyo carácter y gravedad desde hace más de dos décadas la Sociedad Argentina de Escritores [SADE] viene señalando con reiteración y en coincidencia casi total con los representantes de otros sectores interesados. Mas hasta la fecha ni siquiera se ha conseguido la reglamentación de una ley sancionada hace casi un decenio.¹ Esta omisión agrava, claro está, la crisis que se arrastra, y también contribuyen a ello otros factores que si bien son ajenos a su ámbito no por eso dejan de ejercer creciente cuando no decisiva influencia; nos referimos en particular a la crónica inflación que trae aparejada un intenso desaliento a todo programa de inversiones productivas, en particular las que requieren largos plazos para su maduración o concreción. Súmense a los ya señalados los factores circunstanciales, acerca de cuya seriedad tampoco cabe la menor duda; pero sobreestimar estos últimos dificulta muchas veces la adecuada percepción de la verdadera magnitud del problema de fondo que importa y que, contrariamente a lo que suele decirse con ligereza, excede con holgura el de los *best sellers* que son consecuencia y no causa, como también las desbordan notorias dificultades con las que tropiezan los autores nacionales, en especial los jóvenes o la gente del interior, para encontrar editor.

Y antes de proseguir digamos que es a todas luces manifiesta la falta de una decisión de política cultural la que impidió, por lo menos hasta ahora, convertir en realidad aquella ley del libro, o sancionar otra mejor o peor llegado el caso. De otro modo se entendería la actitud, si presuponemos buena fe, de quienes con reiteración anuncian su puesta en vigor.

¹ Una historia de la legislación argentina, aún por escribirse, no podrá dejar de mencionar las leyes sancionadas y nunca reglamentadas; las sancionadas e incumplidas; las que en vano reiteran otras anteriores; los decretos reglamentarios que se adelantan a las leyes, etc.; todo esto sin hablar de las resoluciones que desvirtúan decretos; decretos que modifican leyes; leyes que alteran el espíritu y la letra de cláusulas constitucionales.

Personalmente nos hemos ocupado de diversos aspectos del “problema del libro” de hace no menos de veinte años, y en varias oportunidades desde estas mismas columnas de *La Nación*. Así, hemos destacado que, en nuestra opinión, la crisis que por momentos se está tornando crónica y, por consiguiente, cuyas dificultades agravan la posibilidad de superarla, se registra en un momento crítico, cuando el quehacer casi artesanal ve compelido, por la dinámica misma de su proceso de crecimiento y capitalización, transformarse en industrial, o dicho con otras palabras, cuando la que fue una “industria liviana”, por llamarla de algún modo inteligible para los economistas, se debe convertir en “industria pesada”. Esta última modalidad requiere para su desenvolvimiento no solo otra actitud sino también ingentes capitales, pero sobre todo un dilatado horizonte cultural y una capacidad adquisitiva, ambas en constante expansión. Sin recurrir a fórmulas simplistas o frases ampulosas, que ambas nos desagradan sobremanera, digamos que cuando una industria editorial se reduce u opaca es el país el que se achica. Porque la producción de libros, por lo menos la de ciertos libros (y esta, la producción, puede ser medida por la cantidad de títulos, el número de ejemplares de las tiradas, el ritmo de las reediciones y su interés e importancia ponderados empleando ciertos indicadores), es un buen índice del desarrollo de una cierta sociedad. Pero aquí, y luego de apuntadas algunas de las dimensiones mayores de la cuestión, cruzaremos apenas un par de aspectos referidos a la industria gráfica y a las librerías.²

Qué ha ocurrido, habría que interrogarse, con una industria gráfica que fue capaz de producir, ya a fines del siglo pasado y fuera de la Capital Federal, libros de envergadura como *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo Virreinato del Río de la Plata* de José Toribio Medina.³ Tenemos delante nuestro el formidable volumen y

² Algunos de sus caracteres históricos, culturales y humanos, pueden verse, por ejemplo, en una obra tan importante como *Libreros, editores e impresores de Buenos Aires*, Bowker Ed., 1974, del sabio bibliófilo Domingo Buonocuore.

³ La Plata, Taller de Publicaciones del Museo, mdcccxcii, donde la obra fue “impresa y grabada”, tal como reza su colofón. Además, otro hecho significativo de la proyección

recorremos morosamente sus páginas reflexionando en la magnitud del esfuerzo intelectual, artístico y técnico de esa empresa llevada a cabo con los modestos recursos tecnológicos a la sazón disponibles en nuestro medio. Dejemos también de lado manifestaciones sobresalientes, como las salidas de las prensas de Francisco Ambrosio Colombo y de su hijo Osvaldo (algunas de ellas para la Sociedad de Bibliófilos Argentinos), incorporadas por sus altos merecimientos no solo a la historia del libro, sino a nuestra historia del arte sin más, pues este tema sería asunto merecedor de un tratamiento más pormenorizado. Volvamos en cambio nuestra mirada hacia las ediciones estrictamente comerciales, como aquellas singulares colecciones llamadas La Pajarita de Papel (dirigida por Guillermo de Torre, para Losada), La Quimera Cuadernos de la Quimera (dirigidas por Eduardo Mallea, para Emecé), Perseo o Los Raros (de Poseidón), etcétera, para mencionar unas pocas de las muchas creaciones perdurables registradas durante la década de los años cuarenta y que hoy se recuerdan con nostalgia. Colecciones como las citadas que dieron no solo prestancia sino también personalidad y, desde luego, prestigio al libro argentino, entonces reconocible y admirado por ciertos rasgos inconfundibles que hoy parecen haberse esfumado ante el alud de tapas de estrepitoso o importado mal gusto y tantos textos descuidados.

La actual desjerarquización obedece a numerosos factores: los talleres gráficos especializados han quedado rezagados por falta de capitales y estímulos; (y además, digámoslo con franqueza, la industria del libro goza de una mala fama que la perjudica sin ser necesariamente verdadera, la de ser una actividad no rentable); dificultades en el financiamiento de sus actividades; trabas para la renovación de sus equipos; obstáculos para el abastecimiento regular, abundante, diversificado y económico de papeles; ausencia de casi toda una generación de técnicos y obreros especializados, pues se trata de un sector laboral

europea de estas publicaciones académicas puede inferirse de los anuncios de distribución que se leen en la misma portada: Bernard Quaritch, Londres; Félix Lajouane, Buenos Aires; Ernest Leroux, París. Nada semejante recordamos haber visto en ediciones similares de las últimas décadas.

cuyas remuneraciones relativas han decrecido al cabo de los años.⁴ Pues bien, el deterioro de máquina y equipos, sumado al perceptible desaliento del factor humano, se expresan a través de la mengua de la producción y el aumento consiguiente de los costos. Inicialmente para remontar esta situación adversa se intenta un incremento de la producción en perjuicio de la calidad, con los resultados que están a la vista. Pruebas al canto: compárense a través de las sucesivas reediciones la presentación y calidad de ciertos títulos que hayan permanecido en el catálogo de algún editor durante veinte años.

Por supuesto que en esta, como ocurre en todas las actividades, hay honrosas excepciones; pero lo que llevamos dicho parece constituir la regla general. Intuimos en la mayoría de los auténticos empresarios argentinos una suerte de fatalismo, una sensación de impotencia, que las circunstancias agravan y, utilizando el lenguaje deportivo, diríamos que, salvo un puñado, todos parecen haber “bajado la guardia”.

Preciso es crear las precondiciones para que haya una reacción saludable, una reacción a tiempo, sobre todo cuando como ahora se avecinan profundas transformaciones tecnológicas, algunas de ellas casi emparentadas a la ciencia ficción, que obligan desde ya a repensar a fondo qué industria gráfica queremos para el país futuro que soñamos.

Como tampoco podía ser de otro modo, las profundas modificaciones que afectan la comercialización del libro están cambiando el rostro y el carácter de las librerías, amén del perfil psicológico de los libreros. Por un lado, el número de títulos en circulación, que si a los nacionales sumamos los importados se hace realmente abrumador, la diversificación de las materias, nuevos temas, autores poco conocidos, etcétera, dificultan las tareas del establecimiento tradicional. Además, su labor se ve entorpecida por la carencia de bibliografías y catálogos. Reparemos, y el dato no es desdeñable, que estos últimos

⁴ Piénsese en el prestigio profesional y remuneraciones comparadas de linotipistas, tipógrafos de tiempos no demasiado lejanos. Y nada digamos de su nivel de calificación, que muchas veces les permitía ‘corregir’ a autores prestigiosos.

tienden a desaparecer como consecuencia de la inflación y el valor circunstancial de las obras, de manera que apenas circulan unas precarias listas de precios, con claves cifradas por momentos solo inteligibles para el iniciado o incomprensibles para el lector medio, las que se renuevan mensual o bimensualmente según los índices del costo de vida. Esta anomalía revela que casi ya no recuerdan los libros del fondo editorial ni se anuncian las obras en prensa, indicadores que deben caracterizar una actividad seria y estable; por lo visto se reniega de las raíces y se improvisa el mañana; se pierde la memoria y se subestima al público. Pero lo que quizás sea más grave es que los alquileres de los locales comerciales sumado a las grandes inversiones que exige tener a disposición del lector (que se supone, sin fundamento alguno, de comportamiento veleidoso y errático) un *stock* costoso y de lenta rotación, va modificando la fisonomía de los negocios y la personalidad misma de los libreros. Restan afortunadamente algunos con profunda versación y amor propio, capaces de asesorar al comprador y, además, identificados cuando no enamorados de su labor; pero estos son los menos. Como contrapartida, en su gran mayoría los de la nueva generación carecen de experiencia, ya que nunca fueron formados en escuelas apropiadas para su mejor capacitación, y están aparentemente convencidos de que algunas borrosas inquietudes culturales basten para desenvolverse con eficacia en el complejo mundo de las letras.

Nos preocupa el destino de la librería y no sabemos si terminará convertida en algo parecido a esos gigantescos supermercados como los que hemos visto recientemente en París, o se reducirá a simples puestos de venta, donde el libro se confunde con diarios y revistas, compañía que subraya su aparente valor transitorio; o, por último, si desembocará en la pequeña librería acogedora, de dimensión humana, cada vez más especializada a cargo de verdaderos expertos en poesía, diccionarios, ocultismo, ciencia ficción o ingeniería, aunque con grave riesgo para el carácter universal de la cultura. Lo más probable es que se entreveren todas esas tendencias; pero lo que sí intuimos (y ojalá nos equivoquemos) es que la función del librero

se irá deshumanizando paulatinamente; desaparecerá el amigo que conoce nuestros gustos y fobias, anegado por un diluvio de fichas al servicio de una misteriosa computadora, para la cual el libro, el autor y el lector serán apenas un dato, un número. Aunque preferimos imaginar que será el mismo libro, con su mensaje formativo y perdurable, quien ayude a salvar al hombre de esa amenaza.

Nuevos libros para un nuevo humanismo*

Como es sabido, el genéricamente llamado “problema del libro” es pluridimensional: a sus aspectos económicos, industriales, técnicos, comerciales, etcétera, deben yuxtaponerse otros de índole estética, y muy en particular los culturales; por supuesto que esto complica y, simultáneamente, enriquece la cuestión. De donde debe inferirse que un manejo inadecuado del conjunto de esos elementos puede tornar la cuestión de fondo en una burda simplificación, como suele ocurrir con quienes la reducen a solo falta de mercados; o a barreras cambiarias; o a la creciente importancia atribuida a los medios audiovisuales; o a los elevados costos de producción; o a la poca iniciativa empresarial. Para que se advierta la complejidad del asunto mencionemos, por ejemplo, que bien diferentes perspectivas se abren si nos referimos a la reducida *demanda registrada* durante estos últimos años (en decrecimiento evidente) o si tomamos en consideración las *necesidades actuales*, y sobre todo las *potenciales o previsibles*.

* Publicado originalmente en: Weinberg, G. (1985), “Nuevos libros para un nuevo humanismo”, *Novedades de Eudeba*, Año 1, N° 4. Buenos Aires, EUDEBA.

Si dejamos de lado toda aparente modestia, podemos decir que a lo largo de las últimas tres décadas hemos dado pruebas suficientes de nuestra permanente preocupación *global* por el tema, de modo que nos sentimos autorizados a considerar en este momento solo algunas de sus facetas, sin que por hacerlo pueda reprochársenos desatender o desconocer las demás. Enunciadas de partida estas salvedades, analicemos el punto mencionado al término del párrafo anterior. Es indudable la retracción de la demanda (provocada, entre otros factores, tanto por la reducción de los niveles de vida, cierto es, como por una deficiente satisfacción de los nuevos requerimientos y gustos); de este modo, remontar la situación actual para acercarnos a la existente hace, digamos, una década, parece haberse convertido en el objetivo bastante exiguo de la mayoría de los sectores directa o indirectamente interesados en la producción de libros, ya que las aspiraciones mantienen, en este caso, como punto de referencia el pasado. Pese a comprobar las manifestaciones más ruidosas en materia de reclamos y reivindicaciones constituye, qué duda cabe, una actitud pasiva, que aspira a reparar un deterioro o menoscabo innegable pero que, como es lógico, no nos conducirá demasiado lejos, dado que su horizonte está conformado por datos, modalidades y características pretéritos. En cambio, hartamente diferente sería plantear el tema en función, como decimos, de estimaciones de necesidades. Veamos pues qué factores inducen a abordar el problema desde esta distinta perspectiva, que una pregunta previa —que nosotros no responderemos aquí en forma directa, pero sí podrá contestarse el lector según su propia experiencia y sensibilidad— quizás contribuya a esclarecer: ¿hubo un incremento en cantidad y calidad de la producción de libros proporcionada a los reclamos de los cambios efectivamente comprobados, y cuáles son estos?

Nuestro punto de vista es optimista acerca del porvenir del libro a mediano y a largo plazo y lo decimos pese a tantos indicadores contemporáneos de crisis. Mas este optimismo tampoco es panglosiano como a primera vista podría juzgarse; resulta de un análisis sumario de hechos previsible realizados sin demasiada imaginación, pero

también sin la mala fe generalizada y simplificadora característica de la obra de la mayoría de los futurólogos: Kahn, por ejemplo, y “profetas” afines (así Marshall McLuhan), quienes se encargan de proyectar algunas de las actuales inadecuaciones o desajustes, pero no conciben siquiera alternativas u opciones a los mismos.¹

Asistimos en nuestra América Latina a un aumento de la población, a un ritmo acelerado; lo cual, a su vez, implica un rejuvenecimiento de la pirámide edades. Conclusión elemental: la dimensión demográfica indica, sin entrar en mayores sutilezas, un incremento del número potencial de lectores, circunstancia que podrá convertirse en una realidad siempre que el sistema educativo, y otros factores fuera él, cumplan con su misión.

Mejoran también los índices de esperanza de vida, como consecuencia de una mayor difusión de los conocimientos sanitarios y, en menor escala, de los progresos de las condiciones sociales; una más equitativa distribución de los ingresos podría consolidar definitivamente esta tendencia. Conclusión segunda: el hombre vivirá más, podrá dedicar mayor tiempo la lectura, toda vez que previamente se lo capacite para ello.

Tiende a disminuir, en forma absoluta y relativa, el analfabetismo; se amplía de manera casi explosiva la matrícula de todos los niveles, y de ello se sigue un aumento de los promedios de escolaridad de la población en general, lo que tiene cierta relación con el proceso de urbanización, el cambio de la estructura ocupacional, la difusión de los medios de comunicación de masas, y a través de éstos, de nuevos patrones de consumo, etcétera; de donde un aumento más que significativo del público lector, amén de una diversificación intensa de la gama de intereses. En este sentido puede decirse que

¹ Algunas de las ideas por nosotros aquí expuestas aparecen más desarrolladas en “Los problemas del libro en el mundo de los satélites artificiales”, *La Gaceta, publicación del Fondo de Cultura Económica*, México, año XII, No. 130, junio de 1965; y, sobre todo, en Ferias y Exposiciones Internacionales del Libro en América Latina, Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe [CERLAL / Unesco], Bogotá, 1983.

hay experiencias francamente reveladoras en varios países latinoamericanos sobre la existencia de un número de interesados cuyas apetencias desbordaron todos los pronósticos, aún los más optimistas, formulados por quienes se decían conocedores del mercado de consumo de libros y revistas especializadas. Por supuesto que para fortalecer dicha tendencia deberá recurrirse a medios no convencionales de acercamiento del lector, uno de los cuales, la biblioteca, está insuficientemente atendido. Así pues las necesidades parecerían ser insospechadamente mayores que todos los cálculos realizados. De manera simultánea y esto como consecuencia indirecta de la revolución científica y tecnológica, se acrecientan las exigencias en materia de calificaciones para el empleo. Nuevo resultado: las necesidades de formación (que es algo muy distinto del mero adiestramiento requerirán, entre otras cosas, mayor empleo de la lectura y por lo tanto multiplicación del número de libros.

Además, estamos frente a un fenómeno conocido como “explosión educacional”, comprobado ya desde hace décadas en el nivel medio y que ahora se propaga rápidamente al universitario, o, expresado más correctamente, al terciario. Trátase de un proceso de inédita trascendencia. De solo este hecho ya puede deducirse el avance de los requerimientos futuros en materia de textos, manuales y tratados para los estudiantes, y también, por supuesto, para el personal docente en todas sus jerarquías y niveles, sin descuidar las bibliotecas llamadas a multiplicarse en el porvenir. Y toda esta influencia se ejerce además sobre un público, nada fácil de precisar desde el punto de vista de una sociología de la cultura, pero no por ello menos real; nos referimos al que llamaríamos parauniversitario. Además, el aumento de la demanda no es, por supuesto solo cuantitativo; también es cualitativo. Y la rápida expansión debe sumarse una no menor veloz “obsolescencia”, que exige un enérgico, eficaz y oportuno reemplazo.

Para no abundar en más argumentos, digamos que la educación se entiende ahora como un proceso continuo o permanente de enriquecimiento espiritual o intelectual; de donde el individuo queda

vinculado durante mayor tiempo a la influencia de las actividades del sistema o de las no institucionalizadas. Los graduados de todos los niveles necesitarán no solo actualizar su información sino también admitir nuevos métodos y nuevas teorías para poder desempeñarse con eficacia en su actividad profesional. Y nada digamos de las inéditas relaciones interdisciplinarias que inauguran imprevisibles perspectivas.

Algo tan importante, o quizás más importante que todo lo que llevamos expresado con relación al porvenir del libro se deriva de la necesidad de recrear un nuevo humanismo -proceso que ya se avizora- donde la ciencia y la técnica, y sus dimensiones sociales y éticas, ocupen el lugar privilegiado que otrora solía adjudicarse a diversas disciplinas que ya no revisten el significado y el interés que entonces se les atribuía.

El viejo humanismo —libresco, anémico, deshuesado— muéstrase ya harto insatisfactorio para comprender y/o explicar este nuevo mundo conmovido que nos toca vivir; de donde su incapacidad de ofrecer respuestas a las graves interrogantes que preocupan cuando no angustian al hombre de nuestros días y lo sumergen por momentos en la perplejidad. Es indispensable sentar las bases de un nuevo humanismo, con fuerte espíritu crítico pero a su vez integrador, que insista sobre las funciones positivas, reestructuradoras, que pueden y deben desempeñar tanto la ciencia como la técnica en la presente sociedad y, en particular, evalúe las dimensiones futuras que desde ya se plantean. Además, deberá afianzarse sobre una tradición cultural fecunda, más rica que la clásica, ceñida ésta apenas a las letras y a las artes, que por supuesto deben conservarse y estimularse, pero a las que urge añadir las desatendidas y no menos significativas vertientes científicas y tecnológicas tan decisivas para conformar una actualizada cosmovisión.²

² Véase nuestro artículo “Viejo y nuevo humanismo”, en *Boletín de la Secretaría de Ciencia y Técnica*, Buenos Aires, No. 7.

En síntesis: no se trata tanto de esforzarnos por retener el actual número de lectores y sus niveles de interés, como de expandirlos enérgicamente. En este sentido los varios factores indicados, y sobre todo el espíritu del nuevo humanismo al que antes aludimos, reclamarán y fortalecerán nuevos hábitos, nuevos gustos, nuevas tendencias en materia de lectura amén de nuevos requerimientos en la producción de libros, y todo esto franqueará perspectivas poco menos que inéditas en una actividad que hoy languidece tanto por factores exógenos a ella como por otros derivados de su desactualización con respecto a las necesidades. Confiamos pues en la perduración, enriquecida, del testimonio irremplazable de la letra impresa, porque es memoria, impulso y fermento de la civilización y de la cultura.

El libro*

Mucho y valioso se ha escrito sobre la *integración* y sobre el *libro*; en rigor parecería redundante recapitular las interesantes y enriquecedoras ideas ya expuestas sobre estos temas —de desigual magnitud, por cierto—, pero que, indudablemente, por su misma complejidad o implicaciones constituyen verdaderos universos; antes bien, cabría retomarlas en función de respuestas más concretas acerca de los requerimientos y expectativas de nuestros países, tan adecuadamente expresados en los dos primeros encuentros de Ministros de Cultura de América Latina y el Caribe realizados en Brasilia, entre el 9 y el 11 de agosto de 1989 y en Mar del Plata, entre el 24 y 28 de enero de este año.

En el segundo encuentro señalado se encomienda al Instituto para la Integración de América Latina y el Caribe [INTAL], entre otros organismos, un estudio sobre “los mecanismos existentes para establecer una libre circulación de bienes y servicios culturales y sobre las dificultades a las que se puede enfrentar el logro de este

* Publicado originalmente en: Weinberg, G. (1990). *El libro*. Buenos Aires, Instituto para la Integración de América Latina [INTAL].

propósito” y dentro de cuyo marco se pueda considerar la constitución de un Mercado Común del Libro. En este sentido, cabe recordar que el INTAL, a través de sus actividades y publicaciones, ha dedicado, de un tiempo a esta parte, atención particular a la integración cultural, de manera que el mencionado requerimiento viene a coincidir con el espíritu de parte de su labor actual. (Véanse, por ejemplo, los números 149-150 y 155 de *Integración Latinoamericana*, cuyos temas centrales son “La integración de América Latina en su dimensión cultural” y “La identidad cultural singular y universal de América Latina y el Caribe”, respectivamente.) Ahora bien, dadas las magnitud y alcance del llamado genéricamente “problema del libro” nos limitaremos, por ahora, a exponer ciertos lineamientos y criterios que, llegado el caso, podrían ser ampliados y profundizados si así se le solicitara al INTAL expresamente.

Como acotación preliminar digamos que está muy extendida la idea de que una política del libro, en el sentido antes enunciado, debería estar acompañada de otra conexas que favorezca y estimule los hábitos de lectura; y la multiplicación de bibliotecas bien provistas de material latinoamericano —clásico y, sobre todo, contemporáneo— contribuiría favorablemente a intensificar los intercambios dentro del espíritu de la integración. Generaría, además, un poder comprador altamente significativo que incitaría iniciativas de efecto multiplicador.

Quede expresamente señalado que todo lo que aquí se manifiesta tiene como marco de referencia esa compartida aspiración de lograr la libre circulación de bienes y servicios culturales, que constituiría una positiva forma de integración. Como primer recaudo metodológico, y antes de avanzar sobre el tema, corresponde distinguir la industria gráfica de la editorial o, mejor dicho, no confundirlas. Hay países en América Latina, como Colombia, cuya capacidad de impresión de libros no indica una potencialidad equivalente desde el punto de vista editorial. Esto es fácil de comprobar, por ejemplo, a través de las cifras de exportación de libros de ese país a otros fuera de su área idiomática, en particular a los Estados Unidos. (Véanse

en el citado N° 155 de *Integración Latinoamericana*, las estadísticas ofrecidas en la página 80, donde se advierte que las exportaciones de Colombia a todos los países de la Asociación Latinoamericana de Integración [ALADI] alcanzan a casi 35 millones de dólares y 19 millones a los Estados Unidos). Esta aclaración de ninguna manera implica subestimar la importancia de la industria gráfica, cuyo urgente reequipamiento y actualización es indispensable para el desarrollo competitivo de la industria editorial, habida cuenta, sobre todo, de las decisivas transformaciones registradas en los procesos de composición, impresión y encuadernación que exigen un replanteo del parque gráfico latinoamericano a riesgo de quedar nuevamente rezagados. Además, esta situación no debe considerarse solo desalentadora (en el sentido de requerir fuertes inversiones financieras e intensos cursos de capacitación de la mano de obra empleada); también abre perspectivas de un equipamiento con máquinas de pocos años de uso (vale decir, costos reducidos significativamente y financiamiento lo más cómodo posible) casi siempre suficientes para las actuales dimensiones de nuestros mercados. Para aprovechar esta situación coyuntural habría que actuar con celeridad, pues se trataría de beneficiarnos en particular con el ingreso de España al Mercado Común Europeo, circunstancia que ha generado un proceso de reconversión industrial caracterizado allí, por lo menos en este sector, por fuertes adquisiciones de equipos muy avanzados.

Además, parece pertinente para situar adecuadamente algunas dimensiones del problema, indicar que la industria editorial latinoamericana —y dicho sea esto sin minusvalorar sus apreciables antecedentes nacionales, o mejor aún, dejando constancia expresa de su existencia— se repliega como una típica industria de sustitución de importaciones a partir de alrededor de 1940. Su impulso debe buscarse en las consecuencias derivadas de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial que interrumpieron el tradicional comercio de libros desde Europa hacia nuestro continente; esta situación planteó el urgente desafío de satisfacer las necesidades de una vasta población en proceso de alfabetización y de urbanización. Como

lo ha señalado un estudioso del tema, este trasplante generó ciertas debilidades iniciales que impidieron su temprana latinoamericanización, como lo confirma el número de traducciones con relación al de obras originales. Cuando esta inadecuación se fue superando y se consolidó el mercado continental se reincidió en una equivocada política empresaria, como fue perseguir el éxito inmediato, el dichoso *best seller*, con lo cual se tornaban más vulnerables los libros latinoamericanos. Estos criterios impidieron que a su debido tiempo las empresas, artesanales en su mayoría, se convirtiesen en verdaderas empresas modernas y arraigadas, capaces de estudiar los gustos y necesidades del público, tratando de encauzarlos, profundizando las tendencias o descubriendo otras genuinas. (Véase Weinberg, “Labor editorial...”, en *La difusión cultural y la extensión universitaria en el cambio social de América Latina*, UDUAL, México, 1972, pp. 391 y siguientes).

Estas debilidades iniciales agravaron la situación de los años posteriores cuando, como advertimos, aquellas empresas artesanales que se expandieron casi nunca alcanzaron a consolidarse como empresas modernas y autónomas. Desde el punto de vista de su magnitud y organización, no pudieron, en la década de los años setenta, enfrentar la competencia de la renacida industria editorial española (con equipamiento más moderno y respaldada por una sólida y diversificada industria papelera, en condiciones de abastecer de esa materia prima con una producción de alta calidad y precios reducidos). Esta situación se complica en la década de los años ochenta cuando se advierte una concentración de grupos editoriales y una transnacionalización empresaria al irse conformando el Mercado Común Europeo; y el proceso no parece haberse cerrado. Súmese a lo manifestado la modificación de la estructura ocupacional, educativa y cultural de la población (además del enérgico crecimiento demográfico, la terciarización de las actividades económicas, la urbanización, la reducción de los índices de analfabetismo, la “explosión” de la matrícula universitaria, etcétera); la “competencia” de los nuevos medios de comunicación de masas, etcétera, para advertir los rasgos críticos que adquiere esta encrucijada. Trátase de un punto acerca de

cuya trascendencia parece innecesario insistir, y que bien podría ser analizado en el estudio que el Segundo Encuentro solicita del Banco Interamericano de Desarrollo [BID] cuando pide “la realización de un diagnóstico sobre la industria cultural en América Latina y el Caribe, en uno de sus próximos informes anuales” (*Integración Latinoamericana*, No 155, p. 54).

Ahora bien, la industria editorial del continente no es en sí misma lo suficientemente homogénea ni diversificada ni capitalizada como para que la repercusión de los cambios previsibles (algunos de los cuales ya se han señalado: equipamiento, concentración, etcétera) sea fácilmente soportable; añádase a esto el achicamiento de los mercados internos como consecuencia de la crisis que, en diferente grado, soportan todos los países. De todos modos, afectará de manera desigual al sector privado que al público (nos referimos a las publicaciones oficiales, a las editoriales universitarias, académicas, etcétera), ambos forzosamente deberán adaptarse a las circunstancias. Tampoco dicha repercusión será pareja sobre las distintas modalidades que adopta el quehacer editorial: textos primarios, secundarios, universitarios; manuales; tratados; obras de cultura general e infantiles; libros técnicos; diccionarios; enciclopedias; atlas; entre otros. Así, el problema de la coedición afectará principalmente a los libros para niños, cuyas ilustraciones en colores suelen imprimirse simultáneamente para ediciones en numerosas lenguas; y la magnitud de las inversiones requeridas incidirá decisivamente sobre proyectos de enciclopedias u obras similares, cuya elaboración requiere, además de un largo proceso de gestación, cuantiosas inversiones cuya maduración debe estimarse en varios años. Las crónicas inflaciones latinoamericanas impiden los cálculos y desalientan este tipo de empresas que, además, suelen recurrir a otros mecanismos de comercialización más vulnerables como la venta a crédito, dificultada, cuando no imposibilitada, por este mismo proceso inflacionario al que acabamos de referirnos.

Como sucede con otras actividades industriales, algunos estudiosos —y no sin razones atendibles— hablan de una industria editorial

liviana y de otra pesada; y, en apariencia, por lo menos cuando esta última no encuentra posibilidades de desarrollo, suele debilitarse la primera. Ocurre aquí algo similar a lo que se advierte con el desarrollo científico: tanto más expuestas quedan las ciencias aplicadas cuanto más débiles son las básicas que las sustentan.

El acuerdo de la ALADI de Alcance Parcial e Intercambio de Bienes en las Áreas Cultural, Educacional y Científica (Capítulo II, artículos 2, 3 y 4) alude con suficiente claridad a los gravámenes, derechos, recargos, restricciones, etcétera, que afectan el intercambio y la difusión del libro (NALADI 49.01.1.01; 49.01.1.02; 49.01.1.03 y 49.01.9.01), entre otros bienes, y a cuya eliminación tiende. Constituye, a todas luces, un paso importante hacia el logro del objetivo propuesto.

Sin entrar a analizar los numerosos aspectos industriales, comerciales, culturales, artísticos y jurídicos que el vasto tema convoca —y merecerían indudablemente un estudio no solo actualizado sino también, y sobre todo, prospectivo—, entre las cuestiones pendientes de mayor entidad están las dificultades que en materia de divisas constituyeron un impedimento casi decisivo para la integración de un mercado latinoamericano del libro. En este sentido, corresponde señalar que la reciente y progresiva liberalización de las políticas en materia de remesas al exterior en la mayoría de los países ha disminuido la importancia del problema y, por consiguiente, las imprevisibilidades hasta hace poco existentes. De todos modos, lejos estamos de la normalidad, seguridad y continuidad de las transferencias a pesar de la señalada liberalización. Tampoco esto soluciona automáticamente los graves estrangulamientos, crónicos o circunstanciales, en materia de distribución de las diferentes categorías de libros.

Como consecuencia de lo antedicho el INTAL se permite recomendar que se estudien con el BID y con la ALADI los mecanismos que podrían llevar a la creación de un dólar-libro que posibilite normalizar e intensificar los intercambios y, al mismo tiempo, establecer un fondo —que administraría el BID y la ALADI— de compensaciones que podrían servir como una suerte de *clearing*. La suma requerida por dicha operatoria sería relativamente reducida, como puede

inferirse del monto total de intercambio editorial entre los países latinoamericanos; de todos modos, solo vendría a complementar los mecanismos bilaterales de pago ya existentes.

Como alternativa experimental la propuesta podría desdoblarse en dos tiempos. Un primer tiempo limitaría dicho mecanismo a solo las publicaciones oficiales, universitarias, académicas y para-académicas editadas en cada uno de los países y cuya distribución pudiese concentrarse en una sola empresa. O dicho con otras palabras: todas las publicaciones mexicanas del carácter mencionado se distribuirían desde una sola casa ubicada en cada una de las ciudades capitales de los países hermanos y a través de una sola firma, la que tendría asegurado, gracias al mecanismo sugerido, la remesa de los importes correspondientes a las ventas realizadas. Claro está que todos los demás países se comprometerían a recurrir al mismo procedimiento, salvo quizás en el caso de aquellos de menor desarrollo relativo que podrían agruparse. Sería simultáneamente un aporte parcial al objetivo mayor propuesto durante el Segundo Encuentro, cuando se menciona “la creación de una Empresa de Distribución de Productos Culturales de América Latina y el Caribe (*Integración Latinoamericana*, número citado, p. 45). La experiencia recogida permitiría generalizar el sistema en forma paulatina o total; de esta manera, quedaría asegurado el flujo normal indispensable para los cálculos empresarios. La segunda etapa sería, pues, la generalización de las facilidades a *todas* las transacciones en materia de libros que se realicen entre los países latinoamericanos.

Otro grave obstáculo con el que se tropieza para cuantificar algunas cuestiones —y no las de menor importancia— es la carencia de estadísticas confiables y la casi imposibilidad actual de compatibilizar las existentes, que no suelen resistir mayores análisis críticos. La experiencia indica que se advierten grandes disparidades entre las cifras de importación de libros de España por parte de la Argentina y las que denuncia España como exportadas a la Argentina; más todavía: las cifras brindadas por los distintos organismos argentinos (oficiales y privados) suelen mostrar diferencias tan notables que

neutralizan cualquier planteamiento cuantitativo. Otro tanto ocurre con las cifras que denuncia Colombia como exportadas a Ecuador y a Venezuela con las que estos países registran como importadas desde el primero. Y los ejemplos podrían multiplicarse. Urge, pues, hallar un procedimiento que torne fehacientes y comparables los datos estadísticos; de otro modo las distorsiones, que suelen alcanzar magnitudes asombrosas, enturbiarán la correcta visión de los problemas y dificultarán el adecuado enfoque de las soluciones apropiadas. Y a todo esto debe agregarse la demora con que suelen conocerse dichas estadísticas, circunstancia que impide utilizarlas —por desactualizadas— como indicadores efectivos de tendencias. (Un reciente boletín del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe [CERLALC] —abril 1990— reproduce para las operaciones registradas en Iberoamérica y el Caribe solo cifras hasta 1987). Sabido es que el tema de los sistemas estadísticos ha sido una preocupación antigua y constante de muchos organismos regionales e internacionales, pero los referidos específicamente al libro deberían ser fortalecidos con los reclamos por parte de los funcionarios responsables del quehacer cultural.

Premio Trayectoria Editorial*

Con emoción que no oculto, agradezco profundamente la honrosa distinción que me concede la Fundación El Libro, institución de tanto prestigio cultural, al otorgarme el Premio Trayectoria Editorial.

Confieso públicamente que, por un instante, pensé no aceptarlo, al evocar a tantos editores que también lo merecen. Nos resulta doblemente significativo recibir este Premio en el marco de la trigésima ceremonia de inauguración de esta Feria Internacional, que constituye el evento cultural más concurrido que se realiza en Buenos Aires. Es algo reconfortante y significativo. Y su lema “El Libro del Autor al Lector” una clara definición de la generosa amplitud de sus propósitos.

Sin retroceder demasiado en el tiempo, recordemos a las generaciones pioneras que advirtieron las circunstancias internacionales –Guerra Civil Española, Segunda Guerra Mundial– que habían

* Palabras pronunciadas por Gregorio Weinberg en el acto de inauguración de la 30ª. Feria Internacional del Libro, al recibir el “Premio Trayectoria Editorial” otorgado por la Fundación El Libro. Buenos Aires, 15 de abril, 2004.

interrumpido el contacto con Europa, y encararon lo que los economistas llamarían después “sustitución de importaciones”, para proponerse generar un mercado nacional, y luego, fortalecidos, proyectarse a todo el ámbito latinoamericano. Al comienzo constituido por pequeños emprendimientos con más ilusiones que capital, llegaron a convertirse muchos de ellos en grandes y prestigiosas empresas. El libro argentino se propagó de uno a otro extremo de Latinoamérica, llevando el mensaje de nuestros novelistas, poetas y ensayistas, difundiendo además importantes traducciones. Así el proceso de especialización se volcó en la producción del libro de texto, del libro infantil, del libro de arte, valiosas enciclopedias, diccionarios, atlas, pero también del libro científico —época hubo en que las obras de medicina y de matemáticas aquí editadas constituían la bibliografía fundamental de la educación en todos sus niveles, llegando a trascender nuestra área idiomática. Su importancia la prueban los tirajes y la historia de la cultura continental lo confirman.

El desarrollo de la industria editorial generó una actividad sumamente compleja integrada por factores culturales, industriales, artísticos, comerciales, al servicio de ese insustituible instrumento que es el libro.

Más aún, fue el generoso refugio de numerosos intelectuales apartados de las cátedras o exiliados de Europa, y a su lado se formaron traductores, correctores, linotipistas. En resumen, maduró una verdadera industria editorial que pronto alcanzó niveles superlativos de calidad e importancia.

Ahora bien, estimo que corresponde evocar —por lo menos para las nuevas generaciones— y muy someramente, cuáles pudieron ser los antecedentes que indujeron a la Fundación El Libro a otorgarme esta distinción.

Con empresas que padecieron los vaivenes de la política y de la censura de los años oscuros, inicié hace más de medio siglo, una labor si ustedes quieren artesanal, pero cuyo propósito ha sido siempre, y exclusivamente, editar libros que contribuyesen al conocimiento y a la integración cultural del país y a la formación de una masa crítica de cultura.

Recuerdo –para los más jóvenes– que participé en un emprendimiento precursor, alrededor de 1947 la publicación en castellano de Penguin Books, que alcanzaron tiradas de 10.000 y 20.000 ejemplares y a cuyo catálogo fuimos incorporando autores nuestros, quijsotada a la cual estuvieron vinculados nombres ilustres como Pedro Henríquez Ureña y María Rosa Oliver.

Simultáneamente encaramos con Manuel Sadosky una biblioteca de filosofía que se proponía rescatar los clásicos del racionalismo y de la democracia: Kant, Spinoza, Nicolás de Cusa, Voltaire, Lévy-Bruhl, Brunschvicg, etc., con tiradas de 3.000 ejemplares que se colocaban con relativa facilidad cuando existía la modalidad del “servicio de novedades”.

Pero de las diversas colecciones que dirigí a lo largo de estos muchos años, de la que me siento más orgulloso es una inicialmente denominada “El Pasado Argentino” que de manera ininterrumpida –con diferentes ritmos según las circunstancias– continua aún en nuestros días, luego de haber aportado más de un centenar de títulos. muchos de ellos inéditos en nuestro idioma, y con reiteradas coediciones. En 1959 obtuvo el Premio Carlos Casavalle otorgado a la mayor contribución a la cultura nacional de ese año. ¿No sería oportuno volver a instituirlo? Concebimos esta Biblioteca con un propósito tan simple como elevado: brindar –a través de obras de géneros diversos, épocas distintas, libros inéditos en español, y de autores de ideas muchas veces encontradas– un panorama completo de todas las dimensiones del pasado, subrayando la importancia de determinados temas o la vigencia de ciertos nombres, mas rescatando a otros del olvido, para dar así una enriquecida imagen de la patria vieja y de la Argentina nueva.

Como Biblioteca, y como programa, pretende revelar el complejo espectro del país coloreando sus dimensiones espirituales y materiales. Aspira a ofrecer los elementos indispensables para que se perfile con nitidez un mapa pluridimensional que brinde al hombre argentino una imagen –fiel– aunque por vital en algún momento pueda parecer contradictoria del quehacer nacional.

Hoy, ya octogenario, manifiesto sentirme feliz de haber contribuido, siquiera modestamente, pero con perseverancia, a publicar libros que sirvieron y sirven para informar y formar las pasadas y las nuevas generaciones en el entrañable conocimiento de la Argentina.

Señoras y señores: Dejo de lado otras reflexiones e iniciativas, observaciones y comentarios, cuya enunciación estaría fuera de lugar aquí, para reiterar mi profundo reconocimiento por este Premio a una labor que, confío, en algo haya contribuido a la maduración a nuestra personalidad nacional, gratitud que deseo hacer extensiva a los precursores, a los que quedaron en el camino y a los que crecieron orgullosamente al servicio del país y su cultura.

Y mis mejores votos por el éxito de esta Feria, y las muchas que en el futuro se realicen, como prueba de las reservas materiales y espirituales de un país que aspira desarrollarse en paz con una cultura en constante proceso de fortalecimiento e irradiación.

Tercera Parte

**El editor en su biblioteca.
Miradas sobre la obra de Gregorio
Weinberg**

La lección de Gregorio Weinberg en la Unesco o la impaciencia como virtud*

Fernando Aínsa**

Cuando, en 1999, la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura [Unesco] concedió a Gregorio Weinberg la Medalla de Plata de Aristóteles, reconoció una parte de la deuda que la comunidad internacional tenía con quién le había entregado, no solo una abierta visión historiográfica y un humanismo de profunda raíz social, sino un modelo íntegro y sin concesiones de cómo trabajar en equipo. Más de veinte años colaborando en diferentes aspectos con la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia y la Cultura se refrendaban en esa medalla, en cuyo anverso aparece el perfil del filósofo griego ejecutado a partir de una escultura conservada en el Kunsthistoriches Museum de Viena y en su reverso la de una lechuza —símbolo de Atenea, diosa griega de la sabiduría— y una cita en griego antiguo del propio Aristóteles: “La energía de la mente es la esencia de la vida”.

* Publicado originalmente en: Aínsa, F. (2006). “La lección de Gregorio Weinberg en la Unesco o la impaciencia como virtud”. Cuyo, Anuario de Filosofía Argentina y Americana, Mendoza, Argentina. N° 23, págs. 47-51.

** Fernando Aínsa, escritor y crítico literario hispanouruguayo. Fue Director literario de Ediciones UNESCO.

Nadie mejor que Gregorio Weinberg para encarnar ese lema aristotélico, porque fue esa energía la que mejor lo caracterizaba cuando lo conocí, a finales de la década de los setenta, en el marco de nuestro trabajo común en la Unesco. Una energía mental avasalladora e incansable que le permitía asociar con envidiable agilidad mental temas y citas diversas y que hacía de su conversación un venero, no solo de la sabiduría del filósofo e historiador sino del polemista sa-gaz, de reacción centelleante y aguda. Era —en efecto— la energía mental la esencia de su vida, una vida que vivía intensa y nerviosamente, con una impaciencia en la que traducía su rigurosa exigencia con los demás y consigo mismo.

En esos años —inicialmente sombríos en la Argentina— Weinberg se consagró en la Unesco a una doble tarea como historiador: la concepción y elaboración de la Historia Científica y Cultural de la Humanidad, decidida en 1978 por la Conferencia General de la Organización y proyectada en siete volúmenes y la Historia General de América Latina, decidida poco después y que debería tener nueve volúmenes. Como único miembro latinoamericano de la comisión internacional encargada de preparar la Historia de la Humanidad, Weinberg debió batirse para que el plan de la obra tuviera en cuenta una región del mundo generalmente marginada. No solo en nombre del regionalismo, que hubiera podido reivindicar legítimamente, sino por entender que los valores del universalismo no pueden limitarse a la proyección de una visión etnocéntrica de raíz europea con la que tiende a asimilarse. Weinberg repetía convencido, citando al pensador francés del siglo XVIII, Dupont de Nemours: “no debemos confundir nuestro horizonte mental con los límites del mundo”.

América Latina en el mundo

Weinberg reivindicaba un lugar de América Latina en la historia universal que con el mismo énfasis con el que lo hacía con Asia, otra región del mundo en ese momento postergada. A modo de gráfico

ejemplo gustaba citar en forma paralela al *Popol Vuh* y al *Ramayana*. En ese recentramiento “multipolar” de la visión histórica que propugnaba, Weinberg no prescindía ni minimizaba el patrimonio del pensamiento clásico occidental, sino que, por el contrario, lo enriquecía al abrirlo a otras culturas. No se trataba de postergar sus valores sino de incorporar los de otras civilizaciones a un acervo común de la humanidad. Y a eso se atuvo con fervorosa dedicación.

Como integrante del comité de la Historia General de América Latina —que presidía el historiador venezolano Germán Carrera Damas— Weinberg se preocupó de que el proyecto —concebido como un esfuerzo de comprensión de América Latina desde su propia perspectiva— no se tradujera en aislacionismo historiográfico o en una subestimación del papel desempeñado por la historia mundial en la que, de todos modos, se integra la del continente americano. Tampoco —repetía en el comité— debía prescindirse del esfuerzo de la visión que los *otros* han tenido sobre la realidad latinoamericana, esfuerzo de comprensión al que no debía ser ajena la “simpatía” concebida en su generoso sentido etimológico.

Esta visión inclusiva y abierta de la historia no se limitaba a aspectos políticos, económicos o culturales. Weinberg insistía, con una clarividencia que el tiempo confirmaría, en integrar el conocimiento científico al humanismo. Destacaba —como luego haría en uno de sus libros fundamentales, *La ciencia y la idea de progreso en América*— cómo en el Nuevo Mundo el afianzamiento de los estados nacionales no se había correspondido con una nacionalización de la ciencia, aunque la ciencia hubiera tenido también sus “héroes y mártires”, patrimonio que debía ser incorporado al conocimiento historiográfico y contextualizado con su época.

En esas reuniones de los comités de ambas historias, celebradas en París, conocí a Gregorio Weinberg. Sus intervenciones, ajenas a tópicos en boga o a esquemas ideológicos, me habían sorprendido y, cuando me lo presentó un común amigo, Javier Fernández —hombre generoso como pocos, ministro consejero en la delegación argentina ante la Organización—, sentí que estaba conociendo a un maestro,

en el difícil sentido clásico de la palabra: el hombre que forma e influye, el orientador y el guía; un ser cuya sabiduría no se limita al conocimiento libresco o a las clases impartidas en un aula escolar o universitaria, ese alguien capaz de enfrentar con el solo poder de su palabra a dictaduras y arbitrarios ejercicios de autoridad, un hombre que tiene devotos discípulos; en resumen, el que funda “una escuela” con sus seguidores y sus detractores.

Algo similar me había sucedido con Leopoldo Zea, pero con Gregorio Weinberg se dio rápidamente la confianza y la familiaridad que se puede inicialmente atribuir a nuestra común *Weltanschauung* rioplatense, esa visión del mundo íntima y dinámica que podíamos compartir desde las dos orillas, argentina y uruguay, que tanto nos aproximan cuando vivimos lejos. Poco después descubrí que había algo más: la exultante juventud que dimanaba de su inquieta curiosidad, su impaciencia proverbial, eliminaba la barrera de la edad que podía separarnos y nos aproximaba en una complicidad que pronto fue camaradería. Con los años, Weinberg sería para mí el tío jovial e inteligente que no había tenido nunca y con el que inútilmente había soñado en mi orfandad familiar. Juntos recorríamos las librerías de París, intercambiábamos títulos e ideas, hacíamos de copiosos almuerzos auténticos foros que para mí fueron de aprendizaje de ese “pensamiento crítico” que ejercía sin claudicaciones ni concesiones a los dictados de la moda.

Las galerías secretas de la amistad

Como en las “galerías secretas” de Cortázar, que comunican en forma subterránea París con Buenos Aires, se invirtió el esquema cuando, restablecida la democracia, lo visitaba en mis viajes profesionales a la Argentina. Referente obligado, cita ineludible era compartir aquel mismo itinerario parisino por librerías (generalmente nos encontrábamos en la de los hermanos Platero de la calle Talcahuano) y parrilladas porteñas (recuerdo las de la calle Montevideo).

Entre uno y otro momento —los encuentros en una u otra ciudad— la correspondencia postal suplía la ausencia y el intercambio de libros el de ideas expresadas a viva voz. Seguíamos en contacto —eso era lo importante— y así se concretó su participación en un libro de gestación difícil, *América Latina en sus ideas*, publicado en 1986 y coordinado por Leopoldo Zea, donde la contribución de Weinberg fue fundamental no solo por el capítulo que redactó sobre “El universo de la educación como sistema de ideas en América Latina” sino por sus aportes a la concepción general del volumen. De ahí surgió el proyecto de publicar su obra fundamental, *Modelos educativos en la historia de América Latina*, actualizada para la Unesco, lo que se haría en coedición argentina con A/Z, un título que mantiene tan vivo su pensamiento como su memoria.

Casi veinte años más tarde se empezarían a publicar los primeros volúmenes de la Historia Científica y Cultural de la Humanidad. Poco después, los de la Historia General de América Latina. Gregorio Weinberg, en su exigente impaciencia, no podía entender cómo un tan considerable esfuerzo intelectual y financiero de la Unesco se disolvía en demoras burocráticas, desinterés oficial para, finalmente, interrumpirse. A la fecha de su muerte —en abril de 2006— solo se habían publicado cinco volúmenes de ambos proyectos. Para el resto no hay fecha anunciada ni responsable capaz de dar alguna información.

Gregorio Weinberg no podía aceptarlo y una cierta amargura trasuntó nuestra última conversación, en marzo del 2004, cuando yo ya había dejado de trabajar en la Organización cuatro años antes. Porque además de ser un historiador capaz de ir a la raíz de los acontecimientos con una perspectiva de humanismo ético y social indiscutible, Weinberg era un editor que conocía bien las dificultades del oficio y sabía cómo hacerles frente. Docenas de títulos lo respaldaban en colecciones que son referencia obligada del “pasado argentino” que había rescatado y mantenía vivo. Comprendí en ese momento en que, incansable, emprendía la dirección de otra aventura editorial —Nueva Dimensión Argentina— que la

impaciencia, bien entendida, puede ser una virtud. En todo caso, lo era en el suyo, que había hecho de la “energía de la mente” la esencia de su vida.

Gregorio Weinberg, un editor en la librería

Matías Maggio Ramírez*

1. Vuelvo sobre un texto que escribí hace más de diez años cuando en la Biblioteca Nacional se homenajeó a Gregorio Weinberg y se impuso su nombre a la sala de lectura, que fomenta el encuentro y el diálogo. Que se lo recuerde en esa sala es una escala para el recorrido de un editor que entre sus primeros libros publicó el *Discurso preliminar* de la “Enciclopedia” de Jean Le Rond D’Alembert, emblema de una obra colectiva y plural.

Una de las últimas veces que estuve con él fue en su casa del barrio de La Paternal, en Buenos Aires. Al despedirnos en el umbral me pidió que por favor guardara absoluta reserva de todo lo que allí habíamos hablado, pero principalmente de los volúmenes de su biblioteca. Lamento no haber escrito esas historias de autores, editores y libreros porteños en tiempos en que la palabra empeñada tenía tanta fuerza como un contrato rubricado. Confié en mi memoria, pero me equivoqué, de las historias y anécdotas quedan fragmentos y sólo

* Profesor, Cátedra Lenguajes Artísticos II (géneros literarios) en la Universidad Nacional de Tres de Febrero.

está intacto el sentimiento de amistosa complicidad entre los libros. Gregorio se iluminaba en su biblioteca, y después de casi diez años de conocernos sabía mis intereses. Me mostraba los libros que sin dudas valoraría y contaba las historias que estaba detrás de ellos. El tiempo se encargó que cumpliera mi promesa sobre las historias de aquella tarde en La Paternal.

A los hermanos Weinberg los conocí antes que la Librería Hernández entrara en su proceso de remodelación edilicia. El gerente me presentó a su antiguo profesor y ex director de la Biblioteca Nacional que se encontraba en el salón de ventas. En mi ignorancia más campechana, sin saber a quiénes tenía delante, nos presentaron y Gregorio dijo: –Mire, yo soy el malo y él –señalando a Félix– es el bueno, ¿qué tiene para recomendarnos? Lo primero que tuve a mano fue una edición mexicana de *El otro mundo* de Cyrano de Bergerac que había llegado en una reciente importación. Comencé a recitar parte de prólogo que había leído unos días atrás y un par de notas al pie como para darme aires de erudición dieciochesca. Los Weinberg se miraron cómplices hasta que Gregorio me interrumpió, y con una leve sonrisa me preguntó si había leído *Dos utopías argentinas*. El autor de esa obra era su hermano y por las dudas se encargó de avisarme que era el responsable de un clásico como ningún Weinberg había escrito, *El salón literario de 1837*. A Gregorio no le gustaba hablar de sí mismo, por lo que tiempo después me enteré que él había sido el editor de esas obras. Lamentó no tener los derechos para volver a publicarlo, pero me intimó a leerlo.

Querer saber algo de él por su boca era casi imposible. Para lograrlo había que echar mano a una red de informantes que casi a escondidas íbamos cambiando sus anécdotas como si fueran figuritas. La discreción, el silencio y la paciencia de Gregorio eran proverbiales. También era parco con los elogios y agradecimientos que no se hacían por escrito. Fueron sus nietas quienes se encargaron de suavizarlo, para que se mostrara jocoso cómo lo era entre su biblioteca.

Todo editor primero es un lector y Gregorio lo fue desde niño. En Guardia Escolta, Santiago del Estero, pasó su primera infancia no

exenta de la tradicional siesta. Una tarde –comenta su hija Liliana en *Del tiempo y de las ideas*–, se quedó dormido bajo un árbol mientras leía *La cabaña del tío Tom*. Cuando despertó alguien le había robado el libro que no pudo terminar de leer. En 1982 la Comisión Permanente por la Libertad de Expresión lo invitó a Gregorio a unas jornadas para hablar de la censura y el libro. En su exposición, tan erudita como de costumbre, comentó que “el zar Nicolás I en 1852 prohibió la “peligrosa” lectura de *La cabaña del tío Tom* ...” (Weinberg, 1983). Desde niño ya le gustaban los retos. Cuando le recordé que, igual que su padre había desafiado al zar, toda la humanidad de Gregorio se rió.

La única manera de poder recomendarle un libro a Gregorio que no conociera era ir directo a la mesa de novedades, donde los libros aún chorrean tinta y el papel no huele a vainilla. Claro que esa estrategia podía fallar. Cuando me acerqué con la edición de los diarios de Flora Tristán que acababan de llegar con una faja que prometía ser la primera vez que se editaban, Gregorio ya los había comentado en el diario *La Nación* 40 años antes. La lectura no era un gesto solitario. Leía, como se recomendaba en el siglo XVIII, con la pluma en la mano para escribir y tomar notas pero también para elaborar reseñas y comentarios que se publicaban en diarios y revistas, aún a sabiendas que la paga fuera exigua, si es que la había.

Una de las tantas sugerencias de lectura de Gregorio fue la jocosa obra de José Cadalso, *Eruditos a la violeta* donde se recomendaban estrategias para que los petimetres salieran ilesos en las tertulias y salones ilustrados dieciochescos. Todavía lo recuerdo tan sonriente hablando de Cadalso, como si lo hubiese leído la noche anterior, para convencerme que lo leyera. Fue una de las pocas veces que me hizo una sugerencia de lectura con una sonrisa y no en uso del imperativo. Ese tono lo usaba cuando demostraba mi desconocimiento sobre la historia y la historiografía americana. El mejor caso fue cuando me recomendó en varias oportunidades un *Pueblo en vilo* de Luis González y González. Sabía que podía reponer las discusiones historiográficas alrededor de *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg y sobre las desventuras de Menocchio pero era demasiado que no conociera al

autor mexicano. El día que al final lo compré estaba en la librería con su hijo mayor, que fue su cómplice en la recomendación literaria y creo que entre los dos se retroalimentaban, casi al punto de contar la historia del pueblo mexicano de San José de Gracia como si hubiera vivido allí. No pude resistirme a los Weinberg, que con furor narrativo contaban la historia de ese pueblo a viva voz. En cambio, a pesar de su recomendación nunca leí *Noticias del imperio* de Fernando del Paso. A mediados de los noventa habían llegado no más de diez ejemplares de una edición mexicana de Mondadori en tapa dura y con la sobrecubierta ilustrada con un detalle de una pintura de Botero. Gregorio cada semana cuando pasaba por la calle Corrientes, porque tenía pautado algún encuentro, no dudaba en comprar un ejemplar para llevarlo de regalo a su interlocutor. Seguramente el regalo iba acompañado de sus anécdotas de viaje cuando conoció al autor.

Si algo le dolía como lector era la insularidad de Buenos Aires frente a las producciones académicas del resto de América Latina y España. Especialista como era en la historia de la educación y de la ciencia no concebía que en Buenos Aires no se hallara libro alguno de las universidades americanas, del Colegio de México o de autores de prestigio como Elías Trabulse. El mismo encono le afloraba frente a las editoriales universitarias argentinas que se plegaban sobre sí mismas, daban la espalda a la tradición inaugurada por Eudeba y no pensaban en su distribución.

2. Poco antes que Gregorio cumpliera sus 80 años, encontré en el sótano de la librería un ejemplar de Antonio Gramsci cuya primera edición al castellano la realizó Lautaro. Hicimos una vidriera conmemorativa con las distintas ediciones en castellano que teníamos a la venta, como los *Cuadernos de la cárcel* publicados por la editorial Era y las ediciones de Nueva Visión. La librería le regaló la edición de Lautaro cuando levantamos la vidriera de homenaje, porque sabíamos que ya no estaba en su biblioteca.

En la entrevista que le realizó Alicia Segal en el 2004, Gregorio resumió la finalidad de su experiencia editorial desde 1946 en “[...]”

publicar libros que contribuyan al conocimiento y a la formación de un capital intelectual para el país. Nuestra historia ha sido fragmentada por golpes de estado, etc., que ustedes bien conocen y que han interrumpido muchas iniciativas” (Segal, 2006: 75). Los tiempos de la posguerra implicaron el auge de la producción editorial porteña, principalmente por su nivel de exportación a los mercados hispanoamericanos que ya no tenía a España como principal proveedor. La primera colección en la que participó activamente fue *Tratados Fundamentales* del sello Lautaro donde se desempeñó como asesor literario de la editorial bajo dirección de Sara Maglione de Jorge. La concepción de la colección quedaba en claro desde el texto de la retirada de contratapa. Se indicaba que la publicación de las obras serían obras clásicas, de acuerdo al criterio editorial, y porque la mayoría sería la primera vez que se traducían al castellano. La publicación de la colección era una intervención política cultural iberoamericano porque se enfrentaban “a las corrientes irracionalistas, en su esencia negadoras de la cultura, frente al ensayo improvisado y tendencioso, [por lo que] trataremos de ofrecer al público de habla castellana los *Tratados Fundamentales* que han ido señalando a través de los siglos el arduo camino de la superación y el progreso”. Para lograr tales objetivos el director de la colección estableció criterios editoriales como la “seriedad en la traducción, textos íntegros, notas indispensables, prólogos autorizados, bibliografías e índices” para poner al “alcance del lector volúmenes cuidadosamente impresos, realizados con el rigor, criterio y exigencias de las ediciones críticas”. Una de las características gráficas de la colección, además del color verde esmeralda de su tapa, era que todos los números estaban intonsos.

Estos criterios fueron los mismos que destacó cuando reseñó en la revista *Sur* en 1947 la Biblioteca Americana dirigida por Pedro Henríquez Ureña para el Fondo de Cultura Económica. El primer número de la serie *Literatura de la Biblioteca Americana* fue el *Popol Vuh*, libro tradicional de pueblo Quiché con la edición de Adrián Recinos y sobre ella Gregorio sostuvo que “es sencillamente impresionante.

Hecha con rigor y método científico, europeo diríamos. Tiene todos los requisitos de las mejores ediciones críticas; va precedido de un Prólogo y de una Advertencia que transparenta, sin recargar, una profunda erudición.” (Weinberg, 1947b: 129). También señaló que se realizaran “notas aclaratorias al pie de página que facilitan una lectura seria; una extensa Bibliografía, un orientador Índice de Materias, como así también un mapa fuera del texto”, por lo que el primer número de la Biblioteca Americana era “un modelo y ejemplo de método criterio y presentación” (Weinberg, 1947: 130).

Es decir, la colección *Tratados Fundamentales* se encontraba en sintonía con la “Biblioteca Americana”, no por sus temas sino por sus criterios editoriales que interpelaban al lector para acompañarlo de la mano. La erudición decimonónica de notas al pie que se retroalimentaban quedaron de lado frente a la propuesta de reponer contextos históricos para que la obra fuera leída sin anacronismos. La preocupación por acompañar al lector, sin prejuizar la necesidad de contar con conocimientos previos fue una constante en la producción editorial de Weinberg. Estos mismos criterios los retomó en las colecciones *Pasado Argentino*, *Dimensión Argentina* y *Nueva Dimensión Argentina* que se publicaron por Hachette, Solar y Taurus.¹

¹ A la hora de reponer los catálogos de las editoriales nos encontramos con la ausencia de un control bibliográfico. Por ejemplo, al revisar los libros en prensa que anunciaba la editorial Solar no sabremos si fueron publicados en algún momento por la falta de control. Hay que rastrear en varios catálogos de bibliotecas para saber si lo tienen registrado. Los proyectos editoriales de Weinberg eran de larga duración más allá de las editoriales que lo cobijaran. Por ejemplo, en la editorial Solar tenía en prensa un libro antológico con escritos de José Mármol con prólogo de Félix Weinberg pero se publicó años después en la colección *Nueva Dimensión Argentina* del sello Taurus. Para pensar a futuro sobre el resguardo de la memoria editorial argentina hay que sumar la parcial aplicación del depósito legal y la ausencia de un repositorio que recupere la historia del libro y la edición del país donde rastrear contratos, correspondencia entre editoriales y agencias literarias, entre autores y editores, entre otras piezas documentales. En Argentina, según Claudia Beatriz Bazán (2006: 19), “las publicaciones son objetos del depósito legal con el único fin de contar con una colección de prueba de autoría, formada con los ejemplares entregados por los editores al registrar el derecho de autor en la Dirección Nacional del Derecho de Autor (DNDA).” Ese organismo no es un ente bibliográfico ni tampoco tiene entre sus deberes preservar los documentos ni realizar una bibliografía nacional. Menos aún se puede utilizar

En 1947 la advertencia de Weinberg a su traducción del *Discurso preliminar de la "Enciclopedia"* de Jean Le Rond D' Alembert contaba con información actualizada y de calidad académica al citar obras de Franco Venturi y a Maxime Leroy que se habían publicado el año anterior en italiano y en francés. Al finalizar su texto introductorio remarcó que la ausencia del *Discurso* en el ámbito hispanoamericano se hacía notar. Por lo tanto creía "[...] hacer un nuevo aporte a la historia de las ideas, en un momento en que estamos tan necesitados de volver a reentroncar con las de aquel siglo de racionalismo y cientificismo." (Weinberg, 1947a: 19) Era toda una declaración de principios porque la publicación de la colección se interrumpió en la *Docta Ignorancia*, del cardenal Nicolás de Cusa. Durante el gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955) su política redistributiva aumentó los salarios, otorgó el derecho al voto femenino y estableció políticas sociales en favor de las clases populares que pudieron escalar socialmente. A la vez que también estableció un control estricto sobre la universidades y medios de comunicación. El sector editorial creció gracias a que fue el principal exportador de libros para hispanoamérica pero tuvo su contracara en la censura, persecución y encarcelamiento de editores como Victoria Ocampo, al mando de la revista y editorial SUR, y Gregorio Weinberg, principalmente por el libro del cardenal renacentista

el acervo con fines de investigación. Bazán rescató un hecho sintomático en los almacenes del la DNDA cuando en 1976 "el recinto sufrió una inundación que destruyó completamente la colección guardada hasta ese momento". Por otro lado la Biblioteca Nacional "Mariano Moreno" no recibe dos ejemplares de cada publicación aparecida en Argentina para conformar una colección de consulta y otra de preservación. Debido a "las imprecisiones de la ley 11.723 hacen que la entidad sólo reciba un ejemplar de libros, uno de los fonogramas y uno de partituras; no obtiene copias de publicaciones seriadas, documentos electrónicos y especiales, a menos que sea por donación de los editores" (Bazán, 2006: 21). Entre las conclusiones se destaca que tanto la desidia sobre el control bibliográfico nacional como "la violencia desatada sobre las publicaciones durante algunos años del período estudiado, fueron acciones concretas del Estado, impulsadas y estructuradas desde sus organizaciones. A estos factores se sumaron la negligencia y la falta de políticas de preservación bibliográfica y documental en los tiempos de democracia que siguieron" (Bazán, 2006: 37).

Hubo censura, persecuciones, clausura de editorial, de diarios, de revistas. A mí me detuvieron por el libro *La docta ignorancia* del cardenal Nicolás de Cusa. Fue en el momento cuando Perón parecía que renunciaba a la reelección y que apoyaría a [Carlos] Aloé. Como sobre Aloé se hacían muchos chistes en los que se lo trataba como un bruto, entonces creyeron que el libro era una tomada de pelo. Estuve unas 48 horas detenido en la famosa seccional especial en la Calle Urquiza. Y yo me gastaba en explicarles: “Miren, el señor Nicolás de Cusa es un cardenal del siglo XV...”. Después me pusieron en libertad. Imagínese que Casirer en su libro sobre historia del problema del conocimiento, cuatro tomos que publicó el Fondo de Cultura, comienza el pensamiento moderno con Nicolás de Cusa. ¡Esos brutos creyeron que era una impostura!. (Sorá, 2006: 455)

El título que seguía en la colección era *Formas elementales de la vida religiosa* de Emile Durkheim, con la traducción de Weinberg fue incautado en un allanamiento policial a la editorial Lautaro, con resignación esperaba que al menos le haya servido para “hacer alguna ‘tarea’ espiritual” (Segal, 2006: 78). La colección *Tratados Fundamentales* se discontinuó y la editorial pronto desapareció. El *Tratado de las sensaciones* de Condillac, traducido por Weinberg y que hubiese sido el número 20 de la colección, se publicó tiempo después por la editorial Eudeba. La comercialización de esa colección estaba en parte resuelta porque los libreros americanos contaban “con una especie de suscripción [... por lo que] de cada título se hacía un envío automático de ejemplares. Si uno hacía 3000 ejemplares, prácticamente 1500 estaban vendidos de antemano” (Esteves Fros, 2006: 53). Las ventas por suscripción implicaba la necesidad de contar con un prospecto con los lineamientos de la colección y con el plan de la obra para darle certeza a los libreros americanos sobre qué títulos iban a recibir.² Para contar con cierta previsibilidad ya tenía la co-

² El sistema de suscripción fue propio del siglo XVIII por el que los lectores anotiados por un prospecto sobre la publicación futura de un libro o de un periódico, lo compraban por adelantado a un precio más económico que una vez publicado. El

lección varios títulos traducidos aunque no se llegaron a publicar. El panorama de las publicaciones de filosofía no estaba despoblado en las librerías, ya que la editorial Losada habría de lanzar su colección bajo la dirección de Francisco Romero.

La editorial Lautaro realizó un convenio con el sello Penguin, que fue fundado en 1935 en Gran Bretaña por sir Allen Lane, por el que se tradujeron obras de su catálogo literario y de divulgación científica, pero también se sumaron autores latinoamericanos como Horacio Quiroga. Bajo el nombre Pingüinos las ediciones de bolsillo se publicaban bajo la anuencia de un comité que integraban Gregorio, María Rosa Oliver y en caso de desacuerdos el árbitro era Pedro Henríquez Ureña. En esa colección, Weinberg recordó que se publicaron libros “literarios, científicos, técnicos, publicamos una historia de la ópera, una historia del ballet, un libro sobre arte primitivo. Todos a dos pesos. [...] Sí, [el formato era parecido a los Penguin ingleses] con otras tapas, claro. Fueron los primeros libros de bolsillos que se empezaron a sacar de modo sistemático. Algunos títulos tuvieron tiradas de 10.000 ejemplares. Además, le dimos un color local. Por ejemplo, lo reivindicamos a Horacio Quiroga. Nos hartamos de vender *Cuentos de la selva*” (Sorá, 2006: 456)

Cuando llegó la edición española de *La edición sin editores* de André Schiffrin (2000), pensé que a Gregorio como editor de la vieja escuela le podría interesar el diagnóstico sobre el mundo del libro en tiempos de concentración editorial. Cuando lo volví a ver me comentó sobre la colección *Pingüinos* de Lautaro y que estaban en sintonía con aquello que también desarrolló la *New American Library*, rama estadounidense de Penguin, con sede en *New York* que había llevado adelante el padre de Schiffrin y que se narra en las primeras páginas. Buenos Aires no estaba lejos del mundo.

En Lautaro tuvo la osadía de publicar, luego que en Italia y en Rusia, la traducción de los *Cartas desde la cárcel*. La publicación de la

auge de la prensa dieciochesca y del siglo XIX se sostuvo por las compras anticipadas que hicieron los lectores e instituciones.

obra de Antonio Gramsci en Italia y en Argentina la realizaron editoriales que tuvieron varios puntos en común. Tanto Einaudi como Lautaro tenían afinidades con el Partido Comunista y construyeron su catálogo para un lector urbano.

El fondo bibliográfico de Lautaro fue inspiración para distintos sellos que tras su cierre retomaron la publicación de las obras de su catálogo. Los editores tomaron nota de aquellos títulos que en Lautaro se habían hecho públicos para ya sin riesgo ponerlos nuevamente en circulación. En 1941 y 1944 la editorial Lautaro publicó un texto clásico para cinéfilos como *El sentido del cine* de Sergei M. Eisenstein con traducción de Norah Lacoste. Esa misma traducción fue la que utilizó la editorial La Reja, perteneciente a Damián Carlos Hernández, en 1955 y 1958. La editorial Siglo XXI de México en Argentina lo reimprimió en 1974 pero luego del golpe de Estado y tras las amenazas sufridas la editorial cerró sus puertas. En México se publicó nuevamente por Siglo XXI en una tercera versión revisada en 1986 con la misma traducción que se conoció en Buenos Aires en la década del 40 y que la dictadura truncó su circulación.

La obra *Principios elementales de Filosofía* de Georges Politzer fue otra de las obras que publicó Lautaro en 1950 y luego Ediciones Inca en 1960, 1973 y 1976 pero su rastro se pierde para aparecer en España por primera vez en Akal con el título *Principios elementales y fundamentales de filosofía* en 1975. Otro de los libros que tuvo un curioso recorrido fue *¿Qué sucedió en la historia?* La obra de V. Gordon Childe se publicó en Buenos Aires en 1950. Tras el cierre de la editorial Lautaro, que fuera perseguida durante el peronismo por sus relaciones con la izquierda, se le entregaron a Gregorio Weinberg en concepto de indemnización los derechos de traducción de las obras que habían sido gestionadas por él en la editorial. Weinberg vendió los derechos de estas obras a la editorial Siglo XX de Gregorio Schvartz. El título de Gordon Childe se publicó en 1952, 1956 y 1960 según se desprende de los catálogos consultados. Bajo la colección La Pléyade, de la editorial Siglo XX del mismo dueño de la librería Fausto, se reimprimió en 1969, 1972, 1973, 1975, 1977 y 1981. En España se publicó bajo el sello

Planeta-Agostini en 1985 y se incorporó al sello Crítica con prólogo de Josep Fontana en el 2002 cuando saludaba con gesto provinciano la primera traducción del libro sin destacar que había tenido una amplia circulación al otro lado del Atlántico. Weinberg recordó que le envió una carta a Fontana porque en el prólogo “se deduce que es uno de los libros más importantes del siglo XX, pero da la impresión de que lo descubrieron ese año”. Los discípulos de Fontana, sostuvo Weinberg, “podrían preocuparse de hacer un inventario de las traducciones que se hicieron cuando España no podía publicarlas. Nosotros publicamos el *Tractatus teológico-político* de Spinoza, por ejemplo, y la censura española rechazó su circulación” (Sorá, 2006).

3. Al editar Gregorio Weinberg *Crónicas del Buenos Aires colonial* no sólo recuperó el texto de José Torre Revello sino que también sumó, para sorpresa de los lectores, dibujos e iniciales ilustradas realizadas por el propio autor. El libro se cuidó en todos sus detalles, por ejemplo, al levantarse las erratas que el autor había encontrado en la primera edición, así como la incorporación de una presentación necesaria de Torre Revello ya que durante años no se encontraba en las librerías del país ninguna de sus investigaciones. “Es un libro necesario”, solía decir Weinberg a la hora de comentar los planes editoriales para su colección. En esa categoría incluyó entre otros títulos, *La Pampa* de Alfredo Ebelot, *Viaje a caballo por las provincias argentinas* de William Mac Cann, *Una narración fiel de peligros y desventuras que sobrellevó Isaac Morris narrada por él mismo* y *Cinco años en Buenos Aires (1820-1825)* que se encontraba firmada por “Un inglés” y que a los hermanos Weinberg más de una vez les sacó el sueño al realizar pesquisas que terminarían en bibliotecas de Brasil a fin de intentar dar con la identidad, aún oculta, del viajero inglés. Un libro era necesario no por sus futuras ventas sino para una intervención política cultural y así instalar una mirada audaz a un viejo problema, actualizar un debate, darle fuentes históricas a una discusión, pero principalmente para poner en contacto, dar a la luz textos que se encontraban olvidados de las bibliografías académicas actuales. También era un

libro necesario para los lectores no académicos pero interesados en la historia argentina y latinoamericana, razón por la que la obra editada era cuidada en todos los detalles para que no fuera oscura ni esotérica. La inclusión de prólogos realizados por especialistas en la materia era una marca de agua en cualquier libro producido bajo la égida de Weinberg. La colección, que con bríos y furor juvenil dirigió en sus últimos años, habría contado en el futuro con otro “libro necesario” para la historia de la cultura escrita en América Latina, como lo es de Torre Revello: *El libro, la imprenta y el periodismo en América durante la dominación española*, cuya primera edición de 1940 por el Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y que sólo tuvo una reimpresión por el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM, en 1991.

Weinberg, era un lector voraz y generoso. En los márgenes, gracias a su erudición y olfato pudo publicar en diferentes sellos editoriales desde Antonio Gramsci hasta la literatura de viaje y las expediciones de naturalistas, pasando por Roberto Arlt con sus aguas fuertes, así como con los *Cuentos de la Selva* de Horacio Quiroga, que inexplicablemente estaban agotados. Encontró aquello por fuera del canon, que en su momento no tenía lugar en los catálogos editoriales. Weinberg actuaba como un naturalista del siglo XVIII: coleccionó lecturas y las clasificó para luego darlas a conocer.

Su labor como editor y los ecos de sus intervenciones culturales aún resuenan y quedan por ser estudiadas. Como editor cultivaba el respeto por el lector, cada uno de los libros que editaba se encontraba prologado por un especialista en el tema, en el autor, o en la problemática que se abordaba. Gregorio, con espíritu sarmientino, apostaba a la lectura, pero más aún al lector. Al igual que Beatriz Sarlo, no le negaba al lector las habilidades del cazador furtivo de Michel de Certeau, siempre y cuando tuviera una base para diagramar sus recorridos, para tejer un mapa nocturno hilvanando estrellas en la oscuridad. Esa base estaba en la escuela.

4. Una vez se llegó a la librería con su hija menor que había llegado de México. En ese momento estaba atendiendo a un cliente alemán que había venido a Buenos Aires para escribir su tesis. Cuando volví a atenderlo, después de pedirle un segundo para saludar a los Weinberg, me preguntó si eran de mi familia por la alegría que teníamos en ese encuentro. Pocos fueron los encuentros que tuvimos que no me preguntara qué estaba escribiendo o cómo iba con mi tesis. Una vez que la terminé, la defendí y salí airoso esperé con ansias contarle. Su respuesta fue lacónica: –Muy bien, lo felicito. ¿Qué está escribiendo ahora? Gregorio, entre tantas cosas, era un editor, pero principalmente un lector. Era fuente de toda sabiduría. Lo extrañé cuando ya no estuvo entre los clientes de la librería, pero aún más cuando ya tarde y en solitario comencé mi vida académica.

Después de 10 años de conocernos Gregorio me invitó a conocer su biblioteca. Sabiendo su puntualidad, estuve yendo y viniendo por la calle Remedios de Escalada (por suerte ninguno de los vecinos me confundió con un ladrón), para tocar el timbre en el segundo exacto. Feliz por la puntualidad, por la que me preguntó si tenía parientes británicos, Gregorio abrió la puerta. Una tarde cálida entre libros, plantas y anécdotas que no me dejó grabar porque hacía poco ya lo había entrevistado Estéves. Distendido y casi desconocido me contó de sus viajes, su fervor religioso a Santa Eduvigés, los prólogos de Solar, los libros perdidos hasta que como anochecía llegamos a la sala donde tenía una silla hamaca en el extremo de la mesa. Gregorio, sufría esa tarde de verborrea. Se sentó en la silla y yo en el piso para poder alcanzarle los libros del último estante. Entre las palabras y las risas nos robaron el tiempo, hasta cerca de las 9:00 de la noche cuando entró su ama de llaves para darle noticias de los mensajes que tenía en el contestador de una de sus nietas, porque ninguno de los dos habíamos escuchado el teléfono entre tanto parloteo. Es curioso que hoy lo único que recuerdo sin fisuras de esa tarde, tal vez por el poder performativo de la promesa, sea la carcajada, siempre mesurada, de Gregorio. Supongo que él lo sabía y por eso en el umbral, antes de

decirme dónde paraba el 109, me hizo jurar silencio como si quisiera que sólo recordara la risa compartida.

Apéndice

Sobre la colección *Tratados Fundamentales* de Editorial Lautaro dirigida por Gregorio Weinberg, con la colaboración de Manuel Sadosky.³

La ausencia de una bibliografía nacional, principalmente para las publicaciones anteriores al registro del ISBN que desde 1982 realiza la Cámara Argentina del Libro, implica investigar en publicaciones, catálogos y depósitos de bibliotecas para reponer la memoria editorial de un sello como Lautaro, ya que rara vez se cumplimentó con la obligación del depósito de libro publicado en la Biblioteca Nacional y cuando sucedió los registros catalográficos se encuentran incompletos.

La colección *Tratados Fundamentales* fue dirigida por Gregorio Weinberg (G. W.) y tuvo como consultor a Manuel Sadosky que se encontraba fuera del país. En diciembre de 1947 salió de imprenta el número 11 de la colección, el *Discurso preliminar ...*, donde se indicaba en la contraportada aquellos títulos que se habían publicado a la fecha y los que estaban “en prensa”, aunque no necesariamente sería el orden de publicación futuro. Se puede considerar que el número 12 de la colección fue *La docta ignorancia*, en vez del título de von Clausewitz, *De la guerra* que se anunció en la contraportada. En la entrevista que le realizó Alicia Segal (2006) comentó que la colección

³ Contra todo consejo, ante la imposibilidad de realizar la bibliografía con los ejemplares en la mano dado el cierre de bibliotecas por el aislamiento social preventivo y obligatorio se reproduce la colección, en base a la información recolectada en el ejemplar del *Discurso preliminar*, en el catálogo de la Biblioteca Nacional, en el sitio Worldcat, en sitios de venta de libros usados y en el apéndice del artículo de Pablo M. Jacovkis: “*Manuel Sadosky: Su impacto en la ciencia y en política argentina.*”

se publicó hasta las *Cartas* de Voltaire y que *La ciencia de la lógica* de Hegel, con traducción de Rodolfo Mondolfo se editó tiempo después en Hachette. También con la traducción de Modolfo se publicó en Eudeba en 1963 el *Tratado de las sensaciones* de Condillac, que se encontraba listo para su edición por Lautaro hasta la intervención policial.

Las traducciones de la colección se hallaron en múltiples editorial, sin que mediara acuerdo económico alguno para Weinberg. Por ejemplo, el libro de Renán, *Averroes y el averroísmo* fue traducido por Héctor Pacheco Pringles del francés y las citas de Averroes fueron traducidas directamente del latín medieval por María Rosa Lida, según comentó Gregorio al recordar que no quiso figurar en los créditos con su traducción impecable (Segal, 2006: 77). Esta edición de Lautaro, cuyos derechos pertenecían a G. W. luego que se marchara del sello, fue utilizada por la editorial española Hiperión sin nunca solicitar autorización al editor ni al traductor Pacheco Pringles, que en este caso era la misma persona. Ese seudónimo lo utilizó en la década del cuarenta tanto para reseñas que firmó en *Correo Literario* como para las traducciones⁴.

Con el anhelo que sea un insumo para una investigación bibliográfica futura, ya no sólo sobre que reponga el catálogo del sello Lautaro sino sobre la labor editorial de Gregorio Weinberg (GW) aquí se repasa la colección, sus traductores y seudónimos.

1. Lévy-Bruhl, Lucien (1945) *La mentalidad primitiva* [Traducción y prólogo de G. W.]
2. Brunschvicg, León (1945) *Las etapas de la filosofía matemática* [Traducción de Cora Ratto de Sadosky]
3. Renán, Ernst (1946) *Averroes y el averroísmo* [Traducción de Héctor Pacheco Pringles (seud.) y prólogo de G. W.]

⁴ Entre las traducciones firmadas con ese seudónimo se puede encontrar Lucien Levy Bruhl, *Jean Jaurés (Maestro y mártir del socialismo francés)*, Buenos Aires: Editorial "El Quijote", 1946. [Prólogo de Gregorio Weinberg] Agradezco a Liliana y Pedro Daniel Weinberg la confirmación sobre los seudónimos utilizados por su padre.

4. Morgan, Lewis H. (1946) *La sociedad primitiva* [Traducción de Luis María Torres, Roberto Raufet, Ramón E. Vázquez y María Angélica Costa Álvarez de Satín y prólogo de G. W.]
5. Holbach, [Paul Henri Dietrich] barón de (1946) *Sistema de la naturaleza* [Traducción de Manuel López Bueno y prólogo de Jorge B. Plejanov]
6. Kant, Manuel [Immanuel] 1946) *Historia natural y teoría general del cielo: ensayo sobre la constitución y el origen mecánico del universo, tratado de acuerdo a los principios de Newton* [Traducción de Pedro Merton y Nota preliminar de Manuel Sadosky. También contiene un estudio de Pedro S. Laplace sobre el *Origen del Sistema Solar*]
7. Spinoza, B. (1946) *Tratado teológico-político* [Traducción de Julián de Vargas y Antonio Zozaya. Revisada y corregida por Pedro Daniel Mendoza⁵ y prólogo del Dr. León Dujovne]
8. Boas, Franz (1947) *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* [Traducción de Susana W. De Ferdkin y advertencia preliminar de G. W.]
9. Bacon, Francis (1947) *Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana* [Traducción, prólogo y notas de F. Jorge Castilla]
10. Lévy-Bruhl, Lucien (1947) *Las funciones mentales en las sociedades inferiores* [Traducción de G. W.]
11. D' Alambert. Jean Le Rond (1947) *Discurso preliminar de la "Enciclopedia"* [Traducción de Eduardo Warschaver y Gregorio Weinberg. Advertencia de G.W.]

Títulos en prensa [en diciembre de 1947 pero solo dos de ellos se publicaron]

[12] De la guerra, por K. von Clausewitz. [No se publicó por Lautaro]

[13] Voltaire (1952) *Cartas filosóficas* [Traducción de Eduardo Warschaver y Gregorio Weinberg y prólogo y notas de G.W.]

⁵ Seudónimo de G.W.

- [14] La ciencia de la lógica, por G. F. Hegel. [No se publicó por Lautaro]
- [15] Cusa, Nicolás cardenal (1948) *Docta ignorantia* [Traducción de Demetrio Náñez, con la colaboración de R. Warschaver. Supervisión y cotejo de la edición por G.W.]
- [16] Formas elementales de la vida religiosa, por Durkheim. [Manuscrito decomisado por la policía]
- [17] Historia de la Filosofía, editada por el Instituto, de Filosofía de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., bajo la dirección de G. F. Alexandrov, B. E. Byjovsky, M. B. Mitin y P. F. Yudin.
Vol. I. Filosofía de la Sociedad Antigua y Feudal.
Vol. II. Filosofía de los siglos XV-XVIII.
(los restantes 5 volúmenes en preparación).
- [18] Ensayo sobre el entendimiento humano, por J. Locke.
- [19] Función social de la ciencia, por J. E. Bernal.
- [20] Tratado de las Sensaciones, por E. B. de Condillac.
- [21] Obras filosóficas, por D. Diderot.
- [22] Principios de geología, por C. Lyell.
- [23] Dos discursos (*Sobre las Ciencias y las Artes; y Sobre los Orígenes y Fundamentos de la Desigualdad entre los Hombres*), por J. J. Rousseau.
- [24] El químico escéptico, por R. Boyle.

Bibliografía

Bazán, C. B. (2006). El repertorio ausente: Bibliografía y nación. En M. Bueno & M. Á. Taroncher (Eds.), *Centro Editor de América Latina: Capítulos para una historia*. Siglo Veintiuno Editores Editores.

Esteves Fros, F. (2006). Gregorio Weinberg o el editor intelectual. *Páginas de guarda: revista de lenguaje, edición y cultura escrita*, 2, 51-64.

Schiffrin, A. (2000). *La edición sin editores*. Destino.

Segal, A. (2006). Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg. *Cuyo. Anuario de filosofía argentina y americana*, 23, 75-86.

Sorá, G. (2006). Gregorio Weinberg y la edición. Estampa de un fundador de la biblioteca argentina. *La Biblioteca*, 4-5, 452-471.

Weinberg, G. (1947a). Advertencia. En J. L. R. D´Alembert, *Discurso preliminar de la «Enciclopedia»*. Lautaro.

Weinberg, G. (1947b). Sobre la Biblioteca Americana. Regocijo y decepción. *Sur*, 126-131.

Weinberg, G. (1983). Consideraciones históricas. En *Censura, individuo y sociedad* (pp. 29-35). Corregidor.

Un Pasado Argentino para una sociedad democrática. El trabajo de Gregorio Weinberg como editor en los años cincuenta

Darío Pulfer*

Introducción

En el año 1960, después de recibir el Premio Casavalle correspondiente al año anterior, la editorial Hachette podía presentar con orgullo un catálogo integrado por más de cincuenta títulos bajo la colección El Pasado Argentino.

Ese reconocimiento del Ministerio de Educación y Justicia de la Nación se debía, según los responsables de la editorial, a la consideración de la colección como “el mayor aporte a la cultura nacional” del año 1959.

El lujoso catálogo, de veintiocho páginas, realizado en papel ilustración, incluía imágenes y reproducciones facsimilares y daba cuenta de manera sintética de una obra monumental.

* Universidad Pedagógica Nacional y Centro de Documentación e Investigación acerca del Peronismo [CEDINPE]. UNSAM.

Bajo esos títulos se escondía un trabajo artesanal de recuperación de materiales documentales y bibliográficos desarrollado durante más de cinco años.

Bajo esas imágenes había una búsqueda afanosa por darle nueva vida a escenas y figuras del pasado nacional que habían quedado en bibliotecas o archivos.

Bajo los textos de presentación de los autores y prologuistas había una idea amplia de reconstrucción de la cultura nacional pasada en diálogo con el presente.

Bajo esos trabajos estaba el investigador, escritor y editor Gregorio Weinberg.

Podemos afirmar, por su estilo y características, que fue el autor del catálogo que comentamos. Esto se refleja en el diseño y en los textos que lo integran. También en la discreción y modestia por la que solo figuran su nombre y apellido en letra chica en la parte superior de la página tres, con la sucinta leyenda “dirigida por Gregorio Weinberg”.

El catálogo, ordenado alfabéticamente y presentado de manera global, no deja percibir de manera rápida la ardua labor de recuperación y el escarpado trabajo de dar lugar a distintas voces de la producción intelectual de entonces.

Como ocurre con otras colecciones, verdaderas obras de magnitud que marcaron la cultura argentina de esos años, a los estudiosos del pasado de la cultura y las ideas argentinas no les pareció tarea necesaria reconstruir los meandros de la producción editorial de esas series.

Podemos interrogarnos acerca de esta ausencia. Podemos suponer que los autores que se internaron en las condiciones de la producción intelectual de los años cincuenta las consideraran parte del paisaje mismo del campo cultural o que ya habían ingresado en el campo de las obras “clásicas”, dándoles un carácter consagrado y, por tal motivo, no materia historiable. Podemos compartir esas valoraciones, y no escapamos al condicionamiento de habernos formado en esas lecturas. Varias generaciones se acercaron a la historia

argentina a través de esos variados títulos, atisbaron mundos ignotos a través de relatos de viajeros, se adentraron en temas y cuestiones considerados marginales (con mayor razón en el momento en que fueron publicados a través de cuentos y novelas), o descubrieron problemáticas de orden económico o social mediante esas obras.

Esa proximidad, esa cercanía, cierto aire de familia con esa “obra” nos impone una distancia crítica, cierta objetivación y un ejercicio de reconstrucción ajustado a su contexto de producción. La tarea de relectura de la colección en clave de reposición se ve facilitada por los materiales disponibles y por ciertas aproximaciones previas que proveen algunos elementos de comprensión imprescindibles, aunque su objeto no fuera esta colección.

Si estos son algunos de los condicionamientos que debemos sortear en la tarea de recreación intelectual del contexto de producción de la colección, otro tanto ocurre con la ubicación de Gregorio Weinberg en la historiografía nacional. Parece que vive entre nosotros, y eso hace que las consideraciones sobre su figura en el estudio de las corrientes historiográficas no guarden el tratamiento y la profundidad que su obra merece como animador y organizador de una novedosa cartografía intelectual.¹

También en este aspecto podemos preguntarnos acerca de esta débil referencia. Su tono moderado no lo hace protagonista de ninguno de los escándalos o confrontaciones de la crispada cultura argentina de las décadas que transcurren de los años cuarenta a los dos mil, y ello le resta a la hora de las menciones o consideraciones.

Su entrada en diagonal a las problemáticas nacionales parece colocarlo en un lugar para el que no resulta sencilla la calificación.

Su personalidad multifacética es abordada desde diferentes ángulos, enfatizando, en algunos casos, su labor como editor y, en otras oportunidades, aparece más vinculado a los temas educacionales.

¹ En el volumen homenaje compilado por Agustín Mendoza, *Del tiempo y las ideas* (2000), no aparecen materiales de análisis sobre ese modo de pensar la historia nacional. La excepción a la regla es su inclusión en la obra de Fernando Devoto y Nora Pagano, *Historia de la historiografía argentina* (2009), como veremos más adelante.

Su ingreso en la consideración de la historia de la historiografía se produce cuando resulta mencionado en alguno de sus fragmentarios y discontinuos escritos sobre figuras o procesos de la historia nacional.

Una aproximación más integral, que busque poner en diálogo esas dimensiones contextualizándolas en la vorágine argentina, constituye un desafío pendiente para los historiadores. Esa tarea se impone en el momento en el que los estudios biográficos se multiplican tanto en nuevas perspectivas como en la práctica del espacio historiográfico.

En lo que sigue buscamos reconstruir los antecedentes personales y profesionales, así como el trabajo editorial de Weinberg en este campo, las características de su ubicación en Hachette y las notas fundamentales del proyecto de la colección *El Pasado Argentino*, citándonos al período que corre entre el inicio de la serie y su consagración con el premio Carlos Casavalle.

Antecedentes

Gregorio² nace el 20 de noviembre de 1919 en la Capital Federal. Sus padres, de origen judío-ucraniano, son León Weinberg y Sara Malinowska. De niño su familia se traslada a Guardia Escolta, Santiago del Estero, donde transcurre su infancia. Estudia el secundario en

² No figura en el *Diccionario biográfico contemporáneo. Personalidades de la Argentina* (1948); ni en la publicación periódica de Kraft, *Quién es quién en la Argentina* en las ediciones de 1947, 1950, 1955, 1958. En la de 1968 consignan: "Profesor. (Especialidad: Historia de las Ideas Argentinas). Editor. Nacido: Buenos Aires, 20-11-1919. Padres: León Weinberg y Sara M. de Weinberg. Esposa: Agustina M. de Weinberg. H: Pedro Daniel, Fanny Silvia, Liliana Irene". En la actuación detallan la función docente que escapa a este período y no detallan obras. El *Nuevo diccionario biográfico argentino* (Cutolo, 1985) no lo incluye. En *Historiadores argentinos y americanos* (Cutolo, 1966, p. 405) incluye, entre otros puntos, sus obras: *El pensamiento de Monteagudo* (1944); *Introducción a Manuel Belgrano. Escritos económicos* (1954). Para una aproximación a la trayectoria del autor puede consultarse Gustavo Sorá (2010), *Traducir la nación: Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino*.

el Colegio Nacional Avellaneda de la Capital Federal. Comienza sus estudios superiores en la Facultad de Derecho de la Universidad de La Plata. A los veintitrés años comienza a trabajar, abandonando los estudios formales. Sus primeros pasos en cuanto al trabajo en el ámbito editorial se remontan a los orígenes de la editorial Lautaro. En el momento en que Sara Maglione de Jorge inicia el proyecto se vincula con una serie de asesores que colaboran con ella en la selección de los materiales, entre ellos se encuentran Cora y Manuel Sadosky junto con Adolfo Dorfman. Tiempo después es convocado Gregorio Weinberg para una colaboración específica y queda vinculado al grupo, también en tareas de asesoría. La iniciativa nace como una empresa de tipo privada, habiendo movilizado aportes de capital de figuras que simpatizaban con el Partido Comunista Argentino [PCA] (Rogelio Frigerio y Narciso Machinandiarena) y de la misma directora. Sara Maglione era una militante ligada al PCA que había ingresado en el mundo político e intelectual con las luchas en favor de la República y las campañas por la paz en los prolegómenos de la Segunda Guerra Mundial. Su primer esposo, Faustino Jorge, actuaba en las cercanías del Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores [AIAPE] y frecuentaba a Rodolfo Puiggrós, figura en ascenso dentro de la prensa y la historiografía comunista de entonces. Lautaro tendrá una fuerte expansión a lo largo de la década del cuarenta con una profusión de colecciones³ y cobró cierto carácter mítico por introducir los materiales de Antonio Gramsci en el país, a inicios de la década del cincuenta. En rasgos generales, la editorial no se caracterizó por ser una correa de transmisión de las producciones del marxismo soviético; ese lugar lo ocupaba, para ese tiempo, la editorial Problemas, que publicó más de ciento cincuenta títulos en tres años con un peso significativo de ese tipo de material (Petra, 2012). Su inclinación fundamental se orienta a materiales de difusión amplia

³ Además de la innovadora Colección Pingüino de libros de bolsillo (con las series Ciencia, Arte, Técnica, Literatura, Novela, Cuentos para Niños, Clásicos, Biografías y Misterio y Crimen) aparecen las colecciones dirigidas por Gregorio Weinberg: Tratados Fundamentales, Estudios y Ensayos, Crítica y Polémica.

en el ámbito de la ciencia, la filosofía y la literatura universal. Esa característica de multiplicación de contenidos científicos y literarios internacionalmente reconocidos, conjeturamos, es la que hace que la Biblioteca Política Argentina [BPA], que constituye un antecedente significativo para el trabajo de Weinberg, haya quedado subalternizada en el análisis y tratamiento historiográfico.

Si miramos con detalle la historia del emprendimiento de Lautaro, esta serie es una de las primeras de la editorial y se desarrolla a partir del año 1942 (Clementi, 2004)⁴. Desde que se inicia y hasta la última publicación recorre el tiempo que media entre el final de la restauración conservadora y los primeros pasos del golpe militar de junio de 1943. En ese accidentado tiempo, la editorial publica estos volúmenes con cierta regularidad, convocando a personalidades que trascienden las filas del comunismo argentino. La BPA busca organizar una saga, una tradición, una manera de posicionarse con relación al pasado argentino, compartiendo el universo de referencias de la tradición liberal, pero dotándola, en algunos casos, de otros contenidos. No se trata de una innovación absoluta, recoge trabajos previos, pero los ordena en una serie, con una entidad e identidad propia.

Todos los volúmenes tienen un motivo o propósito en las primeras páginas: Editorial Lautaro dedica estas selecciones de pensamientos de los arquetipos de la nacionalidad, reunidas bajo el título genérico de Biblioteca del Pensamiento Argentino, a la generación “que tiene la responsabilidad histórica de defender y desarrollar el patrimonio de ideas que dio independencia, libertad y progreso a la República”⁵.

La forma “biblioteca” responde a prácticas consolidadas desde hace tiempo en el universo cultural del comunismo. Junto a ellas aparecen diversas experiencias de más largo alcance en el mundo letrado

⁴ Clementi (2004) fecha el inicio de la editorial en 1943, erróneamente. En la página 44 cita parte del propósito de la que llama colección Pensamiento Argentino.

⁵ *El pensamiento vivo de Mariano Moreno* (1942). Selección y prólogo de Rodolfo Puiggrós. Se repite inalterado hasta el número 7 correspondiente a *El pensamiento vivo de Manuel Belgrano* (1944). Selección y prólogo de Celso Tindaro.

argentino de la primera mitad de siglo XX, que van desde la iniciativa producida por el diario *La Nación* con la Biblioteca del mismo nombre, pasando por la Biblioteca Argentina promovida por Ricardo Rojas o la de Grandes Pensadores Argentinos animada por Alberto Palcos hasta La Cultura Argentina orientada por José Ingenieros.

En la Biblioteca Política Argentina cada volumen está compuesto por una breve presentación que busca recuperar a pensadores argentinos. Esta nota introductoria fue realizada por un intelectual contemporáneo junto con la presentación de una selección de escritos del autor analizado. El presentador, por lo general, reúne antecedentes en el tratamiento de la figura estudiada, contando con alguna obra que lo habilita a ocupar esa posición. En esa condición fue invitado a colaborar Weinberg, como veremos.

La obra colectiva estuvo compuesta por siete volúmenes. Cada tomo repite el propósito y lleva un retrato del pensador considerado. La extensión de los materiales se estaciona entre las 160 y 170 páginas, considerando que los materiales seleccionados del autor en cuestión no debían exceder las 150 páginas. Cada volumen lleva un color distintivo. En todos los casos se reproduce el logo de la editorial, que alude al héroe mapuche de la guerra araucana con el símbolo del arco. Por su formato y tirada la intención de la serie es llegar a un público amplio. La venta se realizó en librerías, entre las cuales se destacaba la que correspondía a la Editorial Problemas dirigida por Carlos Dujovne y ligada a la estructura del PCA, sita en Sarmiento 1677 de la Capital Federal⁶. No aparece un director responsable a cargo de la Biblioteca. Por el lugar que ocupaba en el ámbito intelectual e historiográfico del PCA y la cercanía con la familia Jorge, podemos plantear una hipótesis: tanto por el orden de salida como por los autores convocados, la idea puede haber surgido de una propuesta de Rodolfo Puiggrós que en ese momento desarrollaba una intensa actividad en las filas del periodismo en *Orientación* y contaba entre sus antecedentes la publicación de la *Revista Argumentos*, que contenía

⁶ Etiqueta identificatoria de la librería pegada en varios de los volúmenes consultados.

buena parte de la renovada producción historiográfica vinculada al PCA (Myers, 2008; Acha, 2007; Cattaruzza, 2007, 2008; Pasolini, 2013).

Son convocados autores filiados al arco “antifascista”, desde José Barreiro, vinculado al socialismo, hasta Adolfo Mitre de la familia propietaria del diario *La Nación* de raigambre liberal-conservadora.

El sexto volumen de la BPA sale a principios del año 1944, estuvo centrado en la figura de Bernardo Monteagudo y fue presentado por Gregorio Weinberg, quien había publicado algún material periodístico sobre el tema y ello lo acreditaba como entendido en el asunto y capaz de presentar la figura del revolucionario jacobino. Se acerca a colaborar a instancias de Manuel Sadosky, quien lo contacta para la colaboración. De esa manera se acerca a la editorial y luego oficia como su asesor. Se trata de su primer libro, para ese entonces contaba con veinticinco años (Esteves Fros, 2006, p. 52)⁷.

El prólogo se inicia con una cita de Monteagudo: “[...] la soberanía reside solo en el pueblo y la autoridad en las leyes [...]”. Luego dice el prologuista: “Monteagudo fue, y hay que decirlo rotunda y sustantivamente, uno de los talentos más recios y consecuentes, una de las mentalidades más extraordinarias y sólidas, una de las conductas más abnegadas e intachables de la epopeya emancipadora”. Weinberg organiza la selección con la siguiente categorización: Propaganda revolucionaria; Doctrina democrática; De las actividades contrarias a la patria; Monteagudo estadista.

Mirada como un conjunto, la serie permite argumentar en torno a una visión del pasado funcional a los partidos que en la coyuntura de los años 42-43 adherían a los aliados y que buscaban confrontar con el “nacionalismo”, el “neutralismo” y, en el campo historiográfico, con el “revisiónismo”. La interpretación, a la vez, toma distancia del “liberalismo” que se organizaba en torno a la Academia Nacional de la Historia liderada por Ricardo Levene.

⁷ “Inicialmente, me vinculé a la editorial Lautaro de Sara Maglione de Jorge, en la cual publiqué un libro juvenil de Bernardo Monteagudo” Weinberg en Esteves Fros (2006, p. 52).

La lucha contra los países del “eje” unifica a sectores políticos de distinta procedencia en torno a banderas democráticas y desde allí se teje una alianza intelectual en la que conviven sectores del liberalismo (Adolfo Mitre), el socialismo “tercerista” (José Barreiro), el socialismo argentino (Tíndaro), figuras propias del comunismo (Rodolfo Puiggrós) con intelectuales liberales independientes (como Rojas Paz o Weinberg).

La confrontación con el liberalismo de Levene viene a cuenta de la distancia que toman con respecto a los gobiernos de la concordancia y a los argumentos que consideran desgastados en torno a la recuperación de los elementos que consideran genuinos de la tradición liberal-republicana. Abogan por un remozamiento y una actualización en cuanto a sus contenidos. Por otra parte, el carácter excluyente de la Academia para con figuras y valores que vienen realizando contribuciones al conocimiento del pasado nacional, pero que son ignorados o descalificados, refuerza la distancia y la crítica hacia la figura máxima de la historia institucionalizada, con quien Puiggrós venía polemizando desde hacía tiempo.

Es allí donde aparecen los elementos comunes de esta Biblioteca. Ellos tienen que ver con la recuperación de una tradición ideal centrada en el panteón liberal republicano con contenidos diferenciados según los autores. Al tomar algunos de los hombres de Mayo (Moreno, Monteaguado, Belgrano) se orientan a quienes recuperan las tradiciones revolucionarias francesas como fuentes del movimiento independentista. En este caso el elemento común será el liberalismo revolucionario de características democratizantes que portan estas figuras. A las ideas de la ilustración europea le suman la convocatoria popular que asignan a los biografiados.

Traemos esta experiencia editorial y algunas de sus ideas porque prefiguran varios de los elementos que pondrá en juego Weinberg en su propia colección: temática nacional, perspectivas renovadas para el análisis, producción de estudios introductorios específicos, pluralidad en los abordajes.

Como hemos señalado, de ese modo, Weinberg, además de autor, se consolida como asesor de series de publicaciones en Lautaro, buscando acercar materiales novedosos del ámbito filosófico y científico de la tradición occidental.

La veda impuesta por el peronismo en las cátedras de los profesores de orientación liberal, en sus diferentes vertientes y registros, hace que muchos de ellos concentren sus tareas en el ámbito editorial, como es conocido.

Corren los años cincuenta: Weinberg alterna su trabajo en Lautaro con una creciente participación en el diseño de colecciones en el ámbito de Hachette, aunque todavía no da a luz al proyecto que estamos analizando, y eso hace importante la recuperación de otro antecedente o experiencia que, entendemos, marca su proyecto.

Por ese tiempo también colabora con la Editorial Raigal, que comienza sus trabajos en el año 1950⁸. Tiene como objetivo fundamental: “contribuir al estudio de los grandes temas abiertos a la meditación argentina”, “alentar los trabajos de los hombres jóvenes” y expresar “las inquietudes políticas de la nueva generación”. Con el paso del tiempo se impone otras tareas: difundir obras del pensamiento argentino a círculos más amplios trascendiendo “museos y bibliotecas” y enlazar las cuestiones del pasado con las del presente.

En un primer momento se ubica como una editorial “parapartidaria” (Luna, 1996, p. 475; Gallo, 2006)⁹, de aliento a empresas de difusión cultural y política al interior del espacio radical. En ese marco, las colaboraciones de los autores se producen como “actos de militancia” (Luna, 1996, p. 475), de manera gratuita.

En un segundo momento, se proyectan a una zona de frontera entre la producción académica, la intervención en el debate público y la difusión más amplia de las producciones de los intelectuales que configuran la red de afinidades de la intransigencia.

⁸ Resulta frecuente afirmar su nacimiento en las postrimerías del peronismo, aunque sus inicios son previos.

⁹ Rosalía Gallo (2006) señala “Tan importante fue la producción de Raigal que, cuando la empresa desapareció, no hubo editorial partidaria que la reemplazara” (p. 78).

La editorial nace, entonces, como una iniciativa del ámbito radical y atendiendo a ese universo. Con el tiempo amplía sus relaciones con el Colegio Libre de Estudios Superiores con la incorporación de otros autores. En esta ampliación es preciso considerar que Arturo Frondizi, dirigente de la Unión Cívica Radical [UCR] y a la muerte de Lebensohn, principal referente del Movimiento de Intransigencia y Renovación [MIR], participa en ese ámbito desde la década del treinta y aún después de la salida de Ricardo Ortiz¹⁰, formando parte de su comisión directiva junto con Giusti, Reissig, Francisco Romero, José Luis Romero, Valmaggia.¹¹ Ello explica la integración progresiva en el catálogo de figuras que no pertenecían a la militancia orgánica del radicalismo, ya que en la coyuntura cumplían con un doble propósito: realizar severos y actualizados diagnósticos sobre la realidad argentina en las postrimerías del peronismo clásico y plantear alternativas consideradas por ellos superadoras de la situación. Por un lado, reafirman la identidad partidaria recuperando el legado yrigoyenista (con la trayectoria de figuras señeras de esa tradición y con la biografía y los escritos del líder indiscutido) a la vez que lo abren a nuevas relaciones, fundamentalmente, con sectores de la academia (Colegio Libre de Estudios Superiores [CLES]) y otras figuras más jóvenes que alternan distintos ámbitos del “antiperonismo intelectual”, como podían ser la Revistas *Imago Mundi* o *Sur*¹², o ámbitos li-

¹⁰ Se retira de la Comisión Directiva acusando a sus miembros de haber abandonado la línea fundacional de Aníbal Ponce.

¹¹ *Cursos y conferencias*. Número 265. Junio 1954. Pág. 117. Aunque la revista seguía publicándose el CLES porteño fue clausurado el 16 de julio de 1952 para sus actividades públicas y se reabrió con la “Revolución Libertadora”. Gambini, Hugo (2016). *Frondizi*. Señala una autora: “[...] bajo la dirección de Arturo Frondizi, sus nuevas cátedras apuntan menos a la difusión que a la formación de un ‘Ejército de la cultura’ y a la formulación de ‘un proyecto de largo plazo para el país’” Sigal, Silvia, en Juan Carlos Torre, 2002, p. 519.

¹² Por ejemplo: Rodríguez Bustamante, director de una de las Bibliotecas de la editorial, participa de *Imago Mundi* y Ghiano, director de otra de las Bibliotecas, tras sus colaboraciones en revistas “semioficiales” publica en *Sur*. Weinberg escribe en *Imago Mundi* y frecuenta tanto a José Luis como a Francisco Romero.

gados a la recuperación del folklore en un registro diferenciado al de los núcleos integrados al gobierno.¹³

Nuestro autor está cerca del emprendimiento. Así, la Biblioteca Manuel Belgrano de Estudios Económicos, a cargo de Ricardo Ortiz¹⁴, anuncia desde el inicio la salida de un libro dedicado al secretario del consulado que estaría a cargo de Weinberg. Antes aparecen otros tres títulos. Dos de ellos vinculados al pensamiento de Esteban Echeverría, que salen en marzo de 1953, a cargo del director de la Biblioteca Manuel Belgrano de Estudios Económicos [BMBEE]: *Reflexiones sobre la organización económica de la Argentina*, en las que figura Echeverría como autor, *El pensamiento económico de Echeverría* y por último *Trayectoria y actualidad*, firmado por Ricardo Ortiz. A continuación, en agosto de 1953, se publica *La política energética argentina* de Bruno

¹³ Con la incorporación de Leumann, Díaz Usandivaras o Rosemberg, alejados de los miembros del Instituto de la Tradición orientados por Juan Alfonso Carrizo.

¹⁴ En *Quién es quién en la Argentina* (1950) figura lo siguiente sobre el director de la Biblioteca Manuel Belgrano de Estudios Económicos [BMBEE]: “Ingeniero civil (especialidad: Obras portuarias). Profesor Universitario. Nacido: Buenos Aires, 19-1-1892. Padres: Ricardo R. Ortiz y Carmen C. Oderigo. Esposa: Leopoldina Crespo. H: Ricardo B y Eduardo L. Estudios: Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires (1912-17). Actuación. Fue profesor en la Universidad de Bs. As. y en la Universidad Nacional de La Plata., en esta último miembro del Cons.Un; profesor en las Escuelas Industriales Otto Krause y Luis A. Huergo de la Capital Federal. Ha dictado por contrato la Cátedra de Puertos en la Universidad Central de Caracas. Ocupó todos los cargos del escalafón en la Dirección General de Navegación y Puertos (Mtrio. De O. P. de la Nac.) desde Ing. de 2° clase, jefe de departamento con categoría de vicedirector y director general interino (1918-1946). Contratado por el gobierno de Venezuela como asesor para la organización, ubicación y construcción de puertos y otros medios de acceso de aquel país (1948-49). Miembro de la Comisión Directiva del Colegio Libre de Estudios Superiores; de la Unión Industrial Argentina de cuyo Inst. de Estudios fue secretario (1942) y Miembro del Centro Argentino de Ingenieros, del que ha sido presidente. Obras: *Valor económico de los puertos argentinos*; *Problemas económicos de la Patagonia*; *Un aspecto de la descentralización fabril en la economía argentina*, *La organización de los puertos en Venezuela*; *Por la emancipación técnica del país. Cuestiones referentes a la enseñanza industrial* (en colaboración); *El problema técnico y económico del puerto de Bahía Blanca y Geometría proyectiva* (2 tomos, en colaboración). Colaboraciones en los diarios *La Prensa* y *La Nación* y en *Cursos y Conferencias*, *la Ingeniería*, *Revista de la Unión Industrial Argentina* [UIA], *Ingeniería e Industria*, *Revista de Economía Argentina* y *Revista de Hacienda de los EE. UU. de Venezuela*. Domicilio particular y Est: Pueyrredón 1526. Tel: 26123. Buenos Aires”.

Defelippe. En noviembre sale un nuevo libro de Liceaga¹⁵: *Argentina ante la reconstrucción del comercio mundial*. En enero de 1954, Ortiz realiza el Estudio Preliminar al trabajo de Mariano Fraguero titulado *Organización del crédito*. En junio de 1954 es publicado, finalmente, el volumen referido a Belgrano, reproduciendo sus *Escritos económicos*. El trabajo de Introducción y Selección lo firma Gregorio Weinberg. La introducción tiene una extensión de cuarenta páginas. Recostado en la tradición de la Nueva Escuela Histórica y en aportaciones de Bagú sobre economía colonial, Weinberg reconstruye la trayectoria de Belgrano y las fuentes de su pensamiento en la Ilustración y en las corrientes económicas vinculadas a la fisiocracia. La selección estuvo integrada por fragmentos de la *Autobiografía*, tres *Memorias* del tiempo del consulado y notas en el *Correo de Comercio de Buenos Aires de los 1810-1811*. Solo a título explicativo y para tenerlo en cuenta como antecedente conviene relatar cómo sigue el derrotero de esa biblioteca. El volumen siguiente sale en agosto del año 1954 y es realizado por otro técnico vinculado al CLES: Horacio Giberti¹⁶. La *Historia de la ganadería en la Argentina* (1954), constituye la primera versión de un libro que, con el tiempo y sucesivas mejoras, se constituye en un clásico.¹⁷ En agosto de 1954 sale el libro de Alberdi, titulado *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina, según su constitución de 1853*. Fue precedido por un estudio de Bernardo Canal Feijóo¹⁸ denominado “La ‘escuela’ económica y el ‘sistema’

¹⁵ Recordemos que Liceaga había lanzado una Biblioteca económica y social contemporánea en Raigal en el año 1952 que quedó trunca.

¹⁶ Ingeniero agrónomo. Como antecedente a la obra que venimos considerando: La producción ganadera en el decenio 1940-1949 (1950), en *Cursos y Conferencias*. Para una aproximación a la trayectoria completa del autor y algunas referencias a la publicación de la obra por Raigal ver Diego Ramírez (2011), *Horacio Giberti: Memorias de un imprescindible*.

¹⁷ Luego hubo una segunda edición revisada, y publicada por Solar-Hachette en 1961 y repetida en 1967 y 1974. Posteriormente se realiza una tercera edición, actualizada y corregida, por Editorial Solar en 1981 retomada por Hyspamérica en 1985.

¹⁸ Abogado (especialidad: Derecho Civil y comercial). Escritor. Nacido: Santiago del Estero. Abogado del Banco Hipotecario Nacional y del Banco Español del Río de la Plata, desde 1921.

económico en la doctrina alberdiana”. En el mes de marzo del año 1955 sale *El peso argentino. Su valor interno desde la creación del Banco Central*, de Ernesto Pedro Berdou. En julio de 1955 sale el libro de Gino Germani¹⁹ titulado *Estructura social de la Argentina*. Lleva como subtítulo: *Análisis estadístico*. También, en este caso, se trata de un material que se constituiría en clásico en la materia y será recuperado por las colecciones dirigidas por Weinberg más tarde, una vez que Raigal desaparece. En junio de 1955 sale el Tomo I y en agosto el Tomo II de la *Historia económica de la Argentina* de Ricardo Ortiz. El mismo mes publican el volumen titulado *La política económica argentina en la década del 80*. Lleva un estudio preliminar de Luis Sommi²⁰. Ya en tiempos de la Revolución Libertadora publican materiales de las figuras del siglo XIX: José de Lavardén (1955) e Hipólito Vieytes (1956) presentados por Enrique Wedovoy y Félix Weinberg, respectivamente. En un tono más vinculado al presente salen publicados los títulos de Ferrer (1956) y Sommi (1956) que se agregan al repositorio.

Dentro de la misma editorial, bajo la conducción de Juan Carlos Ghiano²¹, comienza a publicarse, en junio de 1952, la serie de materiales que integran la Biblioteca Juan María Gutiérrez. El primer volumen corresponde a *Los movimientos de emancipación en*

¹⁹ Profesor del Colegio Libre de Estudios Superiores desde 1946. Ha sido miembro de la Comisión de Demografía del IV censo nacional (1944-45). Como antecedente del marco conceptual resulta conveniente citar los trabajos del autor publicados en el Boletín del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, dirigido por Alfredo Poviña, del año 1952 (N° 6): “Una década de discusiones metodológicas en la Sociología Latinoamericana” (pp.87-104) y “Consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología” (pp.105-118). Para la trayectoria del autor: Blanco, Alejandro (2006b), *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina* y Blanco, Alejandro (2006a), *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*.

²⁰ Entre sus publicaciones previas: *Yrigoyen y la neutralidad* (1940), *Los capitales alemanes en la Argentina* (1943); *Neuquén, vida de los presos políticos* (1946); *Hipólito Yrigoyen* (1947); *La revolución del 90* (1948), *Yanquis en la Argentina* (1949); *Esbozo biográfico de Aristóbulo del Valle* (1955).

²¹ Escritor. Profesor Universitario. Primer premio de la SADE con su libro *Extraños huéspedes*. Faja de honor de la misma Sociedad por su *Constantes de la literatura argentina...Obras: Extraños huéspedes* (1947); *Cervantes novelista* (1948); *Temas y aptitudes* (1949), *Constantes de la literatura argentina* (1953). Cabe agregar a las obras la *Antología poética de Marechal* (1950).

Hispanoamérica y la independencia de Estados Unidos, de Boleslao Lewin (1952)²². En diciembre publican *Poesía*, de Martí (1952), prologado y seleccionado por el mismo Ghiano. El siguiente volumen también corresponde a Ghiano (1953), *Constantes de la literatura argentina. Echeverría-Cané-Güiraldes-Mallea-El Teatro y la literatura siglo XX*. Cabe subrayar que la obra obtiene la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores [SADE] (*Buenos Aires Literaria*, pp. 65-66).²³ En noviembre de 1953, al cumplirse el centenario de la Constitución y en homenaje a su impulsor la editorial publica *Presencia de Urquiza*, de Beatriz Bosch (1953)²⁴. En abril del año 1954 sale el libro de Anderson Imbert²⁵, que reúne una serie de materiales dedicados a autores americanos de distintos períodos (desde Las Casas hasta Henríquez Ureña). Poco tiempo después, en mayo de 1954, es publicado el libro de María Hortensia Lacau (1954),²⁶ titulado *El mundo poético de Conrado Nalé Roxlo. Poesía y estilo*. Se trata de un libro de trescientas veintiséis páginas dedicadas a un autor en actividad y con un claro posicionamiento político-intelectual.²⁷ A fines del año 1955, el director agrega un trabajo propio sobre Lugones²⁸. Si bien Weinberg no colabora con esta iniciativa, sostiene un importante diálogo con el director.

²² Escritor. Profesor Universitario. Historiador.

²³ En *Buenos Aires Literaria* (17), en 1954. "Ya se conocen las obras premiadas con la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores" (pp. 65-66). Ver la importancia que obtiene esta "premiación alternativa" desde 1946 en Fiorucci, Flavia (2010), *Intelectuales y Peronismo*.

²⁴ Recibe la Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores correspondiente a 1953 por este libro.

²⁵ El libro había sido anunciado en *Buenos Aires Literaria* (14), en noviembre de 1953 (p. 4) señalando que la Editorial Raigal ya tenía en prensa al momento en que daban el aviso de la entrega de originales a FCE para la Historia de la Literatura Hispanoamericana.

²⁶ Recibe de la SADE la Faja de Honor correspondiente a 1951 por su libro de versos *Elegía para la hermana menor*.

²⁷ Proveniente de la *Revista Martín Fierro*, forma parte de los núcleos intelectuales que confrontaron con el peronismo.

²⁸ Ghiano (1955) *Lugones*.

Lo mismo sucede con la Biblioteca Problemas de la cultura en América bajo la dirección de Norberto Rodríguez Bustamante²⁹, con quien Weinberg mantiene una relación de amistad por décadas. Con esta incorporación se fortalecían desde Raigal los vínculos con intelectuales relacionados al Colegio Libre de Estudios Superiores y se amplía el radio a figuras ligadas al Partido Socialista. La serie tiene un diseño distintivo, cada volumen un color característico, y se consolida la imagen de la empresa con el logo y la base del libro con la leyenda “Editorial Raigal / Buenos Aires”. En esta colección se utilizan las solapas para referir a los autores con breves referencias a los contenidos de las obras. En primer término, sale el libro *Sobre la filosofía en América*, de Francisco Romero (1952)³⁰, dedicado a Roberto Giusti³¹. Se trata de un asesor en la Editorial Losada³² con una vasta obra de traducción del pensamiento occidental y acreedor, también, de la Faja de Honor de la SADE. El segundo libro es *Momentos y aspectos de la cultura argentina*, de Roberto Giusti (1954)³³. En el libro se insertan trabajos previos y uno reciente: “Defensa del espíritu de Mayo”, centrado en un comentario elogioso del libro de Barreiro (1951) titulado *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico*,

²⁹ Rodríguez Bustamante, Norberto. No encontramos referencias en *Personalidades argentinas* (1948); ni en la publicación periódica de Kraft *Quién es quién en la Argentina* en las ediciones de 1947, 1950, 1955, 1958 y 1968. En Cutolo (1966), consigna para el período que estamos analizando: “Nació en Buenos Aires en 1918. Se graduó en Filosofía y Letras en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires (1942). Ejerció la docencia en el Instituto del Profesorado Secundaria de Catamarca, como Profesor de Lógica y Epistemología y de Psicología e Historia de la educación. En el mismo instituto fue director de la sección Fil. y Pedagogía” (p. 323).

³⁰ Retirado de la Universidad se inserta en el Colegio Libre de Estudios Superiores. Obras: *Sobre la historia de la filosofía* (1943); *Filosofía de la personalidad* (1944); *Papeles para una filosofía* (1945); *Filosofía de ayer y de hoy* (1947); *Filósofos y problemas* (1947).

³¹ Crítico literario, cercano al PS, participante del Colegio Libre de Estudios Superiores al igual que Romero, resulta ser el autor del volumen siguiente de esta misma colección.

³² Su renuncia voluntaria a la cátedra lo lleva decididamente al trabajo editorial, en el que ya tenía antecedentes. Según Halperin Donghi (2008, p. 121) el reacomodamiento desde el punto de vista de los ingresos no resulta traumático ni para él ni para Giusti.

³³ Doctor en Filosofía y Letras. Escritor. Funda y dirige con Alfredo Bianchi la *Revista Nosotros* (1907-1943). Pertenece a la SADE.

que enmarca en el “año echeverriano”. El tercer volumen de esta colección es *Confinés de Occidente* de Bernardo Canal Feijóo, publicado en septiembre del año 1954.

Así se da el vínculo de Gregorio Weinberg con la editorial, a través de sus colaboraciones y el trato asiduo con directores de bibliotecas y colecciones que trascendía el marco de la Editorial Raigal.

Consideramos que, más allá de las referencias del propio Weinberg, tanto el proyecto de Lautaro como las propuestas de Raigal forman parte de los modelos, ejemplos y patrimonio de experiencias con las que se vincula la iniciativa que busca encauzar al interior de Hachette, referida a la recuperación del Pasado Argentino. Asimismo, algunos de los objetivos de la editorial de Sobral resuenan en los propios propósitos de la colección El Pasado Argentino. Agreguemos que muchos de los colaboradores de Raigal formarán parte del emprendimiento de Weinberg en Hachette, así como algunas de sus obras, que dejarán de ser editadas al cierre del sello Raigal, como dijimos, serán puestas en valor y circulación por Hachette primero y luego por Solar. En esta línea resulta interesante considerar que la Revista *Qué sucedió en 7 días*, que difundía profusamente las obras de Raigal por su común afinidad con la intransigencia radical, realizara un significativo reportaje al responsable editorial de Hachette (1956, pp. 30-31).³⁴

Otra red de relaciones y proyecto cultural de peso para la época es el que corresponde a *Imago Mundi*, orientado por José Luis Romero. Además de participar con algunas contribuciones (1954, 1955, 1956)

³⁴ El español Elías Palasí (1956, pp. 30-31), director de Hachette Buenos Aires, señala que “fuera de toda duda el mercado interno ha crecido muy sensiblemente durante estos últimos años, pero no lo suficiente”. Luego denuncia la ausencia de compras por parte de las bibliotecas: “Nuestra casa, desde hace años no ha tenido el gusto de contar entre sus clientes a las bibliotecas, y hemos publicados centenares de obras, decenas de las cuales de autores nativos”. Subraya “tenemos en nuestro catálogo un porcentaje bastante elevado de autores del país”. De todos modos se pronuncia contra la política de cupos de autores nacionales y aboga por la promoción de la venta al exterior de los libros de casas radicadas en la Argentina. Sus fórmulas: “intensificar la actividad cultural”, “política amplia y liberal” con “crítica literaria seria, responsable y firmada...en las nuevas condiciones del país.”

Weinberg respira ese aire historiográfico y lo hace suyo en cuanto a las perspectivas ampliadas por la Escuela de Annales. Las aspiraciones a una historia social, multidimensional, integral, están en las bases de muchos de sus proyectos futuros. También lo estará esa vocación universalista y a la vez nacional que transita, con suerte variada, ese grupo político-intelectual en la tormentosa Argentina de mediados de los años cincuenta.

Con estos antecedentes personales y profesionales, Weinberg se lanza a un emprendimiento con características propias. Relata risueñamente el origen de la empresa:

Al tiempo yo les hice (a los directivos de Hachette) la propuesta de la colección El Pasado Argentino. Una idea que no aceptaron con mucho entusiasmo. Pero los convencí utilizando un argumento un poco ilegítimo. Les dije: “Miren, estamos viviendo la época de Perón, un nacionalismo excesivo. Y, además, fíjense ustedes que hay cierta actitud xenófoba. Hay problemas de divisas y algún día les van a decir: ¿cómo es? ¿Ustedes no hacen nada por la cultura argentina?, siguen trayendo más libros franceses, revistas francesas”. ¡Eran cajones y cajones! Bueno, ese argumento fue el que me permitió iniciar la colección El Pasado Argentino en el año 54, antes de la caída de Perón (Sorá, 2006).

Con seguridad había otras razones de peso para dar origen a la magna empresa. En primer término, el peso de los antecedentes con las grandes bibliotecas dirigidas por Rojas e Ingenieros que resonaban en el espíritu de Weinberg, así como otras experiencias más próximas en las que había participado, como las colecciones y bibliotecas de Lautaro y Raigal. En segundo término, una línea que estaba en el ambiente con la necesidad de promover una matriz de comprensión de la vida argentina, pasada y actual, que buscara trascender la dialéctica de exclusión revisionismo-liberalismo conservador. En tercer lugar, el impulso de dar a conocimiento público materiales de diverso orden que debía ser recuperado. En cuarto lugar, la red de relaciones con escritores para colaborar en las presentaciones que

consideraba fundamentales para facilitar la lectura y prestigiar la colección. En quinto término, la ampliación de un público lector en el que cabía, también, el interés por cuestiones de la historia argentina, como se demostraba con éxitos resonantes de librería por la época (Peña Lillo, 1987).³⁵

Este último fenómeno debe ser colocado en un contexto cultural más amplio. A mediados de la década del cincuenta se estaba produciendo una expansión constante del público lector debido a la ampliación de nuevos estratos de las clases medias (Adamovsky, 2011) y al avance de la máquina educacional en el que los indicadores de escolarización avanzaban exponencialmente (Tedesco, 1980).

El Pasado Argentino: los autores, obras y prologuistas

Vayamos a la colección. El lanzamiento del proyecto se da en diciembre del año 1954. Sus primeras entregas se vinculan con autores reconocidos en el ámbito intelectual vinculados al siglo XIX argentino: Mitre, Zeballos, Alberdi.

Toda una determinación es la de comenzar con un autor clásico: Mitre. En el ámbito de la “cultura ilustrada” porteña, se trataba del indiscutido fundador de la historiografía nacional. La cuestión se ve reafirmada por la ausencia de su contendor, al menos en el plano historiográfico, Vicente Fidel López, en el repertorio de obras que publicará a lo largo de este significativo proyecto.

La inclusión de Mitre se produce con una obra “anómala” en su producción. Se trata de la recuperación de la cultura del altiplano boliviano a través del relato sobre las ruinas de Tiahuanaco³⁶, editada en 1879.

³⁵ El autor revisionista Ernesto Palacio había publicado en 1954 su *Historia de la Argentina* con un hecho de ventas inesperado para su editor (Peña Lillo, 1987).

³⁶ En el original están encabezados por la leyenda “Arqueología Americana” y llevan como subtítulo “Recuerdos de viaje”.

El estudio realizado por Fernando Márquez Miranda³⁷ ubica el contexto de producción de Mitre, prisionero por orden del gobierno de Belzu, y las problemáticas que afrontan sus notas: origen del yacimiento y de su nombre, su ubicación cronológica, así como el examen que realiza el autor, contrastándolo con los estudios realizados entre 1847-1848 y ese momento.

En la solapa que oficia como presentación del director de la colección, aunque va sin firma, anota:

El extraordinario conjunto de ruinas que se conoce genéricamente bajo el nombre de Tiahuanaco, constituye uno de los temas arqueológicos e históricos más apasionantes de América. Múltiples han sido los intentos de explicar su origen, así como también el de determinar qué pueblo edificó esas imponentes construcciones”. Luego de nombrar a quienes se ocuparon del tema y anclar allí el interés de Mitre, resalta la tarea del prologuista: “La presente edición está precedida de una extensa y sabia introducción del profesor Fernando Márquez Miranda, quien, luego de analizar exhaustivamente la permanencia y actividades de Mitre en Bolivia, estudia magistralmente los problemas que plantean *Las ruinas de Tiahuanaco*, poniéndolos al día y ofreciendo una vastísima bibliografía; expone así los elementos esenciales que permiten no solo ubicar muy precisamente el trabajo de Mitre, sino que contribuye a presentar una visión de conjunto y muy actual de la cuestión.

Como en todos los demás casos, el director Weinberg se ocupa de aclarar el origen del material reproducido: “El texto de esta edición fue tomado de la publicada en Buenos Aires, 1879, por la Imprenta de Pablo Coni, Especial para Obras, calle Alsina 60”.

En la solapa de cierre se anuncia la salida de tres obras Estanislao Zeballos (*Callvucura y la dinastía de los Piedra, Relmu, Reina de los*

³⁷ Arqueólogo e historiador. Fue responsable de la cátedra de prehistoria y arqueología en la UBA y director del Museo de La Plata.

Pinares y Painé y la dinastía de los Zorros); *Mis memorias* de Lucio Mansilla y *Tradiciones Argentinas* de Pastor Obligado.

En el cierre del año 1954 sale el primero de la trilogía de Zeballos: *Callvucurá y la Dinastía de los Piedra*. Lleva un estudio preliminar de Roberto Giusti³⁸ que oficia de introducción a los tres volúmenes previstos en la colección y que corresponden al mismo autor.

El que sigue en orden de salida es *Painé y la Dinastía de los Zorros*.

Weinberg anota en la solapa, retomando un diálogo imaginario con un atento lector de la colección:

Quienes han leído las magistrales páginas de *Callvucurá y la dinastía de los Piedra*, magnífica descripción de un momento de nuestra historia, y pudieron apreciar el vigor de sus escenas, el nervioso desarrollo del relato, reencontrarán en *Painé y la dinastía de los Zorros*

³⁸ *Quién es quién en la Argentina* (1950, pp. 279-280), consignan sobre el autor: "Doctor en Filosofía y Letras. Profesor. Escritor. Nacido: Luca (Italia), 10-3-1887. Nacionalizado argentino. Padres: José Giusti y Servilia Preti. Esposa: Beatriz Burtridge. H: Leonor, Elsa, Liliana, Inés, Carlos Roberto y Ana Lucia. Estudios: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1904-1911). Actuación: Fue profesor en el Colegio Nacional Mariano Moreno de Bs. As., (1914-1940); Profesor de Literatura Castellana de la Edad Media y Composición en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario; Prof. De Castellano y Literatura en el Colegio Nacional Manuel Belgrano (1913-1943). Integró el Consejo Directivo de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires (1924). Miembro de la Academia Argentina de Letras, desde 1936. Formó parte de la Comisión Nacional de Cultura en representación de la SADE (1935-1937). Ha sido miembro del Concejo deliberante de la Ciudad de Buenos Aires (1921-1922 y 1923-1926). Diputado nacional por la Capital (1928-1930 y 1932-1934); vicepresidente 2º de la Cámara de Diputados de la Nación (1933-1934). Fundó y dirigió, con Alfredo Bianchi, la *Revista Nosotros* (1907-1943). Fue director del diario *Libertad* (1928-1929). Perteneció a la SADE, la que presidió en los períodos 1934-1935 y 1935-1937. Miembro del círculo de egresados de la F.de F y L de Bs.As., P.E.N. Club; Asocia de Cult. Arg-italiana; Miembro de la Academia Nacional de Arte y Letras de La Habana. Fundador y miembro del directorio del Colegio Libre de Estudios Superiores. Ha sido secretario gerente de la Cooperativa Editorial Buenos Aires. Obras: *Nuestros poetas jóvenes* (1912); *Crítica y polémica* (1 serie, 1917, 2 serie, 1924) (Primer premio municipal de prosa), 3 serie, 1927, 4 serie 1930); *Parini o de la Gloria* (*Diálogo de Giacomo Leopardi, traducido y anotado*) (1919); *Enrique Federico Amiel en su diario íntimo* (1919); *Florencio Sánchez* (1920), *Mis Muñecos (cuentos y fantasías)* (1923); *Literatura y vida* (1939); *Siglos, escuelas, autores* (1946); *Trovadores castellanos* (1946) [...] Colaborador permanente del diario *La Prensa* de Bs.As.. Domicilio particular: Estrada 2236, Tel: 742. Martínez (Provincia de Buenos Aires)".

las cualidades narrativas de Estanislao Zeballos, el eminente jurisconsulto, hombre de estado y cronista argentino, cuyas brillantes evocaciones históricas se hallan realizadas por sus auténticas dotes de escritor.

Las referencias a “mártires de la frontera”, “pueblos bárbaros”, “malones que asolaban a Buenos Aires y Santa Fe” y “guerra despiadada” el director plantea que el texto permite “internarnos en las tolderías, presenciar los ritos y las costumbres de los indios, vivir en la intimidad del cacique Painé y sus fieros vasallos”.

Consigna el origen del material: “El texto de esta edición fue tomado de la publicada en Buenos Aires, 1889, por la ‘Casa Editora, imprenta y encuadernación de J. Peuser’, debidamente cotejado con otras ediciones”. La mención al detalle del cotejo destaca la labor del cuidadoso editor.

Relmú, Reina de los Pinares completa la trilogía que el “insigne escritor argentino Estanislao Zeballos dedicó a la representación apasionada de un trozo de nuestra historia”. Relmú “[...] cierra con broche de oro este ciclo de relatos destinados a iluminar sectores desconocidos del pasado de la valerosa familia araucana”. El autor se interna “en los suntuosos panoramas de la cordillera [...] evoca en pocos rasgos paisajes encantadores y escenas costumbristas llenas de sugestión”. De esa manera “surge ante el lector una espléndida visión del reino misterioso de los Pinares, dominio de la poderosa nación pehuenche; sus ritos, sus hábitos y sus hombres”. Termina con este volumen las narraciones que “nos permitieron hollar territorios desconocidos, vislumbrar nuevos horizontes y adentrarnos en la vida de una civilización hoy injustamente olvidada”.

Weinberg repite el texto sobre el origen del material anterior fechándolo en 1887 y vuelve sobre el prólogo de Giusti calificándolo de “generoso e inteligente”.

En la retiración de tapa de Painé y Relmú aparecen como publicados una serie de títulos que muestran el vigor de la colección: *Memorias* de Mansilla, las *Tradiciones argentinas* de Obligado, el *Fragmento*

preliminar de Alberdi, los *Viajes* de Sarmiento, el *Teatro* de Julio Sánchez Gardel y Payró, una compilación sobre el sainete criollo, relatos de viajeros en las plumas de Parish, Beaumont y Falkner.

El frondoso repertorio había sido impreso en el primer semestre del año 1955.

En orden cronológico había salido en primer término, durante el mes de abril, de los talleres de impresión El Gráfico, el libro de Obligado titulado *Tradiciones Argentinas*.

El volumen está configurado en torno a una selección de textos realizada por Antonio Pagés Larraya³⁹ y lleva un estudio preliminar del mismo autor.

Weinberg explica en la solapa inicial las razones de la inclusión de las “tradiciones” en la colección:

La amplia e importante labor de Obligado referida al género de las tradiciones ha sido parcialmente recogida en una decena de volúmenes, todos ellos inencontrables hoy”. Agrega, echando sal en la herida de la memoria archivológica nacional: “ni aun las más importantes bibliotecas del país poseen colecciones completas de estos trabajos, inagotable venero de noticias y datos de apreciable valor humano y documental.

Aunque su interés al recuperar la obra es más amplio ya que “no es solo la curiosidad del erudito, el interés bibliográfico, los que recomiendan la atención de la vasta producción de Obligado”. Lo que auténticamente interesa es que “sus relatos, todos ellos referidos a acontecimientos de nuestra historia —pública o privada— constituyen

³⁹ En *Quién es quién en la Argentina* (1955), consignan lo siguiente sobre el autor: “Escritor. Profesor de Enseñanza Secundaria. Nacido en General Alvear Mendoza. 18-12-1918. Padres: Fernando Pagés y Dina Larraya. Esposa: Celia Beatriz Pierini. H: Beatriz Irene Rosa. Estudios: Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Bs.As., (1938-1943). Actuación: Ha sido técnico del Instituto de Literatura Argentina. Obtuvo por concursos la cátedra de literatura iberoamericana. Es profesor en el colegio Nacional de Bs. As. [...] *Vida de Tomas Godoy Cruz* (1938); *La iniciación intelectual de Mitre* (1943); *El poeta Antonio Consorti* (1943); *Prosas del Martín Fierro* (1952) [...]”.

una magnífica evocación de los tiempos idos: es el desfile ininterrumpido de los grandes y pequeños sucesos vistos desde un ángulo imprevisto; el recuerdo piadoso y emotivo de hombres y cosas injustamente olvidadas; opacas gestas de seres anónimos; barrocas y coloridas estampas virreinales; vibrantes cuadros de los tiempos conmovidos de la emancipación y organización del país. Hechos importantes o menudos, vistos siempre con una lente generosa, que logra transmitir ‘la emoción viva del ayer’”.

Pagés Larraya traza, en un estudio de cerca de ochenta páginas, la trayectoria biográfica de Obligado y reconstruye los antecedentes nacionales y extranjeros del género. Da cuenta de la selección bajo las siguientes categorías: paseos arqueológicos, sucesos menores, cuadros de costumbres, nombres y sucesos gloriosos, héroes olvidados, estampas virreinales y relatos de sabor novelesco. Como dato útil y muestra de erudición el origen de cada tradición está consignado al finalizar cada reproducción tomando los originales.

Weinberg destaca el trabajo de selección de Pagés y califica el estudio como “importante”. Ese volumen lleva ilustración de tapa corresponde a Paéz Torres, un rasgo de identidad de la colección.

En la retirada de tapa de este volumen se agregan entre los materiales anunciados en la colección los libros de Holmberg, titulados *Cuentos fantásticos* y *La aurora en Copacabana de Calderón de la Barca*. En la solapa son retirados los libros vinculados a relatos de viajeros.

El 20 de junio de 1955 sale de los talleres el libro titulado *Teatro* de Julio Sánchez Gardel. Lleva un estudio preliminar de Juan Carlos Ghiano⁴⁰

⁴⁰ No encontramos referencias en *Personalidades argentinas* (1948); ni en la publicación periódica de Kraft, *Quién es quién en la Argentina* en las ediciones de 1947, 1950, 1955. Recién en la de 1958 consignan: “Escritor. Profesor Universitario. Nacido: Nogoyá (Provincia de Entre Ríos). Padres: Juan Ghiano y Anuncia M. L. de Ghiano. Estudios: Instituto Nacional del Profesorado de Paraná. Actuación: Fue profesor en el Instituto Nacional del Profesorado de Catamarca (1943-1947); en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (1947-50). Primer premio de la SADE con su libro *Extraños huéspedes*. Faja de honor de la misma Sociedad por su *Constantes de la literatura argentina...Obras: Extraños huéspedes* (1947);

En la portada Weinberg reseña las cuatro obras de teatro seleccionadas (*Los mirasoles*, *Las campanas*, *La montaña de las brujas* y *Noche de Luna*) y anota:

demás de haber enriquecido Sánchez Gardel nuestro mapa literario, planteando siempre con sobriedad los argumentos, perfilando con fuerza los personajes, debe destacarse que estos, “tan caracterizados en lo pintoresco como en lo esencial, se expresan en diálogos de lenguaje simple y gráfico, a veces con sabrosa consistencia regional, sin recaer en vulgarismo afectados y regionalismos de pega.

El trabajo de Ghiano supera las cuarenta páginas y los textos están consignados en el estudio preliminar. La imagen de tapa es producida, nuevamente, por Paéz Torres.

En la retiración se repiten los materiales publicados y ya difundidos en entregas anteriores.

El 10 de septiembre sale de los talleres el libro *Fragmento preliminar al estudio del derecho* de Juan Bautista Alberdi (1955). El estudio preliminar fue realizado por Bernardo Canal Feijóo⁴¹.

Cervantes novelista (1948); *Temas y aptitudes* (1949), *Constantes de la literatura argentina* (1953) [...]” (p. 345). Cabe agregar a las obras la *Antología poética de Marechal* (1950).

⁴¹ *En Quién es quién en la Argentina* (1950) consignan: “Abogado (especialidad: Derecho Civil y comercial). Escritor. Nacido: Santiago del Estero, 23-7-1897. Padres: Enrique Canal Feijóo y Emilia Corvalán. Esp: Carlota Schreier Beltrán. H: Carlota Adriana y Norah Raquel. Estudios: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Bs.As. Actuación: abogado del Banco Hipotecario Nacional y del Banco Español del Río de la Plata, desde 1921. Fue presidente del Consejo de Educación de Santiago del Estero. Pertenece a la Sociedad Sarmiento, Centro de Estudios e Investigaciones Históricas y Agrupación Cultural La Brasa. Obtuvo el Primer Premio Municipal (1944) por *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón*, obra teatral. Ha sido presidente de la Comisión Organizadora del I Congreso Regional de Planificación Integral del Noroeste Argentino en Santiago del Estero (1946). Distinción: Oficial de la Legión de Honor. Obras: *Penúltimo poema de fútbol* (1924); *Dibujos en el suelo* (1926); *La Rueda de la Siesta* (1930); *Sol Alto* (1932); *Ñan* (1932); *Nivel de Historia* (1934); *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón* (1937); *Ensayo sobre la expresión popular artística en Santiago del Estero* (Premio de la Comisión Nacional de Cultura) (1937); *Mitos perdidos* (1938); *Los casos de Juan (el ciclo popular de la picardía criolla)* (1939); *La Rama ciega* (1942); *La expresión popular dramática* (1943); *Pasión y muerte de Silverio Leguizamón* (versión teatral) (1944); *De la estructura mediterránea argentina* (1948). Domicilio particular: Juncal 1775. Buenos Aires”.

En la solapa el director de la colección subraya el aporte del prologuista: “El destacado estudioso y fino escritor Bernardo Canal Feijóo, autor del denso ensayo que encabeza esta prolija reedición, dice, refiriéndose al libro, que se trata de una ‘pequeña obra fundamental en y para la historia de las doctrinas americanas’, ‘documento impar de la pasión y la inteligencia política de su siglo’”. Luego señala que el título conspira contra la difusión del material ya que “en cierto modo desorienta al lector no iniciado, quien cree a primera vista encontrarse frente a un ensayo juvenil de índole estrictamente jurídica, cuando se trata más bien de un trabajo que constituye un análisis agudo y un verdadero programa: se propone nada menos que ‘una filosofía para una nacionalidad’”. Luego agrega, a modo de remate: “Además, pueden advertirse allí en germen las grandes líneas del pensamiento alberdiano, que lo convirtieron pocas décadas después en el ‘Padre de la Constitución del 53’, y cuya gravitación sobre el desenvolvimiento político e institucional del país ha sido, directa o indirectamente, decisivo”.

Como en los casos anteriores se refiere al origen de la obra. El director anota: “El texto de esta edición fue tomado de la publicada en Buenos Aires, Imprenta de la Libertad, 1837, habiéndose modernizado su grafía”. Paéz Torre ilustra la tapa.

En la retirada de tapa se incluye un nuevo libro de Woodbine Hinchliff (1955), *Viaje al Plata en 1861*, traducido por José Luis Busaniche y prólogo de Rafael Arrieta.

En noviembre del año 1955 sale el primero de los tres tomos de viajes de Sarmiento. Se trata del que narra los trayectos que median De Valparaíso a París. El estudio preliminar está a cargo de Alberto Palcos, quien había participado junto a Weinberg en la Biblioteca Política Argentina y era el más destacado cultor de los estudios sarmientinos por ese entonces⁴².

⁴² En *Quién es quién en la Argentina* (1955) consignan: “Escritor, historiador. Profesor universitario. Nacido en San Carlos (Santa Fe). Padres: José Palcos y Clara Sulques. Esposa: Irma Morcillo Gigena. H: María Cristina y María Adela. Estudios: Facultad de Filosofía y Letras y C.M. de la Universidad de Buenos Aires. Actuación: profesor en

El origen del texto es la versión publicada en Santiago de Chile por la “imprenta de Julio Belin i Ca”, en 1849, bajo el título *Viajes en Europa, África i América*. Aclara que el *Diario de Gastos* reproduce la edición del “Museo Histórico Sarmiento”. La tapa la ilustra Paéz Torres.

En marzo de 1956 sale el libro *Teatro Completo* de Roberto Payró. Incluye las obras: *Canción trágica*, *Sobre las ruinas*, *Marco Severi*, *El triunfo de los otros*, *Vivir quiero conmigo*, *Fuego en el rastrojo*, *Mientraiga y Alegría*. El estudio sintético de veinte páginas está a cargo de Roberto Giusti. La solapa inicial está cedida a la pluma de Julio César Sáenz. Señalan que las piezas han sido tomadas de las mejores ediciones autorizadas. La portada vuelve a estar realizada por Paéz Torres.

En la retirada de tapa se repiten los títulos ya consolidados, sin anuncios de nuevas salidas.

Sin aviso previo sale en septiembre de 1956 el libro de Ricardo Rojas titulado *En la selva*. A modo de presentación se reproducen en las solapas los juicios contemporáneos a la salida del libro de Miguel Unamuno, Roberto Giusti, Alberto Tena y José López Pinillos. El director-editor reemplaza el estudio preliminar⁴³ por una nota inicial en la que anota que “el libro con el cual Ricardo Rojas inició la serie

el Colegio Nacional Mariano Moreno (1926-1932). Actualmente profesor de Teoría e Historia de las Ciencias en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata desde 1928; prof. de Psicología en el Colegio Nacional de dicha Universidad desde 1920. Ha sido director de la Biblioteca de la misma (1930-1946). Guardasellos de dicha Universidad (1945). Ha sido miembro de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares de la Provincia de Buenos Aires (1942-1943). Es director de la Biblioteca Grandes Escritores Argentinos, de Jackson W.M. In Editores, desde 1927. Presidente del Instituto Sarmiento de Sociología e Historia desde 1945 y miembro de numerosas instituciones de su especialidad en el país y en el extranjero. Obras: *El genio* (1920), *La vida emotiva* (1925), *La psicología en la Argentina* (traducida al inglés) (1925), *Sarmiento* (1929), *El Facundo* (1934), *La visión de Rivadavia* (1936), *El ideal panamericano de Sarmiento* (traducida al inglés) (1938), *Echeverría y la democracia argentina* (1941), *Fundamentos de la emoción* (1943), *Nuestra ciencia y Francisco Javier Muñiz* (1943), *Hechos y glorias del General San Martín* (1950). Domicilio particular: Echeverría 2913. Buenos Aires”.

⁴³ A diferencia del plan de obra que llevaba el director esta obra nace súbitamente, lo que no da lugar a un estudio meduloso como en los otros casos ni a consignar la autoría de la ilustración de tapa. Weinberg, ya en los 2000, y en el marco de la actualización de este proyecto pedirá el estudio a María Teresa Gramuglio.

de los suyos en prosa tiene ahora una historia de medio siglo”, con lo que la edición actúa de homenaje al escritor y a la misma obra. El señalamiento que el “texto definitivo, corregido y autorizado por su autor” marca un acuerdo de edición y no una simple recuperación. En ese instante, Rojas representaba el símbolo de los desplazados en el período anterior y dirigía la Convención del Partido Radical. Weinberg señala que el libro fue “consagrado por la crítica literaria como obra magistral de esa especie, gozó a la vez de una espontánea popularidad”. Da otras razones de esta edición. “Sus repetidas ediciones, la carencia actual de ejemplares en las librerías y bibliotecas, el sostenido interés con que se aguarda su publicación justifica este nuevo tiraje”. Luego entrega datos de la trayectoria de Rojas y la historia del nacimiento del libro. Por último, anota, en otro orden de cosas: “Con este libro valioso la colección *El Pasado Argentino* inicia una serie de ‘Testimonio de los grandes escritores contemporáneos’, donde se recogerán obras de levantado mérito artístico y que contribuyan a enriquecer nuestra historia y también nuestra geografía espiritual, como lo hace *El país de la selva*”.

En enero de 1957 sale impreso el libro de Tomás Falkner, titulado *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. La traducción y notas corresponden al trabajo realizado por Samuel Lafone Quevedo. El estudio preliminar lo realiza Salvador Canals Frau⁴⁴, quien corrige a Lafone y suprime su “noticia biográfica y bibliográfica”.

⁴⁴ En el *Quién es quién en la Argentina* (1955) dicen: “Antropólogo. Profesor Universitario. Nacido en las Islas Baleares (España) el 28 de mayo de 1893. Nacionalizado argentino en 1934. Estudios: Preparatorios en España y Francia, de especialización en la Universidad de Fráncfort del Maine (Alemania). Actuación: Fue profesor de Antropogeografía de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán, Profesor de Antropología y de Etnología y de Prehistoria y Arqueología en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. (1940-1946). Obras: entre otros trabajos se destaca *Las poblaciones indígenas de la Argentina* (1953). Domicilio particular: Nazarre 3455. Buenos Aires”.

La solapa de este volumen es cedida a la pluma del joven Hipólito Solari Yrigoyen⁴⁵, quien argumenta en sentido geoestratégico señalando que “Argentinizar la Patagonia es todavía una consigna. Aún no se conocen los valores y las posibilidades del extremo austral de la República. Por eso entraña un sentido patriótico, de categórica afirmación de la integridad nacional, todo esfuerzo que se haga para mostrar la Patagonia en sus múltiples aspectos”. Dice que “a ello tiende precisamente este libro que en el siglo xviii escribió el jesuita inglés Tomás Falkner” y agrega que su salida en inglés en 1874 coincide “con el propósito de despertar el interés por esas tierras ignotas de América en tiempos de pleno auge de la expansión colonialista anglosajona”. Ahora, en cambio, “aparece en una cuidadosa versión española como contribución efectiva para que los argentinos tengan un mejor conocimiento de su territorio”.

El texto ha sido tomado de la edición de la Universidad Nacional de La Plata, publicado en el año 1910. La ilustración de tapa, una vez más, está realizada por Paéz Torres.

En la retiración de tapa figuran como novedades los libros de Álvaro Barros que lleva el título *Fronteras y territorios federales de las Pampas del Sur*, con estudio de Álvaro Yunque y el libro de *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental (1826-1827)*, traducido por José Luis Busaniche y estudio preliminar de Sergio Bagú.

En noviembre del año 1957 sale el segundo de tres tomos de *Viajes de Sarmiento*. El estudio preliminar está a cargo de Norberto Rodríguez Bustamante.⁴⁶ La solapa inicial está cedida al profesor universitario platense Roy Bartholomew.⁴⁷ El origen de la pieza fue tomado

⁴⁵ Poco tiempo después, en el año 1959, la Editorial Hachette publica el libro *Así son las Malvinas*, del mismo autor.

⁴⁶ Por este tiempo se había vinculado a la CGE en las postrimerías del peronismo. Colaboró voluntariamente en la comisión investigadora Número 51 dedicada a la Subsecretaría de Prensa en el año 1955.

⁴⁷ Cursó estudios en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación donde fue alumno de Pedro Henríquez Ureña, quien lo distinguió como discípulo y orientó en la investigación y aspectos de la cultura hispanoamericana. Obtuvo una beca del Centro de Estudios Literarios y Filológicos de El Colegio de México.

de la publicada en Santiago de Chile por la Imprenta Belin i Ca, en 1849, bajo el título *Viajes En Europa, África i América*. Aclaran que el *Diario de Gastos* se reproduce de la edición del “Museo Histórico Sarmiento”. La tapa, una vez más, está a cargo de Paéz Torres.

Ese mismo mes sale *La escuadra anglo-francesa en el Paraná, 1846* de Lauchlan Mackinnon (1957), con estudio preliminar, traducción y notas de José Luis Busaniche⁴⁸. El trabajo de presentación orilla las veinte páginas. La solapa inicial es cedida por el director al historiador de origen radical Roberto Etchepareborda⁴⁹. A partir de este libro se inicia la colaboración de Busaniche con Gregorio Weinberg que concluirá con la recuperación y publicación de la inacabada *Historia Argentina* del santafecino por parte del editor.

El original inglés lleva como título *Steam Warfare in Parana: a narrative of operations by the combined squadrons of England and France in forcing a passage up that river*. Fue editado por Charles Ollier en Londres, en el año 1848. La ilustración de tapa corre por cuenta de Paéz Torres.

En septiembre del año 1958 sale el libro *Cosas de negros* de Vicente Rossi de los Talleres Gráficos de la Compañía Impresora Argentina. Las solapas inicial y final están a cargo del profesor Ricardo

⁴⁸ En el *Quién es quién en la Argentina* (1955) dicen: “Doctor en Derecho y Ciencias Sociales. Historiador. Profesor. Nacido en Santa Fe el 9 de diciembre de 1892. Estudios de Ciencias Sociales y Jurídicas en la Universidad del Litoral. Actuación: profesor de Historia Argentina e Historia del Arte en el Instituto nacional del Profesorado de Paraná (1930-1938), profesor en el Instituto Nacional del Profesorado Secundario de Buenos Aires (1941-1951), profesor adjunto de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires hasta 1950. Ha sido subsecretario de Instrucción Pública del Ministerio de Educación de la Provincia de Santa Fe, secretario general de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos (1939-1951). Obras: *Estanislao López* (1927) *Representación nacional en Santa Fe* (128-1829), *Rosas en la Historia de Santa Fe* (1929), *Santa Fe y el Uruguay* (1930), *Formación histórica del pacto federal* (1931), etcétera. Domicilio particular: Córdoba 2876. Olivos. Provincia de Buenos Aires”.

⁴⁹ En el *Quién es quién en la Argentina* (1958, p. 282) aparecen estas referencias sobre el autor: “Escritor. Periodista. Comerciante. Nacido Milán, Italia, 19-12-1923. Nacionalizado argentino. Padres: Carlos Emilio Etchepareborda y Clara Besana. Esposa: María Edith Fernández Bott. Estudios: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Bs.As. Liceé Janson de Saily de París (1933-1938)”.

Rodríguez Molas, orientado al estudio de las poblaciones negras en el Río de la Plata. El estudio preliminar y notas están a cargo de Horacio Jorge Becco⁵⁰. El título original del texto es *Cosas de negros. Los orígenes del tango y otros aportes al folklore rioplatense. Rectificaciones históricas*, publicado en 1926. El ejemplar fue corregido por el autor para esta segunda edición. Becco en su trabajo señala que la iniciativa de inclusión del texto en la colección es del director Weinberg ya que “se trata de una obra editada por un autor e impresor —destacado y casi desconocido ayuntamiento—, [que] llegó a circular en contados ejemplares, hasta perderse en leyenda de bibliófilos”.

En prensa aparecen anunciados los libros de Burgin sobre el federalismo argentino, el cancionero argentino curado por Becco, la correspondencia entre Rosas, Quiroga y López ordenada por Enrique Barba, la selección sobre *Drama Rural, Entraña de Buenos Aires* de Félix Lima, *Ráfagas* de Guido y Spano, *La muerte de Buenos Aires* de Gutiérrez, *Irresponsable* de Podestá, *La Conquista de la pampa* del comandante Prado y los *Estudios Biográficos* de Zinny. Por fuera de la colección está anunciado *Estampas del pasado. Lecturas de historia argentina*. Recopilación, notas y estudio preliminar de José Luis Busaniche. Estos anuncios refuerzan la idea de un nuevo vigor, aunque los datos de *stock* y ventas no resultaban favorables para el director-editor (Sorá, 2010).

En abril del año 1959 sale el tercer tomo de viajes de Sarmiento. El estudio preliminar está a cargo de Antonio de la Torre. La solapa inicial y posterior está completada por Alberto Girri. El origen de la pieza fue tomado de la publicada en Santiago de Chile por la Imprenta Berlin i Ca, en 1851, bajo el título *Viajes en Europa, África i América*. Aclaran

⁵⁰ En el *Quién es quién en la Argentina* (1955) señalan: “Escritor. Actuación: Estudia y vulgariza la literatura en general y particularmente la Argentina, así como la influencia del tipo negro en el folklore americano. Obras: *Huelen*, *El valle de la luna azul*, *Paisano en el tiempo*, *Límite de siete hijos*, *Poetas libre de la España peregrina en América*, *Diez poetas jóvenes*, y *Poesía moderna argentina* (en colaboración con Osvaldo Svanascini), *El tema del negro en catos, bailes y villancicos de los siglos XVI y XVII*, *Donde Segundo Sombra y su vocabulario* (1952), *Legicografía religiosa de los afroamericanos* (1952), *Campoemas* (1953). Domicilio particular: Rivadavia 4319. Buenos Aires”.

que el *Diario de Gastos* se reproduce de la edición del “Museo Histórico Sarmiento”. La tapa, una vez más, está a cargo de Paéz Torres.

En julio de 1959 sale a la luz el libro titulado *El drama rural*, una selección, estudio preliminar y notas de Luis Ordaz. Contiene textos de los dramaturgos Florencio Sánchez, José de Maturana, Rodolfo González Pachco, Alberto Weisbacha, Alejandro Berruti, Bernardo González Arrili y Enzo Aloisi sobre la problemática. La solapa fue cedida a Omar del Carlo.

El 30 de noviembre sale una obra muy significativa en este conjunto. Se trata de *Estampas del pasado. Lecturas de Historia Argentina* de José Luis Busaniche (Chávez, 1964; Devoto y Pagano, 2009). Publicada casi veinte años antes con el título *Lecturas de Historia Argentina. Relatos de contemporáneos 1527-1870*, la obra estaba totalmente agotada.

El volumen tiene tres diferencias significativas en relación con las entregas anteriores y una nota trágica. Esta última da cuenta del fallecimiento de Busaniche en el momento en que estaba en preparación la obra, lo “que dejó la responsabilidad de darle término” en las espaldas del director. Por otra parte, lleva una advertencia para esta edición del autor, la solapa inicial y de cierre está firmada por el director de la colección, Gregorio Weinberg, y el volumen figura como fuera de ella, aunque al interior del texto hayan consignado los créditos “Colección El Pasado Argentino, dirigida por Gregorio Weinberg”.

En la Advertencia, Busaniche contaba las primeras dificultades que tuvo el material a su salida en 1938 por la confusión que arrasaba la inclusión de la palabra *Lecturas* en el título entre el público local. Resuelto el tema por la crítica y los libreros la obra se agotó. En la salida por Hachette, explica, el autor para evitar todo equívoco opta por llamar a la obra *Estampas del pasado*. Aclara también que no es una simple reedición: se han renovado una buena porción del material y algunas secciones han sido ampliadas, trayendo los temas y materias, cronológicamente, hasta 1910. Destaca que la editorial quiso ilustrar largamente la edición, “haciendo también, sin proponérselo, una pequeña historia gráfica de la República”. Agradece a Roberto

Etchepareborda las imágenes del Archivo General de la Nación “al que pertenecen no pocas de sus más sugestivas ilustraciones”.

En la nota de aviso del fallecimiento, Weinberg califica a Busaniche como “distinguido amigo” y “distinguido historiador”. En las solapas señala:

El autor, historiador eminente y probo, escritor de garra, sentidor del país en sus entrañas más vivas, se propuso con esta obra contribuir —en vísperas del sesquicentenario de la Revolución de Mayo— al esclarecimiento del ayer abrazándolo en todas sus vertientes. Trabajó con el fervor y la seriedad con que él sabía hacerlo, para facilitar a través de estas Estampas del pasado una visión cabal de todas las dimensiones de la Argentina: un hondo y moroso redescubrimiento del paisaje y el hombre. Queda de esta manera singularmente enriquecida la imagen histórica con las humanísimas estampas del campo y la ciudad, de las fiestas y los transportes, la vida de indios y gauchos, vivienda y alimentación, cuadros y costumbres, sucesos de nuestra emancipación política, episodios de la guerra civil, de la época de Rosas, las luchas cívicas por el poder representativo, figuras y acontecimientos.

Luego señala una nota particular de la obra:

Las páginas que integran la obra —todas “relatos de contemporáneos”— pueden considerarse un corte vertical del país, que abarca casi cuatro siglos de historia, para cuya mejor iluminación se han incorporado centenares de ilustraciones que van desde los ingenuos grabados del siglo XVI a las deliciosas fotografías de principios de esta centuria.

Por último, vuelve sobre la figura del historiador:

Busaniche, auténtico intelectual, puso toda su devoción y toda su sabiduría en la tarea; quienes trabajamos a su lado podemos atestiguar su empeño y espíritu de autocrítica. Sus resultados los apreciará el lector que, cualquiera sea su grado de preparación o curiosidad, ha-

llará aquí, a través de un mensaje patriótico en el mejor sentido de la palabra, un puente tendido hacia el ayer. Todo esto para perfilar con claridad y fuerza creciente una viva tradición, una dimensión esperanzada.

El volumen, de 904 páginas, con fotografías, dibujos y documentos, salió en dos formatos: encuadernado en tela con rótulos de oro y sobrecubierta ilustrada en colores o encuadernado a la rústica con la tapa ilustrada en colores. La tapa no responde a la identidad de la serie. Se trata de una imagen de una reja de una ventana colonial.

En noviembre de 1960 sale un nuevo volumen de Zeballos. El estudio preliminar está a cargo de Andrés Allende⁵¹ con una extensión de doce carillas.

El editor reseña que el título original empleado fue *Descripción amena de la República Argentina*. Tomo I. *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires, Imprenta de Jacobo Peuser Editor, 1881. La ilustración de tapa fue realizada por Horacio Alvarez Boero.

Como continuidad de la colección el director anuncia que se encuentran en prensa títulos de Andrade, Arlt, Azara, Busaniche, del Campo, Elflein, Gálvez, Guido y Spano, Gutiérrez, Hudson, Lima, Mansilla, Mármol, Mercante, etcétera

Es en esa coyuntura que se entrega la distinción del Ministerio de Educación a la casa Editorial Hachette y en particular a la Colección El Pasado Argentino.

Notas sobre la colección

El proyecto editorial de la colección El Pasado Argentino tiende a constituirse en una biblioteca de consulta para el especialista y en un elemento de distinción en un hogar de clase media urbana.

⁵¹ Historiador. Se desempeña como profesor universitario e integró la Academia Nacional de la Historia.

A la vez significa para nuestro autor un programa de trabajo, que se va desplegando, por un lado, anticipando títulos, y, por otro, consolidando un repertorio amplio y plural. Weinberg toma contacto con los autores, conversa con ellos, les hace propuestas. En algunos casos identifica quienes están próximos a las temáticas que le interesa impulsar. También acerca a algunos a cuestiones que busca privilegiar en el catálogo.

En su ambición de abarcarlo todo, la colección alberga géneros distintos. Incluye temáticas consideradas “marginales” o que no han tenido tratamiento. Bordea los temas del folklore, el lunfardo, etcétera, convocando distintas colaboraciones.

Trabaja sobre distintas épocas. Si bien parece predominar el siglo xix con el peso de los clásicos del liberalismo, los viajeros y los materiales de trabajo sobre la “frontera”, no están vedadas otras cuestiones que se internan al siglo xx con notas y ensayos relacionados con las costumbres representadas en el teatro y la literatura.

La perspectiva de diálogo de Weinberg es amplia y plural. Tiene su red de sociabilidad y amistades intelectuales. Pero ello no le impide convocar a figuras que vienen de otras experiencias. De esa manera incluye diversidad de ideas y posiciones. Reconoce la existencia de diversas tradiciones de pensamiento y registros en la cultura argentina. La pluralidad de ideas busca sostenerse en un haz variado de colaboraciones y presentaciones. Así desfilan muchos de sus amigos de la sociabilidad liberal progresista, ampliándose hacia figuras que habían tenido simpatías con el peronismo, como con algunas figuras del nacionalismo.

Los abordajes propuestos a través de los volúmenes de la colección contribuyen a la construcción de un panorama completo de las diferentes dimensiones del pasado. En ese haz no ingresa la historia política, si se quiere, la más cultivada en el ámbito de la Academia Nacional de la Historia, de la que nunca formará parte.

Weinberg no recupera los “clásicos” de la historia política como podrían ser los diversos trabajos realizados por Adolfo Saldías, por dar un ejemplo. Da lugar a los proyectos vinculados a la nueva

historia económica y social con la inclusión de diversos títulos. Es allí donde se deja ver la huella de los aires renovadores de la nueva historia, de la historia social con sus múltiples abordajes y objetos, así como con su recuperación de la vida común.

Weinberg dialoga con diversas Bibliotecas de las que integra títulos, pero a la vez va descubriendo figuras, temáticas y materiales que habían quedado en el desván de los recuerdos.

Dialoga con distintas temporalidades y estructuras. En las presentaciones Weinberg habla de una “enriquecida mirada de la patria vieja y la Argentina nueva”.

Para el editor los materiales deben ser impresos, estar de alguna manera clasificados y presentados a la vez que ubicados en colecciones o series. Eso se debe a una serie de razones que orientan su tarea. En primer término, porque resultan clave para conocer territorios y culturas de la Argentina, deben ayudar a comprender el país en su unidad y diversidad. Otros motivos de peso: son difíciles, no están a la mano, resultan inencontrables. Un motivo sentimental a la vez que interpretativo: han sido injustamente olvidados. Para Weinberg tienen su valor y deben ser puestos a disposición de un público amplio. Es necesario que nuevos sectores los conozcan. Eso hace a la riqueza y diversidad cultural del país. Esas son sus convicciones fundamentales, sus ideas fuerza a la hora de encarar el diseño de los materiales que integran una colección que crece de manera aluvional.

La inscripción argentinista se trasluce en las tapas a dos colores (azul y blanco) que se reclina, en este caso, en una perspectiva que toma distancia del celeste liberal. La colección se realiza con el simbolismo del “pasado argentino” expresado en los colores de su bandera. Esto le da identidad a la serie y marca uno de los elementos para diferenciar los títulos de la colección. Así fue durante décadas, independientemente del cambio de sello editorial.

Weinberg incluye un diálogo de otro tipo. Busca un contacto intergeneracional. Para dar mayor lugar y relevancia al sistema de relaciones, avanzada la colección, el director cede las solapas para la

escritura de jóvenes escritores como Hipólito Solari Yrigoyen, Roy Bartholomew o Alberto Girri.

Todos los volúmenes llevan un detalle artístico: las tapas impresas a dos colores ilustradas con viñetas de los dibujantes Armando Paéz Torres y Horacio Alvarez Boero.

La encuadernación a la rústica.

Las mujeres colaboradoras son escasísimas.

El programa intelectual

El incansable Weinberg dejaba rodar su intelecto e imaginación. Para 1960, después de publicar más de cincuenta volúmenes en la colección, seguía proyectando nuevas obras.

El plan de obra de la colección se confundía con sus intereses y su propio programa intelectual. Actuaba como organizador cultural, sin buscar un protagonismo, ni colocarse en el centro de la enunciación. Si se quiere, hablaba a través de las diversas modalidades que ponía en juego. Ese juego de tradiciones, temas, objetos, es lo que otorgaba valor y riqueza al emprendimiento cultural. Quizá en ello resida su perdurabilidad, su estancia en el recuerdo, su capacidad de convocar a los más variados modos de comprender la Argentina, a participar del juego y a dialogar con los materiales que se ponían en la superficie.

Por ese tiempo, seguía anunciando la salida de materiales, quizá nacidos en el territorio de la política, pero que entregaban elementos para la reconstrucción de períodos o épocas. Los pensaba prologados por estudiosos de otras generaciones: Olegario Andrade presentado por Dardo Cúneo y las *Reminiscencias históricas* de Benjamín Villafañe con un estudio preliminar de Tulio Halperin Donghi.

Seguía recuperando obras de “clásicos” del siglo xix con estudios críticos e incluyendo materiales que escapaban al “canon” y a la difusión escolar: del Campo, Guido y Spano, Lucio Vicente López, Mármol.

También seguía la reproducción de notas de viajeros como Miers y Musters.

Había lugar para novedades de época: *La evolución de la industria argentina* de Adolfo Dorfman y *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina* de James Scobie.

En el horizonte aparecía un aporte fundamental: la trunca *Historia Argentina* de José Luis Busaniche.

Weinberg en la historiografía

Las producciones de la colección de Weinberg gozaron en la crítica contemporánea de una buena recepción.

Quizá la más notable resulte la benevolencia originada en la vertiente revisionista. Así se deja ver en los comentarios de Soler Cañas desde el semanario de orientación nacionalista *Mayoría*, que no deja de saludar la salida de los volúmenes de la colección. Aun así, por ese mismo tiempo en el apéndice bibliográfico a Jauretche (1959), un historiador revisionista como Alberto Mondragón ignoraba la existencia de la producción orientada por Weinberg, y autores de grueso calibre para la temática de su interés no son incorporados en el comentario. En la segunda edición de ese mismo libro (1970) el apéndice bibliográfico tomado por Norberto D'Atri aborda a Weinberg al tratar sobre la "honestidad intelectual" de Busaniche y remarcar que "gracias a la correcta e idónea intervención de Gregorio Weinberg, director de la colección *El Pasado Argentino* de la editorial Hachette, en 1965 apareció la *Historia Argentina* que abarca desde el descubrimiento del Río de la Plata hasta la presidencia de Mitre". Al hablar de la "eclosión revisionista" posterior a 1955 el autor incluye las obras de Burgin y Scobie (y aclara que no son revisionistas, pero que sus argumentos van en la misma orientación) siendo parte de la colección dirigida por Weinberg. Poco después, Miguel Scenna, ubicado en esa corriente, en una serie de notas en la revista *Todo es Historia* que fueran reunidas y completadas en un significativo volumen,

extrañamente no incluye a Weinberg en su tratamiento. Quizá ello obedezca a su no inclusión en la Academia Nacional de la Historia, a no haber protagonizado sonadas polémicas ni acompañado los movimientos de alza del revisionismo al calor de la política de esos años. Galasso (1966) no lo considera partícipe de ninguna de las corrientes de la “larga marcha de los argentinos”.

Devoto y Pagano (2009) consideran a Weinberg como “autodidacta de amplios intereses intelectuales y cuyo aporte a la historiografía argentina, importante en muchos terrenos, lo fue aún más en su papel de organizador cultural y editor de algunas de las mayores y mejores colecciones de libros”. Al considerar su trabajo señalan que “[...] la propia obra historiográfica de Gregorio Weinberg fue, en cambio, más fragmentaria, ante todo porque sus intereses iban mucho más allá de la misma (de la filosofía a las ciencias de la educación) y su erudición extensísima sobre temas y problemas del pasado era aplicada a territorios demasiado vastos”. En cuanto a su orientación indican que

Siempre exhibía un juicio ponderado y una información abundante...exhibió la voluntad de complementar un enfoque de historia de las ideas con la atención a los contextos sociales y políticos y, una vocación de ir más allá de los clásicos que le eran tan congeniales, a comenzar por Sarmiento y Juan María Gutiérrez, en la búsqueda de rescatar figuras heterodoxas, como el mismo Fragueiro (p. 363).

La particularidad y características de sus intervenciones, siempre eruditas y lejanas al simplismo, a las contradicciones insalvables y a las confrontaciones excluyentes lo colocan en un lugar difícil para las clasificaciones.

Entre los historiadores argentinos, a partir de los datos y los elementos de juicio que nos otorga la reconstrucción de la colección que dirigió en Hachette, conocemos su cercanía y admiración con José Luis Busaniche. Con él hizo las veces de editor y rescatista, al publicar material agotado y dar a luz la magna obra *Historia Argentina* en el año 1965, ya con otro sello. Hay entre ambos unas notas

comunes que podemos consignar: la honestidad intelectual, un liberalismo tolerante y abierto, la erudición y sed insaciable de conocimientos, un profundo cariño por el país y una apertura dialogante con lo universal.

Al hacer este recorrido nos vemos tentados de colocarlo en un programa intelectual tendiente a una democracia abierta al diálogo y al intercambio; a la búsqueda de síntesis superadoras; en el camino de la integración y de la convivencia de tradiciones. Fue en su campo quien buscó esos horizontes, generando un escenario amplio de encuentro de géneros, memorias, culturas. Sabemos que esas notas no son las que tiñeron la cultura intelectual argentina en esas décadas.

En el momento de mayor apertura pudo verse identificado con los planteos de la intransigencia radical y su ideal político de integración de tradiciones, coincidiendo con el otorgamiento del Premio Casavalle y su inserción en el Centro de Documentación Internacional acordado entre el gobierno nacional y la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [Unesco].

Humanista en un tiempo cruel, estuvo lejos de los gobiernos militares del 66 y del 76. Sus convicciones racionalistas e ilustradas lo alejaban de las formas autoritarias y violentas. Vio con esperanza los pasos dados por la transición democrática liderada por Alfonsín.

Entre las tradiciones “liberal-republicana” y “nacional-popular” le tocó transitar la existencia estando más cerca de uno de los polos en tensión, por formación cultural, por afinidades electivas, por relaciones y redes de afecto.

Esa cercanía e identificación no lo llevaron a idealizaciones del pasado ni al exceso sectario o vengativo en los tormentosos momentos políticos que vivió el país. No pueden afirmarse idénticas cualidades para algunos de sus compañeros de aventuras intelectuales.

Esa ubicación, más de índole cultural o filosófica, no le impidió convocar a figuras de las antípodas o establecer diálogos y colaboraciones con personalidades de otras tradiciones intelectuales.

Consideraciones finales

En el año 1960, al recibir el reconocimiento del Estado argentino, Weinberg realizaba una mirada retrospectiva que es conveniente traer a esta narración como autoconciencia del proceso editorial.

Por un lado, traía a cuenta del lector los propósitos a modo de enunciación para el contraste con el plan de obras ya realizado:

Esta Biblioteca fue concebida con un propósito tan simple como elevado: brindar —a través de obras de géneros diversos, épocas distintas, y autores de ideas muchas veces encontradas— un panorama completo de todas las dimensiones del pasado, subrayando la importancia de ciertos temas o la vigencia de determinados nombres, mas rescatando a otros del olvido, para dar así una enriquecida imagen de la patria vieja y la Argentina nueva. Porque cualquiera pueda ser el valor de nuestra producción intelectual desde un punto de vista universal y comparativo, para nosotros lo tiene mucho, y es de innegable influencia y alcances, puesto que perdura y nos transmite tradiciones, ideas, antecedentes, costumbres, inquietudes, intuiciones, de notable repercusión afectiva e ideológica.

Por otro lado, remarcaba el criterio plural y abierto de la convocatoria de autores y miradas:

La empresa ha sido encarada con sentido moderno, dejando de lado valoraciones prejuiciosas o discriminaciones sectarias. Solo con esta amplitud —a cuyo servicio hemos puesto un redoblado espíritu crítico— puede lograrse un interesante y útil conjunto de libros que den presencia a ese pasado, estructuren sus más diversos elementos de manera orgánica, ensamblando asuntos dispares y significativos; solo así puede obtenerse una imagen de la tradición mucho más rica y sugestiva de lo que pudiera parecer.

Ponía un prisma holístico a la colección:

Cada uno de los tomos tiene —por razones que el lector advertirá en seguida— su importancia intrínseca; mas su valor se ve acrecentado muy sensiblemente por el conjunto, pues se iluminan sectores desde ángulos distintos y géneros ha que embellecen el todo.

Aclara:

El Pasado Argentino, como Biblioteca y como programa, revela el complejo espectro del país, coloreando sus dimensiones espirituales y materiales. Su aportación esencial es la de ofrecer los elementos indispensables para que se perfile con nitidez un mapa pluridimensional que brinde al hombre argentino una imagen fiel —aunque por vital algún momento pueda parecer contradictoria— del quehacer nacional.

Por último, un deseo:

Aspiramos a que los libros de tapas azules y blancas que por decenas de miles están incorporados a los hogares de pobladores urbanos y rurales, y por centenas alegran los anaqueles de bibliotecas y librerías, sea substancialmente un elemento para formar e informar las pasadas y las nuevas generaciones en el entrañable conocimiento de la Argentina (Catálogo Colección El Pasado Argentino, 1960, pp. 2-3).

Al hablar de los autores abunda sobre los elementos distintivos de la colección:

Un somero análisis de las decenas de títulos publicados y los numerosos en prensa y preparación que registra este catálogo indica que la idea orientadora de la Biblioteca no es simple; tampoco acata los lugares comunes admitidos. La imagen auténtica y dinámica del país la dan sus historiadores y comediógrafos, cronistas y poetas, políticos y estadistas, viajes y polemistas, pensadores y pintores, naturalistas y sentidores. Todos los aportes y géneros contribuyen de este modo, de una u otra manera, a perfilar su carácter. Entendemos, pues, que no hay —en abstracto— géneros nobles y géneros innobles; hay mucho más verdad y belleza en un sainete que rezuma au-

tenticidad que en la elaboradísima comedia sofisticada y mundana por más pretensiones literarias que tenga; hay mensaje humano en las páginas de oscuras crónicas de la conquista del desierto —aunque por momentos parezcan reñidas con las normas de la gramática académica— y en cambio puede no haberlo en la retórica interpretación de un problema por más citas que la apuntalen. El país no es solo el interior; más tampoco lo monopoliza Buenos Aires. Lo conforman espigas y chimeneas, nietos de criollos y nietos de inmigrantes; horneros y exploradores; postergaciones y esperanzas; planos y poemas; luciérnagas y usinas. Lo expresan el artista de ímpetu metafísico y el anónimo artesano”. Agrega: “La selección de autores se ha hecho, por tanto, con espíritu nada convencional. Registra el catálogo los admitidos por la crítica y vigentes para el consenso público (Sarmiento, Mitre, Payró, Mansilla); otros postergados por razones inexplicables (Estanislao Zeballos); los subestimados prejuiciosamente (Eduardo Gutiérrez); los testimonios regionales de proyección nacional (Martiniano Leguizamón, Ricardo Rojas); los olvidados por la historiadores y ensayistas (Álvaro Barros); los desconocidos en nuestro idioma (Beaumont, Burgin, Mackinnon, Woodbine Hinchliff); los oscurecidos por los años (Ada María Elflein, Víctor Mercante); los vitales (Roberto Arlt); los tradicionalistas cordiales (Pastor Obligado); los singulares (Vicente Rossi); los precursores de géneros que solo hoy están de moda (Eduardo L. Holmberg); también están las monografías reveladoras y constructivas (Horacio Giberti); las recopilaciones de ejemplar valor metodológico (Cancionero Tradicional Argentino).

Motivo de orgullo y audacia subraya que “se ha dado dignidad de libro, por primera vez en nuestra historia literaria, a una selección de sainetes, con lo que se cree hacer una aportación al conocimiento de un momento de la evolución social, lingüística y costumbrista”. Augura una continuidad signada por “la misma compleja generosidad se proyectan los libros venideros, facetas todas de un prisma interminable, móvil y coloreado”.

En ese catálogo anotaba los rasgos que consideraba centrales de los más de cincuenta títulos publicados hasta el momento. Con un

trabajo acumulado y a la vista se afirmaba en el ámbito y proyectaba nuevos retos.

Su perspectiva amplia en cuanto a temáticas y autores podía ser interpretada como signo de una época que había buscado a tientas cierta recomposición del desgarrado campo intelectual argentino como consecuencia del quiebre político y social significado por la irrupción del peronismo en el año 1945 y las fisuras y distancias profundizadas en el año 1955.

Esos propósitos coincidían con la mirada que tenía para ese momento quien oficiaba de director de Cultura del gobierno de Frondizi y de quien dependía la convocatoria al premio, así como las Ediciones Culturales Argentinas.

Blas González se proponía en su gestión integrar a figuras de origen peronista en una configuración más amplia y variada. Así Soler Cañas, Murray, Chávez y otros colaborarían de distinto modo en las colecciones de las Ediciones Culturales y en sus títulos se daría lugar a la recuperación de figuras de ese mismo pasado como Zía, Rega Molina, Cané y otros.

Se trataba, al calor de lo predicado por el gobierno desarrollista, de integrar y desarrollar. Weinberg había creído en ese propósito y su práctica caminaba en esa dirección. El máximo nivel de integración se daría, en el período inmediato posterior con la recuperación de las memorias de Gálvez, paradigma del escritor nacionalista católico, con el que iba completando el mapa de referencias culturales de una Argentina crecientemente fragmentada.

Otro protagonista de estos afanes era un diario que había nacido en la coyuntura de 1945, había tenido distintos posicionamientos y en el gobierno de Frondizi tendía a simpatizar y adherir a sus políticas. Nos referimos a *Clarín*. Mediante un suplemento literario organizaba para el año 1960 un importante concurso de poesía para honrar al país en su 150 aniversario. En él se daba amplia difusión a las obras que del catálogo de Hachette se publicaban. Y en ese espacio la

editorial consideró conveniente dar a publicidad la distinción obtenida con el Premio Casavalle.⁵²

⁵² *Clarín* en la Sección Literaria del 8 de diciembre de 1960, dice: “El Jurado Asesor del Certamen de Editoriales organizado por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación y Justicia en su disposición 325 del 14 de septiembre de 1960 ha otorgado el premio “Carlos Casavalle” 1959 que se concede anualmente al ‘Sello editorial que más haya contribuido a la difusión de la cultura nacional’ a la colección *El Pasado Argentino* dirigida por Gregorio Weinberg y editada por la Librería Hachette. Esta distinción oficial señala una perseverante labor demostrada con la edición de cuarenta títulos que han llegado a muchos millares de lectores y dieron proyección continental a nuestra cultura”.

Traducir la nación

Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino

Gustavo Sorá*

*« Je vois là pour ma part une preuve de l'attention
avec laquelle les autorités argentines suivent vos
efforts et la reconnaissance par ces memes autorités
qu'une maison telle que la votre ne se limite pas
à la diffusion de la culture française mais participe de
la façon la plus active a la vie culturelle du
pays dont nous sommes les hôtes»¹*

(Carta del Agregado cultural de la embajada de Francia
a Palasí, gerente de la sucursal Hachette,
13 de octubre de 1960).

* Versión corregida y actualizada para este volumen a partir de la publicación original: Gustavo Sorá (2010). "Traducir la nación. Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino", en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina* (E.I.A.L.). Vol. 21, N° 1.

** Instituto de Antropología de Córdoba - CONICET / Universidad Nacional de Córdoba.

¹ "Percibo una prueba de la atención con que las autoridades argentinas siguen sus esfuerzos y el reconocimiento de esas mismas autoridades a una casa como la vuestra, que no se limita a la difusión de la cultura francesa, sino que participa de modo activo a la vida cultural del país que nos acoge". Los documentos relativos a la empresa Hachette fueron consultados en el *Fonds Hachette* (unidades S2/B5/C30/ HAC; S2/B6/C7/ HAC), depositado en los archivos del *Institut Mémoire de l'Édition Contemporaine*, Abbayé d'Ardenne, Caen, Francia, 2006. Todas las traducciones son mías.

Francis Bacon y Domingo Faustino Sarmiento, Voltaire y Lucio Victorio Mansilla, Franz Boas y José Busaniche, Marcel Mauss y José Carlos Chiaramonte. Esta clase de combinaciones se imbricaban en las ideas y en los libros editados por Gregorio Weinberg (1919-2006). A lo largo de la segunda mitad del siglo xxi, tradujo y publicó decenas de textos que se ordenan en tres grupos. En primer lugar, una “biblioteca” de textos representativos del racionalismo occidental. Luego, un canon de obras sobre su país. Finalmente, una colección dedicada a América Latina. El primer conjunto fue reunido a mediados de los años cuarenta en la colección *Tratados Fundamentales* de la editorial Lautaro. El segundo, en la colección *El Pasado Argentino*, que desde inicios de la década siguiente promovió a través de la editorial Hachette primero, Solar después (cuando la colección fue rebautizada como *Dimensión Argentina*) y Taurus en sus últimos años de vida, ya entrado el presente siglo (bajo el nombre de *Nueva Dimensión Argentina*). El tercero, en la colección *Dimensión Americana*, que se editó durante la década del sesenta por Solar. No son tres emprendimientos escindibles. En esas colecciones de libros, patrimonio insoslayable de la cultura intelectual, no apenas nacional y células identitarias de la vida de Weinberg, el sustrato de “lo universal” fue el suelo fértil donde exhumar ideas para el incesante deber de pensar el país, una y otra vez. Pero como exponente de un linaje reformista al que debe asociarse su vocación y misión, pensaba que Argentina solo se comprende como variación de “una cultura americana”. Más allá del desfasaje temporal, de la disímil envergadura y reconocimiento de cada colección, todo el ciclo (de la vida misma de Weinberg como editor) compuso un movimiento de argentinización (o americanización) de lo universal y de universalización de lo nacional (o lo americano). Mi trabajo busca articular tales dimensiones o, mejor dicho, restablecer las huellas históricas de una relación que el nacionalismo metodológico siempre tenderá a separar. Propongo así un objeto dinámico para comprender una de las apuestas posibles que en la historia cultural argentina compitieron por la reformulación del pensamiento nacional con elementos modelares de una cultura

universal. En los estudios sobre cánones del pensamiento argentino la relación que ilumino funciona como denegación, síntoma crítico que exige esclarecimiento.

Fundamentos internacionales de las culturas nacionales

La nación repele elementos foráneos. Al cumplir con su deber de seleccionar obras y textos representativos del genio de un pueblo, las historias de la literatura y de las ideas son artefactos claves para la arbitraria separación de lo nacional y lo extranjero. Se refinan las teorías culturales sin que se altere el *a priori* de clasificar hechos por naciones que pueden ser comparadas, pero no relacionadas y observadas en comunes procesos histórico-sociales en los que se expresan mutuos condicionamientos e interdependencias. En sentido inverso, las teorías de la globalización y la boga de los estudios transnacionales, al considerar a la nación como una categoría histórica perimida o debilitada, tienden a negarla y a generalizar procesos socioculturales que trascienden a las culturas singulares. La relación entre pensamiento nacional y universal no es evidente a la luz de los esquemas tradicionales de la historia literaria e intelectual (las cuales, como se dijo, exaltan lo particular) ni de la filosofía (que menosprecian lo singular y solo focalizan las ideas que la doxa académica trata como trascendentes). Sin embargo, toda cultura se hace, en los hechos, con elementos no exclusivos, con materiales (ideas, costumbres, actitudes, patrones, técnicas) que en algún grado son foráneos o compartidos con otras culturas.²

En sentido histórico, las relaciones internacionales que moldean una cultura nacional (dimensión esencial para cualquier estudio cultural y social de la traducción; de allí el título del capítulo),

² Posiblemente coincidiríamos con Gregorio Weinberg en que fue Franz Boas quien a fines del siglo xix postuló estas premisas para la teoría de la cultura y que fue Marcel Mauss quien las tradujo al mundo contemporáneo en su célebre artículo sobre *La nation*, de 1925.

observan dos tiempos o procesos. En primer lugar, dichas relaciones son evidentes, notorias, explícitas en los albores de una nación: por ejemplo, el carácter modelar de la emancipación norteamericana, de la Revolución francesa, de las guerras napoleónicas para la independencia de los países latinoamericanos. En segundo lugar, las relaciones internacionales presentes en la diferenciación de una nación pasan a ser sublimadas y denegadas al afianzarse el poder del Estado para cohesionar simbólicamente a los ciudadanos cobijados en el territorio que resguarda. El sistema de educación (no por nada el tema más sensible en las preocupaciones académicas de Don Gregorio) es el motor para insuflar sentimientos de pertenencia nacional. Bajo las lógicas prácticas del nacionalismo, las particularidades de un pueblo se representan como la emanación de un alma colectiva, de un genio, de un carácter y un estilo que “no deben nada a nadie” que no comparta un mismo origen. Se forja así una actitud exclusivista.

La observación sociológica de los fenómenos que aquí vinculo no puede eludir la dimensión relacional, estructural, invariante a la que me refiero: una nación se legitima en relación a otras. El poder simbólico de una nación se constituye a partir de su posición relativa frente a otras culturas del mismo tipo, otras naciones; no cualquier nación sino las efectivamente activas como opuestas-complementarias. Las exposiciones universales del siglo xix fueron teatros donde esa dinámica estructurante afloraba. En esos rituales, los estados nacionales dominantes manifestaban su poder de “irradiación cultural”, distribuían patrones de civilidad a escala planetaria e incitaban a competencias regulares por la supremacía cultural, motor del progreso. Estados nacionales en tren de consolidación, dominados, como algunos países de América Latina, hacían ingentes esfuerzos para exhibirse en las exposiciones universales; vitrinas para dar a conocer sus productos como evidencias del deseo de metabolizar los banquetes de la civilización, de la modernidad. Las exhibiciones metamorfosaron la belicosidad inherente a los tiempos de emancipación de los estados-nacionales en batallas

simbólicas cuyo fin era la imposición de patrones de universalidad nacionalmente fundados.³

En la cultura letrada, ese proceso de competición-legitimación se forjó en la tensión entre fuerzas de universalización y particularización, a través de ciertos géneros de escritura como la filosofía, la literatura, las ciencias humanas y sociales. La traducción devino un hecho inexorable tanto para la expansión internacional de una cultura como para la apropiación de modelos generales y eficaces de pensamiento para diferenciar ideas propias, de un origen nacional reconocible.

Este capítulo indaga una manifestación argentina de ese proceso general. Para ello se integra la génesis de una de las colecciones de libros más determinantes en la imposición de un canon del pensamiento argentino en la segunda mitad del siglo xx, con aquellos elementos foráneos que, bajo la forma de obras de pensamiento universal para traducir o estructuras editoriales extranjeras, aparecieron entre sus condiciones de posibilidad. Para ello es necesario observar los textos como libros, los autores como agentes y la escritura como práctica, todos relativos a otros agentes y prácticas sociales (editores y editoriales, traductores y traducciones), las ideas en su circulación espacial (nacional, regional, internacional), en el marco de procesos de recepción, de clasificación, reclasificación, etcétera. La historia del libro y de la edición, la antropología de la circulación internacional de ideas y la sociología de la cultura alimentan las perspectivas que creo esenciales para observar y comprender la traducción como hecho capital de la historia de las culturas.⁴

³ Las ferias internacionales que eclosionaron desde mediados del siglo xx, especialmente aquellas centrales para los intercambios simbólicos como las ferias de libros, reactualizan la primitiva razón de las exposiciones universales decimonónicas (Sorá, 1998 y 2004).

⁴ Bajo el marco programático definido por Pierre Bourdieu (2002), oriento mi perspectiva con las generadas por colegas del *Centre de Sociologie Européenne*, como Anne-Marie Thiesse (1999), Gisèle Sapiro (2008) y Johan Heilbron (1999).

La *Librairie* Hachette y El Pasado Argentino: apropiación extranjera de un proyecto intelectual nacional

En la primavera de 1960, la sucursal argentina de la librería Hachette fue galardonada por la Dirección General de Cultura del Ministerio de Educación con el Premio Carlos Casavalle. Promovido entre los actos del Sesquicentenario de la Emancipación, el concurso Casavalle buscó “exaltar la producción, en materia de edición, que mejor haya contribuido en el país a la difusión de la cultura argentina”.⁵ El premio de \$25 000 reconocía la obra editorial de valoración del pensamiento nacional generada por la colección *El Pasado Argentino*. Esta era un proyecto de Gregorio Weinberg, su director, quien trabajaba en la editorial Hachette como asesor literario desde inicio de los años cincuenta. *El Pasado Argentino* se creó en 1954 y hasta 1960 había lanzado treinta y cinco títulos. El proyecto de colección recreaba un tipo de sistema bibliográfico iniciado hacia 1915, cuando aparecieron la Biblioteca Argentina, concebida y dirigida por Ricardo Rojas, y *La Cultura Argentina*, por José Ingenieros. Esas colecciones fueron estimuladas por los debates dinamizados por las celebraciones del Centenario de la Emancipación argentina y compitieron por la imposición de cánones del pensamiento nacional: ensayos, crónicas y bellas letras de las figuras consagradas (u olvidadas) de la argentinidad (Sarmiento, Fraguero, Alberdi, Mitre, Mansilla, etcétera); estudios históricos (José Busaniche, Barba, Zinny), libros de viajeros extranjeros (Falkner, Beaumont, Parish).

La editorial y las autoridades francesas en Argentina se apropiaban del reconocimiento como un umbral de notoriedad para el desinteresado aporte de una empresa extranjera a la cultura nacional:

⁵ En paralelo al premio Casavalle, se otorgó un premio Pablo Coni destinado a editores del interior del país. Este fue ganado por la editorial Castelví de Santa Fé. La elección de *El Pasado Argentino* fue decidida por cuatro jurados (Carlos Mastronardi, Arturo Cerretani, Jorge Bogliano y Enrique Laffitte) entre siete. Por entonces el director de cultura nacional era Héctor Blás González.

[...] el hecho que una casa francesa haya obtenido esta distinción en el momento en que la República Argentina conmemora el 150° aniversario de su emancipación, prueba que se debe a que los franceses se identifican con la cultura argentina y que han contribuido a su difusión. (*Le Quotidien*, 28 de septiembre de 1960)⁶

Esta apreciación de prensa recogía el pensamiento de Monsieur Elías Palasí y de las autoridades diplomáticas francesas: “No es por vanidad, aunque es reconfortante ver que aquí no somos relegados y que se aprecia lo que una casa extranjera hizo por la cultura del país donde ejerce sus actividades” (Carta de Monsieur Palasí al Département Étranger de la casa matriz de Hachette, 22, de septiembre de 1960).

El episodio del otorgamiento del premio Carlos Casavalle representa un hecho excepcional que eleva a superficie un sistema de relaciones, prácticas y creencias relativas al problema general que aquí se busca indagar: las relaciones internacionales que, de modo manifiesto o implícito, siempre están presentes en la producción de discursos y objetos emblemáticos de lo nacional (Thiesse, 1999). Las ideas sobre la nación imponen ontológicamente su interpretación como autodeterminadas, como si se explicaran por factores internos a las fronteras materiales y simbólicas de tales comunidades morales. Este esquema de pensamiento es generalmente asumido irreflexivamente por los investigadores, tal como puede leerse en un estudio relativamente reciente y de innegable calidad sobre las colecciones que lucharon por la imposición de un canon del pensamiento argentino, la clase de referente aquí tratado. En *Los textos de la patria*, Fernando Degiovani (2007) presenta un exhaustivo estudio de las mencionadas colecciones de Rojas e Ingenieros. Demuestra, entre otros factores, que dichos proyectos culturales nacionalistas se fundaban en visiones contrapuestas sobre los pilares intelectuales e ideológicos que debían guiar las lecturas sobre la nación. Los libros buscaban producir identificaciones identitarias de los lectores con las premisas de los autores esenciales para comprender el país, su historia,

⁶ *Le Quotidien*, 28 de septiembre de 1960.

el genio de sus hombres ejemplares. Excepto con el tema de la inmigración extranjera como “problema social” combatido o asumido por los directores de aquellas colecciones, lo exterior no es pensado por Degiovani al indagar los proyectos de las colecciones sobre el pensamiento argentino, sus formas y condiciones culturales de posibilidad. Todo pasa como si los debates intelectuales que inspiraron las celebraciones del centenario y que dominaron la escena intelectual argentina durante toda la década de 1910 (y los contextos políticos que rodearon ese género de escritura) bastaran para encuadrar las colecciones de Rojas e Ingenieros como apuestas apenas sostenidas por intereses y orientaciones relativas a los espacios intelectual y cultural nacionales.

Historia e historiografía de colecciones de “libros nacionales”

En su epílogo, el estudio de Degiovani genera hipótesis de larga duración para visualizar algunas de las colecciones que transformaron los esquemas de Rojas e Ingenieros entre 1930 y 1960. Destaca, entre otras, a la colección *Grandes Escritores Argentinos* que dirigió Alberto Palcos entre 1927 y 1947 y publicaron las editoriales Gleizer, El Ateneo y Jackson. A pesar de su pasado socialista, Palcos alineó sus elecciones con las políticas culturales oficiales, de modo similar a Rojas. Llegando a los años sesenta, Degiovani remarca la aparición de la colección *Del Siglo y Medio* que coordinó Horacio Achával en la Editorial de la Universidad de Buenos Aires (Eudeba). La colección *El Pasado Argentino* no es abarcada en esas genealogías por considerar Degiovani (2007: 333) que “su propósito específico no fue la difusión de un canon retrospectivo de clásicos nacionales”.

Como se evidencia en este trabajo, no concuerdo con esta apreciación normativa: el elenco de autores y de géneros abarcados, las formas materiales de los volúmenes y la explícita reflexión de Weinberg sobre su colección como sucedánea de los proyectos de Rojas e Ingenieros no dejan dudas sobre el encuadramiento de *El Pasado Argentino* y sus desdoblamientos editoriales bajo otras denominaciones como un proyecto de reconfiguración de un canon del pensamiento nacional:

G. Sorá: ¿Qué antecedentes reconoce del perfil de una colección como *El Pasado Argentino*?

G. Weinberg: José Ingenieros y Ricardo Rojas. Con otras características. Es decir, todos mis libros tienen prólogos, todos. Estudios hechos *ex profeso* por especialistas de tendencias distintas. Yo les decía que tenían la más amplia libertad para expresar sus puntos de vista, pero el único compromiso era que le dijeren al lector por qué diablos se publicaba ese libro. Por ejemplo, por qué se publicaba un libro de hace cien, ciento cincuenta años. Las colecciones de José Ingenieros y Ricardo Rojas tenían un trasfondo más bien político. Yo le quise dar la impronta social, la económica, las costumbres” (Sorá 2006, p. 467).⁷

Aparte de la consideración de agentes extranjeros que rodearon la aparición de *El Pasado Argentino* en su fase Hachette, este trabajo explora hasta que punto la edición de autores nacionales fue interdependiente de un incansable trabajo de Gregorio Weinberg como traductor, es decir otra faceta “externa” insoslayable para la diferenciación simbólica de una literatura y un pensamiento nacionales (Casanova, 2001; Willson, 2004).

Para el gerente general de la sucursal argentina, Elias Palasí, el premio dotaba a Hachette de legitimidad frente a las “autoridades argentinas” y al medio intelectual. En lugar de transferir el monto del premio a Weinberg, este fue utilizado para ampliar la difusión general de Hachette en el país. En aquel año de celebraciones patrióticas, la colección ganó realce publicitario. Eran evidentes los réditos simbólicos y veladamente económicos que decantaban de una exposición de la editorial extranjera a través de la colección de pensamiento argentino.

⁷ Entrevisté a Gregorio Weinberg entre 1999 y 2001, como una de mis primeras aproximaciones para caracterizar aspectos centrales de la evolución del mundo editorial argentino e hispanoamericano, proyecto de investigación que prosiguió a mis trabajos anteriores de sociología e historia de la edición en el Brasil. Una edición de mis entrevistas a Gregorio Weinberg fue publicada por la revista *La Biblioteca*: Sorá (2006).

A LA
REPUBLICA
ARGENTINA
EN SU SESQUICENTENARIO



HOMENAJE DE LA
COLECCION
**EL PASADO
ARGENTINO**
HACHETTE - BUENOS AIRES

COLECCION "EL PASADO ARGENTINO"

Dirigida por G. WEINBERG

(Nota de atención):

ESTAMPAS DEL PASADO
(Lecturas de Historia Argentina)

Recopilación de JOSE L. BUSANICH

Testimonio de acontecimientos, desde 1857 hasta 1910, cuidadosamente ilustrados con grabados de época que permiten un ómnino y auténtico conocimiento de lo visto en el campo y la ciudad, las fiestas y las travesuras, costumbres de gauchos e indios, vivienda y alimentación, sucesos y escenas de nuestra historia, en libro único e intransferible.

Volumen de 964 páginas con 360 ilustraciones
Precio: Rústica \$ 320 - Encuadernado \$ 300

Otras obras publicadas:

J. B. Alberdi, FRAGMENTO PRELIMINAR AL ESTUDIO DEL DERECHO, \$ 55 - A. Berro, FRONTERAS Y TERRITORIOS FEDERALES DE LAS PAMPAS DEL SUR, \$ 80 - J. A. B. Boscovich, VIAJES POR BUENOS AIRES, ENTRE RIOS Y LA BANDA ORIENTAL (1826/1827), \$ 70 - P. Calzadón de la Barea, LA AURORA EN COPACABANA, \$ 50 - CORRESPONDENCIA ENTRE ROSAS, QUIROGA Y LOPEZ, Recopilación de E. M. Barón, \$ 80 - EL GRAMA RURAL, Estudio preliminar de L. Oyarzá, \$ 100 - EL SAINETE CRIOLLO, Selección de T. Corral, \$ 160 - T. Folgar, DESCRIPCIÓN DE LA PATAGONIA Y DE LAS PARTES CONTIGUAS DE LA AMÉRICA DEL SUR, \$ 75 - J. V. González, LA TRADICIÓN NACIONAL, \$ 85 - E. Gutiérrez, CIRCOS Y JULIETAS MILITARES, \$ 50 - E. Gutiérrez, LA MUERTE DE BUENOS AIRES, \$ 100 - E. L. Heintzen, CUENTOS FANTÁSTICOS, \$ 85 - L. B. Mackinnon, LA ESCUADRA ANGLO-FRANCESA EN EL PARANÁ (1846), \$ 55 - L. V. Marañón, MIS MEMORIAS, \$ 60 - B. Mitre, LAS RUINAS DE TARIJAYACO, \$ 45 - F.

Quilgodo, TRADICIONES ARGENTINAS, \$ 50 - W. Rivar, BUENOS AIRES Y LAS PROVINCIAS DEL RIO DE LA PLATA, \$ 140 - R. J. Fogó, TEATRO COMPLETO, \$ 105 - Cole. Prada, LA CONQUISTA DE LA PAMPA, \$ 70 - R. Riquelme, EL PAÍS DE LA SELVA, \$ 45 - V. Rojas, COSAS DE NEGRO, \$ 40 - J. Sánchez Gúrdel, TEATRO, \$ 90 - D. F. Sarmiento, VIAJES: I) DE VALPARAISO A PARÍS, II) ESPAÑA E ITALIA, III) ESTADOS UNIDOS, \$ 60 c/u. - Santos, Alborn, Gutiérrez, Echagüen, EL SALÓN LITERARIO, \$ 50 - T. Wopulato Henschel, VIAJE AL PLATA EN 1861, \$ 55 - E. S. Zeballos, LA CONQUISTA DE TERCER LENGUA, \$ 100 - E. S. Zeballos, PAINE Y LA DINASTIA DE LOS ZOUROS, \$ 40 - E. S. Zeballos, RILMAU, REINA DE LOS PINARES, \$ 35 - A. Zileri, ESTUDIOS BODIARIOS, \$ 80 - A. Guichón, EL HOMBRE IMPARTANTE, \$ 75 - E. Gutiérrez, EL CHACHO, \$ 120.

Óbras en prensa y en preparación:

O. V. Archoldo, ROSA POLÍTICA - F. de Azara, APUNTAMIENTO PARA LA HISTORIA NATURAL DE LOS CUADRUPODOS DEL PARAGUAY Y DEL RIO DE LA PLATA - M. Barón, ASPECTOS ECONÓMICOS DEL FEDERALISMO ARGENTINO - CANCELERO ARGENTINO, Recopilación de H. J. Becco - DOCTORIA DRAGO, Estudio preliminar de A. L. Parladó - A. M. Eitán, DE TIERRA ADENTRO - C. Gallo y Quirós, PARAGUAY - G. H. Harlow, CARTAS SOBRE LA CRISTOLOGÍA DE BUENOS AIRES - LA COMEDIA DE COSTUMBRES, Selección de J. de Diego - F. Lima, ENTREVISTA DE BUENOS AIRES - L. V. López, LA GRAN ALDEA - J. Marmel, MANUELITA ROSAS Y PRECISAS POLÍTICAS DEL EXILIO - M. T. Poldoski, IRRESPONSABLE - F. Scarpignolo, LOS ESTUDIANTES - A. Varela, DOS GRANDES INTÉRVALOS - B. Vitolina, REMINISCENCIAS HISTÓRICAS - E. Zeballos, VIAJE AL PAÍS DE LOS ABALICANOS.

EDICIONES HACHETTE

Elias Palasí era un funcionario de larga trayectoria en la empresa Hachette, que solo pensaba en mantener un equilibrio financiero y amoldar la evolución de la sucursal a las exigencias del Département Étranger.⁸ Nunca tuvo fe en el proyecto de Weinberg.

Palasí era una bellísima persona, pero era un contador. Él lo que quería era mandar el balance mensual a París con saldo en caja. Nosotros le decíamos: “pero fíjese señor Palasí, fíjese la inflación...”. Era muy difícil. Le puedo contar veinte anécdotas de él. Así y todo, yo pude seguir bastante con mi colección *El Pasado Argentino*. Para que se haga una idea del clima de trabajo le cuento la historia de la publicación de un título. En Estados Unidos se había publicado *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Se me escapa hoy en día el nombre del autor [Miron Burgin]; un polaco exiliado en los Estados Unidos. Un libro importantísimo. Yo me enteré por las revistas de historia y lo pedí a través de un agente literario, como se hacía entonces. Me llegó el ejemplar en inglés y yo lo tenía en mi escritorio. Palasí era muy simpático y todos los días venía a verme. Un día le comento: “Estoy leyendo este libro y me parece extraordinario. Sobre el federalismo argentino, no hay nada mejor, salvo el libro de Juan Álvarez, que es otra cosa. —¿Quién es el autor? —Es un polaco emigrado que se doctoró con este libro. —¡No! ¡Cómo vamos a publicar estas cosas!”. Él siempre desalentaba por miedo al entusiasmo pasajero. Palasí iba y venía, miraba ese libro y no me hablaba. Y un día me llama el agente literario, el señor Lawrence Smith, que era un cabañero, un agente literario inglés correctísimo porque cuando él ofrecía un libro a alguien no lo sabía nadie. Es decir que actuaba como un verdadero profesional del libro. Me llama y me dice: “Mire, Don Gregorio: Emecé me pide el libro y usted tiene la preferencia porque lo tiene hace tres meses. Si usted no se decide, se lo voy a tener que dar a Emecé”. Y

⁸ Elias Palasí nació en Zaragoza en 1891 y dirigía Hachette Argentina desde 1949. Era docente y escultor. Se inició en la actividad editorial en su ciudad natal, donde habría publicado piezas de Álvarez Quinteros y participado de la edición de la Biblioteca Zozaya (“Qué opina un experto sobre los problemas del libro”, en revista *Qué. Sucedió en 7 días*, año II, n° 95, 7 de agosto de 1956, pp. 30-31). Palasí comenzó a trabajar en la sucursal madrileña de Hachette en 1922 y dos años después pasó a dirigirla hasta 1939, cuando fue nombrado director del Departamento Extranjero para los países hispanohablantes. De este modo comenzó a viajar asiduamente a América del Sur.

entonces le digo: “Mire señor Smith, llámelo a Palasí directamente y dígame lo que me está diciendo a mí. Hágame caso. Después me cuenta el resultado”. Inmediatamente lo llama. A los cinco minutos viene Palasí hecho una furia, y me dice: “¡Ah! Pero, Don Gregorio, con estas indecisiones vamos a perder todos los libros. ¡Hay que tomar decisiones! ¡Emecé no nos puede tomar la delantera!” (Sorá 2006, p. 464).

Friends: Gran Bretaña y Argentina

Así prosigue la entrevista: “Otro caso similar fue con la edición de Ferns: *Gran Bretaña y Argentina*, un libro muy importante del cual se tiraron cinco ediciones.⁹ Tuvo una enorme repercusión porque es una visión sobre las relaciones inglesas y argentinas desde la mirada de un inglés. Lo escribió un señor ingenuo, cándido, que no conocía la historia argentina. Nunca había estado acá, pero dice la verdad de los documentos que encuentra. El episodio fue así: se publicó en *La Nación* un largo artículo en el que se decía: ‘acaba de aparecer un libro sensacional de un profesor de la Universidad de Edimburgo sobre las relaciones entre Gran Bretaña y Argentina...’ Allí aborda los negociados que hubo entre empresas y muchos nombres patricios metidos en coimas. Ahí le dije a Palasí: ‘¿Vamos?’ ‘No, deben ser muy caros los derechos’. Emecé le pidió los derechos a Mr. Smith. Él se los dio y lo tradujo un tal Alberto Luis Bixio. Después yo le dije a Mr. Smith: ‘Mire una cosa: Emecé tiene los derechos. Según las normas, durante un año tiene que publicarlo si no los pierde. ¿Por qué no me da la primera opción? Anótelos en su libro. Yo le pido la primera opción para hacerlo porque tengo el presentimiento de que Emecé no lo va a hacer’. Y se dio así. Le compramos la traducción a Emecé, se publicó y tuvo un éxito enorme; ya es un clásico. Ése era el clima de trabajo” (Sorá, 2006, pp. 464-465).

⁹ Desconozco las razones por las cuales Weinberg utilizó la palabra *friends* como título original del libro de H. S. Ferns, que en 1960 fue publicado en Nueva York, por Oxford University Press, como *Britain and Argentina in the Nineteenth Century*.

Un año antes del premio Casavalle, Palasí había recibido un informe de Meunier de Houssoy, el director general de Hachette, donde evaluaba el catálogo de la sucursal argentina y generaba detalladas indicaciones para cada colección. Así apreciaba a El Pasado Argentino, junto a las colecciones Diorama (novelas), Excelsa (selección de obras en ediciones de lujo),¹⁰ Numen (artes) y la Biblioteca Hachette de Filosofía. “Estas colecciones me parecen mediocres, sus ventas son lentas y su stock es muy abultado. No deben salir nuevos títulos. Atención, no ultrapasar el actual stock”.¹¹

Ventas y stock de la colección El Pasado Argentino entre agosto de 1957 y agosto de 1958

Volúmenes en stock al 31/8/1957	Entradas del ejercicio¹²	Ventas del ejercicio	Volúmenes en stock al 31/8/1958	Ventas del año	Stock al 31/8/1958
29 391 ejemplares	18 690 ejemplares	8 696 ejemplares	39 385 ejemplares	\$252 688	\$532 645

Tras estos juicios, la figura de Weinberg en Hachette también quedaba debilitada en la medida en que su trabajo estaba estrechamente vinculado a la Biblioteca de Filosofía, que hacia 1960 se componía de los siguientes títulos: *Las edades de la inteligencia*, de León Brunschvicg; *Ciencia griega*, de Benjamin Farrington; *Ciencia de la lógica*, (dos volúmenes) de Georg Hegel; *Historia de la filosofía*, (varios volúmenes) de Paolo Lamanna; *La estructura del comportamiento*, de Maurice Merleau-Ponty; *Historia y solución de los problemas de la metafísica*, de

¹⁰ En la colección Excelsa, por ejemplo, apareció *Antología del cuento extraño* de Rodolfo Walsh, con encuadernación en cuero.

¹¹ Ajustando las apuestas de la sucursal argentina al centro de interés tradicional de Hachette, Houssay proponía desarrollar la Biblioteca Juvenil Hachette.

¹² Novedades y reimpressiones.

Charles Renouvier; *Filosofía de la fidelidad*, de Josiah Royce; *La obra de Platón*, de Pierre Maxime Schuhl; *Ensayo de la locura*, de Erasmo de Rotterdam; *En los orígenes de la filosofía de la cultura*, de Rodolfo Mondolfo y *Ensayo sobre las costumbres*, de Voltaire (Catálogo General de Ediciones Hachette, año 1960, p. 3). Todos estos títulos eran elecciones y proyectos de envergadura de Gregorio Weinberg.¹³ Esta evidencia traza la hipótesis general de este estudio: para Weinberg, la edición del pensamiento nacional era indisociable de la edición del pensamiento universal, en su tradición humanista y racionalista. Traducir la nación o enmarcarla bajo insumos intelectuales que llevaran a pensar la universalidad de su singularidad y guiar la educación de los lectores hacia una civilidad progresista.¹⁴

Hijo de inmigrantes ucranianos judíos, Gregorio Weinberg nació en Buenos Aires en 1919 y a fines de los años treinta estudió Derecho y Filosofía. Como veremos, hacia 1944 trabajó en la Editorial Lautaro y estuvo ligado a la intelectualidad reformista que en el ámbito de la filosofía era liderada por Francisco Romero. Como consecuencia, durante el peronismo para él la universidad no fue un ámbito de acción intelectual posible y participó en actividades de “resistencia” cultural como las promovidas por el Colegio Libre de Estudios Superiores.

¹³ Por fuera de las dos colecciones, en Hachette, Weinberg también fue responsable de la edición de otros títulos de autores argentinos, como *Siete arqueólogos, siete culturas* de Márquez Miranda; de la reedición de títulos que él había traducido y editado por Lautaro, como *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* de Franz Boas; o de la versión castellana de un gran emprendimiento de la casa matriz, una historia de la vida cotidiana, en numerosos volúmenes.

¹⁴ En Argentina, la fe en la lectura como instrumento civilizatorio representó un esquema de pensamiento cristalizado por la obra de Domingo Faustino Sarmiento en la segunda mitad del siglo xix. Fue asumido como bandera liberal, tanto por conservadores como Bartolomé Mitre (y por sus descendientes, a través del diario y la Biblioteca La Nación), como por socialistas, a través de las universidades populares y proyectos editoriales Claridad. Las colecciones de pensamiento nacional de Ricardo Rojas e Ingenieros también eran guiadas bajo esta creencia: la primera bajo un cuadro ideológico nacionalista y conservador, la segunda abierta a los “problemas sociales” y al cosmopolitismo. Como ya se observó, Weinberg reconocía estos proyectos editoriales como antecedentes del suyo, aunque su posición ideológica lo orientaba hacia los segundos términos de estas oposiciones ideológicas.

Weinberg entró a trabajar como empleado de Hachette a inicios de los años cincuenta. Para muchos docentes e intelectuales excluidos de la universidad por el peronismo, el mercado editorial ofrecía una alternativa de trabajo y un medio fértil para la intervención intelectual. Tales contradicciones habrían sido bien aprovechadas por Weinberg para convencer a los franceses de apostar en El Pasado Argentino:

Al tiempo, yo les hice la propuesta de la colección El Pasado Argentino, idea que no aceptaron con mucho entusiasmo. Pero los convencí utilizando un argumento un poco ilegítimo. Les dije: “Miren, estamos viviendo la época de Perón, un nacionalismo excesivo. Y, además, fíjense ustedes que hay cierta actitud xenófoba. Hay problemas de divisas y algún día les van a decir: ¿Cómo es? ¿Ustedes no hacen nada por la cultura argentina? Siguen trayendo más libros franceses, revistas francesas”. ¡Eran cajones y cajones! Bueno, ese argumento fue el que me permitió iniciar la colección El Pasado Argentino en el año 54, antes de la caída de Perón. (Sorá 2006, p. 463).

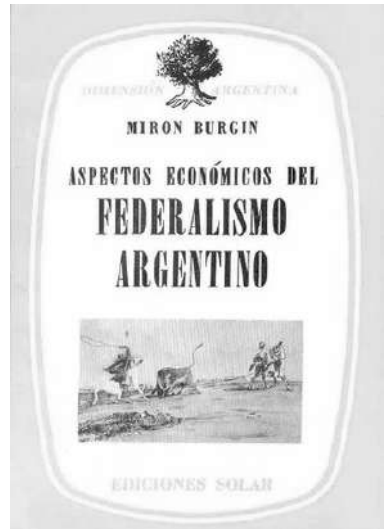
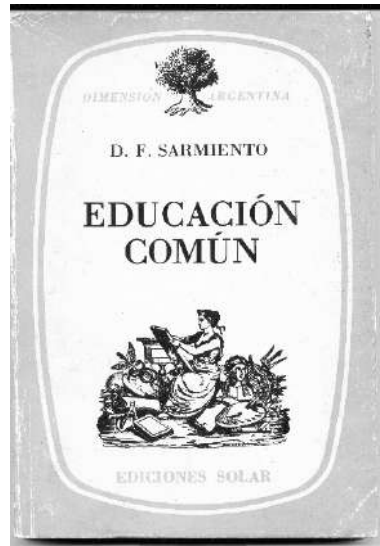
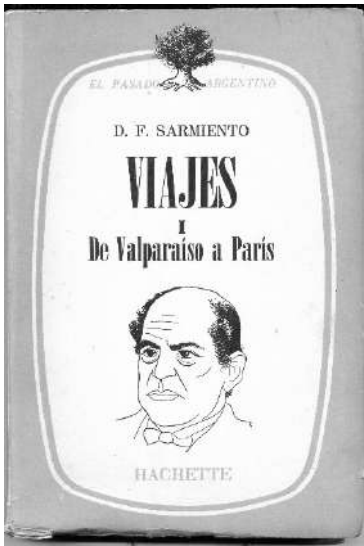
Hachette, al igual que buena parte de los importadores, había tenido serios problemas financieros y políticos en 1950, cuando recrudesció el control del cambio de divisas extranjeras y de permisos de importación. Además, durante la guerra, Hachette había sido “colaboracionista” (Mollier, 2015), motivo por el cual las autoridades diplomáticas gaullistas le quitaron apoyo y beneficiaron a importadores concurrentes (en la Argentina), como la distribuidora Lerú, de Neprowski. Weinberg interpretó como nadie la fragilización de la posición de sus empleadores. Entonces, como jugada magistral, propuso un plan para la aproximación cultural de Hachette a la Argentina.

El plan era perfecto en su faz simbólica, pero incierto en el rendimiento económico. Hacia finales de los años cincuenta recrudescieron las dificultades financieras de la sucursal de Hachette, debido a fenómenos locales y externos. Por un lado, cierta retracción del mercado editorial argentino por problemas generales (inflación, obsolescencia de parques gráficos, encarecimiento de materias primas, agresiva concurrencia del mercado español) y específicos (desplazamiento de la

producción cultural gala por la creciente imposición del idioma inglés y de modas culturales anglo-sajonas). Bajo ese marco, hacia 1960 se produjo una reestructuración de la empresa local, iniciada por el arribo de M. Musset, hijo de un alto funcionario de la casa matriz que aplicó severas medidas de saneamiento. Entre otras medidas, desplazó al experimentado Palasí de la gerencia general.

Hacia 1957, tras el derrocamiento de Perón, Gregorio Weinberg comenzó a impartir clases de Historia de la Cultura e Historia Universal en la Universidad de Buenos Aires; primero lo hizo en los cursos de ingreso a Ciencias Exactas, Físicas y Naturales (1957), Arquitectura y Urbanismo (1957/1961) y Filosofía y Letras (1961/1963). A partir de 1963 centró su actividad docente en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Allí asumió la titularidad de las cátedras de Historia de la Educación Universal e Historia de la Educación Argentina (Departamento de Ciencias de la Educación) e Historia del Pensamiento Argentino y Latinoamericano (Departamento de Filosofía). A pesar del reconocimiento del Premio Carlos Casavalle, las condiciones que pasaron a imperar en Hachette lo decidieron a continuar la colección *El Pasado Argentino* de modo independiente. Para eso creó el sello Solar. Este había sido el nombre de una pequeña editorial del historiador José Busaniche, autor de la colección. Weinberg le compró el nombre del sello y traducciones de viajeros ingleses. Hachette puso trabas para la separación: impidió usar el nombre de la colección. Por ello Weinberg la rebautizó *Dimensión Argentina*. La negociación resultó en la distribución exclusiva por Hachette a cambio de la compra automática de quinientos ejemplares de cada título. El resultado fue un esquema de coedición que, por un lado, revalidaba la actitud de Hachette para “contribuir” a la cultura argentina y, por otro lado, garantizaba la continuidad de una colección que siguió manteniendo el patrón gráfico: tapas de reborde celeste, fondo blanco para viñetas, dibujos o grabados en negro, y la imagen de un ombú que liga “el pasado” y “argentino”.¹⁵

¹⁵ Como símbolo de argentinidad, la impronta del ombú en la colección *El Pasado Argentino* recuerda al dibujo de la palmera imperial (*palma regia*) que simbolizaba la



colección Documentos Brasileiros de la editorial José Olympio (iniciada en 1935 bajo la dirección de Gilberto Freyre), una referencia extranjera que Gregorio Weinberg ciertamente conocía y admiraba. En ambos íconos, las raíces se remarcan como vector que nutre ambas culturas nacionales y un pasado y presente.

Para la producción de nuevos títulos, Weinberg ya no contaba con la estructura e inversión de Hachette. Pero su trayectoria en el mundo editorial e intelectual lo habían dotado de extensas redes. Dos de sus amigos, ligados con distinto grado de intensidad al judaísmo y al mundo del libro, eran el Abraham Weiss, dueño de la imprenta El Gráfico impresores, y Gregorio Schwartz, dueño de la editorial Siglo XX. Para comenzar sus actividades, Dimensión Argentina contó con el apoyo financiero de otro amigo: Rodolfo Schwartz.¹⁶ Para la producción editorial de cada libro, Weinberg contaba con el auxilio de un empleado; para ello escogió a dos excompañeros de trabajo de Hachette: primero, Horacio Aníbal Maniglia, y luego un señor de apellido Barrancos. El ritmo de lanzamientos fue moderado (unos cinco títulos por año) pero continuó hasta finales de los años noventa, cuando la colección fue rediseñada como Nueva Dimensión Argentina, al ser relanzada por Taurus, poderoso grupo editorial español, otra empresa extranjera. Libros como *Estampas del pasado* (*Lecturas de historia argentina*), de José Luis Busaniche, *Historia de la ganadería*, de Horacio Giberti y *Revolución en las Pampas. Una Historia social del Trigo*, de James Scobie contaron con numerosas

¹⁶ Este vínculo demuestra una informal ligazón de Gregorio Weinberg con redes sociales y culturales del judaísmo argentino. A pesar de no practicar la religión y no haber participado activamente de la vida comunitaria, Gregorio Weinberg tuvo expresiva participación en algunos proyectos culturales del judaísmo. Si se considera apenas su obra escrita, se observa que publicó tres artículos en *Davar* (1947, n° 14; 1959, n° 83; 1961, n° 90) y ocho en *Comentario* (1956, n° 11; 1958, n° 19; 1959, n° 22; 1961, n° 27; 1961, n° 28; 1969, n° 68; 1970, n° 74; 1970, n° 74). *Davar* era la publicación bimestral de la Sociedad Hebrea Argentina y salió entre 1945-1976. *Comentario* era la publicación trimestral del Instituto Judío Argentino de Cultura e Información y apareció entre 1953 y 1970. Una detallada historia del "libro judío en Argentina" fue escrita por Alejandro Dujovne (2014). Su tesis demuestra que los agentes de origen judío guardaron (y guardan) una expresiva sobrerrepresentación en la historia editorial e intelectual argentina. Las redes del judaísmo (mediadas por la academia, la política u otros campos) se manifiestan en relaciones de afinidad, materializadas en los nombres de traductores, impresores, editores, directores de colección y tantos otros agentes que dirimen los tableros en los que se negocian los actos de traducción y edición desde el país sudamericano.

reediciones, aunque la mayoría de los títulos se vendían lentamente. Así relataba Gregorio Weinberg la “filosofía” de la colección:

Yo quería dar una imagen del país plural: historia, literatura, antropología, viajeros, conquista del desierto, crónicas provinciales, todo ese panorama. Y también publiqué una cantidad de libros que se salían un poquito de las pautas convencionales. Por ejemplo, publiqué por primera vez en forma de libro el sainete criollo. Un eminente crítico argentino me llamó y me dijo: “Gregorio, no puede ser, usted publica a Sarmiento, a Payró, no puede publicar sainete”. Yo le respondí: “Mire: yo no tengo particular gusto por el sainete. Pero el sainete es el más lindo testimonio de sociabilidad en tiempos del impacto migratorio, del conventillo, de su idioma... Y algunos de los sainetes son una belleza”. Al “Velorio del angelito” yo lo imaginaba casi como un ballet: los compadritos que entran y salen. Digamos que tuve mis disgustos también con el ambiente que no tenía sensibilidad para entender que Sarmiento podía estar al lado del sainete.

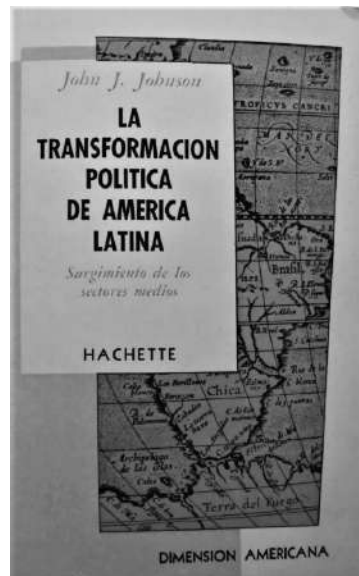
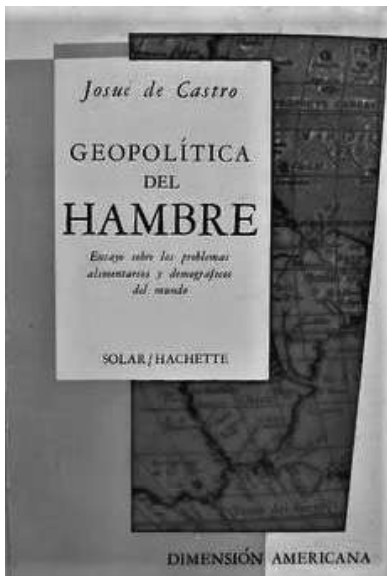
Sarmiento al lado del sainete, criollos al lado de viajeros foráneos, historiadores argentinos e historiadores anglosajones, agentes literarios extranjeros para pleitear por títulos sobre realidades locales producidos en tierras distantes. Otra faceta de aproximación de lo nacional a lo extranjero¹⁷ fue el lanzamiento de la colección Dimensión Americana, a lo largo de la década de 1960. Argentina (su pensamiento, sus problemas y desafíos) sería cabalmente comprensible como unidad de una totalidad continental.

Dimensión Americana

Fue el nombre de una colección dirigida y editada por Gregorio Weinberg, entre 1961 y 1971. El primer modelo de esta clase de colecciones

¹⁷ La relación nacional/extranjero como fuerza dialéctica de construcción de culturas singulares es ejemplarmente propuesta en los trabajos del sociólogo brasileño Sergio Miceli (2003 y 2009)

de “problemas americanos” fue Tierra Firme, del Fondo de Cultura Económica, iniciada en 1945. También aparecieron dos títulos en 1984. Las temáticas eran típicas de los problemas de la planificación y el desarrollo: hambre/alimentación; desarrollo económico y social; educación y emergencia de sectores medios; urbanización; industrialización; conflictos armados; agricultura; demografía; cambio social, etcétera La sociología, la economía y la ciencia política eran las disciplinas de referencia. Entre los autores sobresalían Josué de Castro, John Johnson, José Medina Echavarría y Juan Marsal. Tres títulos reproducían documentos de la CEPAL y otros dos de la Unesco. Menor peso tenía la historia, con crónicas de viajeros como Von Humboldt, George Anson y Amadée François Fréizer. Por esta colección fueron publicados alrededor de dos docenas de títulos, de los cuales poco menos de la mitad fueron traducciones. Todos aparecieron bajo el sello Solar/Hachette, excepto los dos volúmenes aparecidos en 1984.



Lautaro y los Tratados Fundamentales: proyección nacional de un catálogo universal

En Hachette, Gregorio Weinberg reconfiguró un proyecto cuya génesis se remonta a su trabajo en la editorial Lautaro. Allí comenzó a colaborar con veintitrés años, cuando se aproximó para ofrecer su primer estudio de relieve: *El pensamiento de Monteagudo*, editado en la Biblioteca del Pensamiento Argentino, número 6, en 1944. Veamos el sentido que buscaban los editores para este proyecto:

Editorial Lautaro dedica esta selección del pensamiento de los arquetipos de la nacionalidad, reunidos bajo el título genérico Biblioteca del Pensamiento Argentino, a la generación que tiene la responsabilidad histórica de defender y desarrollar el patrimonio de ideas que dio independencia, libertad y progreso a la República (mensaje reproducido en las páginas de presentación de cada volumen).



Durante la Segunda Guerra Mundial, independencia, libertad, progreso, responsabilidad, defensa eran palabras de orden proaliadas. Lautaro fue una editorial creada por la suma de un conjunto heterogéneo de agentes en busca de alternativas de inversión financiera, intelectual y política durante un período fértil para la reconversión de capitales y la gesta de misiones morales y pedagógicas. La editorial fue creada y dirigida por Sara Maglione de Jorge, con apoyo financiero de su padre Eduardo, abogado de Gath & Chaves, miembro del Jockey Club y de selectos círculos de la elite social porteña. También aportaron capitales José Iturrat y Jacobo Saslavsky, gerente general de Bunge & Born, destacado filántropo al interior de la comunidad judía. Lautaro fue creada, en cierta medida, como una nueva apuesta de Sara Maglione tras su separación de Faustino Jorge, un militante destacado del Partido Comunista con quien había vivido años de intensa militancia en la segunda mitad de los años treinta. La editorial quedó señalada políticamente tras el lanzamiento de uno de los primeros títulos: *Solamente las estrellas son neutrales*, de Quentin Reynolds, un alegato a favor de la acción aliada, editado en 1943 con traducción de Taba Bronstein. Este libro fue requisado por la policía durante una feria del libro. Al año siguiente, Lautaro publicó el libro *La hija del tiempo* de Nelia Gardner White, que llevaba la ilustración de la tapa de Norah Borges.

Después del libro sobre Monteagudo, Weinberg continuó ligado a la editorial como asesor literario y al proponer un proyecto junto a Manuel Sadosky (Buenos Aires, 1913 — 2005), doctor en física y matemática, docente de las universidades de Buenos Aires y La Plata. Al igual que Gregorio, Sadosky era hijo de inmigrantes ucranianos judíos. El proyecto editorial que desarrollaron en Lautaro se denominó *Tratados Fundamentales*, una colección de humanidades en las que prevalecieron la filosofía y la antropología.¹⁸

¹⁸ De una semblanza de Sadosky sobre Weinberg, subrayó dos dimensiones que alimentan la comprensión de las razones de proyectos culturales de tamaño envergadura. Sobre Lautaro decía: “ese era mi medio de vida, para un joven de izquierda era muy difícil conseguir ningún puesto, porque estaba la Sección Especial”, aparato de

Colección Tratados Fundamentales	
Levy-Bruhl	<i>La Mentalidad Primitiva</i> (1945)
León Brunschvicg	<i>Las etapas de la filosofía matemática</i>
Ernest Renan	<i>Averroes y el averroísmo</i>
Morgan	<i>La sociedad primitive</i>
Baron de Holbach	<i>Sistema de la naturaleza</i>
Kant	<i>Historia natural y Teoría General del Cielo</i> (1946)
Spinoza	<i>Tratado teológico-político</i>
Lévy-Bruhl	<i>Las funciones mentales en las sociedades inferiores</i>
Hegel	<i>La ciencia de la lógica</i>
Bacon	<i>Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana</i>
Locke	<i>Ensayo sobre el entendimiento humano</i>
Clausewitz	<i>De la guerra</i>
Bernal	<i>Función social de la ciencia</i>

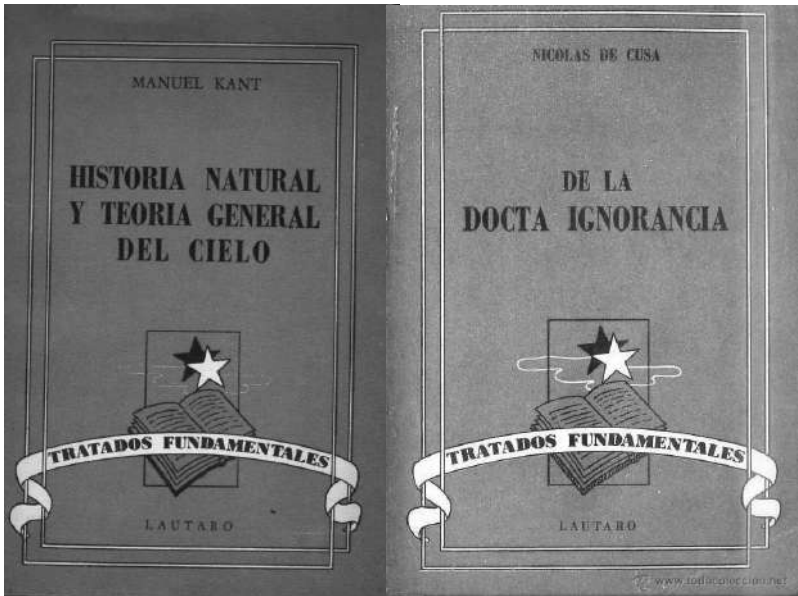
corte fascista del gobierno nacional. Sobre la colección: "A pesar de todas las idas y venidas de la política argentina, seguimos siempre con una línea bien clara sobre lo que convenía difundir en el país: éramos racionalistas, éramos partidarios de dar a conocer las ideas de los grandes pensadores" (Sadosky 2000, pp. 48 y 50). Sadosky fue activo militante comunista hasta 1946. A inicio de la década de 1960 fue pionero en la introducción de la computación en el país.

Condillac	<i>Tratado de las sensaciones</i>
Cardenal N. de Cusa	<i>La docta ignorancia</i>
D'Alembert	<i>Discurso preliminar de la "Enciclopedia"</i>
Lefebvre	<i>El existencialismo</i>
Voltaire	<i>Cartas filosóficas</i>
Aristóteles	<i>Metafísica</i>
Lyell	<i>Principios de geología</i>
J. J. Rousseau	<i>Dos discursos</i>
F. Boyle	<i>El físico escéptico</i>
Boas	<i>Cuestiones fundamentales de antropología cultural (1947)</i>

Al año de iniciada la colección, Manuel Sadosky migró a Francia e Italia para realizar estudios posdoctorales. La continuidad del proyecto quedó prioritariamente a cargo de Gregorio Weinberg, aunque Sadosky siguió colaborando desde el exterior y retomó el trabajo en Lautaro cuando regresó en 1948. En la selección de textos se reconoce un linaje intelectual marcado por la génesis del racionalismo entre humanistas modernos y algunas de sus más conspicuas aplicaciones para demostrar la historicidad de las categorías elementales del pensamiento. Uno de los temas que apasionaba a Weinberg, por ejemplo, era la idea de tiempo. De allí que se imbricaran filósofos de la antigüedad clásica y de la era moderna, junto con científicos

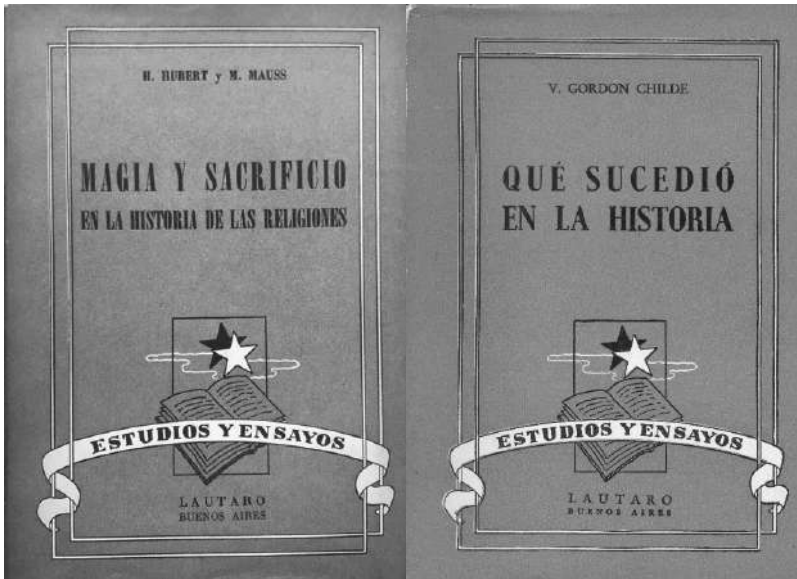
decimonónicos e investigadores contemporáneos. La antropología¹⁹ sobresalía como la disciplina que en la era contemporánea historizaba los problemas decisivos de la tradición filosófica occidental.

En Lautaro, la edición de ciencias sociales también fue canalizada por la colección Estudios y Ensayos, dirigida por Weinberg. Allí salieron, por ejemplo, *Magia y sacrificio en la historia de las religiones* de Henri Huber y Marcel Mauss (1946) y *Qué sucedió en la historia* de Vere Gordon Childe, traducciones pioneras al castellano para autores trascendentales en el escenario académico internacional.²⁰



¹⁹ Sadosky (2000, p. 49) afirma que los antropólogos de la colección fueron introducidos por Weinberg.

²⁰ Entre otros planes no concretados de la colección Tratados Fundamentales estuvo la realización de una primera traducción al castellano de *Las formas elementales de la vida religiosa* de Émile Durkheim.



En un momento de tan fuertes polarizaciones ideológicas, las elecciones que manifestaban ambas colecciones trasuntaban un humanismo, racionalismo, historicismo que al menos confrontaba con posiciones metafísicas y, por corolario, teológicas. Es decir, se posicionaba a la izquierda y como universalista programa civilizador que, por ende, hacía sistema en el conjunto del catálogo de Lautaro, el cual, como vimos también incluía una biblioteca de pensamiento argentino. Este posicionamiento queda ratificado por el conjunto de relaciones de amistad y las afinidades con otra serie de agentes. En primer lugar, cabe considerar las relaciones con el filósofo neokantiano Francisco Romero, profesor de las universidades de Buenos Aires y La Plata y director de la Biblioteca de Filosofía de Losada, la más prestigiosa editorial generalista en lengua castellana por aquellos años:

Sorá: *¿A quiénes recuerda de la Facultad de Filosofía y Letras?*

Weinberg: Antes que a nadie, a Francisco Romero. Siempre estuve ligado a la universidad y en la época del eclipse de la universidad, participé del Colegio Libre de Estudios Superiores.

Sorá: *¿Usted alimentaba sus proyectos editoriales en función de sus proyectos pedagógicos?*

Weinberg: Sí. Nos reuníamos, conversábamos, hablábamos de que tal libro no era tan importante, que tal otro sí, etcétera Francisco Romero fue muy generoso. Un día nos dijo: “Yo, en Losada, tengo muchos libros de filosofía que no puedo publicar. Si alguno de ustedes se anima a publicarlos, yo les doy ideas”. Él alentaba a todo el mundo.

Sorá: *¿Y cómo era la coexistencia de su proyecto con la Biblioteca Filosófica de Losada?*

Weinberg: Romero tenía una orientación más germánica. También más contemporánea, aunque publicó un Bacon.

Sorá: *¿Y cómo era su relación con Francisco Romero y Losada?*

Weinberg: Muy buena. Él me prologó el libro de Voltaire, *Ensayo de las costumbres*. También llegamos a pensar en hacer alguna cosa conjunta. Ciertos títulos que yo pensaba que encuadraban mejor en su colección se los proponía y él también me sugirió alguna cosa. Además de su trayectoria y de sus inclinaciones, hay que considerar que Francisco Romero trabajaba con Losada. Y Losada era una editorial mayúscula. Tenía un equipo de gente fantástico. Y don Gonzalo era muy inteligente, muy intuitivo (Sorá 2006, p. 460).

“Ese es mi orgullo”, decía Weinberg en las entrevistas a propósito de *Tratados Fundamentales*. Además del regocijo por la magnitud de las obras traducidas, esa sensación se refiere al estilo de trabajo de intervención editorial de los directores de colección que luego fue constante para todos los trabajos que realizó Weinberg. En primer lugar, se destacaba un muy esmerado trabajo de traducción realizado por los propios directores o por terceros, que incluía el cotejo

frecuente entre traducciones en diversas lenguas.²¹ En segundo lugar, cada volumen se introducía con estudios o notas preliminares en los que debían manifestarse las razones de la elección de la obra y de su apuesta en los tableros de la cultura argentina. En tercer lugar, era frecuente la inclusión de glosarios o trabajos de ajuste y ampliación bibliográficos. Los paratextos, de modo general, eran abundantes y ricos en informaciones diversas. Los libros hechos por Weinberg eran como ediciones anotadas, como actos de filólogo. El lector se deparaba ineludiblemente con la erudita presencia de los selectores, los intérpretes primeros en sus acciones de guías de lectura.

Otro proyecto de raíz internacional del que participó Weinberg en Lautaro fue la edición de la colección Pingüino. Se trató de una pionera serie de libros de bolsillo editada en convenio con la británica Penguin Books. Weinberg y la escritora María Rosa Oliver (participante de *Sur*, de íntima amistad con intelectuales de izquierda, como Norberto Frontini) eran sus directores y llegaron a contar con la colaboración de Pedro Henríquez Ureña para hacer llegar traducciones y autores regionales, esta vez para el gran público.

Se publicaron Pingüinos literarios, científicos, técnicos, publicamos una historia de la ópera, una historia del ballet, un libro sobre arte primitivo. Todos a dos pesos. Fueron los primeros libros de bolsillo que se empezaron a sacar de modo sistemático. Algunos títulos tuvieron tiradas de diez mil ejemplares. Además, le dimos un color local. Por ejemplo, lo reivindicamos a Horacio Quiroga. Nos hartamos de vender *Cuentos de la selva*. (Weinberg, citado en Sorá 2006, p. 456).

²¹ Algunos de los traductores de las colecciones *Tratados Fundamentales* y *Estudios y Ensayos* fueron Pedro Merton, Susana Fredkin, Eduardo Warschaver, Elena Dukelsky, Taba Bronstein, Cora Ratto de Sadosky, además de los propios directores de colección (véase la nota 18).



Lautaro sufrió algunos actos de represión durante el peronismo. El propio Gregorio Weinberg fue preso por la edición de *La Docta Ignorancia* del Cardenal Nicola de Cusa:

Hubo censura, persecuciones, clausura de editoriales, de diarios, de revistas. A mí me detuvieron por el libro *La Docta ignorancia* del Cardenal Nicolás de Cusa. Fue en el momento cuando Perón parecía que renunciaba a la reelección y que apoyaría a Aloé. Como sobre Aloé se hacían muchos chistes en los que se lo trataba como un bruto, entonces creyeron que el libro era una tomada de pelo. Estuve unas 48 horas detenido en la famosa Seccional Especial en la calle Urquiza. Y yo me gastaba en explicarles:

“Miren, el señor Nicola de Cusa es un cardenal del siglo XV...”. Después me pusieron en libertad. Imagínese que Cassirer, en su libro sobre historia del problema del conocimiento, cuatro tomos que publicó el Fondo de Cultura, comienza el pensamiento moderno con

Nicola de Cusa. ¡Esos brutos creyeron que era una impostura! (Weinberg, citado en Sorá 2006, p. 457).

Ante esas dificultades, Weinberg le propuso a Sara Maglione dividir la editorial: él se quedaría con los Tratados Fundamentales y los Pingüinos y ella seguiría con la línea política del catálogo.

Este plan no fue aceptado y al poco tiempo Lautaro tuvo que cerrar. Weinberg fue indemnizado con la cesión de derechos de algunos de los libros que habían aparecido bajo su responsabilidad.

Así vendió, muchos años después, los derechos de *Qué sucedió en la historia* de Gordon Childe y *La mentalidad primitiva* de Lévy-Bruhl a la editorial Siglo XX. Otros títulos, como *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* de Franz Boas, los reeditó por Hachette.

Conclusiones

Con este estudio puse de relieve tiempos, lugares y condiciones que forjaron un progresivo reconocimiento de Gregorio Weinberg como artífice de La Biblioteca Argentina. Como en el caso de numerosos intelectuales, la intensa actividad de Weinberg como editor y traductor fue una alternativa a su exclusión del ámbito universitario durante el peronismo (1945-1955). La atracción de prácticas de singular poder cultural perduró más allá de ese período. Weinberg fue uno de esos raros casos de productor cultural multifacético que mantuvo con asombroso equilibrio sus labores como profesor, editor, traductor, gestor cultural.

Hacia 1960, la colección El Pasado Argentino fue galardonada con el Premio Casavalle. La atención sobre ese episodio muestra hasta qué punto la presencia de intereses o valores económicos, políticos y simbólicos extranjeros (Hachette, Embajada francesa, traducciones, etcétera) precisan de cierto grado de reconocimiento, apropiación, negociación con intereses locales (proyectos y disputas de intelectuales radicados en la Argentina, políticas económicas y culturales

oficiales, etcétera) para optimizar beneficios. A pesar del premio, un emprendimiento intelectual como *El Pasado Argentino* no encuadraba bien en los planes de una empresa como Hachette, centrada en la edición de libros escolares, producto que exige privilegiar la rápida rotación de capital económico. Gregorio Weinberg, sin embargo, ya gozaba de notoriedad intelectual y académica y disponía de un abanico de alternativas para negociar su independencia editorial con la empresa francesa. La colección *El Pasado Argentino* cambió de nombre, de sellos, y extendió el lanzamiento y la reedición de títulos hasta la muerte de Gregorio, en 2006.

Tal perduración explica que la colección de clásicos del pensamiento argentino absorba buena parte de la notoriedad retrospectiva que sobre Weinberg frecuentemente se remarca. Lo cierto es que a mediados de los años sesenta, Weinberg era un editor y académico prestigioso, tal como revela la invitación que le realizó Raúl Prebisch para actuar como editor de los principales libros de ese organismo, y luego para que se hiciese cargo de la *Revista de la CEPAL* en Santiago de Chile. Es evidente que la condición de representante intelectual de una cultura nacional no ocultaba su posición en uno de los linajes históricamente cristalizados a lo largo de la historia cultural argentina para desempeñar esa función weberiana de guía cultural secular: en los combates por la redefinición de los postulados sarmientinos que hacían de la lectura y la educación las llaves de la civilización, Weinberg se aproximaba a intelectuales y editores como José Ingenieros, Arnaldo Orfila Reynal, José Luís Romero, Boris Spivacow, a una tradición que buscaba horizontes americanistas y socialistas en contradictorios marcos de liberalismo democrático y de irrupciones autoritarias del poder político.²² Para demostrar cabalmente la posición de Gregorio Weinberg como uno de los artífices del canon del

²² No casualmente, en la redemocratización argentina iniciada en 1983 con el gobierno de Alfonsín, Weinberg fue nombrado director de la Biblioteca Nacional y director Nacional del Libro, y luego vicepresidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas. Manuel Sadosky, dato no menor, fue nombrado en ese período como secretario nacional de Ciencia y Tecnología.

pensamiento argentino, hubiera sido necesario considerar proyectos y colecciones concurrentes, más ligados al nacionalismo tradicional en sus diversas raigambres: católicas, integralistas, etcétera

La apertura al cosmopolitismo para pensar la nación no es un hecho inexorable; es la actitud condicionada que suelen encarnar agentes culturales que, por orígenes étnicos y sociales, por trayectorias escolares y posicionamientos ideológicos son constreñidos a vincular lo nacional como singularidad de universales inclusivos. El nacionalismo cultural, su antítesis, suele ser promovido por intelectuales criollos bien ligados al campo de poder, como Ricardo Rojas o “el joven” Jorge Luis Borges (Miceli, 2012). En estos casos lo particular tiende a ser tratado como natural manifestación del genio nacional. Ello no excluye que entre las fuentes de autoridad de los nacionalistas culturales siempre se observen diversos grados de contacto con el extranjero, a través de lecturas, viajes de formación o legitimación internacional como representantes intelectuales de una cultura específica.

La combinación de apuestas en autores representativos de un pensamiento argentino y de autores ejemplares del racionalismo moderno se extendían en Weinberg de la edición a la autoría, tal como pueden verse en algunos de sus artículos en revistas del mundo cultural judeo-argentino, donde en un mismo año, por ejemplo 1961, difundía un texto sobre Sarmiento y otro sobre Bacon.²³ Antes que una relación necesaria, natural, evidente en el plano de las ideas, la unidad de tan complejo conjunto de ediciones de autores nacionales y de traducciones remite a la singular trayectoria de un agente social y su capacidad para tornar públicas sus pasiones intelectuales. Este pasaje a lo público, a la edición, no resultaba, como vimos, de simples actos de voluntad. Se realizaban bajo arbitrarias condiciones (culturales, sociales, políticas, económicas) que preexistían a las prácticas de Weinberg y que él contribuyó a modelar.

²³ Weinberg (1961). Población, trabajo y educación en la obra de Sarmiento. *Comentario* n° 27 (pp. 26-30); Weinberg (1961). Cuarto centenario del nacimiento de Francis Bacon. *Comentario* n° 87, (pp. 13-16).

En este capítulo exploré algunas facetas de la inmensa labor de Gregorio Weinberg como intelectual, traductor y editor. Busqué demostrar en qué medida la traducción es una práctica que no puede comprenderse sin los aspectos materiales y sociales que la rodean, al menos cuando hablamos de su existencia pública, colectiva, es decir editada, dispuesta para la circulación y apropiación de los textos traducidos en delimitados mercados de bienes simbólicos. Para tal fin objetivé un sistema de intereses editoriales e intelectuales que guiaron las elecciones de Weinberg como autor, editor, traductor. Emergió así la unidad de apuestas entre autores representativos de un canon del pensamiento argentino y de una tradición del racionalismo moderno.

El estudio de la materialidad de la cultura impresa y de las complejas tramas de prácticas (simbólicas, económicas, políticas) que conlleva su realización expone condiciones de posibilidad locales e internacionales, esquemas de pensamiento nacionales y universales que no deberían ser disgregados para observar e interpretar la totalidad de obras culturales, como las que Weinberg impulsó con su labor como editor, traductor y autor. Los estándares tradicionales de los estudios literarios, por ejemplo, posiblemente autoricen un estudio apenas focalizado en la colección *El Pasado Argentino*, quizás dispuesto para la comparación entre colecciones del mismo tipo, argentinas o de otras nacionalidades. Desde un punto de vista sociológico, esa orientación violenta un sistema de relaciones concretas, una estructura, entre ediciones de textos nacionales y extranjeros que suponen mutuos condicionamientos causales, no apenas textuales, estéticos e ideológicos, sino también institucionales y de otros órdenes del mundo social.

Tal unidad, insisto, supone una combinación entre referencias a obras y sistemas de pensamiento extranjeros, libros y formas de pensar un país (la Argentina, en este caso). Solo tal unidad es capaz de revelar la traducción como forma de apropiación de lo universal y la nación como mediación o filtro simbólico de los actos de traducción. La traducción argentiniza o americaniza obras ejemplares del

pensamiento occidental. Estos sistemas de lecturas crean un sustrato en el que se arraigan o frente al cual se calibran las ediciones de una selección de obras ejemplares para pensar el país (y/o el continente americano). Los libros consagrados de un país, ya sean de ficción o no ficción, ya sea por criterios comerciales o simbólicos, son comúnmente tomados como piezas de traducción en otros territorios lingüísticos y nacionales para conocer aquel país, su singularidad y sus producciones universalizables. Nación y traducción se suponen mutuamente. La nación filtra las traducciones y las traducciones perfilan los contornos de la nación.

Gregorio Weinberg: retrato del pensador en su biblioteca

Liliana Weinberg*

Escribo estas páginas conmovida por mi muy reciente visita a la casa-biblioteca de mi padre: una visita tan necesaria como dolorosa, en busca del sentido que él dio a esa familia de libros que convivió permanentemente con la familia compuesta por sus seres queridos. Mi padre vive hoy en esa biblioteca, o, mejor dicho, está ya transformado en esa biblioteca, como convertido está también en los libros que escribió y en las ideas que animó.

Escribo estas páginas conmovida también por un muy próximo aniversario, ya que el 20 de noviembre de este año mi padre hubiera cumplido sus noventa años de edad.¹ En muchas oportunidades él dijo que prefería ser recordado en el día de su nacimiento antes que en el día de su muerte. Es así como este 20 de noviembre queremos evocar su presencia, hoy traducida en un proyecto de libros y en una gran biblioteca.

* Investigadora titular del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe y profesora de la Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ En este año 2019, al cumplirse un centenario del nacimiento de Gregorio Weinberg, retomo emocionada estas palabras escritas hace una década, que hablan de su presencia y la vigencia de su obra. Mi padre se ha convertido en un siglo.

Y escribo estas páginas conmovida por el dolor de su ausencia no solo para los familiares y amigos que tanto lo hemos querido, sino también por el dolor de la ausencia de sus palabras y certeros puntos de vista, tan necesarios para reabrir el diálogo en el complejo panorama de la presente situación de Argentina y América Latina. Se extraña mucho a este gran entendedor y a este gran sentidor capaz de comprender con su mirada, en un amplio horizonte, a su país y al mundo, a la política y la cultura, y a buscar certeros enlaces entre ámbitos que muchos todavía sorprendentemente consideran desligados, como ciencia, tecnología, reflexión filosófica, cultura, conocimiento, educación. Le preocupaba que el corto plazo, los ‘apagones culturales’ y las miserias de la coyuntura nos hicieran vagar sin rumbo en lugar de trabajar por proyectos compartidos y radiantes en el largo plazo. Y por supuesto, capaz siempre de defender con vehemencia otro vínculo que muchos hoy olvidan: política y moral.

Gregorio Weinberg vio desde hace muchos años que protagonizamos el comienzo de una gran era, resultado de un salto cualitativo que nos ha conducido al siglo del conocimiento, y que aquellos países que no inviertan de manera imaginativa en educación, creación, ciencia y tecnología y no se preocupen por generar una masa crítica que permita la expansión en nuestra comprensión del tan complejo y sorprendente mundo quedarán al margen de la historia y de la gran marcha del ser humano hacia la libertad. Pensaba, como Antonio Machado, que “Se miente más de la cuenta/ por falta de fantasía:/ también la verdad se inventa”. Y si se toma en cuenta que al morir lo acompañaban sus lecturas dilectas, entre ellas las de Carlos Fuentes y José Saramago, se entenderá que para él la literatura y el arte estaban enormemente ligados al avance en la comprensión e imaginación del mundo.

Gregorio Weinberg trabajó arduamente como pensador, escritor, educador, editor, retomando la estafeta que dejara Pedro Henríquez Ureña, para que nuestro mundo transitara *del descontento a la promesa*. En efecto: este gran intelectual latinoamericano que fue Gregorio Weinberg se hermanó siempre con ese otro gran intelectual

latinoamericano que fue Pedro Henríquez Ureña a través de un vasto, generoso, audaz proyecto educativo, cultural, centrado en el libro como genial herramienta para la educación permanente y la difusión de las ideas, y un libro nunca pensado de manera aislada sino integrado en colecciones, bibliotecas, proyectos de lectura capaces de multiplicar la razón y la emoción ante el vasto mundo y expandir el conocimiento entre sectores cada vez más amplios de la población y de otorgarnos una tradición de pensamiento. Si, como ha dicho Slavoj Žižek, en la era de los descubrimientos el mundo pasó de la idea de abismo a la de horizonte, mientras que hoy amenaza en muchos aspectos con regresar peligrosamente a la vieja, abismal y excluyente cerrazón de perspectivas, mi padre luchó siempre por esa apertura de horizontes, el diálogo en el espacio público y la traducción simbólica de ese diálogo a través de las posibilidades que brindaba la política del libro. No puedo sino pensar a mi padre, como a los grandes intelectuales en que encontró su modelo, como un ensayista que transitó de la poética de la escritura a la política de la lectura.

Gregorio Weinberg vivió así siempre vigilante de los grandes atolladeros y desafíos del mundo actual, aunque nunca, ni aun en sus más intensos momentos de diagnóstico lúcido y descarnado, dejaron de anidar en él las perspectivas optimistas y la confianza en la razón y en la ética nunca lo abandonó del todo. Ahora bien: ese optimismo de la voluntad que siempre acompañó a mi padre tenía un fundamento real, y alcanzó siempre la traducción en actos concretos, a través de sus reflexiones, sus escritos y sus proyectos de política cultural y de política editorial.

Como todos los hombres, mi padre nació y murió varias veces a lo largo de su vida. Así, su última obra, *El libro en la cultura latinoamericana*, salió de prensa nada menos que la noche anterior a su fallecimiento: Gregorio Weinberg murió en la madrugada del 18 de abril de 2006, y la noche anterior llegaban a su casa los primeros cincuenta ejemplares de ese largo ensayo que puede ser leído como una síntesis de la historia de la cultura americana, pero también como un legado para que América Latina se piense a sí misma y un canto

de amor a esa cultura y a la historia del libro, que el Fondo de Cultura Económica en su filial argentina le había pedido para publicar y distribuir gratuitamente en la Feria del Libro que abriría muy pocos días después. Todo un símbolo: mi padre murió en un hospital en el mismo momento en que nació en un libro. Un libro que efectivamente empezó a circular muy pronto en la gran Feria del Libro de Buenos Aires. El destino le jugó así esta buena pasada: él, que no creía en que hubiera otra vida después de la muerte, tuvo el destino de los escritores y los pensadores: convertirse en libro.

Mi padre murió varias veces: en 1966, después del golpe de Estado que transformó su vida, hizo abortar algunos de sus más caros proyectos, y cambió el rumbo de su vida y la de la familia toda. Volvió a nacer para dar cabida a nuevos proyectos, como el gran impulso a Solar y su participación en la Revista de la CEPAL, en Santiago de Chile. Estuvo a punto de sucumbir a un incendio y dos inundaciones que arreciaron con sus libros, pero sobrevivió también gracias al apoyo de la compañera de toda su vida, nuestra madre. Murió también, por supuesto, cuando murió mi madre y cuando murieron algunos de sus amigos más entrañables: José Luis Romero, Javier Fernández, Sergio Bagú, Manuel Sadosky, René Favaloro. Recuerdo que, al salir rumbo al hospital antes de una grave operación, se despidió de sus libros del mismo modo en que Saramago cuenta que su abuelo se despidió del árbol más querido de su jardín.

Pero a la vez, mi padre nació varias veces, con el nacimiento y los logros de cada hijo, cada nieto y del primer bisnieto que alcanzó a conocer. Nació con la lectura alborozada de cada libro, porque nunca perdió esa admirable capacidad de descubrir y celebrar cada lectura: lo recuerdo cuando me hacía sentar a su lado para leerme las páginas del *Quijote* o cuando, al salir de la anestesia y abrir los ojos para empezar a reponerse de una operación que en su momento temimos le habría de costar la vida, me pidió que le leyera *De rerum natura*. Mi padre nació así con el descubrimiento y redescubrimiento de autores e ideas, desde su juvenil encuentro con Aristóteles, Hegel y Marx. Nacía cuando nacía cada uno de sus trabajos para ser leídos

o publicados, acompañado por el ritmo de la máquina de escribir. Nacía en cada proyecto, en cada sueño, que tenía, necesariamente, la marca del libro y la biblioteca. Nacía en los grandes momentos de síntesis en que lograba como muy pocos captar un núcleo duro de temas y problemas. Nacía cuando ideaba nuevos encuentros, como el que dedicó con fervor juvenil a Darwin y al evolucionismo. Nació cuando fundó Solar con sus grandes colecciones, pero también volvió a nacer cuando se convirtió en editor de la colección Nueva Dimensión Argentina, en la que continuó activo hasta el último día de su incansable vida. Nació en cada uno de los sueños que llevó a realidad como intelectual, escritor, pensador, educador, historiador, editor...

El tiempo de Gregorio Weinberg

Todo esto nos anuncia de algún modo la que considero ha sido la gran preocupación filosófica de Gregorio Weinberg: la idea del tiempo y de la historia, que animó una obstinada búsqueda de goznes entre nuestra existencia y el gran concierto del mundo social. Con la mejor tradición ilustrada, Gregorio Weinberg afirma la universalidad de la razón, y su asombrosa capacidad expansiva y dinamizadora; con la mejor tradición empirista, materialista e histórica, descrea de los espiritualismos e idealismos disfrazados de universalidad; con la mejor tradición progresista, afirma la necesidad de un libre acceso de todos los hombres y mujeres a la ciudadanía en un mundo sin hambre; con las ciencias históricas y sociales, defiende la necesidad imperiosa de estudiar las múltiples y admirables soluciones culturales que hombres y mujeres han construido en diversos tiempos y espacios, sin perder nunca de vista la unidad de la especie humana y la universalidad de la razón; con la literatura y el arte, se admira y festeja, con la extraordinaria juventud de un lector apasionado, el prodigio de la imaginación humana.

Otro tema que atraviesa la obra de Gregorio Weinberg es su constante insistencia en superar, sin nunca abandonar, el “viejo humanismo” excluyente, elitista y esencialista, para procurar buscar un “nuevo humanismo” incluyente, generoso, que incorpore los aportes de todos los pueblos, culturas y experiencias históricas; que incorpore las ideas de ciencia y razón con un sentido universalista. A través de la lectura y el diálogo con filósofos, historiadores, científicos y tempranos científicos sociales, buscó entender el salto cualitativo por el cual surge la especie humana, su capacidad para ordenar creativamente la experiencia a través de la cultura, y la marcha muchas veces acallada de la razón y la imaginación, en su capacidad de hacernos libres. Le atrae la unidad en la diversidad de las soluciones culturales a problemas biológicos y descubre una nueva forma de hacer filosofía y hacer historia, que, en lugar de tomar como centro a los grandes hombres y las ideas cristalizadas, estudie la aventura humana del conocimiento, en toda su dinámica: ¿cómo se han vinculado, a través de los siglos y las diversas soluciones culturales, la mano y el cerebro (Benjamin Farrington)? ¿Cómo, a partir de una primera gran revolución, la neolítica, por la cual, y por primera vez, se produjo la primer gran derrota del medio y del hambre, a través de la organización de la sociedad, se logró disparar nuestra historia para hacer habitable y compartible nuestro universo (Vere Gordon Childe)? ¿Cómo se entretejió ese complejo que es el conocimiento, la cultura, el *tempo* de las diversas sociedades, hasta hacerse lenguaje, arte, deslumbramiento desde los más diversos miradores de la experiencia y la explicación del mundo (Durkheim, Hubert y Mauss, Braudel, Lévy-Bruhl)?

Mi padre tuvo siempre especial predilección por rescatar aquellas figuras poco conocidas que no solo dieron cuenta del conocimiento y la sensibilidad para entender nuestro mundo sino también de la voluntad plena de contribuir a modificarlo: en muchas ocasiones se refiere a nuestros mejores intelectuales como verdaderos “sentidores”. Tal, por ejemplo, el caso de Mariano Fragueiro, un pensador por muchos “olvidado”, que en una época y lugar marginales de los grandes centros de poder económico y las grandes teorías económicas

logró descubrir, desde la sensibilidad de época y desde la práctica, que el liberalismo económico y el liberalismo político no son, a pesar de las apariencias, compatibles: el primero exige un modelo político autoritario para existir. Muchos más son los “sentidores” que mi padre admiraba y a los que había dedicado páginas certeras: Las Casas, Montegudo, Sarmiento, Gutiérrez, Alberdi, Humboldt, y tantos otros protagonistas de verdaderas aventuras del pensamiento, con la sola constante de haber sido entendedores geniales cuyas ideas fueron injustamente olvidadas, incomprendidas, fracturadas, o de los cuales se apropiaron provisional pero reversiblemente intereses ajenos y falseadores.

Quienes tuvimos la fortuna de estar muy cerca de él sabemos de muchas de sus más secretas inquietudes e íntimos descubrimientos: una vez más, “el descontento y la promesa”, en expresión de Pedro Henríquez Ureña que mi padre hizo suya en un libro de ensayos. Es constante su preocupación por el desequilibrio entre la marcha de la humanidad hacia un mundo más habitable e incluyente y la terrible exclusión a que ha dado lugar un cierto orden económico.

La pasión por entender la idea de tiempo, la génesis social e histórica de las grandes categorías que nos permiten ordenar y explorar el mundo, ha sido probablemente la mayor de sus pasiones. Aristotélico antes que platónico, hegeliano antes que kantiano, mi padre mostró en múltiples oportunidades cómo el sistema del Estagirita invierte la afirmación platónica de que la verdadera realidad radica en las ideas intemporales, y descubre la jerarquía filosófica de lo real, material y contingente, primer magno reconocimiento de una realidad anclada en la materia y la experiencia. Descubre cómo Kant encontró su límite al hablar de las categorías *a priori* de todo conocimiento. El genio hegeliano, en cambio, consiste en haber introducido la historia en las raíces mismas de la reflexión filosófica, en un magnífico sistema al que solo Marx pudo, en su opinión, superar, al poner del revés la trama del pensamiento —son estas palabras de Romero que a mi padre le gustaba repetir— e introducir un enfoque materialista del mundo.

Aquí comienza a entrecruzarse la vocación filosófica con la histórica y aun la editorial: para mi padre, publicar la obra de Rodolfo Mondolfo y organizar, junto con Oberdan Caletti, la empresa de traducir y enriquecer con bibliografía en español la *Historia de la Filosofía* de Paolo Lamanana, ha sido un muy temprano modo de contribuir a vincular las ideas con la historia, la sociedad, la cultura, la ciencia y la tecnología.

Algunos de sus mayores aportes a la consolidación de la reflexión antropológica en Argentina consistieron en la temprana traducción de la obra de Vere Gordon Childe, de Lucien Lévy-Bruhl, de Hubert y Mauss. El pensamiento de Lucien Lévy-Bruhl, temprano representante de la corriente cuyas figuras más reconocidas son Durkheim, Hubert y Mauss, propuso categorías como la de 'mentalidad primitiva' o 'participación', y ha sido muy criticado por las nuevas corrientes antropológicas en cuanto a lo que se considera su eurocentrismo. Sin embargo, Lévy-Bruhl planteó por primera vez la posibilidad de correlacionar cultura y conocimiento: las categorías ordenadoras del mundo y el lenguaje ya no se darían en un *a priori* de la vida cultural, sino que estarían moldeadas por ella: una peculiaridad que solo muchos años después aceptará la lingüística, cuando discuta las concepciones antropomórficas de la génesis de las categorías del lenguaje, a partir de un mucho más sofisticado estudio de lenguas no europeas.

En los últimos años de su vida renació en mi padre una pasión juvenil: el evolucionismo y el pensamiento de Darwin. Una vez más, su asombro ante los avances de la ciencia se adelanta a la que como pre-sagio será una de las constantes del siglo por venir: la normalización de las ideas científicas, que habrán de tener un peso fundamental en la visión de mundo del mañana.

Gregorio Weinberg y el mundo del libro

Gregorio Weinberg se incorporó tempranamente al mundo de libro, tanto desde los estudios, traducciones, notas y reseñas críticas, así como con su trabajo en casas editoriales como Lautaro y Hachette

y en grandes proyectos de incorporación al mundo de habla española de pensadores como Lucien Lévy-Bruhl, Hubert y Mauss, Vere Gordon Childe, Antonio Gramsci, así como grandes estudiosos de la talla de Paolo Lamanna. Incluso para el caso de filósofos como Hegel, impulsó la traducción de obras menos conocidas, como su *Ciencia de la Lógica*, llevada a cabo por el eminente Rodolfo Mondolfo.

Ha sido admirable su labor pionera en el reconocimiento y difusión de escritores, viajeros, científicos, pensadores argentinos, como editor de colecciones como *El pasado argentino*, *Dimensión argentina* y *Dimensión americana*. Mi padre tuvo a su cuidado todos y cada uno de los libros que llevan el sello editorial de Solar, que dan cuenta de su minucioso trabajo como erudito que propone los títulos, como lector que disfruta el hallazgo y confirma la elección de los autores, como estrategia que se preocupa por todas las dimensiones materiales e intelectuales de la producción del libro, de las distintas etapas del proceso editorial, como exquisito conocedor de los secretos de la tipografía, la importancia de la calidad del papel y el diseño de los volúmenes, y como humilde corrector que cuida hasta el máximo posible cada edición. Recuerdo cómo me explicaba “la divina proporción” que debe guiar la formación de una página y cómo se admiraba de los títulos que combinaban con elegancia dos tintas, negra y roja.

Mucho debió también luchar para convencer a “las buenas conciencias” que no admitían dentro del ‘canon’ literario nada menos que a autores como Roberto Arlt, o a géneros como el sainete, hoy, por fin, revalorados...

Leo en el libro de la vida de Gregorio Weinberg, el *Bildungsroman* de un hombre que necesariamente iba a quedar convertido en libro. Porque fue, además de gran intelectual, pensador, escritor, un maestro, educador, historiador, historiador de la cultura y de la educación, profundo conocedor de la economía, la sociología, la antropología, porque fue defensor de la causa del libro, editor, bibliófilo, e hizo de la militancia por la cultura su modo particular de insertarse en la militancia política. También en este sentido fue mi padre, como don Quijote, defensor de las grandes causas y vinculador de mundos,

y en todos ellos se movió con la solvencia que da la honradez intelectual de un profundo estudioso y entendedor de los procesos.

Mi padre puso siempre el mismo compromiso en todo lo que hizo, en todo lo que emprendió, ya que escribió con la misma pasión sobre Monteagudo, Las Casas, que sobre Varona y Reyes y Mariátegui, sobre antropólogos como el evolucionista marxista Vere Gordon Childe o como el etnólogo francés Lucien Lévy-Bruhl, a quienes ya he citado, y que sintió la misma emoción al lograr publicar la primera versión al español de las *Cartas desde la cárcel* de Gramsci que la *Lógica* de Hegel. Y ello sin contar todos y cada uno de los libros que tuvo a su cuidado, muchos de ellos hoy ya clásicos y todos ellos miembros de una biblioteca imprescindible del pensamiento argentino y latinoamericano, desde las muchas fuentes y estudios que logró localizar, recuperar y publicar (no solo los viajeros ingleses o los testigos de la campaña al desierto, sino también un Roberto Arlt por entonces poco conocido, o la obra de Eduardo Gutiérrez y diversas formas de literatura popular, así como los estudios contemporáneos sobre la vida económica, social, cultural de la Argentina: Gino Germani, James Scobie, etcétera), hasta las primeras visiones de la pobreza presentadas por Josué de Castro, por ejemplo. Mi padre además cuidaba la organización de cada uno de los libros, localizaba al mejor prologuista, al mayor especialista en un tema que tuviera al mismo tiempo visión de conjunto, y les encargaba una y mil veces que el prólogo, tan detallado o erudito como algún que otro especialista lo quisiera, no dejara nunca de comunicar al lector el sentido de la obra. Mi padre pensó la cultura bajo la especie de una biblioteca. No se limitó a ser solo un gran lector, sino que quiso compartir con los demás sus aprendizajes.

Si buscamos un adjetivo certero para poner a la personalidad y a la obra de mi padre, no encontraremos ninguno mejor que aquél del cual seguramente más se enorgullecería: sarmientino. Pensó, como Sarmiento, que una de las principales claves para superar los males de América Latina empezaba por la educación. La historia le dio la razón: el principal capital social en el mundo contemporáneo

resulta hoy el conocimiento. En sus trabajos sobre educación pensó con enorme originalidad en “los modelos educativos” subyacentes. Vio en el momento de la Ilustración una clave para entender cómo en una sociedad, cuando las instituciones de educación formal caen en contradicción y se vacían de sentido, aparecen otras instituciones menos formalizadas en un principio que se hacen cargo de la dinamización en la génesis y circulación del conocimiento: así pasó en América Latina con la crisis del viejo modelo elitista de universidad y el inicio del mundo de los laboratorios, academias, sociedades de amigos del conocimiento, que comenzaron a hacer un nuevo relevamiento de la realidad y pusieron levadura en nuevos procesos sociales. Admiró enormemente a Humboldt y a los grandes viajeros que se atrevieron a ensanchar el conocimiento universal con una mirada generosa y una capacidad de incluir respetuosa y admirativamente lo nuevo y lo distinto. Belgrano, que entendió a comienzos del XIX hacia dónde iba el mundo, y cómo una América liberada del poderío español debía también cambiar de modelo económico. Admiró enormemente a Sarmiento por ver en la educación ese mismo motor. Admiró enormemente a Mariano Fraguero por haber demostrado, desde un lugar olvidado y marginado, que el liberalismo económico no es directamente proporcional al político, sino precisamente lo contrario: que imponer el liberalismo económico exige una renuncia al liberalismo político, con la consecuente cuota de represión y exclusión del interés social y —como lo estamos viendo hoy—repliegue de las obligaciones del Estado para con los individuos y de los individuos para con el Estado, convertido, de benefactor, en esquilado.

Retomo algunas de las ideas incluidas en la certera evocación publicada en *La Nación* por Luis Alberto Romero el 5 de junio de 2006, y que lleva por título “Gregorio Weinberg, maestro de las buenas causas”.¹ Allí el historiador contemporáneo se pregunta cómo definir a Gregorio Weinberg, y pasa cuidadosa revista a su legado en diversos

¹ Luis Alberto Romero, “Gregorio Weinberg: maestro de las buenas causas”, en *La Nación* (Buenos Aires), 5 de junio de 2006.

ámbitos. En primer lugar, como historiador vinculado al campo de la historia de las ideas a la vez que siempre atento a su relación con los procesos sociales y políticos, capaz de observar los procesos y las tradiciones de manera activa, “con la mirada de un verdadero intelectual”. Romero recupera también la faceta de Gregorio Weinberg como especialista en educación y estudioso de los distintos modelos educativos que se sucedieron en la historia de América. Y no olvida su “estirpe” de editor, ya que, como José Ingenieros o Ricardo Rojas, tuvo siempre en claro que “una tarea del intelectual consiste en oficiar de mediador entre el saber de los especialistas y el mundo de los lectores. Esa tarea implica no solo el esfuerzo material de poner los libros al alcance de todos, sino un trabajo de organización del saber, de ordenación, de selección...”. Plantea también Romero la necesidad de hacer un balance de ese legado para la cultura argentina que han sido las colecciones *El pasado argentino*, *Dimensión argentina*, *Nueva dimensión argentina*, así como su precedente, “esas maravillosas colecciones que publicaban Hachette y Solar, y que Weinberg, con insólito brío juvenil, retomó recientemente”. Esas colecciones permitieron a las distintas generaciones de lectores argentinos recuperar fuentes indispensables para pensar la propia cultura, muchas de ellas dispersas, olvidadas o desatendidas, así como también los clásicos de la cultura argentina, “estudios monográficos novedosos, que terminaron convirtiéndose ellos mismos en clásicos de nuestra bibliografía, como las obras de Horacio Giberti o Adolfo Dorfman”. “Todo ello en una “colección”, es decir, la propuesta de un plan de lectura, de calidad garantizada, en ediciones de asombrosa prolijidad, con cuidados estudios preliminares, en la que muchos nos hemos formado”.

Lo recordó también como maestro de muchas generaciones, en cuanto “profesor universitario excepcional” que dejó honda huella y sólida formación en sus alumnos de la Universidad de Buenos Aires, ya que fue en sus clases donde alumnos como el propio Romero comenzaron a conocer y valorar la historia de la cultura, aportando siempre una perspectiva humanista e integral al estudio de todos los problemas: “Es fácil reconocer el ‘efecto Weinberg’ en un segmento

bien definido de sus graduados, aquel que hoy ocupa las posiciones más significativas en esa especialidad”. Se convirtió así en un maestro, en un referente intelectual y moral obligado en épocas en que muchas generaciones argentinas se habían quedado desprotegidas: “Alguien que siempre estuvo en el lugar correcto, cuando otros faltaron o fallaron. Alguien a quien mirar, para ubicarse; alguien a quien consultar. Y eso no solo por su saber o sus ideas sino por sus valores, no declarados sino mostrados con su conducta. Gregorio Weinberg fue una persona íntegra y esto está en la esencia de su personalidad de intelectual y maestro”. Romero lo recuerda por fin como pensador siempre comprometido y apasionado, puesto que a él “la Argentina le dolió en cada línea, en cada palabra”, convertido así en verdadero “militante cultural”, que alcanzó “una perspectiva ecuménica singular y envidiable, que le permitía pensar los problemas argentinos a la luz de los universales”.

El escritor como editor

Quiero cerrar esta evocación pensando a mi padre como un intelectual-editor de la mejor estirpe sarmientina. Y no me refiero solo a que él mismo fuera, como ya se dijo, gran animador de ediciones y colecciones (en la misma línea en que lo hicieron Ingenieros con la pionera colección *La Cultura Argentina*, Mariátegui con ese gran proyecto llamado *Amauta*, Reyes y Henríquez Ureña con la *Biblioteca Americana* y otras colecciones del Fondo de Cultura Económica, Jesús Silva Herzog con *Cuadernos Americanos* o Ángel Rama con *Biblioteca Ayacucho*), sino además en que mi padre, como muchos otros de nuestros grandes intelectuales, hizo del ensayo una forma que puede llegar a simbolizar la edición de textos. Pensar un texto de manera generosa a la luz de proyectos editoriales es colocarlo en una dimensión mayor de sentido que desemboca nada más y nada menos que en proyectos educativos y ciudadanizadores de América.

En efecto, la apuesta de este intelectual argentino fue la de construir una columna vertebral para el autoconocimiento de Argentina y América Latina que pasara por dotarlas de una biblioteca. Una biblioteca para pensarse, un espejo que les devolviera su propio ejercicio de representación, pero también una biblioteca para descubrirse. El ensayista combina y recombina los textos que permiten el ejercicio de autorreconocimiento. Como editor, Weinberg “atacó” muchos flancos, entre los que reconozco ahora por lo menos dos: el de la recuperación de fuentes primarias (los viajeros, los observadores sociales, por ejemplo), y el de los estudios críticos que directa o indirectamente daban nuevo sentido, esto es, ponían en dimensión histórica, social, económica, a dichas fuentes. Sacó así a la luz textos raros, olvidados, ignorados y de difícil circulación (los viajeros, los expedicionarios al desierto), pero también textos negados o marginados por la lectura académica (Arlt y el sainete, como ya se dijo), que permitieron enriquecer, complejizar la idea de tradición y abrir a la posibilidad de fundar “una interpretación no tradicionalista de la tradición”, a la vez que colocó inauguralmente otros textos en apariencia exteriores a dicha tradición que, bien leídos y bien relacionados con esas “fuentes” anteriores al ejercicio crítico, permitieran también dar pie a la refundación crítica de la tradición: por una parte, historias comprensivas de la experiencia argentina, como la de José Luis Busaniche, que permitiera dotar al lector de un panorama de conjunto y evitar la lectura descontextualizada, carente de profundidad y fracturada; por otra parte, estudios novedosos, que arrojaban nueva luz, que interpretaban fenómenos de manera original y permitían encontrar nuevos mapas de sentido, nuevas relaciones, como es el caso de James Scobie, quien hace una lectura histórica del mapa de la ciudad de Buenos Aires y pone en movimiento la traza urbana, o, para el caso de América Latina, Josué de Castro. De allí que el término “dimensión” que adoptara para sus colecciones no sea meramente accesorio, sino que tenga un sentido fuerte: poner en dimensión, colocar lo particular en un marco histórico o interpretativo que le dé sentido.

En ese entrañable ensayo que se llama “Para coleccionistas pobres”, Walter Benjamin se refiere a los libros que atraen la certera mirada de aquellos grandes conocedores que no tienen, sin embargo, el poder adquisitivo de los coleccionistas adinerados. Los “coleccionistas pobres” son entonces aquellos que nutren sus búsquedas y sus hallazgos en esa órbita que escapa tanto del circuito minoritario de las rarezas bibliográficas o de los libros de especialista como del circuito del gran público que persigue las ediciones populares y novedades en surtidos eminentemente comerciales: existe así una tercera categoría intermedia, discreta, que se preocupa por los libros viejos y en vías de desaparición. Es en este puesto donde imagino a mi padre, coleccionista de escasos recursos económicos que, más que preocupado por encontrar alguna joya bibliográfica cuyo valor pasara inadvertido para el librero, iba en busca de obras que salvar del olvido y reintegrar al circuito de lo legible, para contribuir a la memoria y a la comprensión de la tradición cultural argentina.

Antes aún de lograr organizar su propia colección, cuando un muy aguerrido y sensible Gregorio Weinberg hacía sus primeros trabajos de juventud como corrector, prologuista, traductor o editor de libros, comenzó poco a poco este mismo ejercicio de búsqueda y alegato por la publicación de obras en varios sentidos: por una parte, propiciar una edición digna y rigurosa de los clásicos europeos y latinoamericanos (Voltaire, Bacon, Hegel, pero también el Padre Las Casas o Bernardo de Monteagudo, por ejemplo), pero a la vez incorporar obras de autores contemporáneos que no circulaban en el medio intelectual argentino (Gramsci, Lévy-Bruhl, Gordon Childe, Hubert y Mauss). Respecto de estos últimos, es necesario además subrayar que mi padre insistía en que ofrecían grandes categorías explicativas, comprensivas y comprehensivas, esto es, que encontraban “resortes” fundamentales para una comprensión de la vida social y cultural.

Gregorio Weinberg se mostró así sensible a un momento propicio en la industria editorial argentina que coincidió a su vez con un abaratamiento de la producción y un multiplicado efecto en la expansión del libro entre sectores cada vez más amplios de la población

que sabían leer y escribir. Advirtió también que se hallaban en camino hacia su “normalización” disciplinas novedosas como las ciencias sociales. (De algún modo, los proyectos de Mariátegui, Henríquez Ureña, Reyes, podían por fin tener mayores visos de realidad en una etapa floreciente de la industria editorial). Pero además encontró una manera no por discreta menos efectiva de enriquecer el pensamiento marxista de su época, al incorporar a la discusión a lo mejor del marxismo crítico. Una peculiar forma de militancia en un momento en que los distintos sectores del radicalismo, el socialismo, el comunismo, el peronismo, se estaban reacomodando o preanunciando, y se acercaba una peligrosa etapa de ortodoxia estalinista y congelamiento de las posiciones de izquierda y derecha.

De este modo, Weinberg hizo de la edición una forma de militancia política, una práctica educativa, un ejercicio demostrativo de una forma de hacer política cultural. Mostró que editar libros no es solo organizar y corregir originales, sino darles un sentido; colocar los títulos en una colección es pensarlos en una dimensión, atendiendo a los distintos momentos de la “cadena productiva” del libro: desde sus orígenes que son anteriores aún al propio autor (intuyó algo que más tarde encontraremos explícito en Foucault: que es necesario romper con el “culto a los orígenes” que hace del autor individual el origen del sentido), puesto que existen trazas de época, situación social y personal, momentos históricos, coordenadas geográficas, sociales, culturales, que hacen que un autor “decida” escribir lo que escribe (como lo dirá Bourdieu, la mayoría de nuestras elecciones son necesarias y tienen muy poco de libertad y de azar), hasta su recepción final, que no acaba con la interpretación por parte de los lectores individuales (operación también condicionada por el patrimonio simbólico dado por el grado de educación formal e informal, el entrenamiento para la lectura, la capacidad de contextualización, complejización y puesta en relación de los datos nuevos con el previo patrimonio social e individual de conocimientos), sino con la reflexión e incorporación al acervo cultural colectivo de las nuevas ideas. De allí el efecto multiplicador y formativo de la lectura. El editor se preocupa por

el lector en cuanto le proporciona herramientas que propicien un mayor nivel de acceso a la ciudadanía del conocimiento: la escuela, la sociedad; el reconocimiento de la jerarquía cultural del libro y la lectura harán lo demás.

Pero Gregorio Weinberg hizo aún más, al mostrar las potencialidades de la relación entre editar y escribir. Con Weinberg el ensayista se vuelve editor, el editor se vuelve ensayista. El libro se convierte así en lugar de confluencia entre ambos quehaceres a la vez que en forma de simbolización de la confluencia de dichas prácticas. No exageramos al pensar que el libro constituyó la síntesis de todo el proyecto de Weinberg, así como, inversamente, su proyecto tiene como detonante inicial la existencia del libro, objeto cultural potente, que encierra en sí mismo su propia capacidad de apertura.

No es por ello casual que ese ensayo de reciente aparición, *El libro en la cultura latinoamericana*, que la propia muerte de Gregorio Weinberg convierte en el último de su producción y de algún modo en declaratoria de su herencia intelectual, se convierta en ejemplo del círculo virtuoso de ensayar y editar, y en representación literaria de ese círculo virtuoso. Desde el título se nos anuncia un libro dedicado al libro, pero, más aún, el título anticipa la mirada del editor a la vez que la del escritor.

A lo largo del ensayo se observa la constante preocupación por dar sentido a los datos, y darles sentido es colocarlos en la dimensión histórica, geográfica y cultural, pero también económica, política y social. Sacar así los datos de una interpretación subjetiva y meramente hedonista: atenecear permanentemente los adjetivos y adverbios para que traduzcan la voz de un ensayista que es la voz de una mirada situada por encima del ensayista: 'prodigioso', 'sorprendente', 'asombroso' son modalizadores que, a diferencia de otros estilos del decir, no conducen solamente al asombro o la emoción individuales sino siempre a un asombro y una emoción pasados por el cedazo de una lectura social, epocal, cultural que los convierte, si así se puede decir, en modalizadores de alcance colectivo.

Weinberg se preocupaba siempre por dejar en claro que la propia opinión solo tiene valor social si es sometida a la autocrítica que la convierte en representativa de una mirada social. A su vez, esta representatividad solo puede lograrse si está avalada por formas de conocimiento y prácticas que confirmen el derecho a esa representación que el intelectual ejerce. De allí entonces la radical eticidad que acompañó a Weinberg en todos los actos de su vida y que, lejos de obedecer a una mera moralina de superficie, correspondía a la radical puesta en examen del derecho del intelectual a tomar la palabra.

Su pasión de lector, su increíble biblioteca, en una casa, en una calle, en un barrio de Buenos Aires, oculta, para sorpresa de todos, un Aleph, como muchas de esas grandes bibliotecas que hicieron aún más grande América Latina y hoy peligran por falta de apoyo y sobre todo por falta de visión respecto de su valor como grandes centros generadores de cultura.

Bajo la especie de una biblioteca

Regreso una y otra vez a la evocación de esa casa-biblioteca, a la que en su conjunto, y en cada uno de sus libros, es legítimo asociar con las figuras del Aleph, el laberinto, la enciclopedia, el libro infinito nombrados por Borges, y como en su poema a Spinoza —uno de los favoritos de mi padre—, veo también a Gregorio Weinberg labrar a través de los cristales un infinito que nos deslumbra en el encierro de *esas tardes que a las tardes son iguales*. Pienso que, si algunos autores son deudores de la preexistencia de grandes bibliotecas, como es el caso de Jorge Luis Borges y Alfonso Reyes, otros, como Ezequiel Martínez Estrada y Pedro Henríquez Ureña, Octavio Paz y Carlos Fuentes, son a la vez hijos y padres de esas mismas bibliotecas que ellos lograron constituir. Gregorio Weinberg ha sido también un escritor y pensador formado por bibliotecas y organizador de vastas bibliotecas él mismo, autodidacta e hijo de inmigrantes, se constituyó en padre e hijo de la biblioteca que formó, a la vez que se caracterizó por

ver el mundo —como lo dice el “Poema de los dones”— *bajo la especie de una biblioteca*.

Gregorio Weinberg tradujo su amor por la lectura en trabajos y proyectos vinculados a las bibliotecas y a la edición que permitieran multiplicar lectores y expandir así la posibilidad de apertura al mundo que da el libro. Quiero invitar a los lectores a reflexionar sobre esta expresión, *bajo la especie de una biblioteca*, que, más allá del valor poético que ella pueda tener, nos remite a toda una gran época de la historia argentina en que la concepción de la cultura se traduce en la idea de libro, de biblioteca, de edición, de colección y difusión de la lectura entre el gran público. Por otra parte, claro está, todos estos hombres de letras han trazado un continuo entre la lectura y la escritura, han hecho de la lectura verdadera cifra de su reflexión y su compromiso de vida, y han hecho del libro su forma de contacto con la realidad y el escenario donde se representa de manera fuerte su compromiso con la historia, la cultura, la educación.

De allí que, en muchos casos, su obra intelectual estuviera íntimamente ligada a la constitución de bibliotecas y a la concepción de la escritura como un fenómeno de lectura y, más aún, a la propuesta de una verdadera política de la lectura. El libro, la lectura y las bibliotecas no eran para Gregorio Weinberg un simple repositorio de datos o un simple acervo para la consulta, sino el escenario para el despliegue de grandes procesos y proyectos intelectuales. Su biblioteca no es así un mero depósito de libros, sino que sigue siendo un lugar vivo, donde el propio deambular ante los estantes resulta un auténtico viaje intelectual de exploración y descubrimiento.

Así, no es casual que Weinberg interpretara el mundo de la cultura como un vasto proyecto que habría que leer y que completar a través de una, insisto, política de la lectura. Muchos de sus ensayos pueden así ser leídos como procesos y proyectos de lectura de una biblioteca simbólica en progresiva constitución, a la vez que articulados con proyectos editoriales de largo alcance que habrían de contribuir a consolidar una política de la lectura. No es tampoco casual que mi padre dedicara tantas páginas a la reflexión sobre el sentido

de los libros, las colecciones y las bibliotecas e hiciera del trabajo editorial una hazaña cultural.

Por otra parte, la experiencia de biblioteca ha sido diversa, como diversa es la respuesta de cada uno de estas grandes figuras. Así, por ejemplo, escritores como Borges o Reyes, o, para ir más lejos en el tiempo aún, el propio Miguel de Montaigne, padre del ensayo, son ellos mismos fruto de la preexistencia de grandes bibliotecas, grandes acervos reunidos por sus respectivos padres, intelectuales y humanistas ellos mismos de envergadura, que heredaron a los hijos la preocupación por la lectura, el amor por la biblioteca. E incluso ha habido importantes diferencias en su respuesta a la preexistencia de la biblioteca y en su vínculo, más o menos elitista, con el mundo exterior. Y están también los grandes autodidactas, como Ezequiel Martínez Estrada y mi propio padre, que organizaron grandes bibliotecas que fueron escenario y alimento de su crecimiento intelectual.

Quiero cerrar con la mención de un comentario de Edward Said en *Sobre el estilo tardío* (un libro que por cierto acabo también de encontrar en Buenos Aires). Dice allí, a propósito de las observaciones formuladas por un estudioso de Beethoven —el músico favorito de mi padre— que su Novena Sinfonía es no solo búsqueda de un orden sino además búsqueda de nuevos modos de comprensión. Otro tanto me atrevo a afirmar respecto de Gregorio Weinberg: *su permanente búsqueda y celebración de nuevos modos de comprensión del mundo*. En su particular estilo de celebración de la vida, mi padre dejó un mensaje cifrado que seguimos buscando todavía en su biblioteca.

Cierro esta evocación con un anhelo que recupera el de mi padre: que su biblioteca y sus ideas sigan vivas, abiertas al diálogo y a la escucha. Este hombre a quien dolió como pocos la Argentina y que creyó como pocos en la Argentina deja una herencia plena de sentido que apenas estamos preparados para empezar a entender.

Gregorio Weinberg: un editor singular

Pedro Daniel Weinberg*

A mi Vieja, protagonista silenciosa de esta aventura

El propósito de este texto es presentar la figura de Gregorio Weinberg en dos dimensiones: una, la del editor, recortada de lo que fue su trayectoria como intelectual argentino; otra, la de un editor que supera los cánones de lo que se entiende por tal en el imaginario del mundo editorial que han establecido los estudiosos, los académicos, y los propios lectores. Se trata de un pionero que rompió los estereotipos de una época en el ancho espacio del libro. Digo más, al comenzar a borrar estas cuartillas tuve la duda (y reconozco la digo teniendo) si debía enfocar mi análisis en torno al editor o a la relación de GW con el libro.

De lo que no existen dudas es que el libro como objeto cultural cubre y acompaña toda la existencia de GW; de hecho, su vida profesional se inicia y se cierra con el libro. En cambio, si bien el editor casi siempre está presente, aparece y se desvanece por períodos según las circunstancias personales y laborales que le tocó vivir: la biografía de GW se inicia con su obra *El pensamiento de Monteagudo* (Lautaro, 1944) y las reseñas bibliográficas incluidas en la revista *Correo*

* Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional, Argentina.

Literario (1944 y 1945); se cierra el día de su muerte con la puesta en circulación de *El libro en la cultura latinoamericana* (FCE, 2006).

El editor surge poco después de la publicación del libro sobre Montegudo, con su incorporación al elenco de colaboradores de Lautaro, en 1945; el docente universitario solo llegará a las aulas de la UBA a finales de 1950 (primero Arquitectura, 1957-1961, luego Ciencias Exactas, 1960, y solo finalmente Filosofía y Letras, 1961-1966); el inicio de la militancia por la causa del libro, el escritor y la industria editorial son de 1958; el consultor internacional en ILPES y CEPAL (1966 a 1983) y en Unesco (1980 en adelante); el académico en el período 1983-2005; el funcionario público entre 1983 y 1989.

Esto es: trayectorias ocupacionales acotadas y truncas o discontinuadas, la mayoría de las veces por razones políticas. Lo que sí dio permanencia a su aporte intelectual fue su producción escrita que nunca se detuvo, y la defensa del libro como hecho cultural, como instrumento de libertad y como portador de conocimiento. En definitiva, la tarea que se propuso GW desde los comienzos de su carrera laboral fue, nada más y nada menos, que materializar en forma de libro el mundo de las ideas y de su textualidad.

Algunas consideraciones iniciales

Entender a GW, como a tantos otros hombres y mujeres que han descollado en la vida, implica comprenderlo en su integralidad; en su caso, en su condición de intelectual. El editor aparece como una faceta dentro de esa mirada totalizadora que incluye múltiples aspectos; estrictamente hablando, lo convirtieron en un trabajador de la cultura. Fue editor, claro; pero su vida no solo fue ésa, aunque sí ese oficio lo tiñó a lo largo de más de sesenta años de actividad; no existen dudas que el pensador, el humanista, y el editor se confunden en la persona de GW.

Como editor, fue un profesional que se diferenció de aquel al que estamos acostumbrados a considerar. Para entenderlo a cabalidad

no se puede aceptar que fuera simplemente un destacado “asesor literario”, un hombre que dictaminaba qué publicar y qué no; en efecto, no fue solo un responsable por la elaboración y generación de contenidos, el procesamiento de textos, la determinación de la calidad de la obra producida por escritores; tampoco se circunscribió a dar señales de identidad a un sello editorial.

GW fue todo eso, pero, además, desde sus inicios aprendió, por ejemplo, tanto a circular por las calles de Buenos Aires que lo llevaban a las imprentas (López, Macagno Landa o MACLAND, Bartolomé U. Chiesino, Compañía Impresora Argentina, El Gráfico editores), como a establecer los momentos oportunos para la compra de papel importado dado el peso que este insumo tenía en el precio final del libro impreso; no olvidemos que en esas épocas la producción de papel nacional para el libro estaba lejos de satisfacer la demanda interna e incidía sensiblemente en el precio de venta del libro. Más aún, en esos años 1940-1960, si no existía escasez de papel en el mercado, se restringían las posibilidades de acceso a la compra del importado debido a los avatares inflacionarios y a las permanentes devaluaciones de nuestra moneda.

No menos energías consumían la discusión con los dueños o encargados de las imprentas para acordar el pago por el “alquiler” de la composición en plomo hasta ver el resultado de un nuevo lanzamiento: ¿tiene idea el lector actual que hacer una nueva edición implicaba componer de nuevo la totalidad del libro? En esos tiempos no había llegado la película, y mucho menos los procesadores electrónicos de textos. Para no extender demasiado la lista, en su caso también consumía energías y tiempo la revisión de galeras y pruebas de página, la selección de las ilustraciones de tapa e interiores, los costos de los clisés, la promoción de reseñas de los libros que producía (o ayudaba a producir en editoriales amigas) en revistas literarias y académicas, y los suplementos literarios y/o culturales de los diarios. Y por fin, una de sus actividades preferidas fueron las tertulias con libreros de ley para conocer la evolución del gusto del público lector e informarse sobre la marcha de las ventas.

En GW el editor está arropado por su condición de humanista. También por su ferviente convicción del papel que cumplía el libro como instrumento de democratización de la cultura, y de la necesidad de construir una sociedad donde impere el respeto a las ideologías, los gustos o las necesidades del otro y de un abordaje amplio y plural a la hora de promover la confección de un catálogo. Y no menos importante: siempre consideró al libro como la herramienta idónea para el desarrollo de una masa crítica capaz de multiplicarse, difundirse y expandirse.

GW fue un destacado intelectual argentino, de reconocida trayectoria en el mundo de las ideas y de las letras, nunca se negó a reconocer que el libro también era un objeto originado en el mundo productivo. De ahí que coincidiera con aquellos viejos planteamientos de Don Daniel Cosío Villegas, cuando expresara en una conferencia sobre “La industria editorial y la cultura” en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1947: “Alguna vez se hará la historia del libro de México, no desde el punto de vista bibliográfico, sino de su producción. Y entonces se verá que no es distinta en esencia de la historia de cualquier otra industria, digamos la del hierro”. Y nosotros agregamos: no podemos sustraernos a afirmar que los libros publicados en el país, entre otras cosas, que generan empleos, fueron y están siendo hechos con manos argentinas, que trabajadoras y trabajadores agregan valor en todas las etapas de su producción, que el libro produjo y produce divisas. Y claro, proyecta nuestra cultura.

Como ya se adelantó, una buena parte del trayecto de la labor de GW como editor estuvo marcado por una industria editorial que descansaba en la impresión de las obras en talleres gráficos. Estos eran lugares donde sobresalían los linotipos, el plomo fundido, las planas; y donde en algunas circunstancias descollaban no pocos educados obreros que, con escasos escrúpulos y miramientos, solían “corregir los errores” (sic) cometidos por los autores a la hora de componer los textos (enmendar la plana, se decía). También llegó a los tiempos del offset con sus libros de Ediciones Solar. En ese viaje por la evolución de las tecnologías gráficas alcanzó a asomarse en sus últimos años,

(cuando trabajaba en su colección “Nueva Dimensión Argentina”, Taurus) a los entornos digitales, y así se permitió apreciar y admirar una industria donde se habían adueñado de la escena las nuevas tecnologías de la información y la comunicación.

En su última obra, alcanzó a adelantar su ratificación, a la vez que dar un voto de confianza, en el futuro del libro. En las últimas páginas de *El libro en la cultura latinoamericana* establece que de todos modos la matriz de la comprensión sigue existiendo en el libro: “Convengamos en que el libro sigue siendo el soporte sobre el que se construye la sociedad de la información; más aún, es inadmisibles aceptar que exista tensión entre el libro y la computadora; en última instancia, los espacios virtuales como Internet, solo son posibles por la preexistencia de la letra impresa”.

En definitiva, cuando afirmamos que GW fue un editor singular, queremos decir que conoció y practicó su profesión en todos los eslabones que componen la cadena de valor del libro: fue editor en el sentido clásico del término, pero también corrector de pruebas, escritor, funcionario de casas editoriales, traductor, dueño de una pequeña empresa editorial, un militante gremial de la causa del libro, trajinó la promoción de las ventas, estimuló a otros a producir libros, reflexionó y escribió sobre el libro. A estos aspectos nos referiremos en los párrafos siguientes.

Gregorio Weinberg: las claves de una trayectoria

Debemos retrotraernos tan atrás en el tiempo (1947) para encontrar desarrolladas por GW las claves que ayudan a entender las ideas que devendrían en la guía de su carrera en el mundo editorial. En una reseña publicada ese año en la revista *Sur* se rastrean sus pensamientos frente a la problemática del libro. Como expondremos más adelante, diez años después (1957 y 1958) volvería a explayarse sobre las pautas de lo que él entendía debería exigírsele a un editor; lo haría de forma explícita y ampliaría el alcance de lo que sostenía.

Cuando recién se iniciaba en Lautaro escribió en la citada revista *Sur* (noviembre, 1947, pp. 126-131) algunas pautas sobre el rol del editor y las editoriales. En ese artículo reseñaba los dos primeros volúmenes aparecidos en la Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica [FCE]. La extensa reseña trata sobre el prospecto donde se exponía el proyecto de la colección, para detenerse a continuación en el *Popol Vuh* y en la *Vida del almirante Cristóbal Colón*. Lo que interesa subrayar es un pasaje incluido en la sección destinada a la primera de esas obras; decía GW:

La edición es sencillamente impresionante. Hecha con rigor y método científico, europeo diríamos. Tiene todos los requisitos de las mejores ediciones críticas; va precedido de un Prólogo y una Advertencia que transparentan, sin recargar, una profunda erudición [...]. Complementan a la Introducción del libro valiosas notas aclaratorias al pie de página que facilitan una lectura seria; una extensa Bibliografía, un orientador Índice de Materias, como así también un mapa fuera de texto. En pocas palabras, este primer tomo correspondiente a la serie de “Literaturas Indígenas”, es un modelo y ejemplo de método, criterio y presentación.

En el párrafo transcrito tiene el lector una pista de lo que sería el derrotero que cumpliría como editor GW; encontramos allí una “advertencia” de cómo debe publicarse un libro según su criterio. No podemos cerrar este párrafo sin dejar de transcribir los primeros renglones de esta reseña donde expresaba: “Pedro Henríquez Ureña y la editorial Fondo de Cultura Económica, quedarán incorporados a la historia de la cultura de América, por el solo hecho de haber concebido y comenzado a realizar esta, su extraordinaria Biblioteca”. Nos importa resaltar aquí que ya en sus comienzos hace pública su admiración por ese intelectual dominicano al que volvería una y otra vez, como fuente de inspiración y guía, a lo largo de su recorrido intelectual. Y no menos relevante, marquemos la alusión hacia el FCE, modelo de editorial que admirará siempre.

A mediados de la década del cincuenta, escribió una extensa reseña bibliográfica sobre la “Biblioteca de Cultura Básica” que publicaba la Universidad de Puerto Rico, en colaboración con la *Revista de Occidente* de Madrid; dicha nota apareció en *La Biblioteca*, la revista de la Biblioteca Nacional de Argentina (Primer Trimestre, 1957). Luego de señalar despropósitos mayores habituales de todo tipo registrados en las ediciones que circulaban por ese entonces de muchos clásicos que desfiguraban el contenido y el sentido de esos textos decía: “En una palabra, los pobres clásicos son, quizás, los peor tratados de toda la galería de autores”. Eso le daba pie para insistir en el cuidado y la calidad de las ediciones que la aludida Biblioteca había puesto en la presentación de las obras de Descartes, Goethe, Camoens, Maquiavelo, Hegel, Shakespeare, entre otros.

Como corolario de ese ejercicio analítico referido a las ediciones, GW concluía con este mensaje que él adoptó para sí y que proponía para el resto de los editores: “Además de los valores intrínsecos de sus publicaciones (la Biblioteca de Cultura Básica) deberá servir de ejemplo para que en el futuro se abandone la poltronería intelectual, y se ponga cuidado en la selección de los textos, los que deberán estar acompañados, siempre, de estudios preliminares modernos, notas oportunas, ilustraciones adecuadas, índices completos, etcétera”. Y agregaba una exhortación “a los editores, muchas veces improvisados, y que creen que clásicos son aquellos libros que además de no pagar derechos de autor, pueden publicarse a la diablo”.

Su experiencia adquirida en Lautaro (sobre todo en la fórmula que ensayó en las colecciones que creó, dirigió y animó), más su práctica editorial cumplida con casi una veintena de títulos acumulados, a esas alturas, en *El Pasado Argentino* de Hachette, más su propia reflexión sobre la materia, lo llevaron a reivindicar esta plataforma de lo que él consideraba debería ser el buen editor, diríamos nosotros. Fueron esos lineamientos los que aplicaría durante su itinerario como editor; además, serían las señales con las que juzgó la obra de otros. De tal forma, fue concibiendo una teoría sobre el editor a partir de su propia práctica. Como dato marginal advirtamos al lector

que GW no podía ocultar su orgullo porque detrás de esas ediciones se encontraban catedráticos argentinos que impartían clases en la citada Universidad de Puerto Rico: Risieri Frondizi, Adolfo P. Carpio y Luis A. Arocena; poco tiempo después los tres mencionados se incorporarían al claustro docente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

El tercero de los antecedentes que venimos exponiendo tiene su origen en un Informe presentado al IV Congreso de Escritores convocado por la Sociedad Argentina de Escritores [SADE] (Mendoza, 22-25 de octubre, 1958). GW expuso en esa ocasión un ideario para el libro y la industria editorial en el país; puede decirse que cuando uno analiza su conducta y sus postulados a lo largo de las décadas subsiguientes, verifica que no solo no se apartó de su ideario, sino que los mismos siguen teniendo vigencia y actualidad. En ese documento (que aparece incorporado en este volumen con el título “El libro argentino y sus problemas”) ya planteaba al libro “como un instrumento de cultura”; esto es, no concebía al libro como un asunto recortado y autorreferente, sino que entendía que se lo debía comprender en un contexto más amplio y ambicioso, y por ello proponía enfocar su tratamiento desde el punto de vista cultural, autoral, industrial y comercial. GW muestra, ya para ese entonces, un notable conocimiento de la problemática del libro por su originalidad, y no menos llamativas son sus tomas de posición para enfrentarlo. GW delinea en ese texto desde las “cuestiones duras” con que se enfrentaban los actores del sector, el papel, las máquinas y repuestos para la industria gráfica, los derechos y reivindicaciones de los escritores, la centralidad del Estado en el abordaje de la materia, la necesidad de una política específica, la institucionalidad que debería erigirse en torno a un Instituto Argentino del Libro, el diálogo y participación de todos los involucrados —escritores, industriales, libreros, editores, autoridades públicas— para el abordaje del tema. Observe el lector que GW hace planteos sobre la problemática del libro en la Argentina, pero también advierte asuntos concretos en la perspectiva comparativa internacional (por ejemplo, ya indicaba, alarmado

claro, cómo comenzaban a competir las gráficas mexicanas y españolas favorecidas por los altos costos de las imprentas nacionales, los insumos importados, el tema del franqueo para la remisión de libros, los tirajes, los presupuestos asignados, etcétera).

Agreguemos dos cuestiones especialmente importantes en la perspectiva de GW y su militancia gremial: una, el tema del libro se debería encarar en el marco de una Ley Nacional de Cultura que incorporara la creación del Instituto Argentino del Libro; en dicho espacio tendrían que estar representados “todos los sectores interesados”. Es decir, sostenía que la problemática del libro debía considerarse como parte de un proyecto cultural nacional y federal. Para GW el libro no tenía necesariamente una vida independiente; siempre lo entendió como una herramienta al servicio del pensamiento y del desarrollo cultural de una sociedad.

La otra cuestión sobre la que queremos llamar la atención puede resultar difícil de entender para las generaciones actuales; se relaciona con el lugar que GW les atribuía a los tirajes de las ediciones. Fue a partir de ese Congreso de la SADE que en toda intervención pública que hizo sobre el tema, y no fueron pocas, centraba su preocupación en la necesidad de romper el techo de los tirajes de los 3.000 ejemplares; dicho en otras palabras, se necesitaba alcanzar ese número como mínimo para asegurar una tasa de rentabilidad acorde con la inversión que la empresa editorial estaba haciendo. Según él, no había forma de abaratar los costos de producción si los tirajes seguían manteniéndose dentro de esos límites. Para su sorpresa, en los últimos años de su vida, y gracias a las nuevas formas de procesar los libros, vería que se podían hacer tirajes mucho menores; por lo general para una edición comercial se podría contemplar hacerlo desde quinientos.

Digresión para jóvenes lectores

Según Roger Chartier, en su clásico *Cultura escrita, literatura e historia* el editor es “quien se encarga de reunir el conjunto de las elecciones

que deben hacerse para publicar un libro: elección del texto, elección del formato, elección de cierto sentido de un mercado a través de la publicidad y de la difusión, lo que significa que el editor desempeña un papel central para unificar todos los procesos que hacen de un texto un libro. Queremos asociar esta definición del editor, bastante extendida y aceptada, a la figura, la obra y el recorrido realizado como tal por GW.

Tal vez a los jóvenes lectores les resulte difícil imaginar ese mundo del que los separan tan solo algunas décadas, y en el que las prácticas, los ritmos, los sonidos, los olores, ligados a la letra impresa eran tan diferentes del silencio y la atmósfera engañosamente aséptica del entorno digital regentado por la presencia de la computadora. Los originales se redactaban con una máquina de escribir cuyo manejo exigía un esfuerzo físico y cuyo sonido podía martillar o arrullar a los miembros de la familia del escritor; entre los muchos hijos de escritores del pasado, puede convocarse a los tres que tuvo GW para que den cuenta de lo que esos sonidos significaron en el desarrollo de sus vidas desde su nacimiento.

La máquina de escribir, el sonido de las prensas en movimiento, el olor del plomo, y esa constelación integrada por las cintas, el papel carbónico, las pruebas de imprenta, etcétera acompañaban a otro ritmo vital: llevar físicamente los originales a las casas editoriales o a los talleres gráficos o a las redacciones de diarios y revistas, recoger las pruebas, asistir a veces a la formación de los textos, comentar los detalles de diagramación, eran hechos todos que implicaban siempre una movilización de personas y un desplazamiento y un esfuerzo físico hoy inimaginables. Los ritmos de intercambio de originales y pruebas, marcación y corrección de erratas, se entretrejían también con las formas de circulación por la ciudad, las tortuosas comunicaciones por teléfono o, si era el caso, el intercambio de cartas a través del correo. Una vez impresos los pliegos, la necesidad de doblar, coser y encuadernar, para más tarde distribuir los libros, era otra etapa muy exigente. Y por qué negarlo, la ansiedad ante el volumen recién

impreso y el angustiante momento de buscar si se había escapado alguna errata...

Hay que reconocer que antes que se teorizara y estudiara el perfil del editor por parte de historiadores del libro como lo hace Roger Chartier, ya la práctica del editor generaba, en intelectuales como GW, una reflexión, una toma de posición y una militancia. Por lo apuntado, consideramos resulta oportuno recuperar tanto la faceta artesanal, el trabajo industrial, el oficio del editor, como la dimensión intelectual e incluso la política cultural que lleva implícita toda decisión de publicar un libro.

El editor, siguiendo las lecturas de Roger Chartier, es quien “aborda y entiende los textos desde sus diversas funciones —formar, informar, transformar— con el objetivo de llevar ese contenido del texto al lector”, pero también es quien media entre el autor y el lector, para que el texto llegue sin faltas gramaticales o de redacción, es quien, en definitiva, pone en libro el manuscrito de un autor. Un creador de sentido.

Ese fue, sin dudas, GW.

Roger Chartier da cuenta en sus textos que el oficio de editor va de la mano del libro y en estrecha relación con el autor, una triada que ha permanecido en el tiempo, con variaciones, pero siempre muy unidas; en su aludido *Cultura escrita, literatura e historia* expone:

No hay mejor manera de mostrar que los autores no escriben los libros, sino que estos son objetos que requieren de numerosas intervenciones. De acuerdo con los tiempos y los lugares, estas no son idénticas ni los papeles se distribuyen de igual manera. Desde mediados del siglo XV, los procesos de producción del libro impreso movilizan los conocimientos y los procedimientos de todos los que trabajan en el taller tipográfico (editores, correctores, cajistas, prensistas, impresores). Irrumpe así, con la multiplicación de manuscritos que descansan en el trabajo de los copistas y difiere de la fabricación del libro en el Oriente, en China o en Japón, que hasta el siglo XIX ignora el empleo masivo de caracteres móviles al depender del trabajo de los calígrafos, que copian el texto, y del de los grabadores, que lo dis-

ponen en planchas de madera que sirven a la impresión. Las técnicas cambian y, con ellas, los protagonistas de la fabricación del libro. Mas permanece el hecho de que el texto del autor no puede llegar a su lector sino cuando las muchas decisiones, operaciones y circunstancias le han dado forma de libro. No hay que olvidar esto al leerlo.

Por lo tanto, el oficio de editor pasó de ser uno más dentro de todos aquellos que permitían la confección de un libro a tomar vuelo propio. Con la industrialización de la imprenta cada tarea de la cadena de valor del libro fue logrando autonomía; las tecnologías permitieron separar la imprenta de lo editorial, quizá uno de los primeros sismas de la industria del libro. Los imprenteros diversificaron sus labores; ya no solo se dedicaban a imprimir libros, por lo tanto, abandonaron, en favor de la comercialización de sus productos, la función del editor. Es allí donde entran fuertemente las editoriales y sus catálogos, el editor como mediador cultural, el editor como agente que dará valor al libro, donde su capital cultural, su experiencia y opinión son fundamentales. Los oficios del impresor, del librero y del editor se separaron definitivamente.

GW editor

La trayectoria de GW se inició en la editorial Lautaro. Cuando se incorporó a la empresa, esta ya comenzaba a tener presencia en el mercado del libro: para ese año ya habían publicado, entre otros, *El Pueblo es inmortal* de Vassili Grossman en 1943 (pocos años después este autor se convertiría en uno de los más célebres cronistas soviéticos de la Segunda Guerra Mundial, así como sus obras en víctimas de las purgas estalinianas y de Nikita Krushev); nos referimos en particular a *Vida y destino* y *Todo fluye*. Grossman recién recuperó su presencia en el público lector de nuestra lengua, a partir de España, hace unos quince años: ¡Lautaro lo había publicado en el 43! Circulaban también dos obras de Rodolfo Puiggrós (*El pensamiento de Mariano*

Moreno, 1942 y *De la Colonia a la Revolución*, 2ª. Edición, 1943); contaba con Norah Borges ilustrando tapas de sus libros (Neria Gardner White, *La hija del tiempo*),

Con *El río oscuro*. (*La aventura de los Yerbales Vírgenes*), de Alfredo Varela se iniciaba un suceso editorial; en este sello se publicaron sendas ediciones en 1943, 1948, 1953. Años después, pasaría a incorporarse al acervo de otras editoriales como AGEPE, Centro Editor, Hyspamérica, Capital Intelectual. El texto de Varela fue llevado al cine por Hugo del Carril (*Las aguas bajan turbias*, 1952) alcanzando un éxito de taquilla raro para una película argentina que encaraba esta temática.

En Lautaro GW aprendió el “oficio” propiamente dicho; y junto a Sara Maglione de Jorge —alma mater de la empresa, culta como pocas, rigurosa profesional de la edición, espléndida persona— pulió su ímpetu juvenil, su garra intelectual y, sobre todo, desarrolló un espíritu pluralista guiado por la independencia de criterio a la hora de identificar un autor, un tema o un libro, un prologuista, un traductor.

Fue en esos tiempos que terminó de adoptar un estilo de trabajo artesanal; no fue un intelectual o investigador que contara con la colaboración de asistentes de investigación ni apoyo administrativo alguno; como muchos en su época, él escribía en su máquina de escribir Remington y pasaba en limpio una o más veces sus originales con tachaduras, arreglos, agregados; siempre debió valerse de sus propios recursos para ir a archivos y repositorios documentales; nunca llegó a trabajar en centros de investigación ni en institutos académicos rodeado de colegas con quienes consultar o comentar los avances de sus estudios; toda su obra escrita —desde las reseñas y apostillas hasta sus libros mayores— fue producida dentro de su “taller”, mínimamente equipado por una máquina de escribir, e insumos elementales: hojas en blanco y papel carbónico; lo que sí tuvo a su alcance fue la imponente biblioteca personal acumulada con no pocos sacrificios pero sí con mucha disciplina y tesón: su casa siempre estuvo invadida de libros hasta el último rincón. No alcanzó a

incorporar la computadora en su vida, y por lo tanto disfrutar de las bondades de la informática.

Reitero: ese estilo de trabajo artesanal fue el que abrazó para desempeñarse en la vida editorial.

Otras enseñanzas adquiridas junto a Sara Maglione: la primera, admitir la centralidad del lector como destinatario de la producción editorial; la segunda, la dignidad de la edición y la necesidad de ofrecer al público obras cuidadas, de contenidos relevantes y significativos; la tercera, la exigencia de garantizar honestidad intelectual al publicar obras íntegras, sin recortes, dejando de lado las tijeras a las que muchos editores apelaban con criterios nada transparentes pero aduciendo costos o extensión de las obras (cito dos casos a partir de prácticas observadas, por ejemplo, en Juan Carlos Torrendell y Jorge Abelardo Ramos); la cuarta, adjudicar la mayor importancia a la presentación gráfica y física de los libros, así como a procurar la perfección en cuanto a la composición; una quinta, y no menor, fue en Lautaro donde se dio cuenta de la importancia de trabajar con imprentas de primer nivel, competentes, aunque a primera vista pudieran aparecer como más caras; dicho en otros términos, talleres gráficos bien equipados, que utilizasen tecnologías actualizadas, y dispusiesen de una plantilla de personal técnico altamente calificado. Y una más: no publicar libros sueltos, sino hacerlo en el marco de colecciones o series orgánicas, donde se asigne un sentido que trascienda a un texto singular, por más impactante que sea.

Una prueba que marcó a fuego su espíritu abierto a la diversidad de opiniones ocurrió cuando a instancias suya Lautaro se propuso editar en castellano las *Cartas desde la cárcel* de Antonio Gramsci. Puesta a rodar la idea, la señora Maglione lo envió a informar de esta iniciativa a Orestes Ghioldi, por ese entonces director del diario *Orientación*. Además del inmenso valor que GW le atribuía a la obra del filósofo italiano, sería ésa la primera vez que la misma aparecería en otra lengua que no fuese la original. El connotado dirigente comunista, devenido en magnífico censor del Partido, le manifestó la inconveniencia de hacerlo, ya que no lo creía oportuno en esos

momentos. Ante esa situación la dueña de la editorial hizo caso omiso a ese dictamen y acompañó la iniciativa de GW; la firmeza de Sarita hizo posible dar a luz la primera entrega de las *Cartas desde la cárcel*, en 1950. Allanao el camino por GW, varios años después y habida cuenta de la obtención del *nihil obstat* del Partido Comunista de la Unión Soviética sobre la figura y la obra de Gramsci, Héctor P. Agosti retomaría la posta.

Lo que sí debemos reconocer es que la actitud de Orestes Ghioldi puede entenderse como la de un discípulo aplicado; en este caso, cuando adopta las “enseñanzas” de su maestro Victorio Codovilla; me estoy refiriendo, por ejemplo, a las apreciaciones que este último profirió en ocasión de su intento por defenestrar el pensamiento de José Carlos Mariátegui, seguido por oscuras maniobras tendientes a evitar la circulación de las tesis sustentadas por el Amauta (Véase Alberto Flores Galindo, *La agonía de Mariátegui. La polémica con la Komintern*. Lima, 1980).

En Lautaro se encargó de las colecciones “Tratados Fundamentales”, “Estudios y Ensayos”, “Crítica y Polémica” y de la versión española de las decenas de títulos provenientes de la célebre colección británica “Penguin Books”. Por otro lado, acompañó la publicación de las primeras ediciones de algunos autores que con el tiempo se convertirían en escritores notables de la literatura argentina; cite-mos dos de ellos: Enrique Wernicke, que se ganaba la vida como un eximio artista fabricante de soldaditos de plomo desde su taller de Olivos, y Gerardo Pisarello, que se mantenía con su cargo de maestro de educación primaria en la escuela Ramón L. Falcón de Buenos Aires. De la literatura universal se publicaron al español Miguel Hernández, *Viento del Pueblo* y *Cancionero y romancero de ausencias*, y al turco Nazim Hikmet, *Poemas y Duro oficio el exilio*, entre otros.

Allí también aprendió a lidiar con exigencias y veleidades de autores o herederos. Fue en ocasión de su interés por la publicación de la obra de Horacio Quiroga que María Elena Bravo, su última mujer, lo autorizó a volver a editar los cuentos del escritor del Salto uruguayo; pero impuso una condición: que solo fuesen impresos aquellos de

los que ella tenía los derechos autorales, y no los que había heredado el hijo varón. La reedición de los *Cuentos de la selva* fue una de las publicaciones de mayor éxito de ventas que tuvo Lautaro en los años cuarenta y de las que las prensas tiraron miles de ejemplares; eran presentaciones sobrias, pero atractivas.

Desde Lautaro GW puso a circular obras clásicas de filosofía que no se habían publicado hasta entonces, o se ponían a circular nombres de autores que devendrían clásicos en español años después, pero desconocidos hasta esos tiempos. Eran traducciones rigurosas, con revisiones técnicas —toda una novedad para ese entonces—, con cuidadosos tratamientos editoriales. Véanse algunos títulos y autores, elegidos al azar, de diferentes colecciones: Vere Gordon Childe, *Qué sucedió en la historia*; Henri Lefebvre, *El existencialismo*; Henri Hubert y Marcel Mauss, *Magia y sacrificio en la historia de las religiones*; Franz Boas, *Cuestiones fundamentales de antropología cultural*; D'Alembert/Diderot, *Discurso preliminar de la "Enciclopedia"* que se sumaban a una treintena de títulos más, entre las tres colecciones arriba aludidas. Y estamos hablando de un período de ocho años, que va de 1944 a 1952, en un sello editorial que se autofinanciaba sin respaldo ni auspicios de ninguna naturaleza.

Después de permanecer casi dos años desocupado a raíz de la clausura de Lautaro, GW siguió su carrera de editor como asesor literario de Hachette a partir de 1954. Allí emprendió la puesta en marcha de una colección hoy legendaria, y que es elogiada hasta nuestros días: "El Pasado Argentino". Ya en 1959 esa colección fue distinguida con el premio Carlos Casavalle; resultó ésa la primera vez que el Ministerio de Educación y Justicia, a través de la Dirección General de Cultura, otorgaba esa distinción para consagrar el "mayor aporte a la cultura del año".

En ese espacio siguió registrando la marca del elaborado rigor que había adoptado en Lautaro y que lo identificaría por toda su vida en el quehacer editorial: ediciones cuidadas con prólogos de expertos en el autor o en la problemática, solapas firmadas por especialistas, soberbias traducciones, textos originales pulidos e impecables

(difícil es encontrar un error de imprenta en los mismos), tapas y sobrecubiertas sobrias... Sobre esta colección no nos explayaremos pues en este libro aparecen sendas contribuciones que abundan en su análisis a cargo de Darío Pulfer y Gustavo Sorá. Sólo aludiremos muy brevemente a otra de las facetas que cultivó GW como editor. Nos referimos a la del diálogo con los prologuistas.

Cada vez que GW encargaba un prólogo para uno de los libros que rescataba del pasado, independientemente del género de la obra, ponía un especial cuidado en identificar a especialistas en la materia para que encarasen las páginas iniciales del volumen respectivo. Estableció como una práctica habitual que ese prólogo debía contener, por lo menos, una justificación que explicase las razones de esa reedición de una obra que había sido postergada por décadas, la singularidad que tenía ese libro en materia historiográfica o literaria, el contexto en el que se lo había concebido, y una biografía del autor. Fue muy exigente y estricto antes de la aprobación de esos prólogos; hasta que él no quedaba satisfecho, volvía sobre el autor todas las veces que fuese necesario para concretar una versión acorde con sus requerimientos; en más de una ocasión debió rechazar las entregas recibidas, y apelar a los servicios de otros especialistas.

Además de “El Pasado Argentino”, y tal como lo había hecho en Lautaro, abrió otras líneas y colecciones en Hachette. Publicó, entre muchos otros libros, textos “monumentales” por su dimensión y número de páginas (aun para la industria de nuestros días) como fueron *La Rebelión de Tupac Amaru y los orígenes de la independencia americana* de Boleslao Lewin (1023 págs., 1957), *Siete Arqueólogos. Siete culturas* de Fernando Márquez Miranda (casi 900 págs., profusamente ilustradas, 1959), la *Ciencia de la Lógica* de Hegel traducida por el eminente filósofo italiano Rodolfo Mondolfo (casi 1100 págs, dos tomos, 1956), *Abraham Lincoln. Los años de la pradera. Los años de la guerra* de Carl Sandburg (1957, 2 tomos, 1092 págs.).

También impulsó y tuvo a su cuidado, junto con el traductor Oberdan Caletti, la edición de la *Historia de la Filosofía* de Paolo Lamanna (6 tomos, 1957-1981). Se dio tiempo para asociarse con sus colegas de

la empresa para cooperar en otras series no menos prestigiosas, por su calidad e impacto, en los anaqueles de las librerías de Argentina y el resto del continente, como fueron la serie que animaba Horacio Maniglia, de casi veinte títulos sobre las vidas cotidianas; GW colaboró en algunas de ellas (la vida cotidiana en los tiempos de los Incas y en los tiempos de Homero, por ejemplo). Además, intervino junto a sus compañeros de tareas, entre otras, en obras mayores y en la colección “Clásicos Hachette”: *La Leyenda de Thyl Ulenspiegel* de Charles de Coster (1955); y Ben Johnson, *Teatro* (1958).

O ¿acaso no se recuerda también la incursión de GW poniendo el hombro en la serie de novelas policiales que seleccionaba y traducía Rodolfo Walsh y que competía en el mercado con la que impulsaban Borges y Bioy Casares desde Emecé? Además, es conocido el acompañamiento que GW dio a Walsh mientras elaboraba sus libros *Operación Masacre* (1957) y *El Caso Satanowsky* (1973).

La calidad de las ediciones y la repercusión en el público en general de “El Pasado Argentino”, y en particular del especializado, lo consagraron a GW al lado de otros emprendimientos de similar naturaleza que habían llevado a cabo antes que él José Ingenieros, Ricardo Rojas, y Alberto Palcos. No menos importante: porque a lo largo de su trabajo para Hachette, y luego en Ediciones Solar, pudo ver materializado lo que había propuesto en el Congreso de la SADE cuando iniciaba esta aventura. En otras palabras, la del 58 no fue solo una mera declaración de buenas intenciones o un enunciado altisonante y retórico que se agotó en pocos títulos; fue el *leit motiv* que lo guió en los más de sesenta años de vida como editor. Cuando comenzó con “El Pasado Argentino”, se comprometió, entre otras metas: “Brindar –a través de obras de géneros diversos, épocas distintas y autores muchas veces de ideas encontradas– un panorama completo de todas las dimensiones del pasado, subrayando la importancia de ciertos temas o la vigencia de determinados nombres, más rescatando a otros del olvido, para dar así una enriquecida imagen de la patria vieja y la Argentina nueva [...]. Aspiramos a que los libros de tapas azules y blancas que por decenas de miles están incorporados a los

hogares de pobladores urbanos y rurales, y por centenares alegran los anaqueles de bibliotecas y librerías sea sustancialmente un elemento para formar e informar las pasadas y las nuevas generaciones en el entrañable conocimiento de la Argentina”.

GW publicó entre “El Pasado Argentino”, “Dimensión Argentina” y “Nueva Dimensión Argentina” más de 120 títulos.

Claro está que ese ánimo democrático y pluralista no siempre fue bienvenido, y menos aplaudido, de manera unánime. Desde la inclusión de títulos “no académicos” (el sainete criollo, la obra de Eduardo Gutiérrez, las *Nuevas Aguafuertes Porteñas* de Arlt en 1960, crónicas de la vida cotidiana poco divulgadas todavía en ese entonces, entre muchos otros) hasta la convocatoria a prologuistas que estaban marginados de la vida cultural argentina por razones políticas fueron asuntos con los que tuvo que batallar. A modo de ilustración: invitó a León Benarós a prologar *El Chacho* de Eduardo Gutiérrez (1960) cuando decidió publicar ese tomo. (Pocos años después, en 1965, Benarós llevaría a la poesía la figura del caudillo riojano en el disco *El Chacho. Vida y muerte de un caudillo* que inmortalizó Jorge Cafrune). Las convicciones democráticas y republicanas de GW volcadas al mundo de la edición se sobrepusieron a esos mezquinos avatares coyunturales en la que cayeron muchos, incluidas algunas personas por las que guardaba aprecio.

Hasta el final de sus días se enorgulleció por la labor desplegada en Hachette durante una década; y, más allá del amargo sabor que le dejaron las desavenencias que tuvo con un gerente francés de apellido Musset y que provocaron la salida de GW de dicha empresa. (El talento y la capacidad demostradas por Musset en el manejo de los negocios quedaron puestos de manifiesto con el cierre de Hachette algunos años después). En especial, nunca olvidó el gesto de Palasí, el gerente que lo convocó a trabajar en esa casa editorial. En lo personal, cuando cobró su último salario en la casa francesa dio por cerrada una etapa en su vida profesional y familiar.

A partir de ese momento, no volvió a aportar a su casa ingresos producto de su trabajo como editor/asesor literario.

Pero por supuesto que siguió publicando; para ello creó un modesto “fondo revolvente” que operaba de la siguiente manera: cada vez que entraba un peso a la editorial y de los otros emprendimientos editoriales en los que seguía participando, los volvía a invertir en el pago de derechos de autor, traducciones, revisiones de texto, remuneraciones a los correctores de pruebas, compra de papel, imprentas...

Y como siempre, siguió viviendo austeramente de sus salarios como docente universitario, consultor internacional, o en sus últimos años de vida activa como funcionario del Estado argentino (director de la Biblioteca Nacional y vicepresidente del CONICET).

A su salida de Hachette, el editor creó su propio sello editorial, Ediciones Solar. Para comenzar las labores, procedió a adquirir la marca y las traducciones de algunos viajeros a los herederos de Alejo González Garaño y su socio, el propio José Luis Busaniche. Allí dio continuidad a “El Pasado Argentino”, aunque debió rebautizar con el nombre de “Dimensión Argentina” a esta nueva etapa; además, abrió otra colección denominada “Dimensión Americana”. También reeditó viejos títulos y nuevos autores que para él eran importantes: Hegel y su *Ciencia de la Lógica*, y la *Historia Universal* de Polibio (prólogo de José Luis Romero, 834 páginas).

Me detengo en este punto para remarcar una faceta de la práctica de ese editor, que trasciende el exclusivo papel de asesor literario en cuanto a la selección de títulos y autores. Me refiero a lo que significaba, como riesgo empresarial, acometer ambas publicaciones. Reflexione el lector, solamente, en lo que significaba para una firma que recién se iniciaba, de un capital bastante escaso, asumir el costo de la composición de obras que rondaban las mil páginas cada una, la inversión en papel; los recursos tecnológicos y financieros que implicaba encuadernar tres mil ejemplares; al final de cuentas no era sino una iniciativa unipersonal que descansaba sobre la autoridad moral de su dueño. No cabe olvidar el costo del personal y el tiempo que demandaba la tediosa lectura de las pruebas de galeras, y las dos pruebas de página habituales. Un error de cálculo con cualquiera de

esas publicaciones podría llegar a hacer trastabillar esa empresa incipiente donde trabajaba de mañana el propio GW (de tarde dirigía el Centro de Documentación Internacional de la Unesco, mientras que de noche impartía sus clases en las carreras de Filosofía y en Ciencias de la Educación de la Facultad de Filosofía y Letras); para llevar a cabo las tareas del proceso editorial contó con la ayuda en forma sucesiva de Horacio Maniglia primero, Barrancos (ambos ex colegas en Hachette), y de Jacobo de Diego después, en ese orden. Las labores de Solar se llevaban a cabo en una pequeña oficina que le habían prestado sin cargo, de unos diez metros cuadrados. Paradójicamente, ese local al que concurrió casi diariamente GW durante décadas lo obligaba a pasar frente a la sede de la Seccional 8ª de la Comisaría (más conocida antiguamente como la Sección Especial) que “gentilmente” (sic) lo había acogido y albergado cuando todavía trabajaba en Lautaro; esa seccional estaba situada a menos de doscientos metros de su destino, y era paso obligado rumbo a su oficina de Solar.

Insistimos: nuestra intención es mostrar que detrás del editor convencional hay tareas y desafíos y riesgos que no consistieron solo en prestar asesoramiento literario para las empresas con las que trabajó o para terceros (temas, autores, títulos...). Por ello, un mérito que eventualmente podría atribuírsele a GW es que tuvo el buen ojo del editor que supo encontrar su lugar y logró superar esa vieja tensión que preocupa a ciertos estudiosos de la edición: identificar el punto de equilibrio entre las sugerencias del editor y los intereses empresariales que demanda la gestión económica de la editorial.

No podemos cerrar este pasaje dedicado a GW sin aludir a los casi quince años que trabajó como editor en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social [ILPES] y en la Comisión Económica para América Latina [CEPAL] en Santiago de Chile; nunca vivió en forma permanente en la ciudad trasandina; viajaba en forma continuada; nunca quiso abandonar su casa y su labor editorial en Solar, a pesar que los años de las dictaduras del 1966/1973 y la dictadura cívico-militar 1976-1983 no generaban el mejor clima para cumplir con su proyecto de vida; su familia y su biblioteca eran prioritarios.

En 1967 recibió una invitación de Raúl Prebisch para trabajar como editor en ILPES; acepta de inmediato la convocatoria. En esos momentos estaba nuevamente desocupado por haber renunciado a sus cátedras universitarias a raíz del golpe de Onganía (junio, 1966), y por haber sido cesado como director del Centro de Documentación Internacional de la Unesco a instancias de la Secretaría de Cultura de la Nación (diciembre, 1966); este cargo había sido obtenido en un concurso internacional que había tenido como jurados a Risieri Frondizi (rector de la UBA), Bernardo A. Houssay (presidente de CONICET), José Babini (Director Nacional de Cultura), un representante de Unesco y un representante de OIT.

En ILPES fue editor de las principales obras que allí se publicaron, sobre todo en el período que va hasta 1973: llevan su impronta desde *Dependencia y Desarrollo en América Latina* de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto hasta las obras de Celso Furtado, pasando por las de José Medina Echavarría, Marshall Wolfe, Pedro Paz y Osvaldo Sunkel, entre otros.

A partir de 1975, concentra sus obligaciones como editor en el armado, diseño y lanzamiento de la *Revista de la CEPAL* (primer número, 1976). El primer director fue Raúl Prebisch; si bien la revista era responsabilidad de un organismo internacional –CEPAL–, gozó, y lo hace hasta el día de hoy, de independencia editorial: para la publicación de sus materiales se apega a criterios académicos. Desde sus inicios Prebisch planteó que la Revista debía contribuir al examen de los problemas del desarrollo socioeconómico de la región americana. GW se desempeñó como editor de la publicación durante siete años en forma ininterrumpida; solo abandonó esa posición para hacerse cargo de la dirección de la Biblioteca Nacional y de la Dirección Nacional del Libro en 1983. GW, años después, supervisó la publicación de las *Obras 1919-1949* (cuatro tomos) de Prebisch, publicadas por la Fundación que lleva su nombre. De esta Fundación, GW ocupó la vicepresidencia primera durante muchos años.

GW y el libro

Hemos dicho que la relación de GW con el libro se dio desde distintas posiciones y espacios. Diversos ángulos lo encuentran a GW girando siempre en torno del libro. Señalaremos algunos.

GW escritor

Su aproximación a las letras, ya lo mencionamos, se produce como escritor antes que como editor. A la hora de entrar a trabajar a Lautaro ya había escrito *El pensamiento de Monteaquedo*, y había publicado algunas reseñas bibliográficas y artículos en revistas literarias (*Correo literario* y *Cabalgata*) y filosóficas (*Minerva*, animada por el joven Mario Bunge). Mirado desde la actualidad, uno se asombra por el caudal producido en forma de libros, artículos académicos, reseñas bibliográficas, prólogos, advertencias preliminares, presentaciones, comunicaciones a encuentros académicos, documentos para reuniones internacionales, publicaciones en diarios y revistas. Las muchas conferencias pronunciadas, sus intervenciones en congresos científicos, o las presentaciones ante organismos internacionales estaban siempre escritas; nunca quiso improvisar, por más seguro que se sintiese con el tema a exponer. Un ejemplo de ello lo constituye el discurso pronunciado en ocasión de acceder al sillón Juan María Gutiérrez de la Academia Nacional de Educación; o su última aparición pública, al lado de Enrique Iglesias y José Saramago, a invitación de la Fundación Santillana, donde expuso el tema “La educación que queremos”.

Como escritor, ningún género le fue ajeno; la tradición familiar narra que escribió poesía y avanzó en una novela, aunque estos fueron secretos celosamente guardados entre marido y mujer, y al que ni los hijos pudieron llegar.

Los temas que trataba y su rigor analítico hicieron que sus libros y artículos circularan por las prensas argentinas y del exterior, especialmente por toda América. Pero si alguien le hubiese preguntado

por su propio balance, sin dudas habría respondido desde un rincón de inconformidad y autoexigencia. Sus más cercanos lo oímos decir que hubiese querido producir mucho más; concretamente, haber concluido las dos obras que tenía muy avanzadas: una sobre el tiempo; la otra sobre Simón Rodríguez.

Una tarea que nunca abandonó fue la de escribir reseñas y críticas bibliográficas. De hecho, su primera producción (1944) comienza por esos medios; y no eligió para hacerlo una publicación menor: lo concretó en *Correo Literario*. Esta era una revista que se publicaba quincenalmente en Buenos Aires a comienzos de los años cuarenta (1943/1945); ése fue el espacio elegido por GW para darse a conocer como escritor. Las contribuciones de sus comienzos dieron la pauta de lo que sería su trayectoria posterior: se referían tanto a autores argentinos como extranjeros; sus contribuciones aparecieron en varios números de 1944 y 1945. Dicha revista era una publicación de contenido literario y de artes plásticas, antifranquista. La dirigieron tres notables gallegos que convocaron a lo más granado de las artes y las letras del exilio español, y también a intelectuales y artistas plásticos argentinos y europeos cercanos a la República. La condujeron Arturo Cuadrado, un crítico, poeta y ensayista; Luis Seoane, artista plástico de profesión, y encargado de la diagramación e ilustrador de la publicación; y Lorenzo Varela, un polifacético crítico y ensayista que vivió y trabajó como editor en Buenos Aires hasta 1946. Como dato ilustrativo, debemos recordar que pocos años antes, Cuadrado y Seoane, junto con Mariano Medina del Río—habían creado la editorial Emecé (1939).

A partir de esas primeras incursiones, y hasta pocos meses antes de su fallecimiento, GW nunca cesó de ejercer la crítica literaria. Lo hizo en todos los medios a su alcance de Argentina, América y España. No pretendemos juzgar ni relevar exhaustivamente estas contribuciones; alcanza con indicar algunos de estos espacios para conocimiento del lector: las ya citadas *Correo literario*, *Minerva* —*revista continental de filosofía*— y *Cabalgata*, a las que se agregaron con el tiempo *Anales de Buenos Aires*, *Sur*, *Imago Mundi*, *El Hogar*, *Gaceta*

Literaria, Cursos y Conferencias, Tarea Universitaria (UBA), Revista de la Universidad de Buenos Aires, Davar, Libros de Hoy, Continente, Revista de la Universidad (Universidad Nacional de La Plata), Sandorama, Comentario, Qué sucedió en 7 días, Gaceta del Fondo (FCE), Novedades (Eudeba), Cuadernos Americanos, Redacción, Vigencia, Todo es Historia... y en los suplementos de cultura de los diarios *Noticias Gráficas, El Mundo, La Opinión y La Nación* de Buenos Aires y *La Gaceta* de Tucumán.

Un aspecto del crítico que no se puede dejar pasar por alto es que el exigente editor también se hace ver en muchas de estas reseñas. La mayoría de estas son eso, estrictamente, reseñas bibliográficas, más o menos extensas, de acuerdo a la relevancia de la obra, al interés de quien las publicaría, del espacio que le asignaban. Lo que interesa subrayar es que al encarar la redacción de las reseñas GW desplegaba a pleno sus dotes de pensador culto, capacidad intelectual renacentista, analista riguroso e informado.

Pero no fueron pocas las ocasiones en que la crítica de GW también se orientó hacia los aspectos de la edición de los textos revisados: criticaba traducciones por la falta de fidelidad a lo expresado por los autores en su idioma original, llamaba la atención cuando el libro contenía muchas y/o disparatadas erratas o señalaba desprolijidades de todo tipo; y para qué decir, cuando descubría ediciones con textos cercenados por manos inescrupulosas.

Con el ánimo de ser ecuanímes agreguemos que también lo llenaba de satisfacción cada vez que se enfrentaba a una obra mayor, bien hecha, donde primaba el buen gusto; el cuidado editorial del texto y del autor; por ello, exaltaba el alarde del diseño, la diagramación o las ilustraciones; no se cansaba de reconocer en sus reseñas el uso de las técnicas gráficas cuando ellas alcanzaban elevados niveles. Disfrutaba del libro cuando este se convertía en un objeto hermoso. Era feliz cuando tomaba entre sus manos cualesquiera de los Códices publicados por el Fondo de Cultura Económica o por Siglo Veintiuno: por su contenido, por su significado, y no menos importante, por la admiración que guardaba hacia los artesanos de las imprentas que

hacían posible esas proezas y al avance tecnológico de las gráficas mexicanas.

Desde sus inicios procuró alcanzar altos niveles de excelencia en la producción editorial que encaró en todos los lugares donde trabajó; los resultados están a la vista. Y admitamos también que su autoexigencia y rigor se verificaba en todas las etapas que entrañaba la edición de los libros en los que estaba involucrado, patrones que a su vez aplicaba en los que él mismo leía.

GW y la venta de libros

El único eslabón de la cadena de valor del libro en el que no incurrió GW, como ya se ha dicho más arriba, fue la venta directa: no tuvo librería, tampoco nunca trabajó como dependiente en una de ellas. Eso sí, siempre estuvo pendiente por registrar qué pensaba, qué quería, qué esperaba, qué le gustaba al lector, así como también quería conocer cómo marchaba la venta de los libros que él ponía en circulación. Para ello descansaba en los libreros amigos cuando los visitaba asiduamente en sus locales: esos libreros se convirtieron en sus informantes clave.

No solo consultaba por la marcha de las ventas de los libros que publicaba; también respetaba en el librero su capacidad de comprender al lector. Reconocía en ese profesional (no en el mero dependiente de una librería) una fina sensibilidad y una agudeza muy particulares para desentrañar el alma humana. Según él, eran pocos los lugares comerciales donde las personas encontraban quien las escuchase y entendiese. A partir de la pregunta por un libro o por un tema o un autor se abren mundos insólitos e imprevisibles que el librero competente analiza y procesa mentalmente para luego responder a la consulta del lector. Ese librero, además, podía responder a las inquietudes del editor que se preguntaba por la demanda y los gustos imperantes. GW vivía interesado en escrudinar el mundo del libro como un hecho admirable del no menos admirable mundo, así como le preocupaba saber qué se esperaba del editor y las editoriales

desde la mirada originada desde el “otro lado del mostrador”. Estaba atento a lo que escuchaba, respetaba la palabra del otro, era curioso, tenía capacidad de asombro; ese conjunto de factores lo ayudó a aprender y aprehender el mundo del libro. Desde ese lugar mucho valoró en el librero su vocación para convertirse en mediador entre el editor y el lector.

GW caminaba de manera permanente para visitar las míticas librerías porteñas de la avenida Corrientes y calles aledañas. Escuchaba (hablaba poco) a quienes atendían con celo las consultas de sus compradores; aprendía de sus relatos; disfrutaba de sus historias; valoraba sus análisis de la realidad argentina vista desde el mostrador de sus locales. Con algunos ajustes debido a las circunstancias de cada ocasión, el circuito de sus recorridos semanales de los sábados se iniciaba en librería Hernández, hablando con Damián Carlos Hernández primero, y años después con Ezequiel Leder Kremer y Matías Maggio Ramírez; con Gregorio Schwartz en alguno de los dos locales de Fausto de la calle Corrientes, a los que se fueron sumando Héctor Caneda y Sinesio, y poco después José Luis Retes y Pedro Wolkowitz; Luis Lacueva lo atendía en Platero; Francisco Gil en El Ateneo de la calle Florida, para cerrar su recorrido en la Librería Norte de Héctor Yánover. Cuando viajaba a México —lo hacía con una frecuencia anual— eran muchas las horas que pasaba charlando con Ricardo Nudelman, el creador, junto a Mauricio Achar, de la Librería Gandhi del DF: alguna vez se escribirá la historia de este emprendimiento que marcó un antes y después en la historia de la difusión del libro en ese país.

GW quería entrañablemente a Héctor Yánover, un poeta cordobés que había llegado a Buenos Aires, a comienzos de la década del 50, con mucha humildad y con un libro inédito de poemas debajo del brazo. Se trataba de *Hacia principios del hombre*, que Lautaro publicó por intercesión del propio GW; lo mismo haría en Hachette cuando en ese sello promovió la aparición de *Arras para otra boda* (1964). Ese fue el mismo poeta que medio siglo después llegó a dirigir la Biblioteca Nacional.

Entre las facetas que más lo sorprendían de Yánover era que, en la década de los años sesenta, el poeta cometió una proeza al haber protagonizado el corrimiento de una frontera invisible, pero frontera al fin, cuando logró incidir en la ruptura de la localización de las librerías porteñas que hasta ese momento se concentraban en los alrededores de la avenida Corrientes. De allí su admiración, sobre todo por haber favorecido la expansión de la venta del libro hacia los barrios; en eso Norte marcó un hito.

Puede decirse que GW fue protagonista de la edad de oro de las grandes librerías porteñas, con todas las prácticas de sociabilidad y amistad propias de esa época que desafortunadamente van cayendo en el olvido. Dejaremos apuntadas un par de observaciones adicionales al respecto.

En el año 1948 o 1949 GW emprendió un extenso viaje por América que duró unos tres meses. Su primer destino fue México para luego efectuar escalas en Guatemala, República Dominicana, Cuba, Costa Rica, Panamá, Venezuela, Colombia, Perú, Chile, entre los países que recuerdo. Sarita Maglione le había encargado salir a promocionar los libros de Lautaro por las principales ciudades del continente americano como ya lo hacían las grandes editoriales argentinas de ese entonces. Si tuviésemos que tipificar en qué condiciones lo hizo, deberíamos admitir que actuó en calidad de “corredor de libros”. Además, fue su primera inmersión en la América profunda. Su sensibilidad le permitió, además de dar a conocer el catálogo de Lautaro en el mercado del libro americano, conocer de primera mano las ancestrales tradiciones y las costumbres de los pueblos americanos; se deslumbró con los colores y la variedad de la oferta de los mercados; aprendió a disfrutar los sabores de las elaboradas comidas de sus gentes; quedó impactado con la belleza de las artesanías populares y la imaginación y creatividad depositada por esos genios anónimos; trabó amistad con intelectuales y artistas; visitó las universidades, museos y otros espacios culturales; en fin: se familiarizó con ese mundo de escritores, librerías e imprentas. El viaje resultó un suceso para Lautaro, tanto desde el

punto de vista económico como de instalación y proyección de su acervo en tierras tan alejadas. Por ese entonces, en Argentina, solamente Losada, Sudamericana, El Ateneo, Emecé y alguna otra casa podían darse el lujo de acometer semejante inversión. En ese viaje se reencontró con Orfila, y conoció a Don Daniel Cosío Villegas (“inventor” de El Colegio de México, creador y primer director del FCE entre muchísimas otras cosas) y al Licenciado Jesús Silva Herzog (director y principal animador de la revista *Cuadernos Americanos*).

Además, se aproximó a un peruano excepcional al que trató y admiró durante más de cuarenta años: se llamaba Juan Mejía Baca. Librero, editor, promotor cultural, llegó a ser director de la Biblioteca Nacional de su país. Una figura severa, frecuentemente vestido de traje negro y camisa blanca; su estampa se confundía con los libros antiguos y modernos que desbordaban los anaqueles y las estanterías, de un mítico local del Jirón Azángaro de Lima; un ícono cultural de la ciudad de Lima de esos años.

De ese mismo viaje debe recogerse la amistad entablada con Juan Marinello, un destacado lingüista e intelectual de referencia cubano, habitué de las cárceles y las mazmorras de su país durante las dictaduras de Machado y Batista, que llegó a ser rector de la Universidad de La Habana con el triunfo de la Revolución, así como presidente de la Asamblea del Poder Popular (Parlamento) de su país.

No menos permanente en su memoria quedaron sus emocionados recuerdos y el entusiasmo popular que vivió a su paso por la Guatemala gobernada por Juan José Arévalo.

A partir de esas vivencias es que algunos años después GW comenzó a redoblar su admiración por Gonzalo Losada y Pedrito García (así lo llamaban en el ambiente del libro porteño al hijo del fundador de El Ateneo); y ya no los vio solo como un gran editor al primero y como un editor y líder entre los librerros argentinos al segundo, sino como a dos figuras que contribuyeron a la difusión del libro, la cultura y la ciencia argentinas por el continente americano: valoró en toda su dimensión el significado que adquiría

la frecuencia con que viajaban sus corredores e iban disseminando los contenidos de sus frondosos catálogos. Ya en la década de los cincuenta, ambos empresarios comenzaron a instalar filiales en muchas de las capitales de Sudamérica: Montevideo, Santiago de Chile, Lima, Bogotá, Caracas se convirtieron en faros de irradiación no solo de la producción editorial de esas casas, sino que a través de ellas dieron a conocer la literatura nacional y universal, las artes y la ciencia médica en especial.

GW solía reiterar como ejemplo de liderazgo argentino bien ganado en diferentes terrenos a la *Fisiología Humana* de Bernardo Houssay. Publicado por El Ateneo en 1945 tuvo infinidad de reediciones, y se convirtió en “el texto” en la materia en la mayor parte de las carreras de medicina de toda América; su impacto puede medirse no solo en términos económicos, sino fundamentalmente por su contribución a alcanzar un predicamento y un prestigio inusual para la medicina argentina.

GW fue uno de los más entusiastas impulsores y sostenedores de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires; participó activamente “desde la cocina” en casi todas sus versiones: en la organización previa, y en el transcurso de las mismas; sugería ideas, temas, escritores a convocar; se le asignaron responsabilidades que cumplió de manera encomiable; además intervino en presentaciones de libros, integró paneles y mesas redondas; adjudicó mucha relevancia a los eventos previos con bibliotecarios y con docentes; en la 30ª Feria (2004) fue distinguido con el premio a la Trayectoria Editorial. Su apuesta a atribuir importancia a las Ferias como una genuina manifestación en cuanto a la difusión del libro, quedó reflejada en el documento de base que le solicitó la Unesco para un evento celebrado en Bogotá en 1983 a instancias del Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe [CERLALC] titulado *Ferias y Exposiciones Internacionales del Libro en América Latina*.

GW: su intervención en algunos emprendimientos editoriales de amigos

Como ya hemos expresado en otro lugar de este aporte, rasgos que lo acompañaron toda su vida fueron su capacidad de reconocer el valor humano y el talento de las personas, su permanente disposición y su apuesta por el libro, así como su arraigada convicción en la capacidad liberadora de la palabra escrita. Más aún: fue un tipo generoso con lo que sabía y contagiaba entusiasmo por el libro y la palabra escrita. Nunca le pareció suficiente con lo que él producía. Siempre se ingenió para promover iniciativas de colegas y amigos; a algunos los alentaba a escribir y publicar y a otros los empujaba a invertir en la edición de libros.

El desarrollo de la editorial Siglo Veinte y otras como *Leviatán*, *La Pléyade*, *Psique*, *Dédalo*, *La Rosa de los Vientos*, todas del grupo de Gregorio Schwartz, lo contó como a uno de sus activos acólitos desde 1950 aproximadamente. Infinidad de títulos fueron sugeridos por GW, incluso compartió algunos que él antes ya había publicado. Si Schwartz lo creía necesario, y se lo solicitaba, escribía las presentaciones o revisaba las traducciones y supervisaba la edición. A GW lo caracterizaron conductas basadas en un enorme desprendimiento, sobre todo cuando de producir cultura se trataba. En ese sentido, constituyen un sinnúmero los casos de títulos y autores promovidos por él, que podrían enunciarse; también existen en la actualidad testigos en condiciones de testimoniar sobre esa característica de GW. No lo hacía por sus amigos y por sus colegas solamente; fundamentalmente lo hacía porque creía en la vitalidad del libro como una herramienta al servicio del pensamiento y el conocimiento.

Cabe agregar otro detalle no menor referido a Schwartz: fue un hombre del libro en distintas y simultáneas capacidades ya que se inició en la imprenta Macagno Landa; siguió con la creación de la editorial Siglo Veinte, y las otras arriba nombradas; a ellas sumó Ediciones Librerías Fausto (a cargo del poeta y librero Luis Tedesco y su colega José Luis Retes) en la década de los setenta. A esas iniciativas

de Schwartz cabría agregar la cadena de librerías Fausto; estas llegaron a tener varios locales que se convirtieron en centros de referencia cultural de la ciudad (dos en la calle Corrientes, dos en la avenida Santa Fe), sin olvidar a Martín Fierro, también en la avenida Corrientes.

Otra relación que resultó fecunda para la producción de libros fue la amistad que entabló con el dueño de la imprenta “El Gráfico impresores”, sita en la calle Nicaragua 4462 del barrio de Palermo; nos referimos al señor Abraham José Weiss. La relación se desarrolló a partir del ilimitado interés de GW por producir otros títulos, además de los que ya venía haciendo en Hachette (expondremos este asunto más abajo). A partir de ese encuentro, se generó entre ambos una fluida comunicación donde al interés, compromiso y disposición por la promoción de la cultura y el libro judíos de uno se unió el habitual contagioso entusiasmo que transmitía el otro. A partir de esa relación inicial Weiss, yo diría en tono de broma “para su desgracia”, escuchó y confió “a ciegas” en GW.

Pensar en la dimensión de lo que Weiss produjo desde su editorial Acervo Cultural Editores sería motivo de un estudio especial y de cuya utilidad no tenemos dudas para rescatar la figura de uno de los imprenteros sensibles que jugaron su patrimonio (esto dicho en el más estricto sentido del término) para atender a sus convicciones e ideales (algunas referencias al tema pueden consultarse en el libro de Alejandro Dujovne, *Una historia del libro judío*). GW convenció a Weiss que siguiese publicando la obra de Scholem Aleijem (creo que se editaron casi veinte títulos de ese clásico). Y en especial, lo embarcó en tres obras de gran envergadura, y por eso mismo, de un significativo riesgo empresarial. (Debemos convenir que no toda la “culpa” era de GW; el señor Weiss, en su desprendido proyecto de difusión de la cultura judía a través del libro exhibía, afortunadamente, debilidades propias que hacían llevaderas estas aventuras).

GW lo embarcó en más de una, sí; pero también lo acompañó en todas las etapas que entrañaba producir un libro: juntos hicieron la selección de los autores y los títulos, identificaron traductores de

primera línea para cada una de las obras, GW se encargó él mismo de algunas de las presentaciones y advertencias preliminares; para otras atrajeron a especialistas. Como resultado, y gracias al esfuerzo y compromiso económico de Weiss, existen disponibles en castellano, en versiones originales, tres obras clásicas de la historiografía y la filosofía universal: las *Obras Completas* de Flavio Josefo (1961, 5 tomos), traducidas directamente del griego por Luis Farré; las *Obras Completas* de Filón de Alejandría, cuya traducción y edición estuvieron a cargo de José María Triviño (1975-6, 5 tomos); y las *Obras Completas* de Baruj Spinoza, edición en cinco tomos, cada uno con una advertencia de GW (1977). La obra de Spinoza fue presentada por Jorge Luis Borges, Weiss y GW en el salón de actos de la Sociedad Hebrea Argentina. Los tres títulos circularon encuadernados, con el sello apuntado, Acervo Cultural/Editores.

Por último, GW era un apasionado de la edición y de la producción de un libro; como ya se ha apuntado, conocía al detalle los entretelones de la producción de un libro. Tal vez por ello, no pudo sino estremecerse con profunda admiración, cuando Weiss le comentó que emprendería una obra de proporciones mayores como era la de la edición del *Talmud de Babilonia*, en edición bilingüe español y hebreo arameo, que ocuparía una veintena de tomos de formato mayor, lujosamente encuadernados. Las labores se iniciaron en 1964; Weiss falleció en 1985 y dejó la obra bien avanzada pero inconclusa. El empeño de su hijo permitió publicar cinco tomos más, restando aún otros cuatro. Corresponde reconocer que la iniciativa y su financiación corrieron por cuenta exclusiva del editor, sin ningún tipo de apoyo institucional.

Un tercer editor, poco conocido y mucho menos apreciado a pesar de su contribución a la cultura nacional, fue Gregorio Lerner, con quien GW mantuvo una fecunda relación laboral en los duros años que le tocaron vivir a raíz de la clausura de Lautaro. Lerner quería atender un nicho que le parecía auspicioso y merecía explorarse: la producción de clásicos argentinos requeridos en los cursos de literatura argentina para alumnos de educación secundaria. Desde la

editorial Hemisferio se encaró la tarea. GW colaboró en la selección de autores y títulos, escribió con seudónimo varias advertencias preliminares y encargó a especialistas las otras, trabajó como corrector de galeras y de pruebas de páginas, mientras sus hijos terminaron de aprender a leer gracias a las agotadoras jornadas en las que acompañaban a su padre en la tarea.

Como GW nunca perdía la oportunidad de encontrar quien lo escuchase con sus ideas, a mediados de los años cincuenta, cuando ya estaba en Hachette, valiéndose de su amistad con Lerner lo convenció para poner a circular en una colección la obra completa de José Ingenieros; la iniciativa ocupó casi veinte volúmenes, gráficamente identificados como una sola serie, y se editaron prácticamente todos los títulos del autor bajo el sello Elmer.

La Editorial Bibliográfica Omeba era una empresa dedicada al libro jurídico, y a la publicación de Enciclopedias de distinto tipo. Operaba en Buenos Aires y Bogotá, y pertenecía a la familia Lerner (no estoy seguro si las de Gregorio y Bernardo Lerner constituían una sola familia, o si guardaban alguna relación de parentesco). Bernardo Lerner se ocupaba de la casa en Buenos Aires. Desde esta localización había alcanzado un enorme éxito de ventas en el mercado del libro jurídico con la *Enciclopedia Jurídica Omeba*, publicada en 26 tomos; a raíz de ello encaró la producción de otras enciclopedias; desde sus inicios GW se comprometió en la aventura con carácter de asesor. Una de las primeras apareció a comienzos de los años sesenta, y estuvo a cargo de Diego Abad de Santillán, quien coordinó a un solvente equipo de profesionales que lo llevaron a concluir con éxito esta ambiciosa obra; se trataba de competir desde América con las enciclopedias producidas en Europa, como la *Enciclopedia Universal Ilustrada europeo-americana* de Espasa Calpe, y lo lograron. Estoy aludiendo a *Gran Omeba. Diccionario Enciclopédico Ilustrado* (12 tomos); a ella siguieron la *Gran Enciclopedia Argentina* (9 tomos) también a cargo de Abad de Santillán, y la *Gran Enciclopedia de Ciencias de la Educación*, un tomo de 682 páginas que se editó en 1969, bajo la dirección de Delia Etcheverry y J. Ricardo Nervi. (Nota

al margen: ¿puede cobrar conciencia el lector de la potencia editorial alcanzada en el país por esos años, que estaba en condiciones de salir a competir aiosamente con enciclopedias arraigadas, y crear otras cuyos temas permanecían inéditos? Y aquí me estoy refiriendo tanto a la capacidad intelectual, así como a la capacidad financiera y tecnológica para encarar obras de esta magnitud). Además, en 1962 la Editorial Bibliográfica Argentina, una subsidiaria de Omeba, publicó, bajo la orientación de GW, las *Obras Completas* de José Ingenieros, esta vez en ocho tomos encuadernados. Como veremos más adelante, aparecieron simultáneamente dos versiones de un mismo texto, pero con sellos editoriales diferentes; debería decirse que fue un emprendimiento común de las obras completas conducido de común acuerdo por dos casas distintas: uno por este sello; el otro, por ediciones Mar Océano. También recordemos que en Omeba se encaró la edición de la obra de Vernon Louis Parrington *El desarrollo de las ideas en los Estados Unidos*, obra ambiciosa en tres tomos, con advertencia de GW, pero cuya circulación no prosperó por un acto de censura.

Otro espacio poco conocido donde GW tuvo una actuación destacada fue una aventura editorial que él mismo frágilmente piloteaba debido, principalmente, a sus limitaciones presupuestarias de ese entonces; otra vez aparece la “complicidad” de Weiss. A esta decisión se sumaron unos pocos amigos dispuestos a navegar por las aguas tumultuosas del financiamiento de las ediciones que GW proponía. Uno de esos sellos se llamó Ediciones Mar Océano.

Desde 1953, y en forma poco regular, fueron apareciendo títulos de diversa naturaleza. Los primeros fueron *Noticias secretas de América*, de Antonio de Ulloa y Jorge Juan y *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas; ambos tenían una advertencia preliminar de GW. Desde este sello, y bajo su iniciativa, se redescubrió la obra olvidada del escritor entrerriano Martiniano Leguizamón; publicaron *Montaraz. Costumbres Argentinas*, en 1955, y *Recuerdos de la Tierra* dos años después.

Tal vez las obras de mayor envergadura, por el tiempo y los costos invertidos, fueron dos textos: uno de von Clausewitz; el otro de Ingenieros. Por un lado, estamos aludiendo al clásico libro de Karl von Clausewitz, *De la guerra*, que fue la primera vez que se lo publicaba en español. Se encargó la traducción a Rosa W. de Setaro. De acuerdo con quienes elaboraron una bibliografía sobre esta obra, la traducción de Mar Océano es la mejor disponible en lengua castellana; tal vez allí reside la razón por la que los derechos fueron robados en innumerables ocasiones por editoriales españolas, por organismos dependientes de las fuerzas armadas de países americanos y España; y como resulta obvio, se la encuentra también en versiones electrónicas piratas. Mas limitémonos por el momento a valorar la osadía de GW y sus socios para encarar un texto de estas dimensiones; lo hicieron desde un sello poco conocido aun hoy.

En materia de publicaciones, Ediciones Mar Océano mostró un momento de madurez empresarial cuando lanzaron las *Obras Completas* de José Ingenieros: una producción al cuidado de GW, puntillosamente encuadernada, en ocho tomos y en formato mayor. En el volumen 7, donde se incluyen *Las fuerzas morales* GW escribe un ensayo sobre “Las ideas filosóficas y éticas de José Ingenieros”. Como se consignó más arriba, la presente fue una coedición conjunta con Ediciones Bibliográficas Argentinas.

Subrayemos nuevamente el círculo virtuoso entre el editor que fue GW y su propio proceso de desarrollo intelectual: cada prólogo o estudio preliminar se constituye también en una etapa de su propio itinerario formativo; a la vez, de reconocimiento y rescate de figuras como Monteagudo, Gramsci, Las Casas, Ingenieros, Spinoza, los viajeros y tantos más.

Por último, no pueden faltar dos de sus referentes y amigos de casi toda la vida adulta, y tal vez dos de los mayores profesionales del libro de Nuestra América: Arnaldo Orfila Reynal y José Boris Spivacow. No es el caso abundar en detalles, pero a la relación amistosa se sumó la mutua admiración en el ejercicio de la producción editorial. Tal vez a Orfila —GW siempre lo llamaba Don

Arnaldo— lo conoció unos dos o tres años antes que a Boris. Sus primeros contactos se dieron en la filial del FCE en Buenos Aires; luego lo vería en México en el propio FCE, sobre todo, con mucha mayor frecuencia, en su casa/editorial de Siglo Veintiuno en la calle de Cerro del Agua en el D.F. y en cada uno de los viajes que don Arnaldo efectuaba a Buenos Aires. A pesar de la salida de Orfila de la dirección del FCE, GW colaboró con dicho sello como autor de dos libros: *La ciencia y la idea de progreso en América Latina 1860/1930* (Buenos Aires, 1998) y *El libro en la cultura latinoamericana* (Buenos Aires, 2006); fue asiduo colaborador de la *Gaceta del Fondo*, y escribió para *El Trimestre Económico*.

Por sobre todas las cosas, escuchó y respondió a las consultas y consejos que le formulara Orfila desde su posición al frente de las casas que condujo con sabiduría: FCE y Siglo Veintiuno. GW se sintió muy honrado cuando Don Arnaldo lo designó como único orador en ocasión del aterrizaje de Siglo Veintiuno en Buenos Aires en 1966. Para esa ocasión se celebró un acto importante para el campo cultural argentino que se cumplió en las instalaciones cedidas a esos efectos por el Instituto Torcuato Di Tella, en la sede de la calle Florida. GW tuvo a su cargo agradecer el gesto de Orfila de instalar su primer filial en el extranjero y haber elegido para ello nuestro país; y no menos, que la primera obra publicada por la editorial fuese un libro del filósofo italiano con una larga estadía en el país; estamos hablando de Rodolfo Mondolfo y su *Heráclito. Textos y problemas de su interpretación*. En una de las fotos del evento aparecen, entre otros, Orfila, Mondolfo, José Luis Romero y GW. (Nota al margen. Además de la vieja amistad personal, intelectual y política que unían a Romero y Orfila desde su militancia en el socialismo y sus encuentros en La Plata en los años treinta, cabe recordar que el primero viajó a México especialmente para la inauguración de las oficinas de Siglo Veintiuno en el Distrito Federal; como se sabe, ello ocurrió a raíz del fulminante despido de Orfila de la conducción del FCE; en esa ocasión Romero viajó en nombre de los intelectuales argentinos que sufragaron colectivamente su pasaje a la vez que fue portador de unos

modestos, simbólicos, dineros, destinados a suscribir algunas de las primeras acciones con las que se comenzaría a financiar el nuevo emprendimiento).

José Boris Spivacow y GW se conocieron a finales de los años cuarenta; Boris trabajaba en Editorial Abril, a cargo, entre muchas otras funciones, de la producción de revistas de caricaturas infantiles de la línea de Walt Disney, mientras que GW estaba en Lautaro; los dos, lejos de la Universidad. Se veían con frecuencia en esas épocas. Fueron dos personalidades totalmente distintas en su manera de ser, exuberante e imponente uno; severo y serio el otro. Pero los unían afinidades e inquietudes humanas, conductas intachables, el interés por los libros y la edición, por haber sido autodidactas en su formación humanística, por compartir inquietudes políticas comunes, y por llevar vidas austeras.

La creación y puesta en marcha de Eudeba los acercó detrás de un proyecto editorial común. Boris lo condujo con audacia, destreza, imaginación, y logró convertir dicha editorial, en pocos años, en una potencia en el continente americano. GW estuvo cerca de él. Lo acompañó desde el comienzo en distintas posiciones: primera, en un espacio donde Boris exponía sus proyectos e iniciativas y los confrontaba con el conocimiento de GW; segunda, como autor (en Eudeba, y luego en el Centro Editor, GW cedía los derechos de muchos de los libros de su autoría); y tres, poniendo su pecho fraterno para que Boris descargase sus broncas originadas, unas veces por las trabas que le imponían los sectores e intereses reaccionarios de la Universidad que lo hostigaban, y otra, por la demanda (muchas veces justas) de autores, libreros, imprenteros, proveedores a quienes la editorial les demoraba los pagos. Fueron pocos los que no se enojaron por los desplantes de Boris; desplantes que en el fondo tenían algo en común según él: no entendían el sentido de la política cultural y académica democrática e integradora que le imponía a ese proyecto, y los sacrificios y postergaciones que él suponía todos debían asumir y compartir, comenzando por sí mismo. Risieri Frondizi desde el rectorado de la UBA lo apoyaba plenamente; lo mismo hacía el directorio

encabezado por el Ing. José Babini, y algunos pocos más, entre los que naturalmente se encontraba GW.

No poca fue la admiración de GW por la intrepidez de Boris ante la publicación de ciertas obras mayores; no sé quién de los dos se sintió más orgulloso por observar la venta, en la calle Florida, por sus habituales canillitas, de la edición del *Martin Fierro* de Eudeba ilustrada por Juan Carlos Castagnino en inagotables tiradas de cientos de miles de ejemplares en el lapso de un mes. O el impacto que alcanzó la cuidada y atrayente serie del siglo y medio, con lo mejor de nuestra historia y nuestra literatura, a precios irrisorios para el mercado del libro de esas épocas, pero sobre todo en cuidadas ediciones accesibles a los bolsillos de los sectores más humildes y los jóvenes.

Esas aventuras estaban acompañadas por obras originales tan bien concebidas como de enorme factura y contundencia (en todo el sentido de la palabra) como fueron el estudio de *La originalidad artística de "La Celestina"* de María Rosa Lida de Malkiel (1962, 755 págs.) o el *Alberdi y su tiempo* de Jorge M. Mayer (1963, 1003 págs.) por citar apenas dos obras de reconocidos universitarios argentinos que aún hoy demuestran un alarde de erudición y de madurez intelectual, a la vez que exhiben la madurez tecnológica de la industria gráfica del país de ese entonces.

La presencia de GW en el Centro Editor se dio desde el primer momento en que Boris comenzó a pergeñar su nueva aventura. Allí puso a disposición libros de su autoría, arrastró a colaborar a su hermano Félix Weinberg, y tuvo participación, junto a otros, en el diseño y puesta en marcha de varias de las iniciativas; citamos a los equipos integrados por Luis Gregorich, Beatriz Sarlo, Aníbal Ford, Horacio Achával, Susana Zanetti, Amanda Toubes y tantos otros, de las Colecciones iniciales como *Capítulo: La historia de la literatura argentina; Biblioteca Argentina fundamental; Capítulo Universal, Polémica, Biblioteca Política Argentina...* y muchas de las que seguirán apareciendo en los años siguientes antes del cierre definitivo por la dictadura cívico-militar del 76, previa quema del valiosísimo acervo editorial publicado.

Para concluir. La lista de editores que lo consultaban a la hora de emprender una aventura, o consolidar la que ya estaba en camino, es larga, y no es el caso extendernos en el asunto en esta ocasión. Cuando la gente que dirigía Hyspamérica, hace de esto por lo menos veinte años, decide salir a competir en los kioscos de diarios y revistas de Argentina con su Colección “Biblioteca Argentina de Historia Política”, también encontró en GW un aliado confiable. Sus razones tenían esos editores: GW colaboró no solo con la enumeración de muchos de los títulos que deberían incorporarse, sino que también les cedió derechos de un sinnúmero de obras que él había publicado en sus diferentes emprendimientos editoriales del pasado. Otro tanto ocurrió con las colecciones “Nuestro Siglo” e “Historia del

Al mismo tiempo, cuando Fernando Esteves Fros, en nombre de Taurus/Santillana, lo invitó a volver al ruedo y hacerse cargo de la colección “Nueva Dimensión Argentina” aceptó el desafío a pesar que ya tenía ochenta años y estaba retirado del diario trajinar; esta vez sí se circunscribió al papel de asesor literario, y con recortadas intervenciones en ciertas etapas de la producción. Una vez que la decisión estuvo tomada, y arreglados ciertos mínimos acuerdos, lo primero que decidió GW fue visitar a Alberto María Casares, en su calidad de colega que estaba a cargo de la colección “Memoria Argentina” y por el respeto que le guardaba: quería informarle que regresaba a la actividad. Acto seguido conversaron como caballeros que eran, y expusieron abiertamente cuáles eran sus planes editoriales futuros, y los autores y títulos que anticipaban publicar. Casares habló de su colección, que ya llevaba acumulados no pocos títulos y ya ocupaban un espacio significativo en las librerías; GW sobre la futura “Nueva Dimensión Argentina”. Amistosamente buscaban no superponerse en el mercado; para ellos los deberes que tenían ante sí eran compatibles: ambos entendían que su obligación radicaba en la atención de las expectativas de los lectores, y para ello acordaron establecer líneas de intervención que garantizaran a ambos que sus esfuerzos no se duplicarían.

Finalmente agreguemos: en dos pequeñas editoriales —hoy totalmente desconocidas— publicó *La ciudad indiana* de Juan Agustín García Editorial ALPE, 1953 y *Hamlet. Estudio crítico*, de Eugenio María de Hostos (Ediciones Inti, 1953). Años después, en 1958 y en asociación con su amigo Raúl Larra, cuidó, organizó y financió la publicación de las *Obras del General Enrique Mosconi* en tres tomos en la editorial AGEPE, y luego en cuatro tomos para YPF.

Las vicisitudes del oficio

GW encaró de forma original el oficio de editor. A su formidable formación y conocimiento casi renacentista aplicados al mundo editorial, sumó competencias raras en él; la de un pequeño empresario que, como otros, supo asumir riesgos, calcular costos materiales, financieros y personales.

Por su labor en Lautaro, hacia 1952 o 1953, fue detenido y alojado en la tristemente célebre Sección Especial de la Policía Federal a cargo del Comisario Cipriano Lombilla, sita en la calle Urquiza de la ciudad de Buenos Aires. Para quienes no conocen su existencia, Lombilla es autor de una frase famosa, basada en su intensa y extensa carrera: “El arte de la tortura es no matar. Es jugar siempre al límite para lograr la confesión, pero evitar que el detenido muera sobre la mesa”. Mientras permanecía detenido, fue allanado su modesto departamento ubicado en el barrio de La Paternal; se llevaron en esa ocasión, entre papeles y libros, los originales de su traducción de *Las formas elementales de la vida religiosa* de Emile Durkheim que había concluido y estaba revisando por esos días. Naturalmente nada se recuperó.

A finales de la década de los años cincuenta, y a propuesta suya, la Editorial Bibliográfica Argentina publicó el libro ya mencionado de Vernon Louis Parrington *El desarrollo de las ideas en los Estados Unidos*. La obra llevaba un estudio preliminar de GW titulado: “A treinta años de la muerte de Vernon Louis Parrington”. La cuidada edición

en tres tomos prolijamente encuadernados, tuvo una circulación restringida, si es que la llegó a tener. El organismo que contribuyó a financiar la obra entendió que no era pertinente su circulación en español. Y ahí quedó, almacenada en los depósitos de la editorial, con el consiguiente enojo de GW: nunca admitió ningún tipo de censura ideológica en la actividad editorial, y mucho menos si estaba involucrado en esa actividad.

El incendio de la oficina de Ediciones Solar fue otro hito especialmente doloroso. Además de consumir buena parte de la biblioteca americana de Enrique Tomasich que allí estaba alojada (sobre esa biblioteca y la de Carlos Codesal, dos ilustrados coleccionistas de literatura e historia argentina muy poco conocidos, GW publicó un testimonio en *Todo es Historia*), se perdieron valiosos trabajos originales; entre otros, el fuego se llevó los estudios que Floreal Forni y Félix Weinberg habían entregado sobre dos traducciones del inglés. El primero, había elaborado un prólogo, así como anotado y actualizado, el texto del clásico, pero nunca llevado al español *Rural Life in Argentina* de Carl C. Taylor, publicado por Louisiana University Press en 1948. En el otro caso se incineraron los cientos de páginas que Félix Weinberg había entregado del texto original en inglés y su respectiva traducción al español de las entradas que sobre el vocablo “Río de la Plata”, “Provincias Unidas del Río de la Plata”, “Confederación Argentina” o “Argentina” (y otras diferentes denominaciones) aparecían en las distintas ediciones de la *Enciclopedia Británica* desde su primera edición (1768) hasta la de 1910.

A su criterio, quedaron muchos pendientes en su labor editorial que no pudo concretar; la nómina de libros que dejó para Nueva Dimensión Argentina era extensa; uno de esos pendientes consistía en proseguir dando a la luz testimonios sobre el corrimiento de la frontera norte del territorio argentino; en esa línea había alcanzado a indicar una primera señal con la edición de la obra de Luis Jorge Fontana sobre la frontera del Chaco. Pero vale la pena destacar dos que debió ir aplazando por décadas y a los que él les atribuía un particular interés; quería imprimirlos con un estudio preliminar acorde

a la relevancia de las obras y de los autores, y debidamente anotados por destacados historiadores. El primero, *Viva Ramírez. El despotismo en las Provincias de la Unión del Sur (1816-1820): La batalla de un minuto: Cepeda (1 de febrero de 1820). La definición de un siglo: El tratado del Pilar (23 de febrero de 1820)*, de Diego Luis Molinari, publicado por Coni en 1938; su iniciativa no se logró concretar por dificultades en la obtención de los derechos de autor que quedaron envueltos en los trámites sucesorios del autor. El otro fue una vieja deuda que tenía consigo mismo —así lo planteaba él— desde la época de Hachette; se trataba de los *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos del Paraguay y del Río de la Plata*, de Félix de Azara. Le había confiado el estudio preliminar y las notas al Prof. Julio César González; desafortunadamente González falleció con la obra concluida, pero los originales se extraviaron antes que llegasen a poder de GW.

Otro hecho que le preocupó en general, y no solo por lo que a él mismo le afectó, fue la actuación de los corsarios del libro; en su caso no se trataba del saqueo para colocar en internet textos que le pertenecían, o para ser impresos en papel en ediciones piratas. Desde los años setenta esas prácticas comenzaron a ser habituales, ilegítimas claro, en todo el mundo de habla hispana. Se sumaron a ello dos hechos: el impresionante despegue de la industria editorial española del postfranquismo, con todo lo avasallante que ello resultó, y las dictaduras y el apagón cultural que se apropió de nuestros pueblos y países a partir de mediados de los sesenta, y hasta principios de los ochenta.

No fueron pocas las editoriales argentinas que publicaron libros enteros que GW había puesto en circulación en la colección de *El Pasado Argentino*; nos referimos a las ediciones completas, con sus prólogos, notas, índices de nombres, etcétera. Esas editoriales lo hicieron sin consultarlo o anunciárselo previamente; y mucho menos proponiéndole algún acuerdo por los derechos de edición que a él le pertenecían. Asimismo, editoriales españolas, de no poco prestigio, también apelaron al uso de esas espurias maniobras y publicaron alegremente, por ejemplo, esas dos monumentales obras que son la

Lógica de Hegel y *De la Guerra* de Clausewitz; es decir no le pagaron derecho alguno. En el ámbito nacional, algunos íntimos recuerdan que cuando se apersonó a una de estas ladronzuelas para reclamarle por ese saqueo impiadoso de libros publicados en Hachette y Ediciones Solar, la susodicha no se inmutó tanto por el reclamo como sí por lo expresado al final de la conversación; cumplido y solícito GW le ofreció: Señora, si le faltan ideas se las regalo.

Un caso que lo irritó en especial fue lo ocurrido con una de sus obras dadas a conocer en Lautaro. La molestia se originó porque estaban involucrados en el caso una prestigiosa editorial española, y uno de los más renombrados profesores de historia económica de ese país. GW atribuía como a un indebido “descuido” del eminente historiador español Josep Fontana haber omitido indicar en su Prólogo al libro de Vere Gordon Childe *Qué sucedió en la historia* (Crítica, 2002) que dicha obra ya tenía un largo historial de ediciones tras de sí en nuestra lengua en las editoriales Lautaro, Hachette y La Pleiade. Podría afirmarse que los directores de la editorial Crítica y el propio Fontana habían actuado de forma irresponsable al omitir la fuente de donde ellos habían tomado la publicación; y presentaron la obra como si hubiese sido una novedad editorial en idioma español. Recordará el lector lo adelantado más arriba, en el sentido que GW había publicado este texto por primera vez en Lautaro cincuenta años antes (1952) con la traducción de Elena Dukelsky, la misma que usaron en España. Agregamos nosotros que, por si fuera poco, la obra había sido reeditada por el propio GW en Hachette (1956 y 1960), para cedérselo a su amigo Gregorio Schwartz para su colección La Pleyade (reimpresiones en 1969, 1972, 1973, 1975, 1977 y 1981); desde 2002 hasta hoy se registran varias reediciones, todas por Crítica, y siempre apelando a la traducción original de Lautaro.

En diferentes momentos de su vida se quedó sin trabajo; algunos de ellos no fueron precisamente períodos cortos. Y vale consignar que siempre encontró en el libro la fuente donde generar los ingresos para la subsistencia de su familia. Escribía artículos, libros y reseñas bibliográficas; corregía galeras y pruebas de página; traducía

libros y artículos del francés; redactaba prólogos, presentaciones y advertencias preliminares de obras clásicas; era asesor literario de pequeñas (pero grandes) empresas editoriales.

Otro hecho penoso, a nuestro juicio, ocurrió luego de su fallecimiento. Alberto Casares, figura legendaria y admirable en el mundo de los libreros anticuarios argentinos y a quien nos hemos referido más arriba, un ser culto, discreto, fino, sutil, le dedicó un artículo laudatorio. Lo tituló “Gregorio Weinberg. El Editor de la Patria”. Esa nota póstuma, tal vez la que ocupó el mayor y más destacado espacio gráfico para aludir a su obra, apareció en *La Nación*. Lo curioso de ese evento radica en que la nota mencionada no fue incluida en la sección cultural a la que GW contribuyó con asiduidad durante décadas (el suplemento literario de ese periódico), sino que el matutino optó por hacerlo en la sección Campo, que integra su suplemento económico. El texto aludido aparece incluido en el presente volumen.

GW en la industria editorial argentina y latinoamericana

Este repaso de la vida de GW en torno al libro, la cultura y el oficio de editor tiene un doble propósito: por un lado, rescatar de manera más pormenorizada, aunque esquemática, su propia contribución al mundo del pensamiento; por otro, a partir de su experiencia gestada desde pequeños emprendimientos editoriales argentinos, quisimos contribuir al debate del concepto de lo que se entiende por editor.

El rescate de la figura de GW como editor se justifica por el descuido con que todavía no fue estudiada su obra en este campo; no es frecuente encontrar trabajos como los de Gustavo Sorá o Darío Pulfer, y los de Fernando Aínsa o Liliana Weinberg, que aparecen en este volumen. Más aun, muchos de los textos que circulan sobre el libro, la edición y la industria editorial no han abordado su relevante labor como a nuestro criterio se merece.

En rigor de verdad GW no es el único: no son pocos los grandes, enormes editores que tuvieron un papel descollante en la vida del

país, y que han contribuido decisivamente al desarrollo cultural, académico y político por los que debemos asumir nuestro reconocimiento. Tengo la impresión que los estudiosos de estas cuestiones en la Argentina no han sabido dimensionar en su justa medida lo que estos editores han hecho por la cultura del país, en circunstancias difíciles, sin respaldos oficiales ni auspicios institucionales, con total libertad de criterio, de respeto al pluralismo ideológico, de apertura y tolerancia a la diversidad de corrientes literarias y a las demandas de su tiempo.

Para precisar mi afirmación anterior aludiré a un puñado de editores de real significación como fueron Antonio Sobral y Gregorio Selser; además me explayaré con dos ya nombrados en estas páginas, Raúl Larra y Gregorio Lerner. Todos ellos, cercanos a la vida y a las inquietudes de GW.

En primer término, resulta difícil para los lectores interesados en el libro, las ediciones y el mundo editorial, entender que solo muy recientemente haya sido rescatada la obra de Antonio Sobral en Raigal. Ha sido Darío Pulfer (2018) el primer y único estudioso que conocemos, que ha efectuado un balance de lo que fueron los menos de diez años de actuación de Editorial Raigal; una relevante iniciativa dirigida por el educador y político radical cordobés Antonio Sobral.

Lo que se produjo desde ese sello, y el impacto que causó en su época y aún perdura, son dignos de la admiración de cualquier persona vinculada a las humanidades, la historia y la política, la filosofía, la literatura, la antropología...; restringiéndome al máximo me formulo una sola pregunta (de las muchas que tengo sobre este colosal aporte de Sobral): ¿cuántos editores que aparecen en los libros sobre el libro pueden acreditar haber producido tantas obras que devinieron en clásicos de las ciencias sociales argentinas como los que lanzó Raigal en un contexto político desfavorable para la labor de ese sello (Gino Germani, Horacio Giberti, Ricardo M. Ortiz); o la recuperación de la contribución intelectual y política de próceres poco conocidos como pensadores (Belgrano, Vиейtes, Lavardén, Fragueiro,

o los parlamentarios que discutieron la Ley 1420) y esto por citar solo algunas de sus colecciones.

Solo con el ánimo de recordar la amplia gama de sus colecciones y temas de interés, mencionaremos las siguientes: La aventura creadora, La poesía, El hombre y sus espejos, Campo argentino, Biblioteca de etnografía y folklore, Biblioteca Histórica-política Argentina, Biblioteca de Nuestra América, Biblioteca económico y social contemporánea, Biblioteca Económica Manuel Belgrano, Biblioteca Juan María Gutiérrez, Biblioteca de novelistas argentinos, Problemas de la cultura en América...

Para dar una dimensión más ajustada de la significación que alcanzó Raigal, permítasenos salir de lo publicado en materia de historia y política (aspectos en general más divulgados), y refirámonos a un área temática bien restringida y menos conocida: las letras, la filosofía y el pensamiento americano. Algunos de los autores y directores del acervo literario de Raigal fueron Jorge Luis Borges, Ernesto Sábato, Ezequiel Martínez Estrada, Alberto Girri, Vicente Barbieri, Francisco Romero, José Luis Romero, Pedro Henríquez Ureña, André Gide, Alfonso Reyes, José Martí, Enrique Anderson Imbert y varias decenas de renombrados autores más de Argentina, América y el mundo.

Y tampoco olvidemos la producción de obras de gran envergadura como fueron el *Diccionario de literatura universal* de Luis Alberto Ruiz (1955/56. 3 tomos), las obras de Leandro N. Alem reunidas bajo el título *Mensaje y Destino* (8 tomos, 1955-56), y *Pueblo y Gobierno* de Hipólito Yrigoyen (12 tomos, 1956). De más está decir que los autores de Raigal eran escritores y pensadores argentinos y americanos de primera línea; los aportes de muchos de ellos siguen vigentes en la actualidad.

A Gregorio Selser se lo conoce como un gran periodista; obviamente lo fue y sin duda es de los mayores que produjo el periodismo sociopolítico del país y de la América toda. Pero en esta ocasión deseamos aludir a un aspecto no suficientemente acreditado de su actividad; nos referimos a su labor como editor. En esa calidad, Selser

dio a conocer, como ningún otro, la epopeya vivida por los pueblos de América Central, Panamá y el Caribe; de ello se ocupó, fundamentalmente, durante la década de los años cincuenta. En este caso, no estoy evocando solo a sus obras maestras como fueron *El Pequeño Ejército Loco* (1958), o su *Sandino General de Hombres Libres* (1959, dos tomos) o su *Guatemalazo* (1961) sino a aquellas que integran las series que animó desde sellos como Palestra o Iguazú. Los volúmenes que allí promovió fueron los únicos, casi, que trajeron una visión de lo que estaba sucediendo en esos años en países tan alejados de nuestras vivencias y de nuestro interés: la vida, la muerte, la explotación, la omnipresencia del imperialismo norteamericano en esas naciones. Dio lugar a libros de Juan José Arévalo como *Antikomunismo en América Latina*, 1959, y *Fábula del tiburón y la sardina*, 1959. (Recuérdese que Arévalo fue el presidente que encabezó el primer proceso democrático comprometido a lograr establecer en su país el imperio de la justicia social). Incorporó en las colecciones mencionada a uno de los más grandes pensadores de América como fue Vicente Sáenz (*Rompiendo cadenas*, 1961), pero que sigue siendo un ilustre desconocido para nosotros, las gentes del sur del continente. Selser dio lugar a muchos más, entre ellos, relevantes intelectuales norteamericanos: Leo Huberman y Paul Sweezy, Carleton Beals, Ferdinand Lundberg, Richard Rovere, Linus Pauling.

Se habrá preguntado alguna vez el lector ¿cuántos escritores argentinos contemporáneos pueden enorgullecerse que sus libros hayan circulado por lo ancho y largo del continente americano, en múltiples ediciones que ocuparon tirajes de cientos de miles de ejemplares, como su *Sandino* recién mencionado?

Ya me he referido brevemente a Gregorio Lerner en algún pasaje de estas cuartillas. Agregaré, apenas, unas líneas sobre su obra editorial, Sobre su vida se conoce muy poco; quien sí lo ha evocado en algunas oportunidades desde su columna en *Página 12* es su sobrino Martín Granovsky. Su talento como editor se lo podría justificar con la alusión a una sola obra: *El diario de Ana Frank*. Fue Lerner quien lo publicó por primera vez en español (evoquemos que fue una de las

primeras traducciones que se hicieron en el mundo) en su editorial Hemisferio; este sello es uno de los tres que le conocemos: al nombrado deben agregarse Elmer y AGEPE. En Hemisferio, produjo, como ya se ha dicho más arriba, decenas de libros clásicos argentinos para estudiantes secundarios y público en general, con breves prólogos donde se presentaban a los autores y su contexto; agreguemos ahora, que en ese sello también publicó clásicos de la literatura universal como Max Brod, Theodor Dreiser, Luigi Bartolini (autor de *Ladrón de Bicicletas*), Henri Barbusse, Rabindranath Tagore... Y lo más ambicioso del catálogo de Hemisferio fue la edición de las *Obras* de Lisandro de la Torre ¡en seis tomos! En Elmer tuvo el arrojo de producir las principales obras de José Ingenieros, en una tarea que le llevó más de veinte volúmenes; simultáneamente editó a autores europeos como Émile Zola, Arthur Koestler, Axel Munthe... Y en el 56, dos años después del golpe que derrocó a Jacobo Arbenz, dio a conocer en Elmer *Por qué lucha Guatemala*, escrito por Manuel Galich, último canciller de ese país. Por su parte, en AGEPE aparecieron las *Obras* del general Mosconi, cuidadas por Raúl Larra y GW, en tres tomos encuadernados, además de literatura argentina (Alfredo Varela, Conrado Nalé Roxlo) y universal (Elleston Trevor, Guillermo Enrique Hudson, Italo Svevo). Ese admirable pluralismo ideológico, y ese coraje de editor, lo llevó a Lerner a reeditar *Los utopistas* y *Los Enciclopedistas* de Rodolfo Puiggrós (el primero fue publicado con el seudónimo de Alfredo Cepeda, ambos en segunda edición, 1950) a pesar de que este intelectual ya había dejado las filas del Partido Comunista en circunstancias complejas, para decirlo suavemente. Cerremos este pasaje con otra pregunta: hombres de esta laya, creadores de obras de tanto peso en el acervo cultural argentino ¿no deberían tener algún lugar en los estudios sobre edición, libros y editoriales?

La labor de Raúl Larra no les va en zaga a los merecimientos de los anteriores. Fue un inquieto intelectual que actuó desde su Editorial Futuro; un hombre de militancia comunista, pero que como editor se reveló con una encomiable independencia de criterio; nos recuerda, por ejemplo, al valor que reseñamos era portadora Sara Maglione

de Jorge, por ejemplo. En su sello se publicaron importantes obras de la literatura universal y americana: entre las primeras, Italo Calvino, (el haitiano) Jacques Romain, Máximo Gorky, Lion Feuchtwanger, Constantino Stanislavsky, F. Scott Fitzgerald, Ana Seghers, Emile Zola. Entre los otros, un número importante de las novelas de Jorge Amado, así como obras literarias de Enrique Amorim, Roberto Arlt, Gerardo Pisarello, Ezequiel Martínez Estrada, Alberto Gerchunoff. Y en el campo de la historia puso en circulación, entre otros, los tres tomos de los *Viajes a la América Meridional* y *El hombre americano* de Alcides D'Orbigny, una *Historia del Colonialismo* de Jacques Arnault, *El Virreynato del Río de la Plata. Su estructura económica y social*, de Manfred Kossok. ¡Y hasta un *Diccionario Enciclopédico de las Américas!*

Me he detenido en estas figuras, como podría haberlo hecho con infinidad de otras, porque entiendo que todos ellos han contribuido a edificar una época y una épica editorial poco conocida y valorada en nuestros días. Esa obra es parte de nuestra cultura y del pensamiento nacional; gracias a la labor de estos pequeños grandes editores se han sumado a la lectura a amplios sectores de la población argentina; y no menos importante, han contribuido a la consolidación de una masa crítica difundida a lo largo y ancho del país. Diría más, deben ser considerados actores anónimos que no aparecen en las películas ni como extras. Y, sobre todo, porque su obra los convierte en protagonistas de esta historia aun no escrita; o, tal vez, se podría decir que la escrita todavía sigue exhibiendo muchas lagunas donde aun no se les ha dado cabida. Si bien prácticamente ninguno dejó nada escrito, sí es preciso admitir que a través de la realización de sus proyectos editoriales dejaron su impronta, que consistió en un mensaje sobre política cultural.

En definitiva, estos editores mencionados, muchos que aun siguen en el anonimato descuidados por los estudiosos del tema, y otros que comienzan a ser reconocidos —entre ellos GW— pueden vanagloriarse de haber contribuido decisivamente en la generación y consolidación de una tradición de la lectura en el país y en el mundo de habla hispana. No es poco.

Pocos investigadores del libro les asignan el lugar que se han ganado; lo decimos por el acervo editorial acumulado, y puesto a disposición de los lectores. Pienso que es una tarea fecunda estudiarlos a estos y a otros hombres y mujeres que, como ellos, marcaron la historia del libro. Reiterémoslo: es hora de que además de abordar a las grandes editoriales (cuestión a la que ya se le ha atribuido un espacio relevante) habría que contemplar se asigne también algún interés a las decenas de empresas, los profesionales y trabajadores que han aportado a la industria del libro, al fortalecimiento de la cultura, y no dudo en decirlo, también a la economía exportadora del país. Diseñaron y operaron sus espacios en un contexto donde los costos eran elevados (salvo la mano de obra, todo era importado, en un país con inflación y devaluaciones permanentes); las fuentes de financiamiento esquivas; no contaban con auspicios ni respaldos; por lo general eran microemprendimientos (salvo Raigal en este recorte de cuatro casos que acabamos de hacer). Todas ellas descansaban sobre el talento y la audacia del dueño/editor, asumían riesgos empresariales de manera permanente, entre muchas otras situaciones. Y por extensión, alcanzar con estos estudios a las imprentas (tanto dueños como figuras descollantes en el manejo de los talleres), las librerías, los representantes de editoriales, etcétera.

Si se efectúa un balance de lo escrito sobre libros e industria editorial, el saldo que se obtiene resulta favorable hacia los estudios dedicados a editores. Así, son conocidos, y debidamente reconocidos, los abordajes hechos sobre José Boris Spivacow (los reportajes de Delia Maunás recogidos en el volumen *Boris Spivacow, Memoria de un sueño argentino* editado por Colihue, 1995; o el de Judith Gociol, *Boris Spivacow: el señor editor de América Latina*, Capital Intelectual, 2010); sobre los proyectos editoriales del FCE y Siglo Veintiuno, a propósito del protagonismo de Arnaldo Orfila Reynal (Gustavo Sorá, *Editar desde la izquierda. La agitada historia del fondo de cultura económica y de siglo xxi*, siglo veintiuno, 2017); o el libro de Leandro de Sagastizábal y Alejandra Giuliani (*Un editor argentino. Arturo Peña Lillo*, Eudeba, 2014).

Una de las primeras obras que abordó la temática del libro desde una mirada totalizadora y abarcativa es la de Domingo Buonocore, *Libreros, Editores e Impresores de Buenos Aires. Esbozo para una historia del libro argentino* (Buenos Aires, Browker editores, 1974). Nos detenemos en esta cita, pues queremos reconocer en este autor un abordaje que no siempre es tenido en cuenta en algunos de los estudios que circulan sobre el tema, y porque nos ayuda a entender la labor desplegada por GW como editor. Buonocore entiende al libro en el marco de una cadena de valor; esto es, el libro y la editorial van más allá de un tratamiento parcial o centrado en el autor; no es solo un hecho literario que obedece al talento de un autor. Para este estudioso, no resulta posible concebir al escritor sin el fabricante que hace posible el conocimiento de la obra; y otro tanto ocurre con el fabricante: éste necesita del intermediario encargado de la difusión.

A editores, editoriales e imprentas cabría agregar otros colectivos que hicieron del libro un protagonista clave del desarrollo cultural y científico del país. Me refiero, a simple título informativo, a las figuras que todavía permanecen escondidas en la “cocina” de las editoriales; aquellos que produjeron y procesaron los libros en aquellos heroicos años. Me refiero a los editores, diagramadores, ilustradores, correctores de pruebas y galeras... Recientemente aparecieron los cuadernos de una de esas protagonistas (Enriqueta Muñiz, *Historia de una Investigación*, 2019) quien alude, en varios pasajes, a la vida cotidiana de Hachette en los años cincuenta; lo hace a propósito de relatar entretelones de la investigación de Rodolfo J. Walsh que derivarían en la redacción de *Operación Masacre*.

Debemos convenir que la saga de los libros es en parte también un asunto que incumbe a la etapa de la distribución; esto es, las librerías, los libreros, las representaciones y filiales de las editoriales cuyas casas matrices estaban radicadas en Argentina. Por ello, nos referiremos a libreros de librerías de libros nuevos o de saldos; no a la de los libros antiguos (y no porque me haga cargo de aquello que decía Juan Rulfo “Si hay mafias de cuatreros de vacas en mi tierra hay también mafias de cuatreros de libros en la ciudad de México”).

Por eso, estimamos que el de los libreros es otro filón no suficientemente explorado; para fortuna de los estudiosos del tema algunas crónicas ya han comenzado a desbrozar el camino y dan pistas para acometer la tarea. Aunque debemos advertirlo, la mayoría son de carácter testimonial.

Desde los testimonios de autores europeos como los clásicos *Día del libro. Memorias de un aprendiz de librero. Peregrinación pintoresca por las librerías barcelonesas* (1931) y los de Antonio Palau y Dulcet, *Memoria de un librero catalán* (1935) y *Memorias de Libreros* (1949) hasta los contemporáneos de Montse Serrano, *Todo pasa en la calle Buenos Aires* (Bernat, 2019), Jorge Carrión *Librerías*, (Anagrama, 2016) y *Contra Amazon* (Galaxia Gutenberg, 2019) y Shaun Bythell, *Diario de un Librero* (Malpaso, 2018), así como también obras donde dejan plasmadas sus vivencias varios libreros de la región americana. También existen testimonios de editores; citaremos solo uno, como ejemplo: José Ruiz-Castillo Basala, *Memorias de un editor. El apasionante mundo del libro* (1ª edición en *Revista de Occidente*, 1972; existen varias ediciones y/o reimpresiones sucesivas en otros sellos hasta la actualidad)..

Aludiremos en primer lugar a algunas de las referencias de lo producido a este lado del Atlántico. En Argentina, son varios los testimonios de libreros y de obras dedicadas a rescatar las librerías porteñas. Comencemos por el delicioso volumen de Héctor Yánover *Memorias de un librero* (1994) puede constituir un buen punto de partida; también lo son los registros que propone Luis Mey en el *Diario de un librero* (Interzona, 2015), aunque en este caso se trata de una novela, pero escrita a partir de su práctica como librero profesional. Sobre dos librerías argentinas mencionadas varias veces aludidas, pueden mencionarse los siguientes testimonios coordinados por: Graciela Schwartz, *Fausto. La Librería Porteña* (2016) e Inés Rancé, *Damián Carlos Hernández. Pasión por el libro* (2006). Y no podemos dejar de aludir a dos libros dedicados a históricas librerías de Buenos Aires: *Librería del Colegio: 1830-1955: pequeña historia de una librería grande* y el libro de Eustacio A. García *El Ateneo. Vida y obra de Pedro García* (2004).

Tres libros, también testimonios y no análisis o estudios, que abordan la experiencia de libreros y librerías americanas son dos crónicas colombianas que mencionaremos: Rafael Vega Bustamante, *Memorias de un Librero* (FCE, 2005), sobre su vida en la librería Continental de Medellín, o la mirada de Felipe Ossa, *Leer para vivir* (Planeta, 2006), desde la Librería Nacional de Colombia. Los testimonios de los grandes libreros es una senda que merece seguirse por todo lo que significan los aprendizajes que deja el ejercicio de ese culto oficio para el estudio del fenómeno del libro.

Por último, para entender aun mejor la riqueza del tema, mencionemos un texto del poeta mexicano Gabriel Zaid (*Los demasiados libros*, 2012) que como lector observa el mundo de los libros y las librerías desde diversas perspectivas, oficios y disciplinas. En este caso sí debe rescatarse un abordaje analítico del asunto.

No tenemos dudas: los libreros son una fuente inagotable de información como leales mediadores editor/lector que son. Para entender cuánto amerita la opinión del librero apelemos a dos casos bien disímiles, pero válidos ambos: Federico Turrín Sabot, un librero de Buenos Aires que defiende la tesitura de no vender libros malos en su local; o Nadie Huamán Rojas, quien en un barrio de emergencia de la misma ciudad vende libros usados que adquiere por kilo a los recicladores que se acercan a ofrecérselos.

Por otra parte, cuando recorremos las historias profesionales de no pocos libreros nos encontramos que muchos de ellos no se circunscribieron al solo ejercicio de esa función; existen casos que ilustran cómo ellos se convirtieron en importantes editores: José Luis Retes (Fausto) fue siempre librero, pero sumó a su trayectoria la de editor, junto a Luis Tedesco, de unas exquisitas e inhallables ediciones de poesía que Librerías Fausto encaró en los años setenta; o, sin ir más lejos; el nombrado en segundo término, además, montó su propia editorial años después: Grupo Editor Latinoamericano. Ricardo Nudelman, a quien ya aludimos más arriba, se convirtió en Gerente General de la casa matriz del FCE en México en 2001, donde permaneció durante varios años.

Y para no ser injustos, se podría proseguir con el viejo “corredor de libros”, una figura casi desaparecida hoy. Pocos recuerdan en la actualidad a un socio de Gregorio Schwartz en Siglo Veinte que además de ser parte de esa empresa, se convirtió en uno de los legendarios corredores de libros de los años 50/60 que subió y bajó infinidad de veces por el continente americano: Elcano Sidelnik. Como éste, fueron varios los que, antes y después que él, emprendieron estas labores, tanto dentro del territorio argentino como americano.

Sobre Sidelnik y su labor, puede leerse el testimonio que acerca de él dejara el poeta gallego Antón Avilés de Taramancos en un relato titulado “O home da rosa branca”. Decía el poeta que Elcano Sidelnik era un vendedor de libros que representaba todas (sic) las editoriales del mundo y viajaba por toda América visitando librerías. A través de las largas conversaciones que mantenía con él en la Librería Cultural Colombiana de Occidente (Antón Avilés era el titular de esa filial) el poeta gallego reconoce haber accedido al conocimiento de muchos escritores que el representante le recomendaba adquirir.

Para entender todavía mejor la relevancia que tuvo el “corredor del libro argentino” en la difusión del acervo editorial producido en Argentina a públicos alejados de las capitales de los países americanos, se puede recordar una evocación que hace Dasso Saldívar en su libro *García Márquez. El viaje a la semilla. La biografía* (Madrid, Alfaguara, 1997, pág. 226). Dice el autor: “Por la tarde (García Márquez) volvía al café y a la Librería Mundo (de Ramón Vinyes) ... para hablar de libros y echarle una ojeada a las novedades que llegaban de Buenos Aires: las últimas obras de Kafka, Joyce, Virginia Woolf, Faulkner, Hemingway, Capote, Camus, Saroyan, Sartre, Borges, Neruda, Cortázar, Felisberto Hernández... y casi siempre editadas por Sur, Losada y Sudamericana”. Y agrega: “Cuando llegaban las cajas de los pedidos (a la librería Mundo) cuyas listas ellos ayudaban a elaborar García Márquez y sus amigos hacían fiesta” (amigos: se refiere al célebre “Grupo de Barranquilla”).

En ese pasaje, Dasso Saldívar alude al significado que tenían esos seres trashumantes, portadores de las últimas publicaciones

impresas en Buenos Aires, para esos muchachones sedientos de las últimas novedades literarias producidas en Argentina. Y como ellos, otros miles de jóvenes lectores que aguardaban a lo largo y ancho de Nuestra América el arribo de esos corredores.

Y así como el corredor de libros permanece en el anonimato, existe otro personaje que tampoco ha sido debidamente abordado por los estudiosos del libro; nos referimos a quienes se hicieron cargo de la representación en el extranjero de grandes casas editoriales como fueron los hermanos Billorou Larregle: Pedro tuvo a su cargo la filial de Losada en Montevideo, Jorge asumió la responsabilidad del mismo sello en Lima y Julio lo hizo para Losada y otras casas argentinas en Bogotá.

En este sentido, también cabe mencionar a Isay Klasse, figura descollante en materia de divulgación del libro argentino en América y España desde su empresa Tres Américas. Klasse fue, además, uno de los principales impulsores y artífices de la Feria Internacional del Libro de Buenos Aires. (GW y Klasse se conocieron como condiscípulos, y se convirtieron en amigos, desde sus épocas de estudiantes secundarios en el Colegio Nacional Nicolás Avellaneda en la década del treinta).

De los pocos abordajes que conocemos sobre el tema de la distribución, rescatemos los que hace Rafael Vargas Escalante en su libro *De México para América entera: pequeñas historias del Fondo de Cultura Económica*, 2019, así como en algunos de sus artículos en la *Gaceta del FCE* o en *Tramas & Texturas*, sobre la figura de María Elena Satostegui, ella misma una gran postergada por la literatura especializada. María Elena tuvo a su cargo durante muchos años la representación del FCE en Argentina, y Orfila Reynal le asignó la responsabilidad de la apertura de la filial de esa editorial en la España de Franco ¡Vaya si fue una aventura, que supera largamente las rutinarias cuestiones burocráticas, administrativas, de ventas y de marketing! Fue María Elena Satostegui personalmente, y desde España, con el apoyo de la casa matriz, la que logró seleccionar, imponer y sostener como gerente a cargo de la casa del FCE en España a un joven comunista

en 1963, insistamos, pleno apogeo del franquismo: Francisco Javier Pradera (este se convirtió, años después, en uno de los periodistas y editores españoles más importantes del siglo XX).

No menos atrapante es la figura de Magda Portal, la escritora elogiada por Mariátegui como la primera poetisa del Perú, militante política y feminista reconocida en su país, que abrió las oficinas del FCE en Lima (1961) y que lo tuvo a su cargo durante más de una década.

En pocas palabras: el funcionario a cargo de las filiales de editoriales cuyas casas matrices están en el extranjero son figuras que trascienden las funciones de administrar y promover las ventas. Como puede verse con el FCE, por ejemplo, tanto las nombradas, como los titulares de las sucursales de Argentina, Chile, Perú... desde hace décadas gozaron de una iniciativa que los convirtió también, en editores de estirpe (Leandro de Sagastizábal y Alejandro Katz por evocar a dos de los más conocidos). Y quede claro que estamos hablando de épocas relativamente lejanas (setentas) cuando todavía no habían aparecido las aplanadoras de las multinacionales europeas del libro que oligopolizaron el negocio.

Para concluir este mundo que vivió GW como un editor singular, señalemos que otro tema que aun está en busca de un autor son las imprentas y los impresores. Paradojalmente algunas imprentas sí publicaron “homenajes” a sus clientes y colaboradores; mencionemos apenas dos: la imprenta López, en 1942 publica *Cómo se imprime un libro*, y en ocasión de su cincuentenario la imprenta Bartolomé U. Chiesino, bajo el cuidado de Silvio Baldassarri da a la luz *Chiesino: 1925-1975*. (Esta obra contiene un aporte del propio GW, entre otros connotados colaboradores). Pero debemos insistir: son escasos los abordajes que nos ilustren sobre las imprentas.

De la relevancia del asunto, nos hacemos cargo de esta frase del artista plástico Luis Seoane, responsable por décadas de la “Dirección Gráfica” de la imprenta López, y a quien aludimos en ocasión de citar la revista *Correo Literario* donde GW había hecho sus primeras armas como escritor: “Todo libro tiene una historia, independiente del autor y del tema que trata. Una historia referida a su edición”.

A manera de conclusión

GW cumplió su actividad en los años en que la industria del libro argentino alcanzó su mayor esplendor a nivel internacional; me refiero a las décadas del cuarenta, cincuenta y algo del sesenta. Y sobre todo hablo de aquellas decenas de pequeños editores que también hicieron parte de la prosperidad del sector; porque al lado de Losada, El Ateneo, Sudamericana, Emecé y alguna otra, surgieron muchos otros pequeños y medianos emprendimientos que supieron aprovechar una coyuntura favorable: condiciones propicias en el país (imprentas, intelectuales, profesionales de la edición), el oscurantismo franquista y la debilidad de la industria gráfica en el resto de los países de la región.

En los años que trabajó GW, sus colegas y él mismo, exhibían una creatividad e imaginación asombrosas e inagotables a la hora de producir y difundir el libro; a ello le sumaban audacia empresarial y compromiso político (en el más amplio sentido del término); todo este cúmulo de vida lo volcaban al servicio del libro, y por extensión a la difusión del pensamiento y la cultura. Este proceso estuvo acompañado por el crecimiento de la industria gráfica y la consolidación de una infraestructura física (equipamientos, insumos, tecnologías) que hacían posible esa expansión; se generaron oportunidades para dar lugar a la publicación de la obra de escritores, científicos, y artistas; se desarrollaron competencias profesionales para la edición; se impulsó la aparición de un mercado del libro en el país y se buscaron (con éxito) las fórmulas que hicieron posible ser parte del mismo en el resto del continente y España a través de filiales de las casas matrices, los corredores y distribuidores.

Digámoslo de una vez: nuestros editores eran poseedores de un bagaje cultural que les permitía discernir acerca de la calidad y oportunidad de publicar una obra determinada, identificar traductores profesionales, escoger los especialistas que pudiesen presentar las obras y sus autores en prólogos o advertencias, corregir pruebas de galera y de página, discutir con los responsables de las imprentas, negociar con los corredores de libros, escuchar a los educados libreros.

Seamos conscientes que todo esto ocurrió en una etapa de nuestra historia, y en un contexto donde en la industria gráfica reinaban las linotipos y el plomo, y las comunicaciones no habían alcanzado la rapidez y fluidez del mundo contemporáneo; tampoco las multinacionales del libro habían establecido un oligopolio en la industria editorial y en la comercialización del libro.

La industria editorial argentina ayudó de manera decisiva a proyectar a nuestro país y su gente por América y el mundo; lo hizo a través del libro, y gracias a ello se dieron a conocer la ciencia, las letras, las artes, las humanidades, las ciencias sociales; en fin, la cultura, el pensamiento y el conocimiento gestado en Argentina, y el internacional que se ponía a circular desde el país.

En resumidas cuentas, hemos tratado de justificar que en una carta de navegación de los estudiosos del libro merecerían ser incorporados como puntos de destino los editores, las empresas editoriales (micro, pequeñas y mediana); las imprentas y sus responsables; las librerías, libreros, distribuidores y corredores de libros. Y también las mujeres y los hombres que silenciosamente componen el libro en las cocinas de las editoriales; me refiero a aquellos y aquellas que reciben los originales y luego de su debido procesamiento entregan la versión pronta para ser impresa.

En fin, registren estas letras el reconocimiento a GW, y a todas aquellas personas que desde sus sellos editoriales contribuyeron a afirmar la presencia de la cultura de un país; condujeron sus tareas ampliando horizontes, corriendo las fronteras del pensamiento, cimentando una más sólida masa crítica: así como ayudando a crear las condiciones de integración nacional y de cohesión social a través de la producción y difusión del libro.

Y no menos importante: aportando al fortalecimiento y expansión de una industria y sus extensiones en la esfera comercial, así como proyectando lo mejor de las ideas, el pensamiento y el conocimiento argentinos por Nuestra América y el mundo.

Montevideo, 13 de Julio de 2020

Cuarta Parte

El editor en diálogo

Gregorio Weinberg o el editor intelectual*

Fernando Esteves Fros**

Gregorio Weinberg fue un intelectual de amplios horizontes e intereses: historiador, ensayista, docente universitario, especialista en educación y editor. Esta última faceta de su riquísima personalidad, considerada por él mismo como “significativa para el enriquecimiento cultural”, es el eje principal de la entrevista que le realizó el licenciado Fernando Esteves Fros poco antes de que muriera.

Una tarde de febrero de 2005 fui recibido por Gregorio Weinberg en su casa de la calle Remedios de Escalada de San Martín. Llevaba, con lucidez y elegancia, sus casi 85 años. Había dedicado su vida a la docencia universitaria, a la investigación, a la escritura de libros; había trabajado para la CEPAL en Chile, colaborado con la Unesco y dirigido la Biblioteca Nacional. Asimismo, había recibido varias

* Extraído de Esteves Fros, F. (2006), “Gregorio Weinberg o el editor intelectual”, en *Páginas de Guarda: revista de lenguaje, edición y cultura escrita*. Buenos Aires. N° 2, págs. 51-64. El autor de esta entrevista agradece a Pedro Daniel Weinberg por las notas y por la información ampliatoria que la acompañan.

**Al momento de realizar y publicar esta entrevista ocupaba el cargo de director para el Cono Sur de las editoriales Alfaguara, Taurus y Aguilar (Grupo Santillana).

distinciones tanto en la Argentina como en el exterior. No puedo dejar de destacar, y esta es la razón de la entrevista, que, entre sus numerosas actividades, figuraba la edición, por la que es considerado uno de los más destacados editores de nuestro país.

Aquel día, don Gregorio me recibió con la amabilidad y la distinción de siempre; de inmediato, me ofreció hacer un recorrido por su biblioteca, conformada por miles de ejemplares que se repartían, con orden y coherencia, entre los distintos ambientes de la casa.

Durante el paseo, comprobé que Weinberg tenía buenas razones para sentirse muy orgulloso de su patrimonio bibliográfico. Además, puesto que provenía de un amante de los libros y de la lectura, el gesto de compartirlo conmigo era la mejor demostración de hospitalidad.

Por otra parte, Weinberg se había resistido en varias ocasiones a ser entrevistado. Sin embargo, al entrar en su mundo más íntimo, entendí que la renuencia a conversar sobre su historia como editor había cedido, y devenido en una larga charla acerca de cinco décadas dedicadas al oficio de descubrir libros imprescindibles y recuperar autores olvidados.

— *Usted ha sido educador, escritor, director de la Biblioteca Nacional, profesor universitario, ha tenido una larga y reconocida vida académica y, además, ha sido editor. Entre estas múltiples profesiones, ¿qué lugar ocupa la de editor?*

— Yo diría que mi vida fue la docencia, la edición y la investigación. Estoy orgulloso de ser editor y creo que dejé una obra importante. Considero que el papel del editor es muy significativo para el enriquecimiento cultural. En cierto modo, establece un vínculo entre los hacedores de cultura, los autores y el público.

— *¿Por qué decide ser editor y en qué momento?*

— Porque la docencia sola no me permitía vivir. Inicialmente, me vinculé a la editorial Lautaro de Sara Maglione de Jorge, en la cual

publiqué un libro juvenil de Bernardo Monteagudo.¹ Era el año 1945. Luego de la Guerra Civil Española y de la Segunda Guerra Mundial, la sociedad estaba muy dividida. El peronismo actuaba como un factor muy importante en lo social y en lo sindical, pero negativo en el aspecto cultural. Se apoderó del sector gente muy retrógrada. Vivíamos un apagón cultural y mi propósito, entonces, fue divulgar el pensamiento europeo, que acá no llegaba. Casi diez años después, desde la editorial Hachette, procuré dar cuenta del quehacer cultural del país, a través de la colección *El Pasado Argentino*, que llegó a tener más de cien títulos. Por su parte, la editorial Lautaro nació como un proyecto animado por un conjunto de personas desvinculadas de toda militancia política. En los comienzos, publicamos los clásicos del pensamiento filosófico racionalista.

— El primer libro que se publicó, en cuya edición no intervine, fue requisado por la policía. Se llamaba *Solo las estrellas miran hacia abajo*, o algo así. Había gente de distintos ámbitos. Participó don José Iturrat, que fue un famoso e importante proveedor de papel; un señor Saslavsky, que era Gerente General de Bunge y Born o de Dreyfuss, no lo recuerdo bien. Y Narciso Machinandiaarena. Algo bastante heterogéneo.

— *¿Cuál era el objetivo primordial de la editorial, en aquel momento?*

— Mi propósito era publicar tratados filosóficos fundamentales. En aquella época, ayudaba muchísimo para la difusión del libro una especie de suscripción que existía entre los libreros de toda

¹ Gregorio Weinberg se refiere a *El pensamiento de Monteagudo* (1944) Buenos Aires, Lautaro. A Weinberg pertenecen la selección y el prólogo. Esta obra fue publicada en la colección "Biblioteca del Pensamiento Argentino", toda una anticipación de quien años después ocuparía la titularidad de la cátedra de Historia del Pensamiento Argentino y Latinoamericano, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

América Latina y que se llamaba “Servicio de novedades”. De cada título se hacía un envío automático de ejemplares. Si uno hacía 3.000 ejemplares, prácticamente 1.500 estaban vendidos de antemano. Eso facilitó las cosas y, además, llenó un vacío. Para sorpresa de todos aquellos que decían “cuidado con ese tipo de libro”, yo publicaba libros de filosofía muy ambiciosos. Por ejemplo, *Filosofía de las matemáticas*, que se vendió muy bien; desde hace años no se encuentra ningún ejemplar. Después, nos vinculamos a la empresa inglesa Penguin Books. No era el único editor. Hubo capital aportado por los ingleses y acá estuvieron una señora Drussen y yo por la editorial; el árbitro era Pedro Henríquez Ureña. Se consultaba con él. De aquellos libros que se vendían bien se llegaron a publicar 20.000 ejemplares a través del “Servicio de novedades”.²

- *Usted, como el librepensador que siempre ha sido, estaba en medio de dos fuerzas que lo presionaban: por un lado, el contexto político (el peronismo) y, por otro, en la editorial prevalecía una visión bastante sesgada, que se inclinaba exclusivamente en favor de los autores marxistas. ¿Cómo logró articular, entonces, sus propósitos editoriales con la ideología de la editorial y el contexto político de la época?*
- Durante el peronismo, el clima estaba enrarecido. Entonces la editorial publicaba libros de izquierda; de lo que en aquel momento se entendía como de izquierda. Aunque siempre me he considerado más bien un “progresista”, algunos criticaban los libros que publicaba porque creían que no eran libros de ese carácter. Yo pensaba que el país y América Latina necesitaban conocer

² En los dos primeros años, la editorial Lautaro publicó una treintena de títulos en la “Colección Pinguino”. Esta colección estaba compuesta por varias series: Ciencia, Arte, Técnica, Literatura, Novela, Cuentos para Niños, Clásicos, Biografías, y Misterio y Crimen. Vale la pena destacar que esta fue una de las primeras iniciativas de poner en circulación dentro del ámbito de la lengua española “libros de bolsillo” en ediciones cuidadas, pero al alcance del gran público.

el existencialismo, por ejemplo. Fue así como se publicó el libro de Henri Lefebvre, el primero sobre existencialismo.³ Asimismo, el primer libro de Antonio Gramsci fuera del ámbito italiano se publicó en español, en la Argentina, en 1950,⁴ y no se hizo con un propósito político, sino como un testimonio del quehacer cultural de entonces.

- La dueña de la editorial se inclinó bastante hacia el marxismo y sufrió la persecución de la policía, allanamientos y esas cosas. Yo la quería mucho y le hice un planteo: “Sarita, ¿por qué no dividimos la editorial? Yo me quedo con los tratados fundamentales de filosofía y los Penguin, y ustedes atrévanse con los libros marxistas o de izquierda”. Ella no estuvo de acuerdo; consideró que la editorial tenía que seguir como estaba.
- *Ante la divergencia de intereses que acaba de comentar, ¿cuándo decide dejar de trabajar con Sara Maglione de Jorge?*
- En el año cincuenta y tantos. Cuando publiqué a Nicolás de Cusa, los marxistas me criticaron. “¿Quién es Nicolás de Cusa?”⁵ decían. “¡Un cardenal del siglo XIV! ¿Cómo una editorial de izquierda puede publicar eso?”. Yo entendía que era un filósofo fundamental de aquella época, un precursor del Renacimiento que, desgraciadamente, no llegó a ser Papa. Es más: los marxistas me criticaban por la publicación de Gramsci. Lo veían como pequeño burgués. Publiqué las *Cartas filosóficas* de Voltaire, D’Alembert.⁶ Inclu-

³ Gregorio Weinberg alude a *El existencialismo* de Henri Lefebvre (1948) Buenos Aires, Lautaro. Este libro se publicó con una “Advertencia” suya, en la colección dirigida por él, “Crítica y Polémica”, y en la que dos años después aparecerían las *Cartas desde la cárcel*, de Antonio Gramsci.

⁴ Gramsci, Antonio (1950) *Cartas desde la cárcel*, Buenos Aires, Lautaro.

⁵ Weinberg, Gregorio (1948) “Advertencia preliminar”. En: *De la docta ignorancia*, Buenos Aires, Lautaro.

⁶ Le Rond D’Alembert, Jean (1947) *Discurso preliminar de la “Enciclopedia”*, Buenos Aires, Lautaro. También cuenta con una “Advertencia preliminar” de Gregorio Weinberg.

so León Brunschvieg,⁷ que estaba considerado como uno de los maestros del idealismo, autor de un libro fundamental, también era mala palabra. Les parecía asombroso que se vendieran esos libros. Publiqué los libros de Benjamín Farrington sobre ciencia griega: *El cerebro y la mano en la Antigua Grecia. Cuatro estudios sobre las relaciones sociales del pensamiento* (1949) y *Ciencia griega* (1949), y *sucedió en la historia* (1957) de Vere Gordon Childe, que alcanzó una decena de ediciones, entre otros; también libros de Sarmiento⁸. Luego anuncié la colección de autores argentinos. En ese momento, hablé con la gente de Hachette, entre la que estaba un aragonés de apellido Palací. Un señor muy simpático, buena persona, con mentalidad de contador, humanamente era un encanto, un español republicano, con una pizca de anarquista; pero el contador podía más que el editor. Yo lo aprecié mucho, pero su única preocupación era avisar a París que tenía plata en el banco todos los meses. Le decíamos: “Hay inflación. Compre máquinas, compre papel”. Él, nada. Tenía un prejuicio: que la gente se entusiasmase demasiado con un libro; para evitarlo, optaba por demorar la decisión. A propósito, le puedo contar una anécdota. El libro de Miron Burgin, *Aspectos económicos del federalismo argentino*, yo lo tenía sobre mi escritorio. Me preguntó qué era eso. Le dije que era una tesis de doctorado de Harvard referida a la Argentina y hecha por un polaco. Junto con el libro de Juan Álvarez era lo mejor que había sobre el tema. Él me dijo: “¿Un polaco en los Estados Unidos? (!)”. Siempre venía a mi escritorio a charlar, miraba el libro y me preguntaba por qué seguía empeinado con

⁷ (1945) *Las etapas de la filosofía matemática*, Buenos Aires, Lautaro, traducción del francés de Cora Ratto de Sadosky; las citas en griego y latín fueron traducidas por María Rosa Lida.

⁸ Gregorio Weinberg dirigió varias colecciones para la editorial Lautaro entre los años 1945 y 1951. Ellas fueron: *Tratados Fundamentales*, donde aparecieron catorce títulos de Lucien Lévy-Bruhl, Lewis Morgan, Baruch Spinoza, Franz Boas, Francis Bacon, por citar algunos de los autores más significativos. *Estudios y Ensayos*, donde circularon obras de H. Hubert y M. Mauss, Henri Wallon, Vere Gordon Childe. Y finalmente *Crítica y Polémica*, con los libros de Lefebvre y Gramsci ya citados, entre otros.

ese libro. Un día, me llama Lawrence Smith, un agente literario inglés que vivía acá, doctorado en Oxford. Me dijo: “Yo le di la opción por el libro de Burgin. Está por vender y Emecé está interesada en publicarlo”. Le contesté: “No me lo diga a mí. Dígaselo al señor Manuel Palací”. Le habló al señor Palací. Vino este y me dijo: “No puede ser. Todo se demora acá. Nos van a robar los libros. Hay que moverse”. Con Manuel Palací hicimos la colección *El Pasado Argentino*.⁹ Nosotros estábamos remitiendo muchas divisas por la venta de las revistas francesas y, según Palací, algún día, uno de los tantos nacionalistas que estaban en el gobierno nos iba a preguntar qué hacíamos por el país. Palací me dice: “Yo quisiera quedar bien ante París. A mí no me interesa el costo. ¿Por qué no publicamos varios libros y hacemos un poco de ruido?”. Por aquel entonces, se había anunciado el premio Carlos Casavalle a la mejor producción editorial del año desde el punto de vista cultural. Yo hice el esfuerzo, publicamos un montón de libros, ganamos el premio Casavalle, nos dieron el diploma y 5.000 pesos. Me llama Palací y me dice: “El contador dice que no le pueden dar los 5.000 pesos porque el premio es para la empresa”. Era de una mezquindad increíble. Se quedaron con el diploma y los 5.000 pesos. Después, con Palací, empezamos a hacer varias colecciones. Por ejemplo, “*Las Vidas Cotidianas*”. *Vidas cotidianas en tiempo de Pericles*, de Homero, los egipcios. Y también retomé en Hachette la edición de libros de filosofía.¹⁰

⁹ En el último libro de ensayos de Juan José Saer, *Trabajos* ([2006] Buenos Aires, Seix Barral, pp. 189- 196) hay un entrañable texto llamado “Libros argentinos”, donde recuerda sus lecturas, y entre otras menciones, dice: “La serie [se refiere a la ‘Serie del Medio Siglo’] despertó en mí el gusto por los documentos de este tipo [los de viaje], lo cual me llevó a la admirable colección *El Pasado Argentino* de Gregorio Weinberg, de la que leí muchos volúmenes. A principios de los años setenta hice comprar la serie entera en dos ejemplares para la Universidad de Rennes lo cual me produjo, en las noches del invierno bretón, lluvioso y gris, muchos momentos agradables. [...] Uno de mis preferidos es el francés Alfred Ebelot, de Toulouse (como el hombre de Tacuarembó), que Alsina hizo venir para urbanizar el desierto [...]”.

¹⁰ La “Biblioteca Hachette de Filosofía” publicó unos trece títulos de León Brunschvig, G. W. F. Hegel (*Ciencia de la lógica*), Maurice Merleau-Ponty, Rodolfo Mondolfo y la His-

- *¿Qué pasó en Hachette, luego de la gestión de Palací?*
- Hachette era una de las más grandes empresas editoriales del mundo. Distribuía revistas y se vendían 20 000 *Paris Match* y 10 000 *Elle* por semana en la Argentina. Luego del fallecimiento de Palací, hacia finales de la década del cincuenta, vino de Francia un jovencito, el señor Musset, que era pedante, ignorante; entró a opinar y arruinó todo. Vino con grandes ínfulas y dijo que a él no le interesaban ni los autores, ni los títulos, ni los libros, sino que le interesaba la evolución anual del metro cúbico del depósito. Esa era la pauta. En esa época había aparecido la calculadora. Cualquier cosa que usted le decía, él la calculaba. No sé qué calculaba, pero hacía cálculos. Fue matando todos los libros. Así fue cómo dijo que no le interesaba seguir con la colección *El Pasado Argentino*. Hachette también hacía unos libritos encuadernados para niños, que fueron famosos en su época. Se llegaron a vender 50 000 ejemplares. También se deshizo de esta colección [que se llamó “*Libritos de Oro*”]. Un amigo mío, Rodolfo Schwarz, de origen suizo, me dijo: “Yo te doy unos pesos. Hagamos un acuerdo con Hachette y sigamos la colección *El Pasado Argentino*”. Nosotros financiábamos todo y la editorial nos garantizaba una compra inicial de 500 ejemplares de cada libro.
- *Hachette no corría ningún riesgo; ustedes financiaban, y Hachette se limitaba a distribuir.*
- Sí, son los libros que aparecen como “*Solar / Hachette*”. Eso anduvo bien hasta que vino el golpe de Juan Carlos Onganía. Yo me

toria de la filosofía (6 tomos) de E. Paolo Lamanna. Más aun, en su capacidad de asesor literario de Hachette, también le cupo promover la edición de obras mayores. Por citar algunos pocos ejemplos, que de ninguna manera agotan una lista interminable de títulos: Boleslao Lewin (1957) *La rebelión de Túpac Amaru*; Fernando Márquez Miranda (1959) *Siete arqueólogos, siete culturas*; Cari Sandburg (1957) *Abraham Lincoln*; Charles de Coster (1955) *La leyenda de Thyl Ulenspiegel*; Ben Johnson (1958) *Teatro*.

tuve que ir a Chile, a la CEPAL,¹¹ y quedó un encargado que no pudo dar continuidad con la tarea. Yo apenas podía venir una vez por mes durante un fin de semana, o cada dos meses y, de a poco, se fue extinguiendo la colección. Se habían publicado libros muy importantes: el de Woodbine Parish, *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata desde su descubrimiento y conquista por los españoles* (1958); los de José Luis Busaniche, *Estampas del pasado. Lecturas de historia argentina* (1959) e *Historia argentina* (1965); y los de James R. Scobie *Revolución en las pampas. Historia social del trigo argentino. 1860-1910* (1968) y *Buenos Aires. Del Centro a los barrios. 1870-1910* (1977). Durante los diez años en Chile se fue empobreciendo la colección, fue perdiendo impulso, pero, de todas maneras, llegamos a publicar más de cien títulos entre Hachette, Solar/Hachette y Solar.¹²

- *A propósito de las visiones puramente contables de Palací y Musset, un editor inglés (Ray Mortimer) dijo que la edición es al mismo tiempo un arte, un oficio, un negocio. ¿Con cuál de estas dimensiones se queda usted?*

- ¿No puede ser arte y oficio?

¹¹ A raíz del golpe de Estado y la intervención a la Universidad, Weinberg renunció a sus cátedras de Historia del Pensamiento Argentino y Latinoamericano (Filosofía) e Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana (Ciencias de la Educación), que impartía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA; poco después, en diciembre de 1966, fue cesado por el Poder Ejecutivo de su cargo de Director del Centro de Documentación Internacional; ello, a pesar de haber sido elegido, para dicha posición, en diciembre de 1958, en un concurso internacional, en cuyo jurado participaron el Dr. Risieri Frondizi, Rector de la UBA; el Dr. Bernardo Houssay, Presidente del CONICET; el Ing. José Babini, Director General de Cultura de la Nación, así como representantes de organizaciones internacionales del sistema de las Naciones Unidas.

¹² En Ediciones Solar, además de publicar la colección “Dimensión Argentina”, Gregorio Weinberg dirigió “Dimensión Americana”, donde aparecieron más de veinte textos de Josué de Castro, John J. Johnson, José Medina Echavarría, Philip M. Hauser, Alexander von Humboldt, Aníbal Pinto, Paul Verdevoye, así como documentos producidos por organismos internacionales como CEPAL, Unesco, PREALC / OIT.

- *Arte y oficio. Definitivamente, ¿no lo ve como negocio porque no es viable como tal o porque no ha sido su preocupación principal?*
- Porque no ha sido mi preocupación principal. Era posible apostar sobre seguro en libros importantes, que no tenían por qué no vender bien.
- *Usted confiaba en el libro por la calidad de los contenidos, por su pertinencia, por la importancia del autor. Con los libros que reunían estas características, ¿rara vez se equivocaba?*
- Publicábamos una historia de la agricultura, dos tomos de la historia de la industria, historia de la ganadería, los clásicos, teatro, por primera vez el sainete. El sainete siempre circuló como un subgénero. Me propuse elegir buenos sainetes, un buen prologuista. Publicamos un libro con diez sainetes, prologado por Tulio Carella, una antología difícil porque tenía que ser representativa de autores, lugares y tiempos. Las tres variables. El libro se vendió mucho. Roberto Giusti, que era uno de los grandes críticos de entonces, me llamó y me dijo: “Gregorio, ¿qué has hecho? Has publicado sainetes al lado de Sarmiento, de Mitre. No se puede. El lenguaje es una grosería. No puede ser”. Le dije: “Don Roberto, no se trata de publicar lo que a mí me gusta sino lo que creo que hace falta”. Además, algún sainete, *El velorio del angelito*, por ejemplo, yo lo veo como un ballet. Es toda una ceremonia del folclore. La entrada de los compadritos al velorio, por ejemplo...
- *Dijo algo, al pasar, que me llama mucho la atención: “... no es lo que me interesa o me gusta sino lo que hay que hacer”. ¿Esa debe ser la principal función del editor?*
- Creo que sí. El editor no puede publicar solamente lo que a él le gusta. Así se funde cualquier editorial. Publicamos teatro, el de Roberto J. Payró, por ejemplo. Le pedí el prólogo a Roberto Giusti,

porque había asistido al estreno de casi todas las obras. El prólogo es flojísimo. Publiqué también otro autor postergado que era Eduardo Gutiérrez, un folletinista. Escribió una cantidad de libros considerados de segunda. Yo los publiqué y se vendieron muy bien. Publiqué a Roberto Arlt, a Horacio Quiroga y... ¡cómo se vendía *Cuentos de la selva*! ¡Cómo se vendía!

- *El riesgo, la apuesta a futuro, la disposición a poner en riesgo el capital para prestigiar un catálogo, ¿cree que es la esencia de todo editor?*
- Siempre hay un margen de riesgo. Pero no todo puede ser riesgo. A veces, uno apuesta a un libro y no sabe por qué no se vende. También hay imprevistos.
- *¿Cómo se concilian un catálogo reconocido, prestigioso, valioso con la viabilidad financiera? ¿Cuáles son los atributos que debe tener un editor para lograr esto?*
- Creo que debe tener artillería liviana y artillería pesada. La artillería pesada sería el catálogo. El libro que se venderá porque el mercado lo necesita. Le doy el ejemplo de la *Ciencia de la lógica* de Hegel [(1956), Buenos Aires, Hachette]. Me costó sangre, sudor y lágrimas. Lo tradujo Rodolfo Mondolfo. Es uno de los libros más endemoniados que usted se pueda imaginar. Fue una lucha poder publicarlo. Para mí, inexplicable; me precio de haber hecho seis ediciones de esa obra monumental. Era uno de los clásicos mayores del pensamiento filosófico que no estaba en castellano. No había una edición de la *Metafísica* de Aristóteles y faltaba el libro de John Locke, *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Este se lo hice traducir a un amigo muy querido, pero después me enteré que la editorial Sudamericana lo estaba haciendo y tuvimos que desistir. Sudamericana tiene una preciosa edición de la *Metafísica* de Aristóteles. Yo decía: “Estos son los tres libros mayores de la filosofía, ¿cómo no van a estar en castellano en una buena

traducción?”. El libro de Locke no estaba, nunca se había traducido. Lo empezamos a traducir y nos ganó de mano Sudamericana. Nosotros hacíamos una edición crítica. La *Metafísica* también la hizo un discípulo de Rodolfo Mondolfo. El catálogo de Losada tiene numerosos libros de Mondolfo, un sabio reconocido en Europa. Yo pensaba que faltaban clásicos en el panorama filosófico. La línea irracionalista no me interesa. Pero se puede reivindicar a todos los que hicimos acá: Hegel, Kant...

- *Usted se nutría básicamente de su observación del mercado argentino, de lo que faltaba, en función de lo que usted creía que era su línea de especialización, la filosofía. Por otro lado, ¿cómo se mantenía actualizado por aquel entonces, en las décadas del cuarenta, del cincuenta, respecto de la producción editorial y el pensamiento filosófico a nivel mundial? Además de ser un tiempo muy convulsionado políticamente durante la guerra y la posguerra, los medios de comunicación y los recursos tecnológicos no estaban tan desarrollados.*

- Hachette recibía una cantidad impresionante de revistas. Entre ellas, *Les Temps Modernes* de Sartre, y *Sprit*. Yo las leía cuidadosamente, seguía las nuevas corrientes, veía el estructuralismo, el existencialismo, todas esas cosas. Me nutría de Hachette y también un poco de la universidad. Algo de alquimia. Hay que pensarlo un poquito y después averiguar bien si ciertas obras fueron alguna vez publicadas. El otro día vi un libro que acaba de publicar Losada, un libro de Aristóteles con traducción de Patricio Azcárate. Es una vergüenza. Es una versión retraducida del francés del siglo pasado. Si se levanta el viejo Gonzalo Losada, se muere.¹³ Y Henríquez Ureña también. Una editorial de ese prestigio no puede hacer eso. El costo de la traducción de una lengua como el griego puede ser alto, pero queda. Publiqué Voltaire, *Ensayo sobre las costumbres* ([1959] Buenos Aires, Hachette), un libro de

¹³ Gonzalo Losada, editor español que fundó en 1938 la editorial Losada.

ochocientas páginas, con prólogo de Francisco Romero. Era un lujo. Me decían que estaba loco, pero la filosofía y la historia son fundamentales.

- *Entre las colecciones que ha publicado, ha mencionado muchas traducciones, autores clásicos, pensadores europeos. En lo que ha sido su trabajo como editor de autores nacionales, me interesa mucho que me cuente su relación con los autores vivos, no autores argentinos fallecidos o clásicos, sino aquellos con los que usted tenía relación, ¿se acercaba a ellos para ofrecerles ser publicados, manifestarles su interés, o directamente recibía una propuesta de publicación de alguno de ellos?*
- Generalmente, no. Propuestas se recibían; hubo gente que quería pagar la edición, pero nunca lo aceptamos. Por una cuestión de principios. Yo creía que había que llenar algunos vacíos. Lo que le mencionaba antes. No había una historia de la ganadería, no había una historia de la agricultura; buscaba quién pudiera hacerlo o traducir libros que respondieran a eso. Ir sumando a los autores olvidados, tratar de llevarlos al público, descubrir vertientes.
- *Usted mencionó cómo se mantenía actualizado, cómo analizaba qué había y qué no, como detectaba necesidades para decidir la publicación de algún libro. Hace un momento, al pasar, dijo que ciertos libros eran “considerados de segunda”. ¿Cómo se manejó usted con algo que en el trabajo de los editores influye mucho, como la opinión de los contemporáneos, de la crítica y del mundo intelectual de la época? ¿Cómo mantiene una independencia de estas opiniones? ¿Qué tanto daño puede hacerle una mala crítica a un libro?*
- Es el caso de Eduardo Gutiérrez, por ejemplo. En cualquier librito de literatura se habla de él. Fue uno de los autores más populares, se vendió muchísimo, se reeditó; lo leían los sectores populares, se hicieron historietas. Yo busqué algunos títulos de Gutiérrez, los

leí y entendí que era un escritor.¹⁴ También publicamos a Horacio Quiroga, en “Los Pingüinos”; al respecto, le puedo contar una anécdota, ya que los protagonistas no viven. Nosotros quisimos comprar los derechos de los seis libros de Quiroga. Él se había casado en segundas nupcias con una muchacha joven. Cuando hablamos de los derechos de autor, apareció un hijo, que tenía casi la misma edad que la segunda esposa de Quiroga, con la cual estaba peleado a muerte. Habían dividido la herencia por los libros. La mujer nos dijo que nos daba los derechos por sus libros con la condición de que no publicásemos los del hijo. Se hizo una linda edición de *Cuentos de la selva*, que se impuso como texto durante muchos años. Era un libro de lectura igual que *El principito* de Antoine de Saint- Exupéry y *Platero y yo* de Juan Ramón Jiménez. Losada hacía decenas de miles de *Platero y yo*, y nosotros, de *Cuentos de la selva*. Hice una antología de Roberto Arlt, un autor que estaba bastante olvidado. Las novelas de Arlt habían sido publicadas por Antonio Zamora en Claridad, una editorial socialista; lo que no circulaba, hasta entonces, eran las “Aguafuertes”, que habían aparecido en el diario *El Mundo*. Zamora había publicado algunos libros que le dieron mucha plata, como *El matrimonio perfecto*; publicó autores nacionales y a Stefan Zweig, entre otros.

- *Los autores con los que usted trató y que ha publicado, ¿cómo tomaban que usted hiciera sugerencias sobre el propio texto, el tono, la estructura? ¿Lo admitían, les costaba?*
- La mayoría lo aceptaba. Otros no, y me vi obligado a rechazar a gente importante. A mí me dolía mucho, pero tenía que decirles

¹⁴ Weinberg publicó cuatro libros de Eduardo Gutiérrez: *Croquis y siluetas militares. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*; *La Muerte de Buenos Aires*; *El Chacho* y *Los Montoneros*. En alguna ocasión, Weinberg comentó que había encargado a León Benarós los estudios preliminares a los dos últimos títulos citados, no solo por el conocimiento que el prologuista tenía de la obra de Gutiérrez, sino también porque Benarós seguía siendo marginado como autor por su filiación peronista.

que el prólogo tenía que reunir ciertas condiciones, el tema, la importancia del libro; sobre todo, hay que responderle al lector una pregunta implícita: por qué diablos se edita. Al lector hay que decirle por qué se publica el libro; por sus valores estéticos, por sus valores documentales, por lo que sea. Fue así como algunos prólogos se rechazaron. Y algunos se ofendían, naturalmente. Tuve problemas con el libro de Busaniche; autor de un libro bastante heterodoxo. Los liberales no me lo querían prologar porque hablaba mal de Sarmiento, y los nacionalistas tampoco lo querían. Le pedí prólogos a gente de distintas tendencias. Después hablé con Juan Pivel Devoto, que era un “señor” historiador. Él mismo me dijo: “Un libro de la Argentina, tan importante, prologado por un señor que no es argentino. Me parece que no estaría bien. Yo lo haría con gusto, pero me parece que no está bien”. Ahí tuve que arremangarme y hacerlo yo. Un libro difícil, antirrosista y antisarmientista. Es “santafesinocéntrico”. Tiene un castellano estupendo. ¿Vio los acápite? Son una delicia.

- *¿Hay libros que han surgido a partir de alguna conversación informal con algún autor, con algún intelectual? ¿Ha encargado libros?*
- Hicimos una revista de historia, con Enrique M. Barba, Sergio Bagú, Narciso Machinandiarena, Juan Carlos Ferreira, entre otros. Barba era el presidente de la Academia Nacional de la Historia. En su juventud, había publicado un librito que se llamaba *Correspondencia entre Rosas, Quiroga y López*. Durante veinte o treinta años, fue juntando todo. Un día, me sugirió publicar ese libro. Ese libro entra en el debate de los nacionalistas, de los revisionistas. Tuvo dos o tres ediciones. Él mismo me lo sugirió, pero hubo pocos casos de esos.
- *Me comentó acerca de libros anunciados en el catálogo de la colección *El Pasado Argentino* que no se pudieron publicar. ¿Qué libro le hubiese gustado publicar y no pudo hacerlo? Problemas del estilo de los*

que tuvo con los derechos de los herederos de Horacio Quiroga, por los problemas para conseguir los derechos de Hegel...

- En el catálogo figura, de Félix de Azara, *Apuntamientos para la historia natural de los cuadrúpedos*. Ese libro contiene dos obras: la de los cuadrúpedos y la de los pájaros. En esa época no se fotocopiaba. Yo mandé a una empleada a copiar el libro a mano, al Museo de Ciencias Naturales de la avenida Ángel Gallardo. Se copió el libro a mano, se pasó a máquina. Después, hablé con un naturalista y le dije que, para presentarlo, teníamos que ponerle entre paréntesis el nombre científico actual y el vulgar. Se lo llevó este naturalista, hizo el trabajo y se lo pasó a Julio César González, que era un especialista en Azara y me iba a hacer el prólogo. Murió González y nunca apareció el libro. Desapareció, se perdió, los herederos no sabían nada. ¿Se da cuenta del trabajo de copiarlo, pasarlo a máquina?
- *Veo una trayectoria muy coherente a la hora de diseñar los catálogos a partir de sus preocupaciones intelectuales.*
- Nunca me dejé llevar por la moda. Puede haber “un libro de moda” importante, por qué no. Pero hay que jugarse. En la editorial Lautaro llegamos a publicar un librito de Gabriel García Márquez. No me acuerdo cuál. No me acuerdo cómo llegó, y se publicó. Yo creo que hay que tener sensibilidad hacia los autores nuevos, siempre que no sea por la moda. El premio Nobel John Coetzee, aunque esté de moda, es un gran escritor. Otros, no tanto.
- *¿A qué editores le gustaría reivindicar? ¿A quién mencionaría como modelos para seguir?*
- Gonzalo Losada, don Antonio López Llausás; Joaquín Gil, con todas las mañas que tenía, era un gran editor. Durante un tiempo, Amorrortu publicó libros de sociología muy bien hechos. La

gente inicial de Paidós,¹⁵ que abrió el camino a la psicología, está publicando libros especializados muy buenos. Todos ellos merecen ser reivindicados.

Hasta aquí, la entrevista. Cabe agregar que la labor de Gregorio Weinberg como editor no se circunscribió solamente a las referencias que él hizo en esta entrevista a las editoriales Lautaro, Hachette y Solar. Por el contrario, animó la edición de libros en otros sellos editoriales argentinos como Leviatán, La Pléyade, Acervo Cultural Editores, Siglo Veinte, Mar Océano, Hemisferio, Editorial Bibliográfica Argentina, Omeba, entre otros. En esta línea, promovió la edición de clásicos como las *Obras completas* de Baruch de Spinoza (cinco volúmenes); *De la guerra* (en versión completa traducida directamente del alemán) de Karl von Clausewitz; las *Obras* del General Enrique Mosconi, en tres volúmenes; las *Obras. 1919-1945* de Raúl Prebisch (cuatro tomos); *El desarrollo de las ideas en los Estados Unidos* de Vernon Louis Parrington (en tres tomos) o las *Noticias secretas de América* de Antonio de Ulloa y Jorge Juan, entre muchos otros libros.

Por último, y para completar el perfil de Weinberg como editor, podemos añadir sus palabras con respecto a la colección “Tratados Fundamentales” de la editorial Lautaro. Decía Weinberg:

[...] Nuestra colección publicará únicamente obras clásicas, de reconocida e indiscutible trascendencia, casi todas ellas vertidas por primera vez a nuestro idioma. Sus características sobresalientes: seriedad en la traducción, textos íntegros, notas indispensables, prólogos autorizados, bibliografías e índices, pondrán al alcance del lector volúmenes cuidadosamente impresos, realizados con el rigor, criterio y exigencias de las ediciones críticas.

¹⁵ Se refiere al sociólogo Gino Germani, y a los psicólogos Enrique Butelman y Jaime Bernstein.

Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg*

Alicia Segal**

- *Considero que la mejor presentación son las palabras que acaba de decirme el Dr. Gregorio Weinberg: “Yo no creo en los currículums, creo en la gente”. En nombre del Licenciado Marcelo Lobosco, director de la Asociación Olimpiada Argentina de Filosofía, y el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires, damos la bienvenida a nuestro prestigioso entrevistado. Tenemos el enorme placer de contar con el Dr. Weinberg, quien, entre tantas ocupaciones, es Presidente Honorario de nuestra Olimpiada de Filosofía, desde su origen. Como vamos a intentar una conversación de tipo informal, nos permitimos preguntarle: ¿por qué recibió un premio a la trayectoria en la Feria Internacional del Libro en nuestra ciudad?*

* Extraído de Segal, A. (2006). Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg. Cuyo, *Anuario de Filosofía Argentina y Americana*, 23, 75-86. La Entrevista al Dr. Gregorio Weinberg se realizó el 1 de junio de 2004, en el marco de la Tercera Muestra Nacional de Filosofía, organizada por el Ciclo Básico Común de la Universidad de Buenos Aires y coordinada por la Asociación Olimpiada Argentina de Filosofía.

** Profesora de Filosofía. Especialista en Dirección y Gestión Escolar

- Muchas gracias. Buenos días. La pregunta sobre la trayectoria de mi actividad editorial creo que nos permite abarcar una cantidad de temas bastante complejos, variados y heterogéneos. Yo no tengo ningún inconveniente en que me interrumpan. Mi historia es la siguiente: prácticamente el primer libro que yo publiqué fue en 1946. Vale decir que hace sesenta años que estoy dedicado a la docencia y a la actividad editorial. Durante esos sesenta años hemos intentado siempre publicar libros que contribuyan al conocimiento y a la formación de un capital intelectual para el país. Nuestra historia ha sido fragmentada por golpes de estado, etcétera, que ustedes bien conocen y que han interrumpido muchas iniciativas. Muchas iniciativas han fracasado; se han iniciado, interrumpido, etcétera. La primera iniciativa que yo quisiera mencionar sería esta porque ustedes con seguridad no la conocen: publicamos con el Dr. Manuel Sadosky (que fue Decano de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires) una colección que se llamó “Tratados fundamentales” desde el año 1946 en adelante, en la cual tratamos de publicar los clásicos (a nuestro juicio), los más importantes, para recuperar la racionalidad, el optimismo y las ideas democráticas bastante nubladas en los años de posguerra. No olvidemos el momento que se estaba atravesando. La Argentina, como todos los países de América Latina, había interrumpido todos sus vínculos con Europa, nuestros proveedores de libros y también de ideas sobre todo de España y Francia y, en menor escala, de Estados Unidos. Entonces se produce lo que los economistas después llamaron un “proceso de sustitución de importaciones”. Hubo un grupo de gente advertida, empresarios, que compraron las necesidades que exigía un pueblo, que la Universidad funcionaba y que no había libros. Se empezaron a publicar paulatinamente libros: algunas de esas empresas llevaban el nombre de sus promotores, como el caso de Losada, por ejemplo y, en otros casos, editoriales artesanales como aquella a la cual estuve yo vinculado que es la editorial Lautaro. En la editorial Lautaro nos propusimos publicar una colección; ya

les he dicho que se llamaba “Tratados fundamentales”. Yo les voy a leer algunos títulos nada más. Si quieren aclaración de por qué se publicó ese libro con todo gusto la daría. El primer libro que apareció fue *La mentalidad primitiva*, de Lucien Lévy-Bruhl. Fue en su momento —que dicho sea de paso estuvo en la Argentina en la década del 20— muy discutido. Fue un libro muy discutido sobre todo por la palabra “primitiva”; parecía una palabra peyorativa y casi todos los estudios en torno a Lévy-Bruhl insisten mucho en ese carácter por un lado y, por otro lado, en que él no hubiera hecho trabajo de campo sino que hubiese utilizado como fuente casi siempre las fuentes de los misioneros. Pero a mí me interesó otra cosa de Lévy-Bruhl. Lévy-Bruhl pretende y yo lo comparto, que las categorías (nuestras categorías) son históricas. Es decir, la historicidad de las categorías de tiempo, espacio, causalidad, etcétera. Se dan cuenta ustedes que esto es bastante significativo y también las categorías gramaticales, no sé si queda claro. Nosotros estamos utilizando, por ejemplo, la categoría de singular y plural. ¿Parece natural, no es cierto? No es natural porque Lévy-Bruhl, utilizando las fuentes adecuadas, demuestra que hubo un singular, un dual, un trial y un proto griego hasta un cuatrial.

- Después hubo un proceso de simplificación, de abstracción y hemos llegado al plural. Vale decir que hay un singular y un plural, pero el plural no es natural sino que es producto de una compactación (o como ustedes quieran llamarlo) de diferentes niveles. No sé si esto queda claro. Da ejemplos de otra índole. Según sostiene él, en las tribus de Mauritania no existe la palabra camello pero existen palabras para decir camello macho, camello hembra, camello de trote, camello de carrera, camello de carga, etc, etcétera. No han llegado al grado de abstracción que les permita elaborar la palabra camello. Otro tanto, dice él, los países donde los dátiles constituyen un buen alimento, en aquella época la palabra dátiles no existía. Existían decenas de palabras para expresar cada una de las especies o género de ese producto vegetal.

¿Queda esto claro? El segundo libro se llamó *Las etapas de la filosofía matemática* de León Brunschvicg. El tercer libro fue *Averroes* y el averroísmo que fue un pensador árabe de primera importancia y que tiene transcripciones muy valiosas de escritos de aquella época. Les advierto algo que no consta en el libro por modestia de la autora: el latín medieval fue traducido por María Rosa Lida que no quiso, de ninguna manera, figurar. Vale decir que es una traducción impecable. Publicamos *El sistema en la naturaleza* que es uno de los grandes libros de la Ilustración. Publicamos la *Historia general de la Naturaleza y teoría del cielo* de Kant. Publicamos el *Tratado teológico-político* de Spinoza, que es uno de los libros más importantes de la historia de las ideas políticas. Publicamos *Cuestiones fundamentales de antropología cultural* de Franz Boas; que en aquel momento era uno de los grandes antropólogos del mundo pero que no había llegado a nuestra Universidad donde predominaban concepciones racistas y excluyentes. Publicamos, también, *Las funciones mentales de las sociedades inferiores*, de Lévy-Bruhl; *La docta ignorancia*, de Nicolás de Cusa; un libro muy importante, tan importante que Cassirer, en su libro *El problema del conocimiento*, lo toma como punto de partida del pensamiento moderno. El último libro que alcanzamos a publicar fue las *Cartas filosóficas* de Voltaire, que son sumamente importantes porque introducen todo el pensamiento inglés; la rivalidad entre Inglaterra y Francia, por ejemplo los franceses se negaban a aceptar la física de Newton; seguían siendo cartesianos a pesar de todo. Voltaire publicó un libro y su amante tradujo a Newton. Hasta ahí se publicó. Teníamos proyectado la *Ciencia de la lógica*, de Hegel; que yo después de muchos años tuve la suerte de publicarla en traducción de Rodolfo Mondolfo. Tiene toda una historia de veinte años, *Las formas elementales de la vida religiosa*, de Durkheim; que lo traduje yo personalmente y que en un allanamiento la policía se lo llevó. Espero que les haya servido para hacer alguna 'tarea' espiritual, ¿no es cierto? Teníamos también preparado el *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de Locke, que coincidió con la

publicación casi simultánea con Sudamericana; el *Tratado de las sensaciones*, de Condillac, que yo también traduje, pero eso llegó al público editado por Eudeba porque la editorial Lautaro ya había desaparecido. *Obras filosóficas*, de Diderot; *Los principios de geología*, de Lyell estaban en preparación; y *Discursos sobre las ciencias y las artes* y *Sobre los orígenes y fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, de Rousseau. Por último, *El químico escéptico* de Boyle. Como ustedes ven era un plan bastante ambicioso. Ahora es interesante registrar algunos hechos desde el punto de vista cultural. Fijense que estos libros tenían una tirada de 3000 ejemplares. Y se vendieron. Se vendían inmediatamente, desaparecían. Ahora, desde hace décadas, estos libros no se encuentran entre los libros viejos. Quiero decir que había una receptividad e interés por parte de los estudiantes de América Latina notable, que hoy no se advierte quizás por culpa, también, de los desdichados apuntes.

- *A propósito, esto es lo que usted hizo publicar. Usted hizo publicaciones, ¿coinciden con esta línea? ¿Tiene que ver con el concepto de masa crítica?*
- Por supuesto que tiene que ver. Uno de los propósitos era que se fuera constituyendo una masa crítica de conocimientos. En nuestro país no había actividad práctica; prácticamente no había actividad editorial, apenas se publicaban algunos textos, casi no había libros de filosofía. Durante ese lapso, más o menos brillante, aparecieron y contribuyeron a formar una masa crítica en materia filosófica, fundamentalmente colecciones que dirigieron los maestros Francisco Romero y Eugenio Pucciarelli. Después la otra aventura que yo emprendí fue, con colaboración, la publicación de los Penguin, como dicen en inglés. No sé si ustedes tienen una idea de la importancia que en lengua inglesa tienen los Penguin hasta ahora. Tienen millares de libros publicados. Nosotros alcanzamos a constituir un pequeño comité el cual logré integrar. Estaba constituido por María Rosa Oliver y Don Pedro Henríquez

Ureña Publicamos libros como un *Diccionario de ciencias*, del año 47. Yo no sé si se ha publicado otro diccionario de ciencias. *Arte primitivo*, *Una breve historia de literatura inglesa*, etc, etcétera Es decir, estos perseguían el propósito mucho más que de divulgación. Perseguían el propósito de formar una masa crítica de conocimientos, de espíritu crítico, etcétera

- Después, desdichadamente, las circunstancias me obligaron a alejarme del país (o me alejaron del país). Yo estaba redactando mi renuncia cuando tocó el cartero el timbre de mi casa y recibí un telegrama que decía “Aceptamos su renuncia. Rechazamos sus fundamentos”. Yo todavía no la había mandado. Estuve diez años en Chile, trabajando en Naciones Unidas. Y después de lo cual estoy muy orgulloso, es esta otra colección que se llamó, inicialmente *El Pasado Argentino* que se llegó a publicar y se continúa publicando con más de 120 títulos; con los cuales uno de sus propósitos era mostrar la heterogeneidad del país, por un lado y, por otro lado, tratar de contribuir no solo a su conocimiento sino a rescatar autores olvidados, rescatar temas olvidados, buscar temas que no hayan sido tratados, por ejemplo, la historia del trigo, la historia de la industria, la historia de la ciudad de Buenos Aires con criterio moderno, etc, etcétera. También rescatar los testimonios más valiosos de las provincias, como el caso de Ricardo Rojas, Fontana, etcétera.
- Todo eso tenía un propósito, una suerte de filosofía si ustedes quieren, que era para conseguir, contrariando los prejuicios, contrariando todas las dificultades, ir inculcando, en la medida de lo posible, libros que contribuyan a la formación intelectual y a la formación espiritual de los argentinos. Yo creo que este es precisamente el premio que me llevo; porque esta colección lleva publicado en forma intermitente debido a las fracturas políticas, etcétera, registradas en el país y no hace falta insistir en cuáles son. Se publicaron y se continúa publicando. Un esfuerzo que sirve,

también, para integrar el país. Y la gente no entendía; tiene una visión particular. A mí no me gusta caer en lo anecdótico pero puedo decir, por ejemplo, que publiqué un libro que se llamaba *El sainete criollo*. Fue la primera vez que *El sainete...* se publicó en forma de libro.

- Siempre circulaba en esos folletitos. Lo publiqué con muchas dificultades y uno de los profesores de la Facultad me dijo “¿cómo publicás eso en una colección donde están Sarmiento, Mansilla, Alberdi...?” Y yo le dije, “bueno, discúlpeme, pero yo creo que El sainete es un testimonio de la sociabilidad de la época, del lenguaje de la época, de las costumbres de la época y alguno de esos sainetes, prácticamente, yo al leerlos veo, casi, un ballet. El velorio del angelito me pareció que era transformable, verdaderamente, en un ballet”. He publicado en materia de filosofía, para terminar, —de las cosas más ambiciosas que yo he publicado— *Ciencia griega*, de Farrington; un libro de valor superlativo. Publiqué, me di el gusto, la *Ciencia de la lógica* traducida por Mondolfo. Publiqué la *Historia de la Filosofía*, de Paolo Lamanna; en sus seis tomos. Bibliografía hecha a pulmón por mí; cada uno de los tomos tiene su bibliografía. Respetamos la bibliografía italiana, respetamos la bibliografía de los títulos originales y se pusieron todas las traducciones. Prácticamente creo que es una guía inapreciable para poder ver hasta dónde se había publicado y algunos descubrimientos muy notables; por ejemplo, cuán tarde o cuán temprano se habían publicado cuáles o tales autores. Después de eso publiqué también la segunda edición del *Vocabulario*, de Lalande. No sé si ustedes lo utilizan. *El Diccionario* de André Lalande...; este libro trae para mí recuerdos de índole sentimental. Cuando me echaron de la Universidad, me llamó Don Pedro García, del Ateneo, y me dijo “propóngame usted un título cualquiera para traducir y se va ganando la vida mientras tanto”. Ese libro lo hicimos con el profesor Caletti; es un libro importante, hoy inhallable. Es el *Vocabulario filosófico*, de Lalande. Bueno, además de eso (dejando

de lado mis actividades) quisiera señalarle porque me parece que me excedo en el tiempo, la importancia que tuvo también para la formación del país, la publicación de muchos libros científicos. La Argentina tuvo un prestigio en predicamento de libros científicos sobresalientes en todo el continente. Particularmente en medicina y en matemáticas. En toda América Latina se estudiaba la *Fisiología*, de Bernardo Houssay. En toda América Latina se estudiaba la *Traumatología*, de Otamendi. En toda América Latina se estudiaba la *Pediatría*, de Garrahan. Así podría seguirles enumerando.

- Y todo eso se ha perdido. Yo me he encontrado con gente que ocupa altos puestos en los gobiernos y que me han dicho “ah sí, yo estudié con la *Fisiología de Houssay*”; “yo leía *El Gráfico*” (por ejemplo). Estamos bajando de categoría. Leían todas las publicaciones nuestras. Es un problema interesante de la historia de la cultura ver qué ha pasado en esos vaivenes y ver por qué la Argentina ha perdido peso específico con sus libros y, además, el hecho de que no hay inversiones en las zonas grandes de consulta. En aquella época se publicaron diccionarios, se publicaron atlas, se publicaron enciclopedias. Hoy estamos publicando *best sellers*. Creo que esto es un indicador del cambio de mentalidad del país.
- *Usted recién acaba de mencionar la palabra cultura. ¿Qué entiende por cultura, Doctor?*
- Si usted me permite yo, para no hacer demasiado extensa las reflexiones, escribí anoche unas páginas que quieren ser una respuesta a las deplorables e inoportunas declaraciones del Secretario de Cultura de la Nación, Torcuato Di Tella. Perdón, no son inoportunas, quizás sean oportunas, si es que suscitan un debate sobre qué es cultura.

- Todos ustedes sabrán o habrán visto las declaraciones de Di Tella; habrán visto los pequeños incidentes que se han producido en la radio, en Canal 7 de Televisión, todos ustedes estarán enterados de lo que pasó en la Biblioteca Nacional; todos ustedes están enterados de lo que pasó con el Fondo de las Artes. Yo creo que, en ese sentido, pasamos un mal momento y creo que vale la pena iniciar un debate en el país que nunca se ha dado con respecto al tema de qué es cultura, su significación, su alcance, sus proyecciones, etcétera.

Lectura de unas palabras por el Dr. Gregorio Weinberg

“La sociedad latinoamericana general ha demostrado una actitud francamente preocupante. Carece de una clara conciencia de la sobresaliente importancia que posee o, mejor dicho que deben poseer, tanto la cultura como la educación, como así también el papel de la ciencia y la técnica, tanto en el desenvolvimiento de la sociedad como en la conformación de una cosmovisión más actualizada en este momento inédito y desafiante que nos toca vivir.

Estamos viviendo una situación un poco esquizofrénica. Estamos hablando, vamos a la sociedad del conocimiento, y el Secretario de Cultura de la Nación utiliza las palabras despectivas que ha utilizado con respecto a la cultura y esto me recuerda a las palabras de Domingo Cavallo cuando mandó a una eminente científica argentina a lavar los platos. Yo creo que esto es exactamente lo mismo.

Mientras perdura esta concepción decimonónica; es decir, elitista y minoritaria y, por lo tanto, ajena o poco significativa para las actividades de toda la sociedad, podrá entenderse mas no justificarse el espontaneísmo de su conducción; como si la cultura no requiriese criterios orgánicos y planteamientos a largo plazo objetivos, democráticos, compartidos y no debiese movilizar recursos parangonables, quizás, por su

magnitud con otros sectores de la producción y de los servicios públicos. Tampoco privilegiados por lo que vemos en estos últimos años.

Es decir, me preocupa que se hable tanto (no sé si ustedes lo recuerdan, son muy jóvenes, a “Piolín de Macramé”, pseudónimo de Florencio Escardó, quien decía “Oh la maestra, Oh la vaca, Oh la filosofía”. Lo describía con sentido del humor).

Ahora bien, cuando a veces se habla de inversiones en materia de cultura como exteriorización de una política determinada, lo que convengamos es hartó y frecuente, tenemos la impresión de que no todos están convencidos suficientemente del carácter prioritario que debe asignársele. Y que no se trata, reiteramos, de una actividad suntuaria y por ello diferible. La cultura no es suntuaria ni es diferible. Tampoco se persigue una coordinación mínima entre el Estado, en todas sus jurisdicciones, las Universidades, el sector privado. El aporte de este último suele caracterizarse por su índole esporádica.

Peor aún, nos estamos quedando cortos. Casi siempre nos dejamos enredar. Las más de las veces inadvertidamente, en actitud hartó-convencional. En el sentido de subordinar la cultura y la educación al desarrollo económico, como si aquellos dependieran de este y por acción residual. Como si fuese factible estimular el impulso cultural adaptándolo a las disponibilidades de recursos y a sus objetivos.

El desarrollo económico, sin contrapeso, puede llegar a deteriorar seriamente las condiciones de vida: a desequilibrar el hábitat, a destruir el paisaje físico y humano, contaminar el medio ambiente. Aquí los ejemplos son prescindibles por suficientemente conocidos.

De todos modos, digamos que en numerosos casos aquellos rasgos son más o menos dramáticos en nuestras grandes megalópolis. Un crecimiento económico intenso o un grave estancamiento implican modificar los estilos de vida que afectan a todos los hombres que son sus protagonistas. Una política cultural que la incentive y distribuya con acierto y espíritu pluralista y democrático podrá servir, también, para aliviar tensiones, frustraciones y preocupaciones muchas veces legítimas. Y esto es especialmente importante para la salud de toda civilización conmovida. En particular la de nuestras

ciudades, con un crecimiento inorgánico que pone de relieve una sociedad escindida cuando no al borde de la anomia.

Hace ya más de una década, la revista francesa *Sprit*, llamaba la atención sobre los peligros de convertir al pueblo en público, al habitante en usuario, al ciudadano en consumidor, y al trabajador en instrumento.

Pero vayamos más lejos aún: una cosa es el crecimiento cuantitativo y otra muy diferente es el desarrollo. Para que haya desarrollo efectivo debe haber participación y aquí se torna oportuno interrogarnos si puede haber participación sin cultura; sin una cultura crítica y creadora, capaz de imprimirle un sentido a los procesos, que de otro modo quedarían fatalmente condenados.

Postergar el desarrollo cultural es comprometer al desarrollo económico. Y esto no lo entienden las clases dirigentes. Comprometer el desarrollo cultural es impedir, dificultar, trabar el desarrollo económico.

Una de las características actuales de esa fase en nuestro país, nos conduce a pasos agigantados a marginar y a excluir a sectores cada vez más numerosos de la población y cualquier estudio sobre la sociedad rural, urbana, contemporánea, así lo corrobora.

Por otro lado, sucede con la cultura algo semejante a lo que sucedió con la educación. Antes de haberse hecho efectiva la educación como un derecho, antes de haberse universalizado en la práctica, comenzó a considerársela como una necesidad social o individual, que urge satisfacer cuanto antes y del mejor modo posible. Y con la cultura acontece algo semejante. Es harto reciente su reconocimiento como un derecho por parte de las legislaciones nacionales y de los acuerdos internacionales. Y antes de haberse satisfecho el infundado carácter ornamental de la cultura que eludimos en forma típica precisamente por sus limitaciones intrínsecas, es un resabio de tiempos que nos conducen al desafío intelectual de abordar las culturas como algo definitivamente sustantivo, con una densidad cada vez menos postergable. Por eso corresponde considerarla con un sentido abarcador, antropológico y no restringido a solo ciertas manifestaciones artísticas y literarias.

Si el objetivo de la cultura debe ser, en última instancia, “dar sentido al mundo que nos rodea” frente a los dramáticos desafíos de los fenómenos contemporáneos: urbanización, industrialización, deterioro del medio ambiente, modificaciones en el ritmo de la existencia, alteraciones de la tabla de valores en las modalidades del quehacer cotidiano, etcétera, una de las funciones de la cultura es, precisamente, preservar y enriquecer aquella facultad de otorgar sentido a nuestro entorno, resguardar al hombre de la intemperie que hoy lo amenaza más dentro de una comunidad campesina o dentro de la ciudad, que antes parecía protegerlo. Estamos hablando del hombre concreto, no de las abstracciones idealizadoras y empobrecedoras, rescatándolo de los riesgos y de los escollos de la alienación, el desarraigo, de las ansiedades, de la angustia (que es una de las manifestaciones más visibles y conocidas de esta situación planetaria en la que estamos sumergidos) y que en la sociedad sacudida, más que condiciones para vivir, parecen plantearse prácticamente desafíos para sobrevivir.

Pero demos un paso más en el razonamiento: la cultura debería ofrecer continuidad y, de algún modo —como se ha dicho— estabilidad a las sociedades en enérgico proceso de modificación. La cultura tiene un papel muy importante en este sentido. Por eso compete a la cultura la función integradora, para favorecer la inserción del hombre en el nuevo tejido social que, sin sobresaltos, se está formando a su alrededor, y cuyas claves casi siempre desconoce.

La cultura tiene una trascendente función integradora de la sociedad, aunque el amigo Torcuato Di Tella lo desconozca. No es preciso alegar dotes de visionario o de futurólogo, profesiones un tanto desacreditadas actualmente y con razón, para conjeturar que la sociedad del siglo XXI es aquella en donde quizás sobreviviremos algunos de nosotros pero una sociedad en la que puedan vivir nuestros hijos y nietos. Tendrá modalidades de vida, de ritmo y de existencia cualitativamente diferentes de los nuestros.

Néstor García Canclini, una autoridad en la materia, al estudiar las políticas culturales, paradigmas agentes y modos de organización, señala con toda lucidez los distintos signos de esas políticas y

subraya la necesidad de insistir mucho más sobre la participación en el proceso de producir que en el consumo del producto.

Propuesta que implica una modificación sensible a la perspectiva normalmente admitida, y establece una diferente jerarquía. Primero, producir; luego, circular y, por último, reproducir.

Hasta aquí nuestro propósito ha sido una elaboración conceptual, somera, por cierto, para explicar por qué importa tanto la cultura, su significado social y político, para favorecer o ayudar a renovar las estructuras o las instituciones en épocas de transición. Por qué interesa, también, tan directamente al desarrollo económico, al fortalecimiento de la personalidad de los países; por qué la cultura debe considerarse como una inversión tan legítima como cualquier otra y por qué más que un derecho, constituye una necesidad esencial para la democratización de la sociedad.

Sin abundar en más 'por qué', esperamos que haya quedado claro en qué sentido entendemos la cultura enunciada en un sentido amplio y actualizado.

De este modo podrá eludirse las confusiones y contradicciones conceptuales en que se incurre cuando se aborda el papel de los medios de comunicación de masa; porque uno de los argumentos más especiosos y difundidos consiste en sostener la peregrina tesis de que la televisión y la radiofonía, al servicio de la cultura, constituye una actitud elitista; vale decir, se cierran las puertas a las expectativas de rescatarlos de la frivolidad y de la trivialización.

Claro está que es elitista cuando se persiste en mantener prejuiciosas ideas sobre la cultura válida apenas pasada de las primeras centurias, modernizándola solo superficialmente para ponerla al servicio de la sociedad de consumo y sus ilegítimos valores; o supeditándolos a concepciones que juzgamos antidemocráticas o no participativas.

Si, en cambio, la definimos en el sentido que arriba postulamos, advertiremos que es lógica y natural, además de necesaria; que los medios de comunicación de masa se pongan, por sobre todo, al servicio de la cultura en su acepción amplia. Criterio que en modo alguno excluye

el entretenimiento, el espectáculo y el deporte. Si así uno no lo hiciera, se estaría cometiendo un enorme daño a nuestras ansiedades”.

Bueno, voy a poner fin a esto porque se me fue la mano, un poco.

Nos cabe solamente un enorme agradecimiento al Dr. Weinberg, merecedor de un aplauso de todos los presentes. Gracias.

Gregorio Weinberg y la edición. Estampa de un fundador de la Biblioteca Argentina*

Gustavo Sorá**

Si la escritura y el libro fueron las formas predominantes de la producción del intelecto en la modernidad, tal como afirma Gustavo Sorá, puede considerarse la construcción de bibliotecas y colecciones como el modo en que se organizó la proliferación de las discursividades. De ahí que la función de editor adquiera notoriedad, organizando nociones, introduciendo lecturas y promoviendo miradas sobre el pasado cultural que logran establecer linajes y campos de discusiones.

Gregorio Weinberg, recientemente fallecido, recupera esa tradición que se inauguró con el francés Coni en el siglo XIX, con Mitre en la biblioteca La Nación a principios del siglo XX y luego fue retomada por Ingenieros y Rojas en las primeras décadas de aquel siglo. Su labor como pensador de series y colecciones de distintas editoriales y su breve paso como director de la Biblioteca Nacional permiten asociar su biografía a la cultura del libro y a sus derivas históricas. Su colección Pasado Argentino,

* Extraído de Sorá, G. (2006). Gregorio Weinberg y la edición. Estampa de un fundador de la Biblioteca Argentina. *La Biblioteca*, 4-5, 452-471.

** Investigador de CONICET. Museo de Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba.

nos permite encontrar un modo original en el que se logra articular una mirada capaz de definir un conjunto de lecturas nacionales indispensables para conocer el país: lecturas “argentinas” que componen un entramado complejo que, sin aportes como los de Weinberg —tal como surge de esta entrevista— verían dificultadas sus posibilidades.

Las metáforas de la escritura, del libro y de los espacios que organizan esa herramienta del intelecto y ese objeto cultural, como la librería o la biblioteca, han acompañado la imaginación de las comunidades morales desde la Antigüedad. Hasta fines del siglo XIX se hablaba de *la biblioteca* y de *la librería* francesa o española para verificar el universo de textos escritos en esas lenguas y de los escritos en otras pero traducidos, domesticados y difundidos por las instituciones de esos imperios nacionales¹. La extensión de ese dominio intelectual entre los centros metropolitanos y los territorios de ultramar era una manifestación de la universalidad del genio nacional particular. En Argentina no se hallan referencias nítidas de esa forma de imaginación de la cultura nacional. Borges, se sabe, se sumergió como pocos en las metáforas del libro y la biblioteca. Pero lo hizo de un modo trascendente, sin raigambre histórica necesaria. Este panorama invita a recorrer el camino inverso y complementario: alimentar con esas metáforas la imaginación de la cultura para hallar dimensiones históricas y sociales del pensamiento nacional;

¹ El primer jalón de este uso fue registrado en Francia hacia 1664 y en España hacia 1696: Sorel, Charles, *La Bibliothèque Française. Ou le choix et l'examen des Livres François qui traitent de l'Eloquence, de la Philosophie, de la Dévotion et de la Conduite des Mœurs. Et de ceux qui contiennent des Harangues, des Lettres, des Œuvres mêlées, des Histoires, des Romans, des Poésies, des Traductions, et qui ont servy au Progrès de nostre Langue. Avec un Traité particulier, où se trouvent l'Ordre, le Choix et l'Examen des Histoires de France*. París, Compagnie des Libraires du Palais, 1664. Por otra parte, en 1696 aparece en Roma la *Bibliotheca Hispana* realizada por Nicolao Antonio. Véase, por ejemplo, Boretel, Jean-François, “Exportation des livres et modèles éditoriaux français en Espagne et en Amérique Latine (1814-1914)”, en Jacques Michon y Jean-Yves Mollier (dirs.) *Les mutations du livre et de l'édition dans le monde du XVIIIe siècle à l'an 2000*. Québec - París, Les Presses Universitaires de Laval - L'Harmattan, 2001, pp. 219-240, y “La librairie ‘espagnole’ en France au XIXe siècle”. *Le commerce de la librairie en France au XIXe siècle (1789-1914)*. París, IMEC - Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997.

para iluminar a individuos y grupos, instituciones, comercios y empresas que han balizado la historia del libro en Argentina².

Gregorio Weinberg es uno de los fundadores de la Biblioteca Argentina. Fundadores en el sentido que Foucault da a los “fundadores de discursividad”: si bien muchos escriben textos, pocos autores consiguen imponer formas de pensamiento que se tornan categorías de todos, que se diluyen en un inconsciente cultural colectivo³. Del mismo modo podemos pensar que si bien muchos han editado libros, han dirigido colecciones y bibliotecas, pocos individuos, muy pocos, han dejado huellas indelebles para articular la historia colectiva: el francés Coni en el siglo XIX, Mitre y la Biblioteca La Nación a inicios del siglo XX, Ingenieros y Rojas con sus colecciones de los años 10 y 20, Gregorio Weinberg con su colección *El Pasado Argentino*, editada por Hachette en los 50, luego como colección *Dimensión Argentina* por su sello Solar, relanzada a fines de la década de 1990 por Taurus, como *Nueva Dimensión Argentina*⁴. En “nuestro diccionario” nos faltaría una palabra para concebir todo lo que representan esos esfuerzos intelectuales y materiales, al modo como se usa *Brasilianas* en “el Brasil intelectual”⁵. Allí, desde la fundación del Imperio la palabra “brasileña” designa todo conjunto de libros indispensables para

² Con esta intención de conocimiento no hago más que apropiarme de los proyectos de quienes, como Gregorio Weinberg en Argentina o Luiz de Castro Faria en Brasil, impulsaron los estudios sobre “pensamiento social”. También de la perspectiva de investigaciones sociales e históricas abierta por Roger Chartier a partir de la obra de Foucault (véase, por ejemplo, Chartier, Roger, *El orden de los libros*, Barcelona, Gedisa 1994-1998). Este texto es la mejor oportunidad para hacer recordar que cuando fue director de CONICET Gregorio Weinberg propuso el concurso de un subsidio especial para estudiar la edición en Argentina.

³ Foucault, Michel, *L'ordre du discours*, París, Gallimard, 1971 y *O que é um autor?*, Lisboa, Passagem, 1992. Para un uso ejemplar de Foucault en torno a “los fundadores de discursividad”, véase de Castro Faria, Luiz, *Oliveira Vianna. De Saquarema à Alameda São Boaventura 41 - Niterói. O autor, os livros, a obra*. Río de Janeiro, Relume & Dumará, 2002.

⁴ La lista ciertamente abarcaría a otros como Aricó, Schmucler y los que hicieron los *Cuadernos de Pasado y Presente* y gravitaron en la editorial Siglo XXI.

⁵ Cfr. Sorá, Gustavo, *Traducir el Brasil. Una antropología de la circulación internacional de ideas*, Buenos Aires, Libros del Zorzal, 2003 y “A arte da amizade. José Olympio, o campo de poder e a edição dos livros autênticamente brasileiros”. www.livroehistoriaeditorial.pro.br, 2005.

conocer el país. Hasta 1930, la brasiliana era el sector más noble de la biblioteca de los bibliófilos. Ese año apareció la colección Brasileira dirigida por Fernando de Azevedo y editada por la Companhia Editora Nacional de São Paulo y en 1935 la colección Documentos Brasileiros dirigida por Gilberto Freyre y publicada por la Livraria José Olympio de Río de Janeiro. Estas “bibliotecas” permitieron que el público lector general que se estaba gestando a partir de las políticas educativas, pudiera leer interpretaciones sobre el país de autores de vanguardia de la época y retratos de Brasil escritos por viajantes extranjeros y polígrafos del pasado, piezas hasta entonces atesoradas en algunas bibliotecas públicas y particulares⁶.

La colección *El Pasado Argentino* sería una de las “argentinianas”, de esas cuatro o cinco bibliotecas fundadoras de una cultura argentina impresa. Este núcleo de la obra de Weinberg representa el último proyecto editorial capaz de hacerse un lugar en el linaje de las bibliotecas de Ingenieros y de Rojas: *La Cultura Argentina* y *La Biblioteca Argentina*. Han sido muchos los intelectuales que, como Gálvez y Quiroga con la Cooperativa de Buenos Aires, crearon colecciones o editoriales para enlazar sus libros entre otros que no tuvieran cabida en el mercado del libro. Pero, en estos casos, pocos han conseguido equilibrar una permanente actividad como editores y como productores intelectuales. Lafforgue, Schmucler y otros pocos pueden testimoniar al respecto. En esta clase de intelectuales, el conocimiento de sus obras no puede limitarse apenas a lo escrito, a los textos firmados. Las marcas materiales de su labor se sumergen por detrás de todos los textos de otros autores que hicieron públicos, razón de la edición. *El Pasado Argentino* es una de las piezas reconocidas de la obra de Weinberg, es decir, una de aquellas que la buena historia cultural retiene como cuadro para una memoria colectiva. Pero las realizaciones de Gregorio Weinberg van mucho más allá. Entre sus legados que han caído en el olvido sobresale la colección

⁶ Pontes, Heloisa, “Retratos do Brasil: um estudo dos editores, das editoras e das ‘Coleções Brasileiras’, nas décadas de 1930, 40 e 50”, en *BIB - Anpocs*, N° 26, 1988, pp. 56-80.

Tratados Fundamentales editada en los años 40 por la editorial Lautaro: “ése es mi orgullo”, nos dice en esta entrevista. Una colección que precedió a *El Pasado Argentino*, que la abarca y manifiesta el horizonte de referencias universales con las que habría que fundir el pensamiento de la cultura y la sociedad argentinas.

Aquí se presenta una edición de dos entrevistas realizadas con Gregorio Weinberg en torno a sus actividades como editor y a sus experiencias en el medio editorial⁷. Retratan apenas un aspecto de su obra. Pero la edición se trata de una actividad cuyas huellas no son evidentes; una práctica compleja y específica cuyo conocimiento aún no ha forjado un campo de especialistas entre las ciencias sociales en Argentina. En su origen fueron entrevistas de investigación; destinadas no a la edición como tales, sino a sumar evidencias para la historia del campo editorial, de la traducción y publicación de ciencias sociales y de otros temas conexos. Pero en este momento crítico, la figura de Gregorio Weinberg se revela única e indispensable para pensar que su obra continuará presente en alguno de los pliegos de nuestro pensamiento colectivo, en la filigrana de los cientos de libros en los que su nombre no aparece impreso pero que salieron al público gracias a sus proyectos intelectuales. En esas horas nos damos cuenta de que se ha tenido el privilegio de escuchar una historia profunda que vale la pena compartir. Pero la entrevista publicada se reduce por su edición, permanecerá apenas como un texto. Solo el acompañamiento de imágenes permitiría dar densidad etnográfica a las charlas con Gregorio Weinberg. Todos los ambientes de su casa de Remedios de Escalada al 800 están abarrotados de libros. Para cada afirmación Gregorio tenía una evidencia material impresa. Eran entrevistas caminadas, yendo de un lado al otro de la casa, de

⁷ Las entrevistas fueron realizadas en la casa de Gregorio Weinberg, Buenos Aires, el 23 de febrero del año 2000 y el 30 de septiembre de 2005. Vivir siempre lejos de Buenos Aires me impidió regresar a la casa de Gregorio para retocar las entrevistas, para “negociar” lo decible y verificar la incompreensión de nombres propios o de expresiones enteras. Anticipo disculpas al lector por los posibles errores o malentendidos que puedan persistir por no haber concluido el proceso dialógico de las entrevistas.

un tramo al otro de su biblioteca, en busca de sus libros. El andar perjudicaba la captura de audio y advertía sobre la importancia de describir ese escenario. Era como si solo la interpretación del orden de esos estantes permitiera llegar a conocer la diversidad de proyectos pedagógicos, editoriales y de investigación del mentor de la biblioteca. Su casa, como la nación en su colección, se sintetizaba en libros. Las experiencias con libros de personas como Gregorio Weinberg nos muestran los riesgos de limitar la idea de biblioteca, de texto, de traducción, de archivo a meras metáforas. En ellos esas palabras se consuman y abarcan todas las relaciones elementales de una cultura universal en la cual el resto solo participamos tan limitadamente.

— *Usted trabajó en un amplio espectro de las ciencias humanas. ¿Cuál fue su formación universitaria?*

— Yo estudié derecho.

— *¿Entre qué años?*

— Y... en el 38, 39. Después me dediqué a la filosofía. Derecho no terminé.

— *¿A quiénes recuerda de Filosofía y Letras?*

— Antes que nadie a Francisco Romero.

— *¿De ahí en más siempre estuvo ligado a la Universidad?*

— Siempre estuve ligado a la Universidad y en la época del eclipse de la Universidad, participé del Colegio Libre de Estudios Superiores.

— *¿Y usted alimentaba sus proyectos editoriales en función de sus proyectos pedagógicos?*

- Si. Nos reuníamos, conversábamos, hablábamos de que tal libro no era tan importante, que tal otro sí, etcétera Francisco Romero fue muy generoso. Un día nos dijo: “Yo en Losada tengo muchos libros de filosofía que no puedo publicar. Si alguno de ustedes se anima a publicarlos, yo les doy ideas”. Él alentaba a todo el mundo.
- ¿Cómo fueron sus primeras incursiones en el medio editorial?
- Bueno yo me presenté a la editorial Lautaro allá por el 44 o el 45. Ellos habían comenzado a publicar una colección donde apareció un libro sobre Belgrano, luego otro sobre Sarmiento, etcétera Yo fui así nomás y les ofrecí un Monteagudo. Así se publicó mi primer librito: El pensamiento de Monteagudo. Después quedé vinculado a ellos como asesor literario y empecé a hacer una colección de clásicos de la filosofía. No sé si la conoce Ése es mi orgullo. En la colección Tratados Fundamentales publicamos por primera vez La mentalidad primitiva de Lévy-Bruhl, que yo traduje⁸. Fueron muchos libros: Teoría General del Cielo y El sistema de la naturaleza de Kant; El existencialismo de Lefebvre; el ensayo de Bacon⁹; La sociedad primitiva de Morgan; el Tratado teológico-político de Spinoza; Discurso preliminar de D’Alembert; las Cartas filosóficas de Voltaire; La docta ignorancia de Nicolás de Cusa; Averroes y el averroísmo de Ernest Renan. Aparecieron libros de Boas, de León Brunschvicg¹⁰. Después en una serie menor aparecieron Gordon

⁸ De Lévy-Bruhl la colección también incluyó *Las funciones mentales en las sociedades inferiores*, libro con traducción y prólogo de Gregorio Weinberg, 365 p.

⁹ De Francis Bacon, en realidad Weinberg publicó por los Tratados Fundamentales de Lautaro el libro *Del adelanto y progreso de la ciencia divina y humana* en 1947. El *Ensayo sobre moral y política* de Bacon lo había publicado en 1946 por la editorial Futuro. Para este libro, G. Weinberg, escribió la nota preliminar.

¹⁰ De León Brunschvicg, Gregorio Weinberg editó por Hachette en 1955 *Las edades de la inteligencia*. Este libro fue traducido por Amparo Albajar y G. Weinberg le añadió notas y adiciones bibliográficas. Sin demandar exactitud a las referencias bibliográfica que realiza Gregorio Weinberg en esta entrevista, a casi medio siglo de editados los libros que menciona, se advierte al lector que aquí solo hemos hecho algunos avances en el chequeo y corrección de tales referencias. La reconstrucción y estudio de las se-

Childe, Magia y sacrificio en la historia de las religiones de Huber y Mauss, que creo que es una de las primeras ediciones en castellano sobre el tema desde un punto de vista no religioso.

La editorial Lautaro y la colección Tratados Fundamentales

— *Y Lautaro, ¿cómo era?, ¿cuándo surgió?*

— Lautaro surgió durante la guerra mundial como una respuesta, digamos, progresista. Después fue caracterizada políticamente. Fue la obra de un grupo de personas. Participó un señor llamado Dreyfuss que trabajó como gerente, luego estaba el señor José Iturrac, que era exportador de papel, gente que no era exactamente de izquierda, pero sí era pro-aliada. Había socialistas, capitalistas, estaba Saslasky, que era gerente general de Bunge & Born, estaba Sarita Jorge, etcétera. El primer libro que se publicó y que fue presentado en una feria del libro, fue requisado por la policía. Se llamó Las estrellas miran hacia abajo. Era un alegato a favor de Inglaterra durante los bombardeos. Como le dije, yo me acerqué a ellos para ofrecerles mi libro sobre Monteagudo y enseguida me encomendaron algunas cosas. Poco tiempo después con Manuel Sadosky les propusimos la colección Tratados Fundamentales y quedé incorporado al trabajo de la editorial. Para sorpresa de todo el mundo, con la colección de filosofía nos fue muy, muy bien. Fue una de las primeras colecciones de Lautaro.

— ¿Y el dueño de la empresa quién era?

ries completas de cada colección es una tarea por hacer, indispensable para penetrar en el conocimiento de muchos aspectos del estado del campo de las ciencias humanas y sociales en la Argentina de las décadas de 1940 y 1950.

- La dueña era Sara Mariana de Jorge. El padre de ella era el abogado de Gath & Chavez, un abogado de mucho prestigio que había recogido capitales del grupo pro-aliado.
- *¿Ella era académica, literaria?*
- No. Aunque era una muchacha muy culta. Era la mujer de Faustino Jorge, no sé si le dice algo.
- *¿Y qué otra línea tenía el catálogo de Lautaro?*
- El catálogo llegó a ser bastante heterogéneo. Después vinieron los Pingüinos. Se firmó un convenio con Penguin de Londres e hicimos un pequeño comité con María Rosa Oliver. Ella participaba por Penguin y yo por Lautaro. Don Pedro Henríquez Ureña actuaba de árbitro en el caso de que hubiera desacuerdos. Ahí se publicaron Penguin literarios, científicos, técnicos, publicamos una historia de la ópera, una historia del ballet, un libro sobre arte primitivo. Todos a dos pesos.
- *¿El formato era parecido a los Penguin ingleses?*
- Sí, con otras tapas, claro. Fueron los primeros libros de bolsillo que se empezaron a sacar de modo sistemático. Algunos títulos tuvieron tiradas de 10.000 ejemplares. Además, le dimos un color local. Por ejemplo, lo reivindicamos a Horacio Quiroga. Nos hartamos de vender *Cuentos de la Selva*.
- ¿Lautaro llegó a ser una empresa mediana, con muchos empleados?
- No. Lautaro era pequeñita.
- *¿Dónde funcionaba?*

- Funcionaba inicialmente en la calle Alsina, creo que en el 1949. Después se trasladó a la calle Sarmiento y finalmente estuvo en la calle José Evaristo Uriburu 1225. Ahí sufrió sucesivas clausuras. Ahí yo ya no estaba, pero igual me dolía, ¿no?
- Y de un modo general, ¿cómo era el control político en el mercado del libro durante el peronismo?
- Hubo censura, persecuciones, clausura de editoriales, de diarios, de revistas. A mí me detuvieron por el libro *La docta ignorancia del cardenal Nicolás de Cusa*¹¹. Fue en el momento cuando Perón parecía que renunciaba a la reelección y que apoyaría a Alóe. Como sobre Alóe se hacían muchos chistes en los que se lo trataba como un bruto, entonces creyeron que el libro era una tomada de pelo. Estuve unas 48 horas detenido en la famosa seccional especial en la calle Urquiza. Y yo me gastaba en explicarles: “Miren, el señor Nicolás de Cusa es un cardenal del siglo XV...”. Después me pusieron en libertad. Imagínese que Casirer, en su libro sobre historia del problema del conocimiento, cuatro tomos que publicó el Fondo de Cultura, comienza el pensamiento moderno con Nicolás de Cusa. ¡Esos brutos creyeron que era una impostura!
- *¿Y Lautaro cuándo cerró?*
- Cuando se puso un poco espesa la situación política durante el peronismo, yo le dije a Sarita Jorge: “Dividamos la editorial porque la están persiguiendo”. Yo les había propuesto dividir la editorial en la parte vulnerable y la parte no vulnerable. Yo me quedaría con los *Tratados Fundamentales* y con los *Penguin* y que ella siguiera con los libros de política, los libros de función política pro-aliada,

¹¹ Este libro fue reeditado por Aguilar (Buenos Aires) en 1957, con traducción directa del latín, prólogo y notas de Manuel Fuentes Benot.

sobre revolución española, todas esas cosas. Ella creyó que así Lautaro se debilitaría. La división no se hizo y se perdió todo.

- *Y al cerrar, ¿qué pasó con los directores, con los empleados de Lautaro? ¿Partieron para otros proyectos en el mundo de la edición?*
- Sarita Jorge se retiró. Me acuerdo de un chico que había empezado como cadete con nosotros y después se dedicó a la comercialización. Él se fue a vivir a Chile y se convirtió en un buen distribuidor. Cuando se cerró Lautaro a mi me dieron como indemnización los derechos de autor de varios libros. Entre otros Qué sucedió en la Historia. Yo se los vendí a Siglo XXI y ellos lo reeditaron muchas veces. La mentalidad primitiva pasó a publicarlo Siglo XX y así.
- *¿O sea que hasta allí toda la obra de Lautaro se hizo en solo cuatro años?*
- Nada más. Después Lautaro reabrió, pero yo me alejé por motivos personales. Empezaron a publicar clásicos del marxismo y la editorial quedó marcada. Aunque mi problema no era la orientación política. Entre otras cosas inéditas que yo publiqué en Lautaro estuvo la traducción de Cartas de la cárcel de Antonio Gramsci, fue la primera traducción en otra lengua. ¡Apareció antes que en francés, antes que en inglés!
- *Un injusto olvido de la historia cultural, ¿no es cierto?*
- Sí. Yo creo que injustamente. En ese sentido se me viene a la cabeza un recuerdo de Rex González, quien para mí es un patriarca. El año pasado —1999— hicimos un curso al que yo lo invité y habló del papel que desempeñaron los libros que yo publiqué. Por ejemplo, el libro de Boas. En la época del predominio de Imbelloni, Boas era exactamente lo contrario.

- *Cuestiones fundamentales de antropología cultural. Me acuerdo que lo compré cuando estaba en cuarto año de la secundaria por sugerencia de un profesor de historia del arte.*
- También publiqué un libro de Gordon Childe que fue muy importante.
- *Para el campo académico argentino, sin duda, eran la izquierda.*
- Sí, exactamente a la izquierda de lo que se estaba haciendo. Lo mismo podría decirse de la función que cumplió la edición de Lévy-Bruhl. Con el libro de Boas me acuerdo que tuve muchos problemas. Boas tiene un libro que se llama Raza, lenguaje y cultura. A este yo le puse Cuestiones fundamentales de antropología cultural, porque mi gran objetivo era publicar el otro. En fin... me reconfortó el recuerdo de Rex González sobre la presencia de Boas, de Gordon Childe y todos esos libros como una bocanada de aire.
- *En síntesis, ¿cuál fue la apuesta intelectual de la colección Tratados Fundamentales?*
- A mí desde entonces lo que me interesa son las nociones de tiempo y espacio. A pesar de las críticas que recibió el libro de Lévy-Bruhl por basarse en fuentes de misioneros, lo que a mi juicio es más importante en él es haber probado la historicidad de las categorías. Y eso yo lo dejé aclarado en una nota al pie de Las funciones mentales. Sobre el tiempo y el espacio yo después escribí Tiempo, destiempo y contratiempo. Primero salió como un ensayo en un libro de homenaje a José Luis Romero. Después lo convertí en libro¹². Aunque no refleja todo lo que yo pensaba.
- ¿Y usted traducía los volúmenes?

¹² Weinberg, Gregorio, *Tiempo, destiempo y contratiempo*, Buenos Aires, Leviatán, 1993.

- Traduje los libros de Lévy-Bruhl, también el discurso preliminar de la Enciclopedia y un libro de Condillac. Fueron todas traducciones pioneras. Una vez tuve un disgusto. Un amigo encontró en una librería el libro *Qué sucedió en la historia*, que yo publiqué por entonces. Esa edición de 2002 tiene un prólogo de Josep Fontana, que es un gran historiador. Del prólogo se deduce que es uno de los libros más importantes del siglo XX, pero da la impresión de que lo descubrieron ese año, cuando en realidad yo lo publiqué en 1950. Yo le mandé una carta a Fontana diciéndole que lo admiro como historiador pero que desde el punto de vista académico cometió un grave error. Si él tiene discípulos, podrían preocuparse de hacer un inventario de las traducciones que se hicieron cuando España no podía publicarlas. Nosotros publicamos el *Tractatus teológico-político* de Spinoza, por ejemplo, y la censura española rechazó su circulación¹³.
- *¿Y cómo llegó usted a la lectura de estos autores, cómo se interesó por ellos?*
- El debate estaba en el ambiente. ¿Condillac, dónde estaba? En Hegel. ¿Platón?, en Schuhl. También estaba Mondolfo, después publiqué a Farrington¹⁴.
- *¿Y cuántos libros llegó a editar por Lautaro?*
- Casi un centenar. Ahora (2005) estoy publicando en Santillana una nueva colección, que de cierto modo es continuación de aquella.
- *Usted me dijo que esas referencias flotaban en el ambiente de discusión. Pero, por ejemplo, ¿quién introdujo la lectura de Franz Boas en Argentina?*

¹³ Spinoza, *Tratado teológico-político*, Buenos Aires, Lautaro, 1946, 329 p. Prólogo de León Dujovne, traducción de Julián de Vergas y Antonio Zozaya. Más tarde G. Weinberg fue el encargado de publicar las *Obras completas* de Spinoza en 5 volúmenes.

¹⁴ Farrington, Benjamín, *Ciencia griega*, Buenos Aires, Hachette, 1957. Nota preliminar de Hernán Rodríguez.

- Resultaban de las conversaciones en nuestro grupo, con Manuel Sadosky y nuestros amigos con quienes nos veíamos cada tanto. Además, leíamos las revistas francesas que llegaban, como *Les Temps Modernes*.
- *¿Y cómo conseguían los libros originales? ¿Los traían cuando viajaban al exterior?*
- Sí. Algunos fueron difíciles de conseguir. Gramsci, por ejemplo, que yo lo publiqué por primera vez en castellano, mejor dicho, por primera vez en otra lengua que el italiano, me lo trajo Berman. Y como premio, le di el prólogo. Los cuadernos de la cárcel en Argentina tuvieron ocho ediciones; La lógica de Hegel tuvo seis, Gordon Childe ocho. A medida que uno se iba metiendo descubría que en la historia de la filosofía faltaban grandes libros. *La Lógica* de Hegel no estaba traducido, el *Ensayo sobre el entendimiento humano* tampoco. Se tradujo, y cuando la edición crítica estaba a punto de ir a imprenta apareció la edición de Sudamericana.
- *¿Quiénes hacían las traducciones?*
- La de Locke la hizo Hernán Rodríguez, un gran traductor que ya falleció. Murió en Ginebra, donde se había ido a trabajar.
- *¿Eran filósofos?*
- Estudiantes de filosofía.
- *¿Y cómo sustentaban económicamente esos trabajos?*
- Aunque a usted le parezca extraño, estos libros se vendían muy bien. Era la época en que no llegaban libros de Europa y por entonces existía algo que se llamaba “servicio de novedades”: las

librerías conocían esta colección y decían “Bueno, del próximo título vamos a encargar 200”, sin preguntar cuál sería.

- *¿Y cómo era la publicidad del servicio de novedades? ¿Aparecía en los diarios?*
- No, se enviaban cartas, a Colombia, Perú, a todos lados.
- *¿De cuántos ejemplares eran las tiradas de cada título?*
- Eran de 3 000 ejemplares.
- *A los ojos de las actuales divisiones disciplinares, usted hizo algo único: combinó la publicación de antropólogos y filósofos. No creo que hoy en día los filósofos lean a Boas o a Mauss.*
- En cierto modo, para mí ese conjunto de libros se alineaba como una reivindicación del racionalismo. Con esta colección introduje autores absolutamente desconocidos o totalmente olvidados como Nicolás de Cusa, a quien hoy se considera como uno de los precursores del Renacimiento. Cuando salió, en una publicación marxista dijeron “¿Cómo es posible que se publiquen cardenales del siglo XV, habiendo tanta gente importante acá!”. Pobres, no tienen la menor idea de que se trata de uno de los padres de la dialéctica.
- *Su afinidad con los filósofos es natural por su formación. ¿Pero cómo se dio su aproximación a los antropólogos?*
- Tenía amistad con Márquez Miranda y con Rex González. Pero en esos años no creo que hayan tenido influencia. A Fernando Márquez Miranda le publiqué un libro en Hachette: Siete arqueólogos, siete culturas. Es un librazo sobre siete culturas clásicas. Él me había prometido escribir otro sobre siete culturas de América, pero murió cuando lo estaba escribiendo. Los libros

yo los conocía estudiando y conversando con la gente. Buscando un proceso no convencional. Por ejemplo, el caso de Hegel: yo quería algún libro de filosofía importante, alguno de los libros de primera magnitud, como la *Metafísica* de Aristóteles, santo Tomás de Aquino, Kant, Hegel y no sé qué más. Hegel y Locke no estaban, y entonces decidimos publicarlos.

- ¿Y de algunos de los autores más contemporáneos como Lévy-Bruhl, usted tenía que comprar los derechos a Félix Alcan, por ejemplo?
- Eran sumas muy escasas. Si hoy en día en términos de derechos de edición se habla de miles de dólares, en esa época eran cientos.
- ¿Y antes de sus *Tratados Fundamentales* y de la *Biblioteca Filosófica* que dirigía Francisco Romero en Losada, ¿en Argentina hubo alguna otra colección de filosofía?
- No creo. Hubo tres bibliotecas filosóficas: la mía, combinada con antropología, la de Francisco Romero y la de Pucciarelli.
- ¿La de Pucciarelli cuándo se inició?
- Apareció por la editorial Nova, unos años después.
- *¿Cuál era el horizonte intelectual de la colección dirigida por Pucciarelli?*
- Difícil de definir. Publicó Simmel¹⁵, publicó Scheller, una historia del humanismo.

¹⁵ Entre 1949 y 1950, Nova publicó cuatro títulos de Georg Simmel. A partir de entonces aumenta considerablemente la presencia de las ediciones de Nova en el género filosofía. A diferencia de la acción editorial de Gregorio Weinberg, no se observa un similar trabajo de Pucciarelli como "editor" en el sentido restringido del término, es decir interviniendo como traductor, prefaciador, en la adaptación de repertorios

- ¿Y cómo era la coexistencia de su proyecto con la Biblioteca Filosófica de Losada?
- Romero tenía una orientación más germánica. También más contemporánea, aunque publicó un Bacon.
- *¿Y cómo era su relación con Francisco Romero y Losada?*
- Muy buena. Él me prologó el libro de Voltaire, Ensayo de las costumbres. También llegamos a pensar en hacer alguna cosa conjunta. Ciertos títulos los que yo pensaba que encuadraban mejor en su colección se los proponía y él también me sugirió alguna cosa. Además de su trayectoria y de sus inclinaciones, hay que considerar que Francisco Romero trabajaba con Losada. Y Losada era una editorial mayúscula. Tenía un equipo de gente fantástico. Y don Gonzalo era muy inteligente, muy intuitivo.

Losada en el centro del campo editorial

- *¿Se puede decir que con la colección *Tratados Fundamentales* usted hizo punta en la edición de filosofía y ciencias sociales en Argentina?*
- Puede ser. Pero, a mi juicio, primero hay que hablar de Losada. Losada nace a fines de los años 30 como una industria de sustitución de importaciones. En los primordios de la industria editorial, los libros se mandaban hacer a Europa. Eran españoles y muchos también existían gracias a la actividad de impresores y libreros franceses. A diferencia de las editoriales anteriores, Losada crece rápidamente y se latinoamericaniza. Porque en

bibliográficos, etc. Igual diferencia podría establecerse frente al trabajo editorial de Francisco Romero.

esos años los otros países estaban en condiciones inferiores a las nuestras. Pero hay que considerar, como aspecto más sobresaliente, que en Losada trabajaban Guillermo de Torre, Pedro Henríquez Ureña, Luis Ginés de Azúa, Felipe Ginés de Azúa, Francisco Romero, Amado Alonso, Lorenzo Luzuriaga, y se me escapan varios nombres importantes. Eso le da la pauta del nivel que alcanzaron las colecciones dirigidas por ellos. En ese cuadro Francisco Romero hace la primera colección orgánica de filosofía. Lo hace con un criterio muy amplio y muy inteligente. Don Francisco publicó libros que hoy ninguna editorial publicaría; lo hacía, además, con un sentido de función cultural. Los primeros libros —puedo mostrarle alguno—, tenían al final unas hojitas pidiendo la opinión del lector, sugerencias, noticias biográficas y bibliográficas. Él publica clásicos en traducción, pero lo más importante, es que comienza a publicar autores latinoamericanos. En su colección aparecen Risieri Frondizi, Wagner de la Reyna, Emilio Oribe, Vaz Ferreira; un montón de latinoamericanos al lado de Kant, de Leibniz. Había que ser corajudo para publicar así en aquella época. Y más corajudo todavía porque publicó dos libros que todavía no terminan de causarme sorpresa. Dos libros de Guillermo Francovich: uno se llamaba *La filosofía en Bolivia* (1945) y otro *Filósofos brasileños* (1943). Hoy en Argentina no hay ningún editor que sea capaz de publicar un libro sobre la filosofía en Bolivia. Eso le da una idea de la amplitud de horizontes culturales de Losada, una empresa cuyo objetivo no era mercantil. El libro de Alberto Wagner de la Reyna sobre Heidegger, no me atrevo a decirle categóricamente, pero debe haber sido si no el primero, uno de los primeros trabajos sobre Heidegger en lengua castellana¹⁶.

¹⁶ Wagner de la Reyna, Alberto, *La ontología de Heidegger: su motivo y significación*, Buenos Aires, Losada, Biblioteca Filosófica, nota preliminar de Francisco Romero, 2ª edición 1945.

— Sigamos con el tema de Losada. Hago una apología de Losada porque se la merece. La colección que dirigía Amado Alonso era de lingüística. La lingüística solo estuvo de moda mucho después. Su colección se publicó en los años 40 y 50. A mí me parece impresionante. Igual en la colección que dirigió Felipe Ginés de Azúa, que se llamaba Ciencia y Vida. Allí se publicó Einstein sobre la teoría de la relatividad, la evolución de Huxley, un libro sobre la inteligencia artificial, una historia de la química y cosas así. Además, hacían alardes de la presentación de los libros. No sé si usted alcanzó a conocer la Colección Pajarita Papel. Los libros eran de una confección de alto padrón. Incluso en las ediciones comunes hacían alarde de calidad. Lo tenían a Atilio Rossi, un italiano que trabajaba como diagramador y se preocupaba por hacer libros lindos, libros nobles. Gonzalo Losada, no lo olvidemos, publicó a Neruda. Yo recuerdo haber leído un aviso comercial de Losada que decía más o menos así: “Esta editorial publicó a los siguientes autores antes que se les haya adjudicado el Premio Nobel”. Creo que eran diez: Gabriela Mistral, Neruda, Asturias, Sartre, Camus... Era un justo alarde: “Yo los publiqué antes, no después del Premio Nobel”. Y ... el editor de literatura no era otro sino Guillermo de Torre.

— *¿Usted lo conoció personalmente a Gonzalo Losada?*

— Yo era asesor literario de Lautaro y la gerente de Lautaro era muy amiga de Don Gonzalo. Nos hicimos muy amigos con él. Yo lo quería mucho y él me apreciaba también. Me acuerdo un día en el que él hizo una fiesta para festejar —valga la redundancia—, no sé si el ejemplar 500 000 o un millón de *Veinte poemas de amor* de Neruda. Una cosa increíble para la literatura en castellano de aquel entonces, ¿no? En ese momento yo le pregunté: “Gonzalo, explíqueme una cosa que a mí me interesa desde un punto de vista sociocultural: ¿cómo puede usted explicar que se hayan vendido cientos de miles de ejemplares de *Veinte poemas*

de amor de Neruda?” “Fíjate Gregorio (imitando la tonada española de Losada). Es muy sencillo: antes el muchacho le regalaba a la mina las rimas de Bécquer y hoy le regala Neruda.” ¡Me pareció una observación agudísima! Él notó un cambio de clima de la realidad cultural, un cambio de sensibilidad. Y luego, no hay que olvidarlo, él lo bancó a Neruda cuando estuvo escondido muchos años. Era una persona muy generosa. Losada apostó fuerte y abrió sucursales en el resto de los países de América. Cuando se instaló en Chile me dijo: “Si yo me instalo en Chile tengo que publicar un autor chileno que sea una tarjeta de presentación”. Todos le habían sugerido un poeta famoso: G. Santa María. Pero él optó por Neruda. En cada una de las sucursales establecía contactos con autores importantes. Lo importante de señalar es que él fue detectando autores de cada uno de esos países o regiones. Así fue que pasó a publicar a Arciniegas, a Miguel Ángel Asturias, a Carpentier. Yo el primer libro de Carpentier que leí, lo leí por Losada. En España, claro, tuvo problemas con la censura. Con Franco no podía meter a Sartre, a Camus nada de eso. Los autores prohibidos en España, Losada los publicaba acá. ¡Fue la editorial de García Lorca!

- ¿Y las editoriales que competían con Losada? Sudamericana, por ejemplo.
- Con Julián Urrugoiti y Don Antonio López Llausás, Sudamericana empezó a publicar novelística europea en una línea bien orientada por Victoria Ocampo al comienzo, por Enrique Pezzoni después... Pero tengo la impresión de que Sudamericana no tuvo esa actitud de apertura hacia los escritores, tratar de conseguírselos, de hacerlos de la casa.
- *También estaban Claridad, Santiago Rueda.*

- Claridad estaba un poco más confinada por el aspecto político. No tenía el cuero que tenía Losada, ni los asesores, ni incursionó en tantos campos, no llegó a editar libros de derecho, de divulgación científica de alto nivel, de lingüística y demás. No sabría como calificarla. Yo le diría que era la industria pesada. Santiago Rueda, por su lado, era una especie de desprendimiento de El Ateneo. Su creador era cuñado de los García. A diferencia de las otras editoriales, Losada y Sudamericana se arraigaron y se universalizaron.

- ¿Losada tuvo talleres de impresión?

- No. Ellos siempre traían a colación recuerdos de España y alegaban que a todas las editoriales —entre ellas Espasa-Calpe— que habían puesto talleres propios para ahorrar costos, les había ido mal. Porque el problema de la imprenta es que las máquinas no dejen de trabajar. Entonces cuando el editor es dueño de la imprenta dice: “Bueno, mañana entra mi libro, esperemos... o suspendo tal libro”, interferencias que perjudican la productividad. Hoy ninguna gran editorial tiene su propia imprenta; juegan con distintas imprentas, distintas oportunidades, máquinas, formatos, etcétera.

La biblioteca nacional de una editorial extranjera: Hachette y la colección El Pasado Argentino

- *Una vez que usted se alejó de Lautaro, ¿inmediatamente creó otros proyectos editoriales?*

- Hice algunas cositas que no tienen importancia, en editoriales con las que no me fue bien. Después entré como asesor literario

de Hachette. Hachette era importadora de las publicaciones francesas, por supuesto. En un momento llegó a traer 10.000 ejemplares de París Match por semana; además de todos los diarios. Al tiempo yo les hice la propuesta de la colección El Pasado Argentino. Una propuesta que no aceptaron con mucho entusiasmo. Pero los convencí utilizando un argumento un poco ilegítimo. Les dije: “Miren, estamos viviendo la época de Perón, un nacionalismo excesivo. Y además fíjense ustedes que hay cierta actitud xenófoba. Hay problemas de divisas y algún día les van a decir: ‘¿Cómo es? ¿Ustedes no hacen nada por la cultura argentina? Siguen trayendo más libros franceses, revistas francesas’”. ¡Eran cajones y cajones! Bueno, ese argumento fue el que me permitió iniciar la colección El Pasado Argentino en el año 54, 55, antes de la caída de Perón. Los primeros libros fueron Cafulcurá, con prólogo de Giusti —que me lo acaban de robar en la editorial Elefante Blanco con prólogo y todo—, y luego el del Perito Moreno. Luego sacamos Mis memorias de Mansilla y Las ruinas de Tiahuanaco de Mitre. Para sorpresa de todos tuvieron un gran éxito. Entonces ahí a los de Hachette ya les interesó y continuamos la colección. Mi función era la de un asesor literario: la colección salía bajo mi nombre y mi responsabilidad. En Hachette además hice otras cosas; publiqué un montón de libros. Participé en la publicación de La vida cotidiana, no sé si usted conoce esos libros, ahora se los voy a mostrar. Después publiqué una gran Historia de la filosofía de Lamanna en seis tomos. Lindísima edición, a la que yo le puse la bibliografía castellana¹⁷.

— *Era como retomar el proyecto de los Tratados Fundamentales de Lautaro o la obra de Romero en Losada.*

¹⁷ Lamanna, Paolo, *Historia de la filosofía*, Buenos Aires, Hachette, 1957. Traducción de Oberdan Caletti, prólogo de Rodolfo Mondolfo.

- En cierta manera sí¹⁸.
- *Eran libros de alto padrón gráfico.*
- Y eso que mezquinaban muchísimo. Era difícil convencerlos de invertir en estas obras culturales. Lo hicieron cuando verificaron que andaban. Publicar un libro sobre Tupac Amaru con 800 páginas de documentos antiguos me costó sangre, sudor y lágrimas.
- *¿Quién dirigía Hachette?*
- La dirigía un señor llamado Palasí.
- *¿Francés?*
- Era español, aragonés. Palasí era una bellísima persona, pero era un contador. Él lo que quería era mandar el balance mensual a París con saldo en caja. Nosotros le decíamos: “Pero fíjese señor Palasí, fíjese la inflación...”. Era muy difícil. Le puedo contar veinte anécdotas de él. Así y todo, yo pude seguir bastante con mi colección *El Pasado Argentino*, que creo que hoy en día tiene alrededor de 120 títulos. Para que se haga una idea del clima de trabajo le cuento la historia de la publicación de un título. En Estados Unidos se había publicado *Aspectos económicos del federalismo argentino*. Se me escapa hoy en día el nombre del autor; un polaco exiliado en los Estados Unidos. Un libro importantísimo. Yo me enteré por las revistas de historia y lo pedí a través de un

¹⁸ Aparte del citado título de Benjamín Farrington y de Spinoza, entre otros libros de filosofía publicados por Gregorio Weinberg en Hachette se puede mencionar *Ciencia de la lógica* de W. F. Hegel en dos volúmenes que suman mil páginas. Se trató de una edición traducida y presentada por Augusto y Rodolfo Mondolfo, que fue reeditada cuatro veces. Por Hachette también salieron libros de filosofía, como *Historia y solución de los problemas metafísicos* de Charles Renouvier en 1950 y *Filosofía de la felicidad* de Josiah Royce. Este último en traducción y con nota preliminar de Vicente Quintero.

agente literario, como se hacía entonces. Me llegó el ejemplar en inglés y yo lo tenía en mi escritorio. Palasí era muy simpático y todos los días venía a verme. Un día le comento: “Estoy leyendo este libro y me parece extraordinario. Sobre el federalismo argentino, no hay nada mejor, salvo el libro de Juan Álvarez, que es otra cosa”. “¿Quién es el autor?” “Es un polaco emigrado que se doctoró con este libro”. “¡No, cómo vamos a publicar estas cosas!” Él siempre desalentaba por miedo al entusiasmo pasajero. Palasí iba y venía, miraba ese libro y no me hablaba. Y un día me llama el agente literario, el señor Lawrence Smith, que era un caballero, un agente literario inglés correctísimo porque cuando él ofrecía un libro a alguien no lo sabía nadie. Es decir que actuaba como un verdadero profesional del libro. Me llama y me dice: “Mire, Don Gregorio: Emecé me pide el libro y usted tiene la preferencia porque lo tiene hace tres meses. Si usted no se decide, se lo voy a tener que dar a Emecé”. Y entonces le digo: “Mire señor Smith, llámelo a Palasí directamente y dígame lo que me está diciendo a mí. Hágame caso. Después me cuenta el resultado”. Inmediatamente lo llama. A los cinco minutos viene Palasí hecho una furia, y me dice: “¡Ah!, pero Don Gregorio, con estas indecisiones vamos a perder todos los libros. ¡Hay que tomar decisiones! ¡Emecé no nos puede tomar la delantera!”. Otro caso similar fue con la edición de *Friends: Gran Bretaña y Argentina*, un libro muy importante del cual se tiraron cinco ediciones. Tuvo una enorme repercusión porque es una visión sobre las relaciones inglesas y argentinas desde la mirada de un inglés. Lo escribió un señor ingenuo, cándido, que no conocía la historia argentina. Nunca había estado acá, pero dice la verdad de los documentos que encuentra. El episodio fue así: se publicó en *La Nación* un largo artículo en el que se decía: “Acaba de aparecer un libro sensacional de un profesor de la Universidad de Edimburgo sobre las relaciones entre Gran Bretaña y Argentina...” Allí aborda los negociados que hubo entre empresas y muchos nombres patricios metidos en coimas. Ahí le dije a Palasí: “¿Vamos?” “No, deben ser muy caros los derechos”.

Emecé le pidió los derechos a Mr. Smith. Él se los dio y lo tradujo un tal Visio. Después yo le dije a Mr. Smith: “Mire una cosa: Emecé tiene los derechos. Según las normas durante un año tiene que publicarlo si no los pierde. ¿Por qué no me da la primera opción? Anótelos en su libro. Yo le pido la primera opción para hacerlo porque tengo el presentimiento de que Emecé no lo va a hacer”. Y se dio así. Le compramos la traducción a Emecé, se publicó y tuvo un éxito enorme; ya es un clásico. Ése era el clima de trabajo.

— *¿En los 50 Hachette era una empresa de porte?*

— Sí, tenía más de cincuenta empleados. Tenían los libros franceses para los colegios franceses, libros de idioma, de texto, las revistas. Traían revistas desde géneros como la filatelia hasta la moda, pasando por el automovilismo. En esa época no había revistas de moda nacionales. El edificio era fabuloso.

— *¿Dónde estaba la sede?*

— Estaba en Maipú 49 y después se mudó a Rivadavia al 749.

— *¿Y usted iba regularmente?*

— Todos los días, tenía oficina allí.

— *¿Cuándo cerró Hachette en Argentina?*

— Vino un tal Musset de Francia y la fundió. Era hijo del director de uno de los grandes diarios de Francia. Llegó con mucha soberbia, se llevaba a todo el mundo por delante, pero era un ignorante. Teníamos colecciones como La Vida Cotidiana, que eran propiedad de Hachette de París. Publicamos cinco o seis tomos sobre Egipto, Grecia en la Época de Homero, en la Época de Pericles, Los Aztecas, Los Mayas y alguno más. Cuando vino, primero decidió

que no se encuadernaran y después que no se ilustraran. Cuando le dije que editemos Grecia en la época de Pericles me dijo: “¿Para qué, si ya tenemos a Homero?” No había con quién hablar. Le ha hecho tanto daño a Hachette. Cuando la editorial francesa anduvo mal se la vendieron a él, que terminó de fundirla del todo. Yo ni quise saber cómo terminó todo.

- *¿En qué otras colecciones trabajó usted, además de La Vida Cotidiana?*
- En Hachette hicimos muchas cosas. De ciencias humanas y sociales no era muy simple sacar libros. Publicamos un Schuhl sobre Platón¹⁹, un par de libros de Mondolfo, y algún libro de Labrousse sobre la democracia. Para publicar a Hegel, que la primera edición salió con Hachette, tuvimos largas peleas. Me decían “Un libro de mil páginas...”. Sobre el libro de historia me decían: “¿Por qué lo vamos a publicar si hay tantas historias?”

Después del 66: Dimensión Argentina, Solar, CEPAL

- ¿Usted cuántos años trabajó en Hachette?
- Cuando vino la caída de Perón, ahí ya empecé a distanciarme de Hachette. Yo me metí en la Universidad en el 56, participé de los cursos de ingreso y pasé a dirigir la colección desde afuera. De ahí en más mi actividad editorial prácticamente se limitó a mi colección. En la Facultad de Filosofía y Letras empecé a dictar cursos de ingreso, de nivelación, y después también lo hice

¹⁹ Schuhl, Pierre-Maxime, *La obra de Platón*, Hachette, 1956, p. 255. La traducción la realizó Amparo Albajar. Esta versión tiene una nota sobre las traducciones de Platón en español y adiciones bibliográficas hechas por Gregorio Weinberg.

para Arquitectura. En el 66, con el golpe de Onganía nos echaron a todos y yo me quedé en la vía. Entonces Eustacio García y Pedrito García, de El Ateneo, me llamaron y me preguntaron si yo quería o si necesitaba hacer algún trabajo. Nunca me voy a olvidar de ese gesto. Entonces yo les propuse una pavada: una obra de filosofía plurilingüe, una curiosidad increíble. Lo hicimos con el profesor Caletti y con eso pudimos sobrevivir a la crisis del 66. Tiempo después le dije a Pedrito: “¿Por qué no lo reeditamos?” “¡No, no! ¿Usted sabe la locura que hicimos? Un libro con tantos idiomas, fue complicadísimo.” Después me fui a trabajar a la CEPAL en Chile. Ahí estuve casi diez años. Me tocó vivir en Chile aquel paso de gobierno de Frei a Allende y la caída de Allende con Pinochet. En esos años Hachette consideró que mi colección ya no era negocio. Ahí un amigo mío muy querido me dijo: “Mire, yo pongo unos pesos y sigamos la colección”. Yo estaba en Chile, habíamos puesto un empleado y yo venía más o menos una vez al mes para acá. Nos comunicábamos por teléfono y se pudo continuar así con la colección.

— *¿Quién era ese amigo?*

— L. Schwartz, un importador, un hombre cultísimo que ayudó a mucha gente. Él me dijo: “Mire, yo le doy estos pesos y hagamos la editorial, nadie retira ganancias, no hay ganancias para nadie”. La colección hasta entonces se llamaba El Pasado Argentino. Como estaba registrada por Hachette y no nos quisieron dar el nombre, pasé a llamarla Dimensión Argentina. Seguía con el mismo diseño de tapas y todo. Lo que hicimos fue hacer un convenio con Hachette, por el cual ellos se comprometían a comprar 500 ejemplares a cambio de la distribución exclusiva. Nosotros lográbamos continuidad y ellos también podían exhibirse. Fue así que los libros pasaron a tener el sello Solar-Hachette.

— *¿Y por qué Solar?*

- Nos independizamos. Teníamos que tener un nombre y Solar era un nombre que tenía una cierta tradición. Había sido el de una pequeña editorial de Busaniche, un historiador argentino muy importante. A Busaniche le compramos la marca y las traducciones de viajeros ingleses. Después le publicamos su historia de Formosa.
- *O sea que Solar como sello preexistía. ¿Desde hacía mucho tiempo?*
- No, diez años, quince. En ese tiempo habría publicado 4 ó 5 libros nada más, pero preciosos, muy bien hechitos.
- *¿Cuál era la tirada media de los libros de su colección?*
- Casi siempre 3.000. Era un promedio ajustado a la composición en linotipo. No se olvide que el país quedó aislado durante la guerra y después hubo una legislación pésima que impidió traer máquinas usadas.
- *¿Cómo era la selección de títulos?*
- La hacía yo. Era una empresa unipersonal. Tenía un empleado al que le tenía confianza para la corrección, para ir a imprentas, etcétera Cuando venía de Santiago elegía las tapas. Publicábamos poco.
- *¿Qué promedio anual?*
- Cuatro o cinco títulos nada más. Claro que después había algunas reediciones. El libro de Busaniche llegó a tener ocho ediciones. En algunos casos como ese, un libro muy voluminoso, eran inversiones muy grandes. También se reeditaron muchas veces el libro de Spencer, la Historia de la ganadería de Giberti, la Historia del trigo de Scobie. Es decir que teníamos que conciliar las

reediciones que reclamaba el mercado con libros nuevos. Después apareció la fotocopia, el robo de ediciones...

- *Habrà influido el hecho de que muchos de esos títulos formaban parte de la bibliografía en cátedras universitarias. ¿Y usted nunca estableció líneas por género: biografía, viajeros, etcétera?*
- No, todo lo contrario; después le voy a mostrar un cataloguito que tengo donde se expone la filosofía de la colección. Yo quería dar una imagen del país plural: historia, literatura, antropología, viajeros, conquista del desierto, crónicas provinciales, todo ese panorama. Y también publiqué una cantidad de libros que se salían un poquito de las pautas convencionales. Por ejemplo, publiqué por primera vez en forma de libro el sainete criollo. Un eminente crítico argentino me llamó y me dijo: “Gregorio, no puede ser, usted publica a Sarmiento, a Payró, no puede publicar sainete”. Yo le respondí: “Mire: yo no tengo particular gusto por el sainete. Pero el sainete es el más lindo testimonio de sociabilidad en tiempos del impacto inmigratorio, del conventillo, de su idioma... Y algunos de los sainetes son una belleza”. Al Velorio del angelito yo lo imaginaba casi como un ballet: los compadritos que entran y salen. Digamos que tuve mis disgustos también con el ambiente que no tenía sensibilidad para entender que Sarmiento podía estar al lado del sainete.
- *Y también alternaba obras del pasado con muchas investigaciones contemporáneas.*
- Sí, historia de la industria, historia de la ganadería, historia de la agricultura, etcétera
- *¿En algunos casos usted encargó estudios?*
- En muy pocos casos.

- *¿Y qué antecedentes reconoce de este perfil de colección?*
- José Ingenieros y Ricardo Rojas²⁰. Con otras características. Es decir, todos mis libros tienen prólogos, todos. Estudios hechos ex profeso por especialistas de tendencias distintas. Yo les decía que tenían la más amplia libertad para expresar sus puntos de vista, pero el único compromiso era que le dijeren al lector por qué diablos se publicaba ese libro. Por ejemplo, por qué se publicaba un libro de hace cien, ciento cincuenta años. Las colecciones de José Ingenieros y Ricardo Rojas tenían un trasfondo más bien político. Yo les quise dar la impronta social, la económica, las costumbres.
- *¿En ningún momento usted tuvo intención de darles un tinte político a sus colecciones?*
- No, no. Yo quería dar una imagen compleja del país. Mire, acá tengo un cataloguito que hice de la colección donde se expresa mi filosofía. Leámoslo: “La empresa ha sido encarada con sentido moderno, dejando de lado valoraciones prejuiciosas o discriminaciones sectarias. Solo con esta amplitud a cuyo servicio hemos puesto un redoblado espíritu crítico, puede lograrse un interesante y útil conjunto de libros que den presencia a ese pasado, estructure sus más diversos elementos de manera orgánica, ensamblando asuntos dispares y significativos. Solo así puede obtenerse una imagen de la tradición mucho más rica y sugestiva de lo que pudiera aparecer. Cada uno de los tomos tiene —por razones que el lector advertirá enseguida—, su importancia intrínseca. Mas su valor se ve acrecentado muy sensiblemente por el conjunto, pues se iluminan sectores desde distintos ángulos y géneros [...] El Pasado Argentino, como

²⁰ Gregorio Weinberg realizó el índice analítico del volumen de las *Obras completas* de José Ingenieros publicado en 1957 por la editorial Elmer de Buenos Aires.

biblioteca y como programa, revela el complejo espectro del país, coloreando sus dimensiones espirituales y materiales. Su aportación esencial es la de expresar los elementos indispensables para que se perfile con nitidez un mapa pluridimensional que brinde al hombre argentino una imagen fiel [...].

- *¿Y modelos del exterior? Para hacer una biblioteca sobre la vida cultural argentina, ¿usted se inspiró en alguna biblioteca similar en otro país?*
- No, no. Yo lo que empecé a hacer a raíz del éxito de Dimensión Argentina, fue una colección que se llamó Dimensión Americana. Ahí publiqué a Josué de Castro, varios libros de CEPAL, libros de Medina Echavarría. Hay clásicos de Ecuador, de Venezuela, de Colombia, de Perú. Una colección así hoy no podría competir ni con España ni con México, imposible. La tapa de esa colección tenía una imagen de América.
- *¿Y eran rentables esas colecciones?*
- Dimensión Argentina sí, aunque hoy ya no lo es. Lo sería si pudiera hacerla en escala artesanal, porque esos libros ni siquiera se pueden exhibir en las librerías. Las grandes empresas compran las mesas de exhibición, las vidrieras, compran todo. Es increíble.
- *¿Y esto usted lo va fogueando solo?*
- Solo. Hace un año que publiqué el de De Angelis y después no pude hacer más nada.
- *¿No tiene la colaboración financiera de algún editor?*

- No, varios se interesaron y yo les dije que no aceptaba. Hubo un señor que manifestó interés en el perfil, pero quería publicar un libro de él. Yo le dije que no. Otros los copian sin consultar.
- *¿Y después de Hachette, quien pasó a distribuir la colección?*
- Catálogos y después Zabalía.
- *¿Cuándo apareció el último título?*
- El año pasado [1999]: Juan B. Justo.
- *¿Juan B. Justo fue qué número en la colección?*
- No, no estaban numerados.
- *¿Cuántos ejemplares se tiraron de Juan B. Justo?*
- Creo que también 3 000.
- *¿Y en la CEPAL qué función desempeñó?*
- Yo estaba con Prebisch como editor de las revistas²¹.
- *¿Prebisch lo llamó para cumplir esa función?*
- Yo lo conocía a Prebisch; pero quien me llamó fue Ginés de los Ríos que estaba con Prebisch. Ellos querían que yo me quede, pero me fui a los diez años. En el 83 ya había decidido venir para acá, cuando me llamó mi señora a Santiago para decirme que había escuchado en la radio que me habían designado director

²¹ Posteriormente, Gregorio Weinberg fue responsable de la edición de las *Obras completas 1919-1948* de Raúl Prebisch en 4 volúmenes.

de la Biblioteca Nacional. Nadie me consultó. Yo no lo sabía. Después pasé al CONICET. Fui el primer vicepresidente de formación humanística. Y ahora a los 80 años de edad todavía no conseguí jubilación.

— *¿Y en Chile llegó a hacer trabajos editoriales paralelos?*

— No. En Chile los años que me tocó vivir fueron años muy duros. Vivíamos prácticamente enclaustrados, en un microclima. Éramos unos cuantos cientos de funcionarios. Estaban Celso Furtado, Fernando Henrique Cardoso, con quien yo me di mucho, con Weffort, que ahora es ministro de Cultura, con Aníbal Pinto, María da Conceição Tavares. Se trató de una experiencia notable para el continente. Pero era una vida dura, la época de Pinochet. Siempre nos visitábamos entre nosotros, era un microclima. Contacto con la sociedad, muy poco.

— *¿Qué lugar le atribuye a su paso por la Biblioteca Nacional?*

— Estuve poco tiempo, un año y después pasé al CONICET. En la Biblioteca Nacional me tocó la época de la hiperinflación. La Biblioteca se estaba construyendo, no encontré el apoyo económico para terminar la obra y tuve muchas dificultades de toda índole. Entonces Alfonsín me pidió que me pasara al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

— *¿Y estuvo mucho tiempo en el CONICET?*

— Estuve en el directorio hasta que subió Menem.

— *¿Y en la Universidad de Buenos Aires?*

- Yo seguí hasta los 65 años. Siempre en las cátedras de Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana e Historia del Pensamiento Argentino y Latinoamericano.
- ¿Y por intermedio de la Universidad no participó de proyectos editoriales?
- Si, me ofrecieron Eudeba, pero a mi no me interesó.

Las cuestiones que se desgajan de esta entrevista son diversas. Su edición completa busca motivar la multiplicación de diálogos a través de la experiencia de Gregorio Weinberg. Un trabajo sobre su trayectoria, posición y proyección en distintos momentos de la historia cultural argentina y latinoamericana obliga a una investigación mucho más extensa. Solo me gustaría subrayar la importancia de las prácticas editoriales y de las consecuencias de la materialidad de los objetos impresos en la configuración de las posibilidades culturales de un lugar y tiempo determinados. Así tal vez vayamos al encuentro de la insistencia de Gregorio en la historicidad de las categorías tiempo y espacio. La experiencia que Gregorio Weinberg nos relata más allá de sus textos, contribuye a reformular las formas de pensar nuestro legado cultural. La simbiosis entre filosofía y antropología en un momento genético de la diferenciación universitaria de las ciencias sociales en Argentina, por ejemplo, manifiesta un horizonte de pensamiento y de búsquedas intelectuales que hoy no tiene equivalentes ni condiciones de “reedición”. ¿Qué poderes, temores y peligros esconden la historia de las ideas, de las teorías, de la cultura al insistir en el recorte de disciplinas, de autores y de categorías de pensamiento atomizadas, sin historia, sin reflexión sobre el lugar preciso en el que un autor del pasado está presente y se pone en juego? ¿Por qué demora tanto en llamar la atención la reconstrucción del conjunto de referencias de una colección de libros o de un programa de cátedra, de la acción de todos los individuos que al traducir, editar y diseminar los libros

hacen posible la cultura impresa? ¿Quiénes, además de Gregorio Weinberg, están presentes en todas nuestras bibliotecas, no como autores sino como estantes de la totalidad de los cuadernos de la cultura local, nacional, universal?

Quinta Parte

El editor y su trascendencia

Gregorio Weinberg, un historiador terenciano*

José Emilio Burucúa**

El 18 de abril de 2006 murió en Buenos Aires el profesor Gregorio Weinberg, educador, intelectual y pionero de la historiografía de las culturas en nuestro país. Su papel fundante en la vida académica y en el proceso del avance de las ciencias humanas y sociales fue ampliamente reconocido por tirios y troyanos, fenómeno raro en la Argentina que ha de deberse a los méritos excepcionales de Gregorio como maestro e investigador. Nacido en esta ciudad el 20 de noviembre de 1919, Weinberg recibió doctorados *honoris causa* de las universidades de Buenos Aires, Luján y Palermo. Fue miembro de número de la Academia Nacional de Educación desde 1984 y recibió los primeros Premios Nacional y Municipal de Literatura en el género del ensayo. Fue galardonado con el Premio Consagración Nacional en 1994 y, un año después, con el Premio Interamericano de

* Extraído de Burucúa, E. (2006). Gregorio Weinberg, un historiador terenciano. *Eadem Utraque Europa*, 2(2), 216-222.

** Ensayista e historiador del arte, doctor en filosofía y letras, investigador y profesor de la Universidad de San Martín. Miembro de número de la Academia Nacional de Bellas Artes, Argentina.

Cultura “Gabriela Mistral”, otorgado por la Organización de Estados Americanos. Fue director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires en los años ochenta y vicepresidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. La Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura [Unesco] lo nombró representante de América Latina en la comisión internacional encargada por ese organismo de preparar una nueva versión de la Historia Científica y Cultural de la Humanidad (hay ya cinco volúmenes aparecidos) y de la Historia General de América Latina (que cuenta con seis volúmenes publicados hasta este momento). Dictó clases a lo largo de toda su vida en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la Universidad Nacional Autónoma de México, en la Universidad de la República de Montevideo, en la Universidad Central de Venezuela, en Salamanca y en la Sorbona.

Pero más que todo ello, que compone de por sí un currículum impresionante, nos han quedado de él investigaciones pioneras sobre la civilización hispanoamericana, ideas de amplio respiro que alimentarán por generaciones el largo trabajo de descubrir, pensar y concebir los mecanismos de transmisión y reelaboración culturales activos en el Nuevo Mundo desde el siglo XVI. Gracias a las nociones de crisis, evolución, revolución y progreso que el profesor Weinberg ha pulido con esmero para adaptarlas al análisis histórico de la producción simbólica americana en los campos de la literatura, la historiografía, las ciencias de la naturaleza y la filosofía, es posible afirmar que sus escritos se ubican en la línea interpretativa de la identidad cultural latinoamericana que ve en esta una rama robusta de la civilización de cuño mediterráneo europeo, tan densa en follaje y nuevas ramificaciones como sus homólogas modernas en la propia Europa y en la América anglosajona. Weinberg comparte en tal sentido posiciones, perspectivas e ideas con los mayores filólogos e historiadores de nuestro continente: Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Mariano Picón Salas, José Luis Romero, Leopoldo Zea

y Arturo Roig. Sus libros de temas vastos, como *Tiempo, destiempo y contratiempo*,¹ *La ciencia y la idea de progreso en América Latina (1860-1930)*,² *Modelos educativos en la historia de América Latina*,³ o “*Ilustración*” y *Educación Superior en Hispanoamérica*,⁴ los libros de análisis histórico de una figura y su obra, como *Mariano Fraguero, pensador olvidado*,⁵ o bien los múltiples prólogos y aparatos críticos con los que Gregorio supo acompañar los documentos y textos de las colecciones *El Pasado Argentino* y *Dimensión Argentina* (colectáneas que alcanzaron los cien volúmenes, editados por Solar / Hachette y Solar en Buenos Aires), componen una de las mayores bibliografías argentinas del siglo XX, siempre iluminada por el espíritu crítico y la erudición de un sabio. Importa destacar que las preguntas que Weinberg dirigía hacia el pasado estaban impregnadas de pasión por el presente y del afán de una construcción futura que hiciese de las naciones latinoamericanas las sociedades imaginadas y prometidas desde los tiempos de las independencias y de las organizaciones constitucionales. Así, por ejemplo, los proyectos políticos y las obras teóricas del sansimoniano Mariano Fraguero, ministro de hacienda del presidente Urquiza, que habían proclamado en los años cincuenta del siglo XIX la necesidad del desarrollo industrial argentino sobre la base de un sistema de crédito público y estatal para combatir eficazmente la pobreza, fueron estudiados por nuestro autor en el marco de los debates del desarrollismo y la modernización económica de los sesenta y setenta del siglo XX. De modo semejante, en vísperas de la restauración democrática y republicana de octubre de 1983, a propósito de la reedición de una obra de Alejandro Korn, *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, el profesor Weinberg señaló las urgencias del momento frente a la nueva revolución industrial que precipitaban los avances tecnológicos de la informática y la

¹ Buenos Aires, Leviatán, 1993.

² Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1998.

³ Buenos Aires, Kapelusz / UNESCO / CEPAL / PNUD, 1984.

⁴ Buenos Aires, Academia Nacional de Educación, 1997.

⁵ Buenos Aires, Solar / Hachette, 1975.

bioingeniería. Lo hizo, pues, a partir del sentido humanista integral que Korn había vislumbrado en la empresa civilizatoria argentina. Decía Weinberg entonces:

[...] ¿qué debe hacerse? La respuesta, en modo alguno, puede ser una exclusiva cultura técnica, insuficiente en absoluto, aunque parezca paradójico, para asimilar la revolución tecnológica; sus exigencias desmesuradas para nuestra actual escala, reclaman “formación” en el sentido profundo del término, responsabilidad social y denodados esfuerzos por alentar la investigación básica o fundamental. Multiplicar la riqueza y mejorar su distribución solo serán posibles, en última instancia, si se estimulan los estudios mal denominados desinteresados. Porque, así como hoy ya no se habla de ciencia pura y ciencia aplicada, sino de la ciencia y sus aplicaciones, menos todavía podemos admitir, en dos planos distintos, una cultura utilitaria al lado de otra que no lo sea. (Weinberg en Korn, 1983, p. 23).

Esta cita nos permite regresar al universalismo de conocimientos y miras que caracterizó la vida intelectual de Gregorio Weinberg y que lo llevó a ser el editor en castellano de Polibio,⁶ Ben Jonson,⁷ Spinoza,⁸ Schiller⁹ y Franz Boas.¹⁰

Permítaseme un recuerdo personal en este aspecto, el de una tarde de hace poco tiempo cuando, en su casa-biblioteca de la calle Remedios Escalada de San Martín, Gregorio me instó a traducir y publicar las *Epistolae obscurorum virorum* escritas por Crotus Rubeanus y Ulrich von Hutten. Conseguí enseguida una bella edición italiana

⁶ Polibio, *Historia Universal*, estudio preliminar por José Luis Romero. Buenos Aires, Solar / Hachette, 1965.

⁷ Jonson, Ben, *Teatro*, traducción, prólogo y notas de María Martínez Sierra, Colección Clásicos Hachette. Buenos Aires, Hachette, 1958.

⁸ Spinoza, Baruch de, *Obras completas*. Buenos Aires, Acervo cultural, Colección Valores en el tiempo, 1977, V tomos.

⁹ Schiller, Friedrich, *Poesía ingenua y poesía sentimental*, traducción por Juan Probst y Raimundo Lida, estudios preliminares por Juan Probst, Colección “Clásicos Hachette”. Buenos Aires, Hachette, 1954.

¹⁰ Boas, Franz, *Cuestiones fundamentales de Antropología cultural*. Serie “Dimensión de los problemas”. Buenos Aires, Solar-Hachette, 1965.

de las *Epistolae*, pero confieso haberlas leído (devorado, mejor) solo después de haber conocido la noticia del fallecimiento de Gregorio, impresionado por la pérdida y por la sensación de un deber no cumplido. Una lección jocunda me ha dejado el maestro en la referencia a aquellas cartas desopilantes, la de quien es capaz, tras tanto leer y estudiar, de tomarse en solfa la erudición y el saber *sui ipsius et multorum*, la de quien corona su ciencia con una apelación a la risa y a la felicidad que la lectura y el conocimiento ponen al alcance de todos los hombres. El impulso generoso de los fundadores de la Unesco ha perdurado en la obra y en la existencia de Gregorio Weinberg.

Don Gregorio Weinberg, editor de la patria*

Alberto María Casares**

En el siglo XIX se inventó la patria. Hace exactamente doscientos años se expulsaba al invasor inglés, por lo que se sentaron los prolegómenos de la libertad. Pocos años después se sucedían los acontecimientos de Mayo y las guerras de la independencia definitiva del reino de España. A los tumbos, la patria echaba a andar hasta llegar a su definitiva consolidación luego de atravesar infatigables luchas intestinas. Protagonistas y observadores ajenos fueron dejando sus testimonios en memorias y apuntes de viaje que se transformaron luego en libros insoslayables para entender tan rico e intrincado proceso. No fueron pocos los soldados transformados en historiadores y a veces en poetas o, quizás, poetas y escritores transformados en soldados, que fueron dejando su huella en infinidad de libros. Así —conscientes de lo que estaban haciendo para las futuras generaciones— nos legaron un riquísimo corpus bibliográfico que no ha perdido vigencia.

* Extraído de Casares, A. M. (17 de junio 2006). Don Gregorio Weinberg, editor de la patria. *La Nación*, Suplemento Campo. Buenos Aires.

**Titular de la Librería Casares de Buenos Aires y miembro y ex presidente de ALADA (Asociación de Libreros Anticuarios de Argentina).

Cuando aún resonaban los ecos del Centenario, algunos destacados estudiosos pusieron en marcha proyectos editoriales ambiciosos y abarcadores que llevaran todo ese bagaje bibliográfico al gran público.

El primer gran intento editorial lo encontramos en José Ingenieros y su famosa colección *La Cultura Argentina*. Médico, sociólogo, psicólogo, ensayista y funcionario, Ingenieros lanza, a partir de 1915, una vastísima colección de obras de la cultura vernácula en ediciones populares y de grandes tiradas. Se podría decir que con él nace la figura del editor con identidad propia, que elige los textos y crea colecciones, que deja atrás la figura del editor impresor del siglo XIX. Casi simultáneamente, el escritor, historiador y poeta tucumano don Ricardo Rojas dirige otra importante colección que llamó *Biblioteca Argentina*, publicada por la librería La Facultad. Más adelante, harían lo propio don Alberto Palcos, con su colección *Grandes Escritores Argentinos*, de la editorial Jackson, y don Julio Noé, con los *Clásicos Argentinos*, de la editorial Estrada.

Maestro de generaciones

Hoy queremos recordar a otro intelectual, escritor, investigador y, por sobre todo, gran humanista, fallecido el 18 de abril pasado, a los 86 años: don Gregorio Weinberg. Maestro de generaciones, tuvo un destacado papel en la Facultad de Filosofía y Letras como profesor titular de las cátedras *Pensamiento Argentino y Latinoamericano* e *Historia de la Educación Argentina y Latinoamericana*. Dirigió la Biblioteca Nacional y el Conicet, e intervino en la edición de la *Historia científica y cultural de la humanidad* de la *Historia general de América latina*, encargadas por la Unesco.

Fue autor de importantes obras sobre temas históricos y educativos como *El descontento y la promesa*; *Mariano Fraguero, un pensador olvidado*; *Modelos educativos en la historia de América latina*; *La ciencia y la idea de progreso en América*, entre otros.

Esta enorme tarea intelectual no le impidió desarrollar una importantísima actividad editorial; creó y dirigió colecciones como El Pasado Argentino, para la editorial Hachette, con sus inconfundibles tapas azules y blancas, en la que aparecieron desde el *Viaje a caballo por la provincias argentinas*, de William Mac Cann, traducido por José Luis Busaniche, y *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sud*, de Thomas Falkner, traducido por Samuel Lafone Quevedo, hasta *Cosas de negros*, de Vicente Rossi, uno de los primeros libros sobre la negritud en el Río de la Plata, y *El gaucho*, de Emilio Coni, con un estudio preliminar de Beatriz Bosch; los viajes de J.A.B. Beaumont, Woodbine Hinchliff, John Miers, George Musters y el perito Moreno; textos inolvidables de Sarmiento, Alberdi, Eduardo Holmberg, Eduardo Gutiérrez, Joaquín V. González, Bartolomé Mitre y Martiniano Leguizamón; manuales que se hicieron clásicos como la *Historia argentina* y las *Estampas del pasado*, de José Luis Busaniche. No faltaron en su colección las obras de Estanislao Zeballos: *Callvucurá y la dinastía de los piedra*, *Painé y la dinastía de los zorros*, *Relmú, reina de los pinares*, *La conquista de quince mil leguas* y *Viaje al país de los araucanos*. Años más tarde, la colección pasó a llamarse Dimensión Argentina, con el sello Solar-Hachette, luego Ediciones Solar, y continuó con los viejos títulos y algunas nuevas incorporaciones como *La pampa argentina*, de Romain Gaignard, y *La valorización del país*, de Pierre Denis, hasta el magnífico ensayo de Josefa Emilia Sabor: *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*.

Trabajador incansable, vehemente y apasionado, don Gregorio continuó hasta sus últimos días dirigiendo su tercera colección: Nueva Dimensión Argentina, con el sello de la editorial Taurus, con renovadas características gráficas, pero siempre fiel al espíritu inicial de su empresa.

En un viejo folleto de presentación de la colección El Pasado Argentino, decía Weinberg, a modo de declaración de principios: “Esta biblioteca fue concebida con un propósito tan simple como elevado: brindar -a través de obras de géneros diversos, épocas distintas y autores muchas veces de ideas encontradas- un panorama completo

de todas las dimensiones del pasado, subrayando la importancia de ciertos temas o la vigencia de determinados nombres, más rescatando a otros del olvido, para dar así una enriquecida imagen de la patria vieja y la Argentina nueva [...]. Aspiramos a que los libros de tapas azules y blancas que por decenas de miles están incorporados a los hogares de pobladores urbanos y rurales, y por centenares alegran los anaqueles de bibliotecas y librerías sea sustancialmente un elemento para formar e informar las pasadas y las nuevas generaciones en el entrañable conocimiento de la Argentina”.

En el mismo camino trazado por Ingenieros y Rojas, y continuado por Palcos y Noé, don Gregorio Weinberg dejó un surco imborrable que le agradecen y le agradecerán sus paisanos por generaciones. Don Gregorio Weinberg, editor de la patria.

Homenaje a Gregorio Weinberg*

Julio Galer**

1949

La Editorial Lautaro quedaba en una antigua casa de familia en la calle José Evaristo Uriburu. Las oficinas principales estaban ocupadas por las dos amazonas que dirigían la empresa. La primera, Sara Maglione de Jorge, directora propietaria, factótum y *alma mater* de esa editorial. En la segunda oficina estaba Berta Yussem de Sofovich, adlátere de Sarita Jorge y algo así como subgerente de la empresa. No solo se veían y se hablaban todo el tiempo, sino que tenían instalado un intercomunicador, casi permanentemente abierto, por el que mantenían un diálogo continuo de la mañana a la noche.

Atrás —mucho más atrás—, en una pequeña oficina, estaba Gregorio Weinberg, entonces asesor de la editorial y director de una de sus colecciones cuyo nombre he olvidado. Lo que no he olvidado es

* Extraído de Galer, J. (2000). “Homenaje a Gregorio Weinberg”. En Mendoza, A. (comp). *Del tiempo y las ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg*, (pp. 37-39). Buenos Aires.

** Asesor editorial y traductor en Editorial Jacobo Muchnik. A partir de una extensa carrera alcanzó la Subdirección General de la Organización Internacional del Trabajo.

que allí había aparecido un libro importantísimo: *El cerebro y la mano en la antigua Grecia*. Hasta en Córdoba —al menos en la peña de L'Aiglon— nuestra *jeunesse dorée* pueblerina hablaba con admiración de ese libro y de la novedosa iniciativa de publicarlo. En L'Aiglon aún no sabíamos que el autor de esa novedosa iniciativa era Gregorio.

Cuando vine a Buenos Aires para tratar de editar los poemas de Langston Hughes que había traducido vi primero a Sarita, después a Berta y solo después, mucho después, a Gregorio. Por suerte, los tres estuvieron de acuerdo en que Lautaro publicara el libro.

Así fue como conocí a Gregorio e inicié con ese ser maravilloso esta ya larga relación.

1953-1954

El escenario ha cambiado. Ahora ya no es la casa chorizo de la calle Uriburu sino una especie de terraza llena de sol a donde da la oficina de Gregorio en la Editorial Hachette, en la calle Rivadavia, creo. Allí el clima es distinto. Es que Hachette era una gran editorial internacional: una casa seria (y masculina...). Y de allí, a partir de ese patio soleado —y gambeteando, sospecho, a los serios y adustos franceses—, de allí zarpaba cada mañana Gregorio para surcar El Pasado Argentino, embarcándonos a muchos, muchos, en su galeón. Por esos años —no lo hemos olvidado— Gregorio me encargó la traducción de la monumental biografía de Abraham Lincoln por Carl Sandburg. Y gracias a ese texto magistral —y larguísimo...— “Jerónimo Córdoba” pudo alimentar en su casa de Olivos a su joven familia: una esposa, dos nenas y un niño.

Pero la calle Rivadavia era en las mañanas. Por la tarde solía cruzarme con Gregorio en las librerías de la calle Corrientes. De la calle Corrientes de entonces, que ya no era angosta, pero tampoco era la de hoy (quizá porque nada es...).

Allí lo encontraba husmeando en las mesas de ofertas y en las pilas de libros polvorientos, compartiendo esas visitas con “El Tordo”

Pellegrini, con quien se espiaban por el rabillo del ojo para ver que uno no le *birlara* al otro algún tesoro bibliográfico en la baratísima liquidación que promovían los Laguzzis y los Dávalos de entonces.

1955

Llegó el cincuenta y cinco y fue la universidad recobrada. En Buenos Aires, la de Risieri Frondizi, con esas ideas novedosas de los departamentos “a la americana” y de los cursos de ingreso para tratar de subsanar en algo lo que ya entonces considerábamos las inmensas lagunas con las que salían del bachillerato las chicas y los muchachos.

A Gregorio le encomendaron organizar el curso de ingreso para Arquitectura. Y allí me reclutó. Yo debía enseñar nada menos que “Introducción a la Historia de la Cultura”. Un par de horas cada noche, durante un par de meses. ¡Qué tal hazaña! Fue, debo confesarlo, una aventura maravillosa el ver cómo se iban abriendo los cerebros de esas chicas y esos chicos que aspiraban a ser arquitectos... y que hoy imagino desempleados. Parece que la experiencia fue un éxito y que hasta el “cosmopolita y foráneo” Risieri Frondizi quedó contento. ¿Te acuerdas, Gregorio? ¿Te acuerdas, Carlos Tecco? Aragón, ¿te acuerdas...?

1959... y más allá la inundación

Después se abrió para Gregorio el ancho mundo. El de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe [CEPAL], es claro, pero —antes— el de la Organización de las Naciones Unidas para la Ciencia, la Educación y la Cultura [Unesco]. Y allí me tocó a mí recibir a Gregorio en Ginebra y mostrarle las maravillas de la ciudad del lago y de Rousseau, a quien él tanto amaba. No puedo olvidarme de que, cuando llegó, traía dos libros que Jorge Luis Borges le había dado —envueltos en papel de diario— para sus viejos amigos ginebrinos

(antiguos discípulos en el College Calvin), judíos y, por añadidura, devenidos comunistas.

Después vino su preocupación mayor por la cultura argentina. Sus ediciones y sus ensayos y sus cátedras. Y su entrecortada participación en la intermitente vida de la universidad argentina.

Del cincuenta y cinco al sesenta y seis. Del setenta y tres al setenta y seis. Del ochenta y tres al...

Cuando todo eso ocurrió, yo estaba demasiado lejos para verlo, para participar, para disfrutarlo, para padecerlo. Y solo mis ocasionales visitas —cada dos o tres años— a la casa de la calle Remedios Escalada me permitía retomar el contacto con Gregorio —¡con su biblioteca!—, con Agustina, con sus hijos.

Gregorio Weinberg, mi maestro de libros*

Ricardo Nudelman**

Borges dijo: “Maestro no es quien enseña hechos aislados o se aplica a la tarea mnemotécnica de aprenderlos y repetirlos, ya que en tal caso una enciclopedia sería mejor maestro que un hombre. Maestro es quien enseña con el ejemplo una manera de tratar con las cosas, un estilo genérico de enfrentarse con el incesante y vario universo [...] Ideas que están muertas en el papel fueron estimulantes y vividas para quienes las escucharon y conservaron, porque detrás de ellas, y en torno a ellas, había un hombre. Aquel hombre y su realidad las bañaban. Una entonación, un gesto, una cara les daban una virtud que hoy hemos perdido”. Nadie podía haberlo expresado mejor. Y nadie puede representar el sentido de “maestro” como lo tiene, para mí, Gregorio Weinberg. Sin embargo, no tuve la suerte de tenerlo como profesor en la universidad, ni en ninguna otra institución de enseñanza. Sin embargo, es mi maestro, es mi maestro de libros.

* Extraído de Nudelman, R. (2000). Gregorio Weinberg, mi maestro de libros. En Mendoza, A. (comp). *Del tiempo y las ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg*, (pp. 41-42). Buenos Aires.

** Creador de la legendaria Librería Gandhi (México, D.F.) en la década de los años setenta. Posteriormente fue Gerente General del Fondo de Cultura Económica en México.

Para mí, Gregorio es el hombre de los libros. Cada vez que tengo la suerte de encontrarme con él, seguramente hablaremos de libros. Me contará, me ilustrará, sobre nuevas y viejas ediciones. Me alentaré para que compre, publique o distribuya libros que seguramente son joyas bibliográficas. No hay libro que no conozca. Nunca podré mencionarle un título o un autor, entre los temas de interés común, que no haya leído o conozca. Nunca voy a tener la satisfacción de hacerle conocer alguno.

Vivió entre libros y de ellos se nutrió y se seguirá nutriendo. Escribió los suyos, libros importantes que, a su vez, serán nutrientes de nuevas generaciones de maestros. Siempre lo vi entre libros con la satisfacción de estar en el lugar correcto. Se mueve en una librería como se moverá en la biblioteca de su casa. Las librerías son para él lugares tan importantes como el aula o su biblioteca. No hay librería ni estante dentro de ella que Gregorio no conozca y pueda comentar. Sigue recorriendo las viejas y nuevas librerías de Buenos Aires o de México, con el mismo entusiasmo de siempre, con ese afán inabarcable por conocer, que lo ha colocado dentro de los hombres más ilustrados e informados del país.

Como soy librero, puedo asegurar que la relación autor-librero (y, en el caso de Gregorio, con el agregado de su calidad de importante y excelente editor) no siempre es fácil. Casi siempre, un autor o un editor visitan una librería para ver si sus libros están expuestos en los lugares privilegiados, o para convencer al librero de que los coloque en esos lugares. Con Gregorio las cosas no son así. Muchos colegas libreros de distintos lugares me comentaron algo que yo experimenté personalmente muchas veces. Gregorio viene a ver sus libros, ¿por qué no?, pero también viene a preguntar sobre otros libros, a comentarlos, a recomendarlos. Un libro lleva a otro, y la charla se convierte así en una muestra unilateral incontenible de erudición y memoria que siempre admiré y envidié, con envidia de la sana. Y digo unilateral porque decir lo contrario sería mentir. Jamás pretendería acercarme al enorme caudal de conocimientos de Weinberg, y creo que poca gente en la Argentina podría vanagloriarse de hacerlo. La educación,

la historia, la filosofía, la sociología y la política son solamente algunos de los campos en los que incursiona con soltura. Vale la pena sentarse frente a él, aceptar desde el comienzo la desventaja y escuchar sus reflexiones. Su pensamiento es profundo, libre, claro y retador.

Es, además, un gran editor de libros de reflexión y estudio, de libros que no se sujetan a las necesidades de un mercado sino al tiempo futuro. Cuando encaró la edición de un libro, Gregorio nunca lo pensó para competir sino para aportar calidad, y para responder a las necesidades del público estudioso. Un público que tal vez es reducido, pero seguro que es el que deja huellas y construye las grandes empresas intelectuales de un país. Editor entonces, para los que piensan, no para los que se entretienen.

Autor, editor, educador, hombre de libros. En realidad, un Maestro. Quisiera que me permitiera decir: “mi” maestro.

Weinberg, a principios de los años cincuenta*

Eduardo L. Ortiz**

Conocí a Weinberg en los primeros años de la década de 1950, hacia 1952. En esa época visitaba a menudo a mi padre, con quien —a pesar de la diferencia de edades— tenía una amistad estrecha. Weinberg estaba escribiendo entonces el estudio preliminar a los escritos económicos de Belgrano. Este trabajo apareció en 1954 en la Biblioteca de Estudios Económicos Manuel Belgrano, que mi padre dirigía para la Editorial Raigal. También Félix contribuyó a esa Biblioteca con un trabajo sobre Vieytes.

Creo que lo que nos acercó fue el interés de ambos por la obra de Eduardo Holmberg. En 1957 Weinberg publicó los Cuentos fantásticos de Holmberg, con un excelente estudio preliminar de Antonio Pages Larraya, en la colección El Pasado Argentino que él dirigía para Hachette. Esta colección, que llamábamos entonces “La colección de

* Extraído de Ortiz, E. L. (2000). Weinberg, a principio de los años cincuenta. En *Mendoza, A. (comp)*. Del tiempo y las ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg, (pp. 43-44). Buenos Aires.

** Profesor Emérito de Matemáticas y de Historia de las Matemáticas, Imperial College. Londres, Reino Unido.

Weinberg”, ha llegado a ser un rasgo sobresaliente en el cuadro de la actividad cultural argentina del último medio siglo.

Las colecciones editoriales a las que acabo de aludir, y otras igualmente valiosas, tuvieron un papel importante. Eran una forma de seminario en el que participaban algunos de los principales intelectuales argentinos de esos años. Los había en un rango de edades bastante amplio: maestros, investigadores formados y los que hacían sus primeras armas. A menudo, en colecciones diferentes, las funciones de director o prologuista se entrecruzaban. En alguna forma continuaron manteniendo vivo el interés por la cultura superior en un momento en que esto no era fácil. La mayor parte de los miembros de este colegio invisible carecía de soporte oficial; no formaban parte del elenco de profesores de la universidad ni estaban apoyados por un instituto de investigación.

Desde 1952 acostumbraba a visitar a Weinberg (nunca lo he llamado Gregorio, no era la costumbre) en su despacho en Hachette. Su oficina quedaba muy cerca de la facultad de Perú 222, donde yo estudiaba; algunas veces nuestras conversaciones nos llevaron a compartir el almuerzo.

Esas conversaciones con Weinberg tuvieron un impacto muy importante en mi vida. Su extraordinaria cultura, su pasión por los temas de la historia de la cultura en la Argentina, su generosidad y su excepcional dimensión humana me han hecho pensar más de una vez que la amistad indulgente de Weinberg fue uno de los regalos preciosos que recibí en herencia de mi padre.

Recuerdo que una tarde caminamos hasta la estación Florida del subterráneo. El andén estaba lleno de gente; Weinberg me tomó del brazo y retrocedió hacia el fondo de la plataforma. Mientras conversábamos, el vagón frente a nosotros se llenó rápidamente. Solo entonces accedió a entrar. Muchas veces he pensado que esta anécdota retrata la conducta de Weinberg en la vida.

Gregorio Weinberg, maestro de las buenas causas*

Luis Alberto Romero**

¿Cómo definir a Gregorio Weinberg? ¿Qué palabra puede resumir o, al menos, señalar el campo principal de su actividad? No se me ocurre ninguna, tan vastos fueron sus intereses y tan variados los escenarios donde lo he visto desarrollar una actividad siempre tesonera e infatigable.

Fue indudablemente un excelente historiador, un buceador en el campo de la historia de las ideas y de su relación con los procesos sociales y políticos. Sus contribuciones son muchas, pero en una puede verse todo su oficio, su talento y su posición de intelectual. Se trata de su admirable estudio sobre Mariano Fraguero, ese “pensador olvidado”, contemporáneo de Sarmiento y Alberdi, que él supo recuperar. La obra impresiona por la erudición y pulcritud. Pero, sobre todo, por su capacidad para reconstruir el pensamiento de un hombre en su contexto: las condiciones en las que fue elaborado (Fraguero, como Weinberg, no era un pensador solitario, sino un militante) y

* Extraído de Romero, L. A. (4 de junio 2006). Gregorio Weinberg, maestro de las buenas causas. *La Nación*. Buenos Aires.

** Historiador, profesor universitario, miembro de la Academia Nacional de la Historia.

el marco de las discusiones con otros que, con igual pasión, ofrecían alternativas distintas para el país. Weinberg coloca a Fragueiro en una encrucijada de la Argentina, un momento en que había distintos caminos posibles, alternativas y combates. Fragueiro perdió, es cierto, pero dio un combate, y nos recuerda, siglo y medio después, que vale la pena darlos.

Weinberg fue un especialista en problemas educativos, a los que examinó desde el presente y desde el pasado. *Modelos educativos en la historia de América Latina* es, a la vez, una reconstrucción histórica y una propuesta de desarrollo educativo y social. Como obra de historia, mostró la íntima relación entre las ideas, la sociedad, la política en general y las políticas educativas. Lo hizo de una manera ambiciosa, en un escenario latinoamericano diverso y difícil de reducir a un esquema comprensible. A la vez, Weinberg expuso las alternativas, los caminos diferentes, en el pasado y también en su presente, pues este libro —como toda su obra— era altamente propositivo. Weinberg tenía un proyecto para su país, sabía que era difícil. Pero, como Sarmiento, estaba convencido de que las contradicciones se vencen a fuerza de contradecirlas.

Gregorio Weinberg fue un editor de la estirpe de quienes, como José Ingenieros o Ricardo Rojas, asumieron que una de las tareas del intelectual consiste en oficiar de mediador entre el saber de los especialistas y el mundo de los lectores. Esa tarea implica no solo el esfuerzo material de poner los libros al alcance de todos, sino un trabajo de organización del saber, de ordenación, de selección. Weinberg perteneció a un mundo mágico, que hoy miramos con nostalgia, de intelectuales volcados a esa tarea. Es conocida su contribución en la monumental *Historia Científica y Cultural de la Humanidad* y en la *Historia de América Latina* que editó la Unesco. Podría señalarse la edición de algunas traducciones importantes: a través de él se conocieron por primera vez en castellano los escritos de Gramsci. Pero vale la pena detenerse en lo que sin duda fue su criatura más preciada.

¿Cuándo se hará el balance de El Pasado Argentino, de Dimensión Argentina, de Nueva Dimensión Argentina, esas maravillosas colecciones que publicaban Hachette y Solar, y que Weinberg, con insólito brío juvenil, retomó recientemente? Allí conocimos o recuperamos a los “viajeros” y a aquellos “clásicos” que, por uno u otro motivo, no eran incluidos en ediciones más canónicas. Agregó, además, estudios monográficos novedosos, que terminaron convirtiéndose ellos mismos en clásicos de nuestra bibliografía, como las obras de Horacio Giberti o Adolfo Dorfman. Todo ello en una “colección”, es decir, la propuesta de un plan de lectura, de calidad garantizada, en ediciones de asombrosa prolijidad, con cuidados estudios preliminares, en la que muchos nos hemos formado.

Gregorio Weinberg fue un profesor universitario excepcional. Lo sé bien, pues fue mi primer profesor en la Universidad de Buenos Aires y en sus clases comencé a conocer y valorar la historia de la cultura. Particularmente, ha dejado una huella entre los estudiantes de Ciencias de la Educación de la Universidad de Buenos Aires. No solo les enseñó historia de la educación —desde su perspectiva, que combinaba la historia de las ideas con la de la sociedad— sino que aportó a esa disciplina —donde es usual acentuar los aspectos instrumentales— una perspectiva humanista e integral. Es fácil reconocer el “efecto Weinberg” en un segmento bien definido de sus graduados, aquel que hoy ocupa las posiciones más significativas en esa especialidad.

Gregorio Weinberg fue, de a ratos, lo que suele denominarse —no siempre de manera apreciativa— un “experto internacional”. Trabajó mucho tiempo en CEPAL, en Santiago de Chile, y luego en la Unesco. Suele predominar en ese medio, por exigencias del contexto, una manera “técnica” y no irritativa de expresarse, y también una manera algo aséptica y generalizadora de pensar. Nada de esto le ocurrió a Weinberg, a quien la Argentina le dolió en cada línea, en cada palabra. Transitó por el mundo de los expertos internacionales sin perder un ápice de su condición de militante cultural, suerte de don Quijote siempre listo para “enderezar entuertos”. Ganó en ese

tránsito una perspectiva ecuménica singular y envidiable, que le permitía pensar los problemas argentinos a la luz de los universales.

Historiador, pedagogo, editor, profesor, consultor. Gregorio Weinberg fue cada una de esas cosas —siempre de una manera singular— y también otras muchas, pues no hubo empresa cultural en la que no haya participado o militado, trabajando siempre, hasta el último día de su vida. Fue, ante todo, un maestro y un intelectual comprometido con su tiempo. Lo observó y vigiló, con un fuerte espíritu crítico y, a veces, con un mal humor que no empañaba su optimismo radical. Fue un intelectual que cuidó celosamente su independencia, que se habituó a esa suerte de marginalidad relativa, tan recomendable para quienes quieren conservar la mente abierta. Fue, básicamente, un disidente, en una sociedad que finalmente debió reconocerlo.

Pero sobre todo, fue un intelectual comprometido con las buenas causas. Creyó, como pocos lo hacen hoy, en el progreso, en la razón, en la educación, en el hombre y en su capacidad para construir, con su razón y su voluntad, un mundo mejor. Más aún, vivió convencido de que podía discernirse, más allá de todo relativismo, qué cosa era un mundo mejor. Creyó que todo eso se integraba en un proyecto, quizás una utopía, a la vez humanista y socialista, capaz de desarrollar hasta sus últimas consecuencias los valores elaborados por la cultura occidental.

Sin duda, también fue un maestro, en ese sentido tan amplio que la gente de mi generación —que, en un momento, hace treinta o cuarenta años, se quedó sin ellos— aprendió a apreciar. Alguien que siempre estuvo, y siempre estuvo en el lugar correcto, cuando otros faltaron o fallaron. Alguien a quien mirar para ubicarse; alguien a quien consultar. Y eso no solo por su saber o sus ideas sino por sus valores, no declarados sino mostrados con su conducta. Gregorio Weinberg fue una persona íntegra y esto está en la esencia de su personalidad de intelectual y maestro.

Los orígenes de una amistad*

Manuel Sadosky**

El inicio de mi relación con Gregorio es bastante original. Yo leí en un boletín estudiantil que alguien había publicado un artículo sobre Monteagudo. Me llamaba la atención que algún joven estudiante escribiera sobre Monteagudo y me propuse localizar a ese autor pues, por ese entonces, estaba procurando organizar una serie de biografías para publicar en una editorial. (Ese era mi medio de vida: para un joven de izquierda, era muy difícil conseguir ningún puesto porque estaba la Sección Especial, fue muy dramática, que me permitía obtener empleos a gente como nosotros.) Al fin lo localizaron, y resultó ser Gregorio Weinberg. Allí, en 1945, se inicia nuestra relación.

Pocos años más tarde, en 1947, obtuve una beca para ir a estudiar matemáticas a Francia. Por esa misma época, 1946, tuve una crisis con el Partido Comunista porque estaba en desacuerdo con su

* Publicado originalmente en: Sadosky, Manuel (2000). "Los orígenes de una amistad", en Mendoza, Agustín (comp.), *Del tiempo y las ideas. Texto en honor de Gregorio Weinberg*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, págs. 48-50.

** Matemático, Profesor y Doctor Honoris Causa de la Universidad de Buenos Aires y Secretario de Ciencia y Tecnología de la Nación (1983/1989).

orientación: los métodos eran muy drásticos y tanto Cora Ratto, mi mujer, como yo fuimos separados. En definitiva, viajamos a Francia para estudiar. Gregorio fue una de las pocas personas con las que mantuvimos correspondencia durante esos años. Si bien no guardo todas las cartas, tengo una suya del 15 de octubre de 1947. Habla de libros: la idea era comprar libros en Francia y remitirlos a la Argentina para venderlos con un poquito de ganancia y así complementar una beca muy escasa.

Resulta que yo tenía una primera edición de la gran *Enciclopedia* francesa de Diderot y D'Alembert, una edición muy linda en 42 tomos, que había comprado con gran inconsciencia de mi parte, dados los recursos con que contábamos por ese entonces. Para tener idea de la dureza de esos tiempos en Francia, debo recordar que para comprar el pan para Corita, nuestra hija de seis años, teníamos que ir a la Armería, pedir una tarjeta de racionamiento, canjearla por unos *tickets* y con eso comprar el pan. En este contexto, ponerse a pensar en la *Enciclopedia* y, todavía más, ponerse a pensar en un negocio vinculado con la compra y venta de libros era un sueño utópico. Mis hermanos nos ayudaban mediante el envío de paquetes de comida, lo que nos venía muy bien porque debíamos cuidar a nuestra hija pequeña, que concurría a la escuela pública.

Como estábamos muy escasos de recursos, decidimos vender la *Enciclopedia*: fue cuando vimos que debíamos volver que tomamos esa decisión, para así poder pagar nuestros pasajes de regreso. Mis hermanos se pusieron en contacto con Gregorio –quien actuó como *asesor espiritual*– y con otros amigos, para ver a quién se le podía vender esa colección. Se hicieron contactos con diversas instituciones con el fin de interesarlas en la obra; hubo una que respondió que no le interesaba pues ya disponían de varias enciclopedias... Finalmente, ese ejemplar de la *Enciclopedia* fue vendido en Buenos Aires y con esos dineros pudimos financiar, a fines de 1948, nuestro regreso desde Europa.

También quiero consignar que cuando Gregorio vio, en la *Enciclopedia* que yo había mandado, el “Discurso preliminar” de D'Alembert

le pareció maravilloso y, por eso, decidió publicarlo en la colección “Tratados fundamentales” de Editorial Lautaro, que él y yo dirigíamos. Uno de los primeros volúmenes que se editó por este sello fue un libro de Brunschvicg, *Las etapas de la filosofía matemática*, una obra de más de 500 páginas que tradujo mi señora y que tuvo mucho éxito. Entre mi ruptura con la gente del Partido Comunista y mi vinculación con Gregorio –él no tenía que obedecer a ninguna consigna exterior– pudimos continuar esta relación tan especial. Los primeros libros aparecieron cuando aún estábamos en Buenos Aires, pero el de Kant, *Historia natural y teoría general del cielo*, se hizo con mucho esfuerzo (no era fácil encontrar traductores del alemán que supieran un poco de filosofía). Gregorio, cuando fuimos a estudiar, abrió una línea nueva, formada principalmente por libros de antropología (Lévy-Bruhl, Boas, Morgan). En poco más de un lustro publicamos en Lautaro, con escasos medios financieros pero con esmero y rigor, una veintena de títulos, de lindo y llamativo diseño, para la colección “Tratados fundamentales”, que se vendió en toda América y España. ¡Y eso que estamos hablando de un breve período de tiempo y de los años cuarenta!

Es importante reconocer el enorme esfuerzo editorial que él realizó, todo lo que promovió, tanto desde Lautaro como desde “El pasado argentino”. Esto sólo es ilustrativo de la capacidad de Gregorio, de la claridad de sus conocimientos, de los prólogos que hizo. Todo ello fue muy importante para los lectores que accedieron a tales obras.

Primero, mediante una relación directa; poco después, por vía epistolar para poder atender nuestra imperiosa necesidad de sobrevivir en la Francia de posguerra; a nuestro regreso y de manera no oficial, con Lautaro: allí se encuentran los primeros pasos de una amistad que se inicia hace más de cincuenta años y de la cual los dos estamos muy orgullosos. A pesar de todas las idas y venidas de la política argentina, seguimos siempre con una línea bien clara sobre lo que convenía difundir en el país: éramos racionalistas, éramos partidarios de dar a conocer las ideas de los grandes pensadores. Y ello a pesar de que cada uno siguió su propio rumbo profesional.

Bibliografía

Acha, Omar (2007). *La nación futura: Rodolfo Puiggrós*. Buenos Aires: Eudeba.

Adamovsky, Ezequiel (2011). *Historia de la clase media en la Argentina. Apogeo y decadencia de una ilusión*. Buenos Aires: Sudamericana.

Alberdi, Juan Bautista (1954). *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina, según su constitución de 1853*. Buenos Aires: Raigal.

Alberdi, Juan Bautista (1955). *Fragmento preliminar al estudio del derecho*. Buenos Aires: Hachette.

Anderson Imbert, Enrique (1954). *Estudios sobre escritores de América*. Buenos Aires: Raigal.

Barreiro, José P. (1951). *El espíritu de Mayo y el revisionismo histórico*. Buenos Aires: Claridad.

Berdou, Ernesto P. (1955). *El peso argentino. Su valor interno desde la creación del Banco Central*. Buenos Aires: Raigal.

Blanco, Alejandro (2006a). *Gino Germani: la renovación intelectual de la sociología*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Blanco, Alejandro (2006b). *Razón y modernidad. Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Boas, Franz (1965) *Cuestiones fundamentales de Antropología cultural*. Buenos Aires: Solar / Hachette.

Bosch, Beatriz (1953). *Presencia de Urquiza. Con una selección documental*. Buenos Aires: Raigal.

Bourdieu, Pierre (2002) [1990]. Les conditions sociales de la circulation internationale des idées. *Actes de la Recherche en Sciences Sociales* 145, 3-8.

Busaniche, José L. (1938). *Lecturas de Historia Argentina. Relatos de contemporáneos, 1527-1870*. Buenos Aires: Ferrari Hnos.

Canal Feijóo, Bernardo (1954). *Confines de Occidente*. Buenos Aires: Raigal.

Casanova, Pascale (2001). *La república mundial de las letras*. Barcelona: Anagrama.

Catálogo Colección El Pasado Argentino (1960). Pp. 2-3 Buenos Aires: Hachette.

Cattaruzza, Alejandro (2007). Historias rojas: los intelectuales comunistas y el pasado nacional en los años 1930. *Revista Prohistoria* (11), 169-189.

Cattaruzza, Alejandro (2008). Visiones del pasado y tradiciones nacionales en el Partido Comunista argentino (ca. 1925-1950). *Revista A contracorriente*, 5, 169.

Chávez, Fermín (1964). *José Luis Busaniche*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.

Clarín (8 de diciembre de 1960) Sección literaria, p.3.

Clementi, Hebe (2004). *Lautaro. Historia de una editora*. Buenos Aires: Leviatán.

Cursos y conferencias (junio 1954) (265), 117.

Cutolo, Vicente (1966). *Historiadores argentinos y americanos*. Buenos Aires: Casa Pardo.

Cutolo, Vicente (1985) *Nuevo diccionario biográfico argentino*. Buenos Aires: Editorial Elche.

- D'Atri, Norberto (1970) Apéndice Bibliográfico. En Jauretche, Arturo. *Política nacional y revisionismo histórico*. 2a ed. Buenos Aires: Peña Lillo.
- Defelippe, Bruno (1950a) *Combustible y energía*. Conferencia publicada por el CLES, Buenos Aires.
- Defelippe, Bruno (1950b). *La política energética argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- Degiovani, Fernando (2007). *Los textos de la patria. Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo.
- Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2009). *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Dujovne, Alejandro (2014). *Una historia del libro judío. La cultura judía argentina a través de sus editores, libreros, traductores, imprentas y bibliotecas*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Echeverría, Esteban (1953). *Reflexiones sobre la organización económica de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.
- Esteves Fros, Fernando (2006). Gregorio Weinberg o el editor intelectual. *Páginas de guarda: Revista de lenguaje, edición y cultura escrita*, 2, 51-64.
- Falkner, Tomás (1957). *Descripción de la Patagonia y de las partes contiguas de la América del Sur*. Buenos Aires: Hachette.
- Ferrer, Aldo (1956). *El estado y el desenvolvimiento económico*. Buenos Aires: Raigal.
- Fiorucci, Flavia (2010). *Intelectuales y peronismo*. Buenos Aires: Biblos.
- Galasso, Norberto (1966). *La larga marcha de los argentinos*. Buenos Aires: Pensamiento Nacional.
- Gallo, Rosalía (2006) *Prensa política: historia del radicalismo a través de sus publicaciones periódicas (1890-1990)*. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Cruz del Sur.
- Gamberti, Alcides (1954). La tarasca. *Buenos Aires Literaria* (17), 65-66
- Gambini, Hugo (2016). *Fronidizi*. Buenos Aires: Vergara.

Germani, Gino (1952a). Consecuencias prácticas de ciertas posiciones metodológicas en sociología. *Boletín del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires* (6), 105-118.

Germani, Gino (1952b). Una década de discusiones metodológicas en la Sociología Latinoamericana. *Boletín del Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires* (6), 87-104.

Germani, Gino (1955). *Estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Raigal.

Ghiano, Juan Carlos (1953). *Constantes de la literatura argentina*. Buenos Aires: Raigal.

Ghiano, Juan Carlos (1955). *Lugones*. Buenos Aires: Raigal.

Giberti, Horacio (1950). La producción agrícola en el decenio 1940-49. *Cursos y Conferencias* (223-224-225).

Giberti, Horacio (1954). *Historia económica de la ganadería argentina*. Buenos Aires: Raigal.

Giusti, Roberto F. (1954). *Momentos y aspectos de la cultura argentina*. Buenos Aires: Raigal.

Halperin Donghi, Tulio (2008). *Son memorias*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Heilbron, Johan (1999). "Toward a sociology of translation. Book translation as a cultural world-system". *European Journal of Social Theory* 2 (4), 429-444.

Institut Mémoire de l'Édition Contemporaine (2006). *Fonds Hachette*

Jauretche, Arturo (1959). *Política nacional y revisionismo histórico*. Buenos Aires: La Siringa.

Jonson, Ben (1958). *Teatro*. Buenos Aires: Hachette.

Korn, Alejandro (1983). *Influencias filosóficas en la evolución nacional*. Buenos Aires: Solar.

Lacau, María Hortensia (1954). *El mundo poético de Conrado Nalé Roxlo. Poesía y estilo*. Buenos Aires: Raigal.

Lavarden, Manuel J. (1955). *Nuevo Aspecto del comercio en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Raigal.

Le Quotidien (1960, 28 de septiembre).

Lewin, Boleslao (1952). *Los movimientos de emancipación en Hispanoamérica y la independencia de Estados Unidos*. Buenos Aires: Raigal.

Liceaga, José V. (1953). *Argentina ante la reconstrucción del comercio mundial*. Buenos Aires: Raigal.

Luna, Félix (1996). *Encuentros*. Buenos Aires: Sudamericana.

Mackinnon, Laughlan Bellingham (1957) *La escuadra anglo-francesa en el Paraná, 1846*. Buenos Aires: Hachette.

Mansilla, Lucio Victorio (1955). *Mis memorias: Infancia y adolescencia*. Buenos Aires: Hachette.

Martí, José (1952) *Poesía*. Buenos Aires: Raigal.

Mendoza, Agustín (comp.) (2000). *Del tiempo y de las ideas*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Miceli, Sergio (2003). *Nacional estrangeiro. História social e cultural do modernismo artístico em São Paulo*. São Paulo: Companhia das Letras.

Miceli, Sergio (2009). Artistas nacional extranjeros en la vanguardia sudamericana (Lasar Segall y Xul Solar). *Prismas. Revista de historia intelectual* 13, 173-182.

Miceli, Sergio (2012). El nacionalismo cultural del joven Borges. *Borges, el nacionalismo y las vanguardias*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Mitre, Bartolomé (1954). *Las ruinas de Tiahuanaco*. Buenos Aires: Hachette.

Mollier, Jean-Yves (2015). *Hachette. Le géant aux ailes brisées*. París: Les Éditions de l'Atelier.

Myers, Jorge (s/f). "Rodolfo Puiggrós, historiador marxista-leninista: el momento de la revista *Argumentos*". *Revista Prismas* (6), 217-230.

Obligado, Pastor S. (1955). *Tradiciones argentinas*. Buenos Aires: Hachette.

Ordaz, Luis (1959). Selección, estudio preliminar y notas. En Florencio Sánchez, González Arrili, Maturana, González Pacheco, Berruti, Weisbach, *El drama rural*. Buenos Aires: Hachette.

Ortiz, Ricardo (1953). *El pensamiento económico de Echeverría. Trayectoria y actualidad*. Buenos Aires: Raigal.

Ortiz, Ricardo (1954). Estudio preliminar. En Fragueiro, Mariano. *Organización del crédito*. Buenos Aires: Raigal.

Ortiz, Ricardo (1955). *Historia económica de la Argentina*. Buenos Aires: Editorial Raigal.

Palasí, Elías (agosto 1956). Qué opina un experto sobre los problemas del libro. *Qué sucedió en 7 días*, (95), 30-31.

Pasolini, Ricardo (2013). *Los marxistas liberales. Antifascismo y cultura comunista en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Sudamericana.

Payró, Roberto (1956). *Teatro*. Buenos Aires: Hachette.

Peña Lillo, Arturo (1987). *Memorias de papel: Los hombres y las ideas de una época*. Buenos Aires: Galerna.

Petra, Adriana (2017). *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.

Petra, Adriana (octubre- noviembre de 2012). *Editores y editoriales comunistas. El caso de "Problemas" de Carlos Dujovne*. En Primer Coloquio Argentino sobre el libro y la edición. Recuperado de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1945/ev.1945.pdf

Polibio (1965). *Historia Universal*. Buenos Aires: Solar / Hachette.

Probst, Juan y Lida, Raimundo (1954). *Poesía ingenua y poesía sentimental* [Traducido al español de *Über naive und sentimentalische Dichtung*]. Buenos Aires: Hachette.

Pulfer, Darío (2018). *Raigal: una empresa editorial de la intransigencia radical en tiempos del primer peronismo (1950-1955)*. En Actas del VI Congreso de la Red de estudios sobre el peronismo. Buenos Aires, Red Estudios del peronismo. Recuperado de: <http://redesperonismo.org/articulo/raigal-una-empresa-editorial-de-la-intransigencia-radical-en-tiempos-del-primer-peronismo-1950-1955/>

- Quién es quién en la Argentina*. (1947, 1950, 1955, 1958, 1968). Buenos Aires: Kraftz.
- Ramirez, Diego (2011). *Horacio Giberti: Memorias de un imprescindible*. Buenos Aires: Editorial UNQ.
- Rizutto, Antonio F. (1948). *Diccionario biográfico contemporáneo. Personalidades de la Argentina*. Buenos Aires: Veritas.
- Rodríguez Bustamante, Norberto (1966). En Cutolo, Vicente. *Historiadores argentinos y americanos* (p. 323). Buenos Aires: Casa Pardo.
- Rojas, Ricardo (1956). *El país de la selva*. Buenos Aires: Hachette.
- Romero, Francisco (1952). *Sobre la filosofía en América*. Buenos Aires: Raigal.
- Romero, Francisco (1953). Apócrifo del apócrifo. Sigue hablando Mairena. *Buenos Aires Literaria* (14), 1-6.
- Rossi, Vicente (1958). *Cosas de negros*. Buenos Aires: Hachette.
- Sadosky, Manuel (2000). Los orígenes de una amistad. En Mendoza, Agustín (comp.), *Del tiempo y de las ideas. Texto en honor de Gregorio Weinberg*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 48-50.
- Sánchez Gardel, Julio (1955). *Teatro*. Buenos Aires: Raigal.
- Sapiro, Gisèle (2008). *Translatio. Le marché de la traduction à l'heure de la mondialisation*. París: CNRS éditions.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1955). *Viajes I. De Valparaíso a París*. Buenos Aires: Hachette.
- Sarmiento, Domingo Faustino (1957). *Viajes II. España e Italia*. Buenos Aires: Hachette.
- Sigal, Silvia (2002) Intelectuales y peronismo. En Torre, Juan Carlos (dir.), *Los años peronistas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sommi, Luis V. (1955). *Estudio preliminar. La política económica argentina en la década del 80*. Buenos Aires: Raigal.
- Sommi, Luis V. (1956). *La minería argentina y la independencia económica*. Buenos Aires: Raigal.

Sorá, Gustavo (1998). Francfort: la foire d'empoigne. *Liber. Revue Internationale des Livres*, 34, 2-3.

Sorá, Gustavo (2003). Una aproximación etnográfica al mundo editorial. Frankfurt y otras aduanas culturales entre Argentina y Brasil. *Cuadernos de Antropología Social* 15, 127-148.

Sorá, Gustavo (2006). Gregorio Weinberg y la edición. Estampa de un fundador de la Biblioteca Argentina. *La biblioteca* (4-5), 452-471.

Sorá, Gustavo (2009). Translation. En Iriye, Akira y Saunier, Pierre Yves (eds.) *The Palgrave dictionary of transnational history*. Londres: Macmillan.

Sorá, Gustavo (2010). Traducir la nación- Gregorio Weinberg y el racionalismo del pasado argentino. *Estudios Interdisciplinarios De América Latina y El Caribe*, 21 (1), 77-99. Recuperado de <http://eial.tau.ac.il/index.php/eial/article/view/299>.

Spinoza, Baruch de (1977). *Obras completas*. Buenos Aires: Acervo cultural.

Tedesco, Juan C. (1980). *La educación argentina entre 1930 y 1960*. Buenos Aires: CEAL.

Thiesse, Anne-Marie (1999). *La création des identités nationales. Europe XVIIIe XXe siècle*. Paris : Éditions du Seuil.

Torchia Estrada, Juan C. (1994). *Prólogo a Selección de escritos de FR*. Buenos Aires: Secretaria de Cultura de la Nación.

Vieytes, Hipólito (1956). *Antecedentes económicos de la Revolución de Mayo*. Buenos Aires: Raigal.

Weinberg, Gregorio (1954a). Giménez de Quesada. El antijovio. *Imago Mundi*, (5), 92.

Weinberg, Gregorio (1954b). Introducción. En Belgrano, Manuel. *Escritos económicos*. Buenos Aires: Raigal.

Weinberg, Gregorio (1955). Picón-Salas, Mariano. Los días de Cipriano Castro. (Historia venezolana del 1900). *Imago Mundi*, (7), 94-97.

Weinberg, Gregorio (1956). La crisis contemporánea según Karl Mannheim. *Imago Mundi*, (12), 212-215.

- Weinberg, Gregorio (1961). Cuarto centenario del nacimiento de Francis Bacon. *Comentario* 87, 13-16.
- Weinberg, Gregorio (1961). Población, trabajo y educación en la obra de Sarmiento. *Comentario* 27, 26-30.
- Willson, Patricia (2004). *La constelación del sur. Traductores y traducciones en la literatura argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Woodbine Hinchliff, Thomas (1955). *Viaje al Plata en 1861*. Buenos Aires: Hachette.
- Zeballos, Estanislao (1954). *Callvucurá y la Dinastía de los Piedra*. Buenos Aires: Hachette.
- Zeballos, Estanislao (1955a). *Painé y la Dinastía de los Zorros*. Buenos Aires: Hachette.
- Zeballos, Estanislao (1955b). *Relmú, Reina de los Pinares*. Buenos Aires: Hachette.
- Zeballos, Estanislao (1960). *Viaje al país de los araucanos*. Buenos Aires: Hachette.

Sobre los autores

Gregorio Weinberg

Pensador, editor y docente universitario en casas de altos estudios de Argentina y países americanos. Impartió las cátedras de Historia de la Educación e Historia de la Educación Argentina, y de Historia del Pensamiento argentino, en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Fue designado Doctor Honoris Causa de las Universidades de Buenos Aires, Palermo y Luján. Fue Director de la Biblioteca Nacional, Vicepresidente del CONICET, integrante del Consejo para la Consolidación de la Democracia, Vicepresidente de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares y miembro de número de la Academia Nacional de Educación. Trabajó como consultor de CEPAL y UNESCO.

Recibió premios y distinciones de la OEA (Premio Interamericano de Cultura Gabriela Mistral), UNESCO (Medalla Aristóteles), Francia (las Palmas Académicas y la condecoración de la orden de las artes y las letras). En su país fue distinguido con el primer premio municipal y el primer premio nacional de literatura ensayo, premio KONEX de brillante en Humanidades y Consagración Nacional, Faja de Honor de la SADE y como ciudadano ilustre de la ciudad de Buenos Aires.

Fue autor de un vasto acervo de libros, artículos y ponencias en el campo de las humanidades y la educación; los mismos aparecen en las relatorías de eventos académicos y científicos y revistas de su especialidad (historia, filosofía, educación) publicados en el país y en el extranjero.

Sus libros más conocidos son: *Modelos educativos en la historia de América Latina* (varias ediciones a partir de 1984; también fue traducido total o parcialmente, al portugués, francés e inglés); *Mariano Fraguero: un pensador olvidado*; *Ilustración y Educación Superior en Hispanoamérica. Siglo XVIII*; *Sarmiento, Bello, Mariátegui y otros ensayos*; *La ciencia y la idea de progreso en América Latina 1860-1930*. Y dos libros de ensayos: *Tiempo, destiempo y contratiempo*; y *El descontento y la promesa: ensayos sobre educación y cultura*.

Al cumplir ochenta años se publicó un libro en su homenaje titulado *Del tiempo y las ideas. Textos en honor de Gregorio Weinberg*, que contiene testimonios sobre su figura y aportes académicos elaborados por reconocidos intelectuales de América y Europa. Luego de fallecido, la revista *CUYO. Anuario de Filosofía Argentina y Americana* (N^o 23, 2007) le dedicó un número especial a valorar su labor como humanista, escritor y editor.

En el campo del libro y la edición tuvo una extensa e intensa labor que desplegó a lo largo de más de sesenta años. Se desempeñó en las editoriales Lautaro, Hachette, Solar y Taurus de Buenos Aires; fue asesor literario de numerosos sellos argentinos y extranjeros. Cumplió un activo papel en la defensa del libro y la industria editorial en su capacidad de escritor, asesor literario, titular de un sello editorial, y activo miembro de la comunidad cultural argentina.

Nació y murió en la ciudad de Buenos Aires: 20 de noviembre de 1919-18 de abril de 2006).

Pedro Daniel Weinberg

Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional (Argentina), Presidente de la Fundación Electra para la promoción del derecho del trabajo y la seguridad social (Uruguay) y Profesor Honorario de la Universidad Nacional de Lomas de Zamora. En la actualidad se desempeña como consultor internacional en materia de educación, formación y trabajo.

Durante más de treinta años trabajó para la OIT en temas de formación profesional, educación obrera y las dimensiones laborales de la integración regional. En la OIT fue consultor, experto, jefe de proyectos y Director de CINTERFOR/OIT. También fue funcionario de UNESCO, y consultor de CEPAL, UNICEF, PNUD, BID y Banco Mundial. Ejerció la docencia en universidades argentinas y mexicanas.

Es autor de más de setenta artículos, documentos y aportes en los campos de su intervención. Recientemente ha escrito sobre temas de historia social y figuras americanas del siglo pasado y del actual.

Escritos sobre el libro y la edición en América Latina

Gregorio Weinberg dedicó su vida a la docencia universitaria, a la investigación, a la escritura de libros; trabajó en la CEPAL en Chile, colaboró con la Unesco y dirigió la Biblioteca Nacional de la República Argentina. Y, sobre todo, fue uno de los más destacados editores de la historia del país, descubriendo libros imprescindibles y recuperando autores olvidados.

Escritos sobre el libro y la edición en América Latina reúne un conjunto de ensayos de y sobre la labor editorial de Gregorio Weinberg, un trabajo que ejerció con pasión, convicción y un profundo sentido humanista construyendo –como él mismo señalaba– vínculos entre las y los hacedores de cultura, las y los autores y el público.



u: unipe
EDITORIAL
UNIVERSITARIA



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais